

DE
MAR-3/0025
16136A938X

LA REGENERACION SOCIAL

POR MEDIO DE MARIA

Ó SEA

EL MEJORAMIENTO DE LA SOCIEDAD

MEDIANTE LA IMITACION

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

por el

M. R. P. ELIAS PASSARELL

MISIONERO APOSTÓLICO DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO
Y EX-GUARDIAN DEL COLEGIO DE SAN JENARO.

Para formarse una idea de la influencia santificadora que ejerce la mujer en la sociedad, basta poner la vista en María.

Con aprobacion de la Autoridad Eclesiástica

TERCERA EDICION.



LÉRIDA

IMPRENTA MARIANA

1889.

Es propiedad de la "Academia Mariana."

AL ILMO. SR. OBISPO
DE LA DIÓCESIS DE AREQUIPA.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Bray Elias Passarell, á los pies de US. I., respetuosamente expongo, que con el único fin de fomentar la devoción á María he redactado la obrita titulada: LA REGENERACION SOCIAL POR MEDIO DE MARIA, Ó SEA EL MEJORAMIENTO DE LA SOCIEDAD MEDIANTE LA IMITACION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, la misma que, en borrador, presento á US. I., á fin de que, prévia censura, se digne concederme la gracia de poder hacerla imprimir y circular, bajo el supuesto de que verificaré gustoso, en el original que acompaño, cuantas correcciones tenga á bien US. Ilma, indicarme.

Tambien suplico humildemente á US. I., se digne conceder algunas indulgencias á los que leyeren esta obrita, para que se propague más y más la devoción á María.

En esta virtud, á US. I., cuya bendicion

imploro, pido se sirva otorgarme la gracia que solicito.

Arequipa, Marzo 17 de 1882.

Ilustrísimo Señor.

FRAY ELIAS PASSARELL.



Palacio Episcopal de la Diócesis de Arequipa.—Marzo 21 de 1882.

Pase en revision al señor presbítero doctor don José Nuñez Arana.

† EL OBISPO.

Por mandato de S. S. Ilma. el Obispo mi Señor,

PÓRCEL, Secretario.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR;

En cumplimiento del decreto que antecede he leído con atencionn la obrita que, con el título de LA REGENERACION SOCIAL POR MEDIO DE MARÍA, Ó SEA EL MEJORAMIENTO DE LA SOCIEDAD, MEDIANTE LA IMITACION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, ha escrito el R. P. fray Elías del C. Passarell, misionero apostólico de la Orden de San Francisco. No encuentro en ella nada opuesto al dogma ni á la moral de la Iglesia Católica; antes bien una doctrina sana, oportunidad en la aplicacion de los pasajes de la

Escritura Santa, fidelidad en las citas y autenticidad en los ejemplos. Para que el piadoso autor vea realizados sus deseos, de que la devocion á María Santísima se propague y se afiance más en el corazon de los fieles, y por este medio se reforme la sociedad, me parece muy oportuna la publicacion, salvo lo que US. Ilma. estime más conveniente.

Arequipa, abril 25 de 1882.

Ilustrísimo Señor.

MANUEL J. NUÑEZ.



Palacio Epicopal de la Diócesis de Arequipa.—Mayo 9 de 1882.

Vista la censura que antecede, concedemos nuestra autorizacion y licencia para la impresion del opúsculo LA REGENERACION SOCIAL POR MEDIO DE MARÍA, Ó SEA EL MEJORAMIENTO DE LA SOCIEDAD, MEDIANTE LA IMITACION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, redactado por el R. P. fray Elías C. Passarell; asi mismo, con el fin de que la devocion á María Santísima se propague, tenemos á bien conceder CUARENTA DÍAS de indulgencia á las personas que leyeren dicha obrita.

† EL OBISPO.

Por mandato de S. S. Ilma. el Obispo mi Señor,

PÓRCEL, Secretario.

Á LAS PERSONAS DESEOSAS DE SU SALVACION.

SAN Alfonso Maria de Ligorio, apoyado en la experiencia y en la autoridad de los santos Padres de la Iglesia, enseña, que la devocion á María es una señal de predestinacion. Sin duda alguna, esta dulce esperanza es un gran consuelo para el cristiano en medio de los contrastes y amarguras de la vida. Persuadido de esta verdad San Pedro Damiano, procuró con todas sus fuerzas difundir y propagar el culto de María en el sábado. Estimulados con tan noble ejemplo, hemos escrito esta obrita para todos los sábados del año, y confesamos ingénuamente que nos sirve de lenitivo en nuestros sufrimientos, de consuelo en nuestras aflicciones y de aliento en medio de las dificultades y contradicciones.

¡Quiera nuestro Padre San Francisco, que tanto amó á la Santísima Virgen, y tanto trabajó para popularizar su devocion, mirar con ojos propicios esta obrita y bendecir á todos los que la leyeren y procuraren propagarla, para que aumente la gloria accidental de la Reina de los cielos, y en la tierra se multiplique el número de los fieles imitadores de sus virtudes!

RESUMEN DE ESTA OBRITA.

SABIDO es que el año tiene doce meses, cincuenta y dos semanas y un dia, 8,765 horas, y 525,949 minutos. La duracion del año se ha calculado, á poca diferencia, en 365 dias, 5 horas y 49 minutos.

Hemos dividido la presente obrita en cincuenta y dos sábados que tier. el año, por ser este dia dedicado á María. La palabra *sábado* se deriva del hebreo *sabbath*, que significa reposo, descanso, cesacion de trabajo. El sábado era entre los hebreos, y es hoy todavia entre lo judíos modernos, el dia de la semana destinado al descanso, así como entre los cristianos es el domingo.

Hemos procurado narrar los principales hechos de la vida de María, y las virtudes más eminentes que practicó, y el modo como debemos imitarlas para dar gloria á Dios, y para nuestro propio perfeccionamiento.

Luego hemos indicado las prácticas diarias, que constituyen un verdadero plan de vida cristiana; y finalmente, hemos amenizado la lectura por medio de ejemplos históricos.

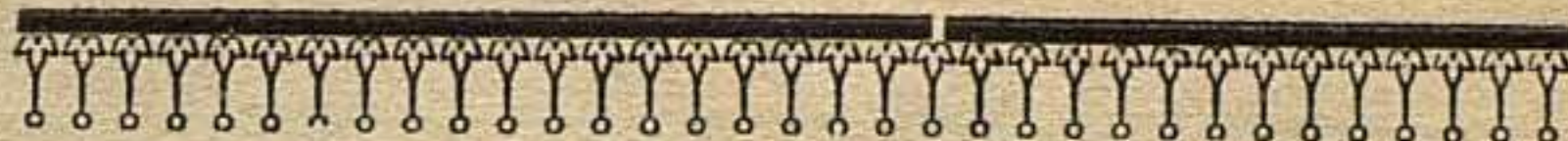
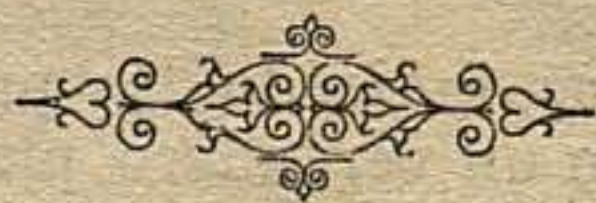
Esta obrita podrá servir de lectura para todos los sábados, para el ejercicio del mes de Mayo, para todas las festividades de la Santísima Virgen y aún para todos los dias del año.

Para que esta obrita fuese verdaderamente provechosa, hemos consultado á los mejores escritores, y la hemos redactado con el último fin de

dar gloria á Dios, honor y alabanza á María, y agradecerla los muchos favores que nos ha dispensado, y para ser útiles á los lectores.

Ahora bien, amados lectores; si este librito produce algun fruto en vuestra alma, manifestad vuestra gratitud á la Virgen Santísima dándole á leer á otros. Y si deseais hacer cosa de su agrado, haced que lo lean cuantos más podáis.

De nuevo rogamos á aquellos á cuyas manos llegue este librito, lo muestren y den á conocer á los que tengan á su cargo la educacion de la juventud de uno y otro sexo, como tambien á los padres de familia, á los que tienen criados, y á los señores sacerdotes á quienes de algun modo están confiadas las almas.



Á MARÍA.

OH Virgen! mis ansias mira,
 Dame rica inspiracion,
 Para que exprese mi lira
 Lo que siente el corazon.

Eres pura cual ninguna,
 La más bella entre las bellas:
 Tú, calzada de la luna
 Y coronada de estrellas.

Envuelta en cándida nube
 Te elevas, Virgen María
 Más hermosa que el querube
 Y la luz del medio dia.

Eres la flor más preciosa
 Que la mente concibió,
 Tú, la rosa deliciosa
 Del campo de Jericó.

Del valle blanca azucena,
 Místico nardo de Sión;
 Ambarina Nazarena
 Fresco lirio de Sarón.



Hallada fuiste más pura
Que los querubes y arcángeles,
Y proclamada en la altura
Como Reina de los Angeles.

El cielo en tí galardona
Virtud y méritos tantos,
Y te llama y te corona
Reina de todos los Santos.

Dios, los bienes que atesora
Y en ambos mundos encierra,
Te dá al hacerte Señora
De los cielos y la tierra.

¡Bendita tú, Virgen Santa!
¡Salve Reina de hermosura!
El mundo entero te canta
Siempre bella, siempre pura.

E.

Oracion para antes de la lectura.

Hablad, Señora que vuestro siervo os escucha. Con gran confianza vengo á vos amabilísima María: suene vuestra dulce voz en mis oídos. De corazón os amo, porque sois la Madre de mi Salvador, la Virgen Inmaculada, el modelo de todas las virtudes, el tipo de todas las perfecciones, la corre-dentora de la humanidad, y el consuelo de los afligidos. Á vos vengo, para contemplaros é imitaros, para aprender las virtudes y entender lo que mejor conviene á mi alma.

Concededme la gracia del Espíritu Santo, que fué vuestro Maestro, que os enseñó el camino de la santidad, de la justicia y de toda perfeccion, para que aprenda vuestros ejemplos, vuestros preceptos y consejos, para imitar vuestras virtudes, para vivir cristianamente y salvar mi alma. Amen.

Oracion para despues de la lectura.

Gracias os doy, oh María, asiento de la sabiduria eterna, Arca santa de la alianza y escuela de todas las virtudes. Rogad á Dios para que me conceda la gracia de seguiros en todo lo que Vos, oh Madre amantísima, me habeis enseñado con vuestro ejemplo. ¡Oh! ¡cuánto se alegró mi alma al contemplaros hermo-seada con tantas gracias con que el Altísimo os adornó! Excelentes son vuestros caminos, y vuestras sendas agradables á Dios. Propongo seguiros fielmente hasta que por medio de una santa muerte, os seré presentado como hijo vuestro, siervo humilde y fiel imitador. Amen.

Oracion de San Bernardo.

Acordaos, piadosísima Virgen Maria, que jamás se ha oído decir, que ninguno de cuantos han acudido á vuestra proteccion, implorado vuestra asistencia y reclamado

vuestro socorro, haya sido abandonado de vos. Animado con esta confianza, á vos también acudo, oh Virgen Madre de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo á parecer ante vuestra presencia soberana. No desechéis, oh, Madre de Dios, mis humildes súplicas, antes bien, inclinad á ellas vuestros oídos y dignaos atenderlas favorablemente.

Pio IX concedió 300 días de indulgencia por cada vez que se reze esta oración y una plenaria al mes recibiendo los Sacramentos... y visitando una iglesia.

Para que por la inmaculada concepción de la Virgen María os dignéis, Señor, humiliar á los enemigos de la santa Iglesia, os rogamos que nos oigáis.

Ave María, etc., para la conversión de los pecadores, para la reforma de los pueblos cristianos y para la salvación de todos.

Se repite tres veces cada día.

Oración del Padre Nicolás Zucchi á la Virgen María

¡Oh Señora mía! ¡oh Madre mía! Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devoción, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, todo mi ser. Y pues que así soy todo vuestro, oh mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Jaculatoria para cualquiera tentación.

¡Oh Señora mía! ¡oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme como cosa y propiedad vuestra.

Pio IX, concedió 100 días de indulgencia á todos los que después de decir un "Ave María" rezasen con el corazón contrito esta oración por la mañana y por la noche, é indulgencia plenaria á los que la rezasen por un mes recibiendo los Sacramentos y visitando una iglesia ó oratorio público. Concedió 40 días de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpétuas y aplicables á las almas del purgatorio.

La regeneración social por medio del Cristianismo

Al fin la verdad siempre triunfa. Aun los escépticos más exaltados han confesado, que el Evangelio regeneró al mundo, en una época dada, como la ley mosaica había reprimido los desórdenes de otros tiempos, y no solo vino á darnos la nueva ley, fundamento de la salud venidera de las naciones, sino como conservador de su salud física. Es imposible admitir, cuando se ha leído á Suetonio, á Tácito, á Petrono y á Juvenal, que la especie humana hubiese podido sobrevivir, ni siquiera orgánicamente, á aquel diluvio de inmundas é inauditas voluptuosidades. El Evangelio fué anunciado al mundo en el preciso momento en que la medida se desbordaba, y esta coincidencia

no es lección de poca importancia. Han confesado los mismos incrédulos: que las prescripciones morales del Evangelio están perfectamente armonizadas con las leyes naturales, con la enseñanza de la filosofía y con las reglas de la higiene. El Evangelio volvió á la especie humana, á la verdadera senda de la naturaleza.

Dios, para operar tan grandes cosas, se sirvió no tanto de la porción de la humanidad que estaba mancillada y debilitada por las miserias del politeísmo, como de una raza nueva y viril que no había participado de aquel desbordamiento. La religión cristiana desarrolló una sociedad nueva en el seno de la antigua, que pudo contemplar con admiración á una cohorte de nombres que conservaban el orden y la pureza en medio del bullicio y de los desórdenes. En efecto, hay que buscar en los cristianos de la Iglesia primitiva el ejemplo de la vida más perfecta, y por consiguiente más feliz que puede disfrutarse en la tierra. Desde Gátulo hasta Juvenal, todos los poetas demuestran suficientemente la corrupción de su siglo; los legisladores intentaron, en vano, reformar las costumbres, y no se menciona cambio alguno en ellas, hasta la época en que el más virtuoso de los Césares proscribió el vicio contra naturaleza, declarándolo crimen de lesa sociedad.

Un nuevo espíritu de legislación se mostró en el imperio romano, con la religión de Constantino. La celestial doctrina de Jesucristo enseñada por doce galileos de la última condición y sesenta y dos coadjutores ó discípulos, renovó todo el orbe. La esclavitud fué abolida; el matrimonio restablecido á su dignidad primitiva, la familia reconstruída sobre las ruinas de sus antiguas bases; la mujer rehabilitada en sus derechos de madre y esposa. Éstos y otros innumerables bienes produjo al Cristianismo regenerando á la humanidad.

PRÁCTICA

Así como el ignorante imita al sabio, el aprendiz imita al maestro, el hijo imita al padre, así nosotros debemos imitar á María; pues en su imitación está la verdadera devoción, y en la verdadera devoción está la verdadera regeneración, está la salvación.

San Ligorio jamás dejó pasar un día sin rezar el Rosario; ayunaba rigurosamente todos los sábados, y ponía gran cuidado, donde quiera que se hallase, en no omitir la recitación del *Ángelus*.

EJEMPLO

En las risueñas orillas del lago ó gran laguna de Titicaca, se levanta el rico y majestuoso santuario de Nuestra Señora de Copacabana, célebre por su origen, y más célebre por los innumerables

prodigios obrados por la Santísima Virgen. Copacabana forma como una península, y en otro tiempo habia muchos ídolos; se sacrificaban víctimas humanas y se cometian muchos crímenes é iniquidades en honor del demonio. Parece que María escogió ese lugar para desterrar la inmundicia idolatría y hacer brillar la divinidad de nuestra santa religion, valiéndose de un humilde indio que formó la milagrosa imagen de la Virgen.

Cuando en Inglaterra la impía y sanguinaria Isabel, llamada por los historiadores el Tiberio femenino, hija espúrea de Enrique VIII, cometia tantos sacrilegios con las santas Imágenes, perseguía á los más inculpables católicos y los martirizaba en su reino, en Copacabana recibian con el mayor regocijo la santa Imagen y se verificaban las más asombrosas maravillas, cumpliéndose con esta coincidencia la amenaza de Jesucristo, que, como á los judíos, se les quitó el reino de Dios á los incrédulos y protestantes bretones, y se lo dió á los peruanos.

Sería más fácil contar los astros del cielo ó los átomos del aire, ó las arenas de los mares, que referir los milagros de Nuestra Señora de Copacabana. Son innumerables los ciegos que recobraron la vista, los sordos que recobraron el oído, los muertos que resucitaron, los energúmenos que quedaron libres de la posesion del demonio, los leprosos que se vieron limpios, los enfermos que obtuvieron la salud, los idólatras que consiguieron la fe, y los pecadores que se convirtieron. Así no es extraño que el santuario de Copacabana sea uno de los más célebres de la América del Sud, y que sea continuamente visitado por numerosos ro-

meros, que van á implorar la proteccion de María, ó á darle gracias por los beneficios recibidos, y á rendirla humildes homenajes.

¡Oh, Virgen de Copacabana! Sed la brillante estrella de la América, para que en esta parte del mundo impere siempre la fe católica, reine siempre la paz y la verdadera regeneracion.

SÁBADO I

La sociedad perfeccionándose por medio de la imitacion de María.



ARÍA!!! Hé aquí el bello ideal de la humanidad: cuanto más la imitemos, más avanzaremos en la carrera de nuestro perfeccionamiento; así como es más acabada la obra del artista que más se acerca al ideal de la belleza.

María es amada de Dios, venerada de los hombres, servida de los ángeles. El Padre la llama Hija y la envia embajadores angélicos; el Espíritu Santo la llama Esposa y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre y hace su morada de su sacratísimo seno; los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina, los hombres la llaman Señora; nació sin mancha, murió

sin dolor, vivió sin pecado. Fué el verdadero tipo de la mujer perfecta.

María es un modelo perfecto para las vírgenes, porque ella fué Virgen; para las esposas, porque ella fué esposa; para las viudas, porque ella fué viuda; para las hijas, porque ella fué hija; para las madres, porque ella fué Madre. María ha ensalzado todos los estados de la sociedad, ha ennoblecido al hombre y ha engrandecido su poder; y á medida que se moralizan los individuos y se perfeccionan sus ideas, y mejoran sus sentimientos, se introducen en la vida de los pueblos mejoras que afianzan su bienestar y progresos, y cada día se avanza un paso más hácia su perfeccion y felicidad.

La imitacion de Maria es eficacisimo auxilio para el bien.

Á la primera mujer llamaron Eva, que significa *vida*, ó madre de vivientes, no obstante que con su prevaricacion fué la causa de la muerte. Con más razon llamaron á María madre de la vida, puesto que dió á luz á Aquel que devolvió la vida á los hombres todos que habian muerto en Adán.

El ejemplo de Jesucristo nos es ciertamente suficiente siempre que lo sigamos, empero imitando á María en cierto modo,

imitamos á Jesus, porque las virtudes de Jesus resplandecen en María como el sol en un espejo. María en el Calvario fué proclamada Madre de los cristianos, y fué puesta por modelo de ellos. No dudemos de su proteccion si procuramos imitarla. Nadie crea ser su devoto si rehusa seguir sus pisadas. Muchos se engañan á sí mismos, contando con el auxilio de María sólo por rezarle el rosario y otras oraciones, sin procurar tener algunas de sus virtudes. Hastío le causan los suspiros de los que no dejan el mal camino: en vano la invocan los que no quieren apartarse de sus pecados, y continúan manchándose con los vicios.

Poco nos aprovechará la vida del cuerpo, vida ilimitada, fugaz y transitoria, y que conduce á la muerte. Busquemos la vida del alma, así como el alma es la vida del cuerpo.

Sea, pues, la imitacion de María el hilo que nos conduzca al través del laberinto de la vida humana: sea el áncora de la salvacion en el tempestuoso mar de la vida: sea el luminoso faro que nos señale el tranquilo puesto de la eternidad; sea como la luna que, disipando las negras sombras de la noche, alumbra el camino que debemos seguir; sea como la estrella del norte que guía al piloto en todos sus movimientos.

PRÁCTICA.

Bien convencidos de que de nada sirve á un hombre el ganar el mundo, si pierde su alma, para asegurar nuestra salvacion, cada dia haremos piadosamente nuestra oracion de la mañana y de la noche con los actos de las virtudes teologales.

EJEMPLO.


Dice Santo Tomás, que en cualquiera materia que se intente persuadir, mueven más los ejemplos que las palabras. San Gregorio Magno afirma, que nada hay en este mundo que mueva tanto para Dios los corazones de los hombres como los ejemplos de otros hombres, diciendo, que si son de Santos, los mueven á serlo, y si son de pecadores castigados por sus culpas, á escarmentar en cabeza ajena; por esto él usaba de tantos ejemplos. Lo mismo practicaron San Agustín, San Juan Crisóstomo, el V. Beda, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, San Ligorio y todos los varones apostólicos, y hasta el mismo Jesucristo, como se vé en el Santo Evangelio. San Lúcas en el cap. xvii nos hace saber que nuestro divino Maestro en un solo sermón puso tres ejemplos de rigurosos castigos: el diluvio universal, el del fuego y condenacion de Sodoma, y el de la mujer de Lot. En el capítulo anterior, el mismo Evangelista nos habla de cómo Jesucristo habia descrito la muerte de Lázaro y de Epulon, la felicidad despues de la muerte de aquél y la condenacion en el lugar de tormentos de este desgraciado. No sólo se valia de ejemplos,

sino tambien de símiles y de parábolas; por manera que, siempre que les hablaba, usaba de estos medios como los más oportunos para instruir, agradar y mover.

San Luis, rey de Francia, al acostarse, juntando sus hijos, los contaba ejemplos propios para su estado, para que los imitasen; y los escarmientos de aquellos que por su mal proceder se habian perdido, á fin de que los huyesen. Les daba instrucciones cristianas que le habia enseñado su madre la reina doña Blanca, infanta de España, las cuales, San Francisco de Sales encarga mucho á los padres que las lean á sus hijos. He aquí el ejemplo que deben imitar especialmente los superiores, los maestros y los padres de familia.

SÁBADO II

La idea de María acariciada por Dios en la época de la creacion

NTES de la creacion del Universo, la idea de la más perfecta criatura, que debía aparecer en el mundo, preocupaba la eterna mente del Padre. Dios veía ante sí los siglos y los dominaba, como el observador situado en altísima cumbre domina y ve los países á que sus miradas alcanzan. Dios veía de antemano, como si ya existiesen, las tres fases de la historia; el

Universo en la época de la creacion de la humanidad; el Universo en la época de su prevaricacion; el Universo en la época de su redencion.

El objeto predilecto de las miradas de la Trinidad augusta sobre las cosas de la primera época era el hombre, pues siendo imagen de la Divinidad, parece natural que la Divinidad se gozara en el sér hecho para representarle. Pero no se ocultaba á la sabiduría divina que su amor no sería correspondido, que el hombre se haría rebelde.

El objeto predilecto de las miradas divinas sobre las cosas de la época de la prevaricacion eran las virtudes expiatorias, que desvirtuaban, bajo cierto concepto, la idea de la prevaricacion.

La época de la redencion aventajó á las dos anteriores. Para efectuarse, necesitábase una criatura que ofreciera voluntariamente su carne y su sangre para constituir el cuerpo, que unido á la divina persona del Verbo, fuese la víctima sacrificada en aras del bien universal; necesitábase una criatura que aceptase la parte dolorosa del sacrificio prestando la carne para ser inmolada. Tan eminente criatura, fué en idea, desde un principio, objeto especial de las celestes atenciones. El poder, la sabiduría, el amor, reflejaron en ella con generosidad asombrosa sus eminentes cualidades. Dios amaba

todas las cosas, cuya idea desde la eternidad poseía, porque habian de ser cosas buenas; pero la idea de María le era predilecta, porque, su idea era la de la perfeccion. Con razon María es llamada *primogénita entre las criaturas*; es primogénita por el amor, es primogénita por la gracia, lo es por los privilegios que el Supremo Ser la regaló: María tiene el primado del amor, porque el Espíritu Santo, llamándola Esposa desde el principio, derramó en ella la plenitud de la caridad; reúne el principado de la sabiduria, porque el Verbo, llamándola Madre desde el principio, inundó su inteligencia con la luz de la verdad indeficiente; reúne el principado del poder, porque el Padre llamándola su Hija desde el principio, hizo en ella cosas que aparecen grandes aún comparadas con los colosales monumentos de la creacion.

El buen uso de las gracias asegura la salvacion.

María recibió las gracias con que Dios la enriqueció, sirviéndose de ellas para el bien y cooperando al aprovechamiento de su alma. Con la fiel cooperacion creció maravillosamente en la gracia, duplicando sus méritos desde el primer instante de su concepcion hasta su muerte. Nunca resistió á inspiracion alguna; siempre obró conforme á los movimientos de la gracia.

Á nosotros nunca nos falta la gracia;

nosotros somos los que faltamos á ella. Dios habla á nuestro corazon, áun cuando le resistimos. Si practicamos la lectura espiritual, si meditamos, si oímos la palabra divina, si asistimos á la santa misa, si oramos, si contemplamos la creacion, si observamos las miras de la Providencia, ¿cuántas gracias no experimentamos? ¿No es verdad que si nos condenamos no podremos culpar á Dios, sino á nuestra mala voluntad, que casi siempre le resiste?*

Usamos tan mal de las gracias espirituales é interiores, como de las corporales y exteriores. Tenemos cinco sentidos, y les permitimos satisfacciones nocivas: tenemos salud, y la destruimos con nuestros excesos. Tenemos hermosura, y nos aprovechamos de ella para la vanidad: tenemos fuerzas, y las gastamos en frivolidades. Tenemos tiempo, y lo perdemos inútilmente, ó lo disipamos en diversiones pecaminosas.

Terror nos causarán en la hora de la muerte las gracias que hemos despreciado, y quedaremos espantados en el juicio cuando se nos sacará la cuenta de ellas, y se nos echará en cara el poco caso que de ellas hicimos.

No sabiendo de cuál gracia depende nuestra eterna salvacion, tengámoslas todas en grande estima, á fin de que aquella no nos pase desapercibida.

María es llamada Madre de la divina gracia, y no cesará, si la invocamos, de alcanzárnosla de Dios: nosotros mostrémonos fieles á ella.

PRÁCTICA.

Hagamos un momento de reflexiones cristianas, ó una lectura atenta, sirviéndonos del método y de los libros que nos indicará nuestro director.

EJEMPLO.

Lourdes es una pequeña poblacion, situada al pié del Pirineo. Cerca de esta aldea, sobre las riveras del Gave, se encuentra la gruta llamada de *Rocas viejas*.

Antes del 11 de Febrero de 1858, era aquel sitio un lugar desierto y olvidado. En dicho dia, una niña de 14 años de edad, conocida en la aldea por Bernardeta Soubirous, yendo hácia aquel punto con su hermanita y otras niñas á recoger leña, por hacer falta este artículo en la casa de sus pobres padres, tuvo una vision, y sucesivamente otras, hasta el número de 18. En ellas se le mostraba una señora de singular belleza, la que despues de encomendarle algunos encargos, y confiarle tres secretos, á ruegos de la inocente niña declaró ser:

La Inmaculada Concepcion.

En la aparicion del 25 de Febrero, la vision encargó á la niña *bebiese y se lavase en el agua de la fuente*; mas como no hubiese en aquel sitio manantial alguno, la niña quedó perpleja, hasta

que, insistiendo de nuevo en lo ordenado la Señora y señalándole el lugar más árido de la gruta, se puso á arañar el suelo, y al instante una agua milagrosa, llegada de profundidades desconocidas á través de las rocas de mármol y de los espesores de la tierra, principió á manar, y las gentes á acudir en tropel buscando en ella la curacion de sus dolencias; no quedando defraudadas en su esperanza, pues multitud de ellas recobraron instantáneamente la salud; y desde entonces no solo en aquel sitio, sino en todas partes donde ha sido pedida, se han obrado iguales prodigios y gran número de conversiones.

Decia Bernardeta, «que la Virgen que se le manifestaba era admirablemente bella y joven como de 15 á 20 años, graciosa hasta el infinito, con una mirada arrebatadora, y una sonrisa llena de dulzura, y una ternura de madre, con una majestad incomparable.»

Los testigos de los éxtasis de Bernardeta durante las apariciones, llegaron en algunas á diez y hasta veinte mil. (Cartas del Alcalde al Prefecto, fechadas en siete de Abril. *Archivos de la municipalidad de Lourdes*, N.º 86). En el lugar de las apariciones han edificado un bellissimo templo gótico, á donde acuden procesionalmente innumerables romeros.

—

SÁBADO III

Paralelismo entre Eva y María.



AN pronto como nuestros progenitores pecaron, al punto fueron arrojados del paraíso, y experimentaron los terribles efectos de su desobediencia.

Dios dispuso que el ser humano se multiplicase, cual se multiplicaban los demás seres terrestres. Eva no tardó en ser madre; más los dolores que por ello sufrió le recordaron la sentencia fulminada contra su culpa. Caín y Abel fueron sus primeros hijos. Habiendo llegado á la lozanía de sus años, y cuando eran la esperanza y la ayuda de sus padres, el ojo observador de Eva descubrió algo de sombrío en el semblante de Caín, algo de brusco en su trato con su hermano; su presentimiento se realizó, pues el menor cayó bañado en sangre, víctima de la alevosía de su rencoroso hermano. A causa de este asesinato, Dios maldijo á Caín, el cual, con el estigma del réprobo en la frente, se fugó de la casa paterna y anduvo errante y pavoroso, desesperado de encontrar perdon ni en el cielo ni en la tierra. Eva perdió sus dos hijos á la vez....

Despues de algun tiempo, Dios consoló á la primera madre dándole otro hijo, en lugar de Abel, conociendo que seria el tronco de su descendencia. Por esto le dió el nombre de Seth, es decir, origen, fundamento. Efectivamente, de la estirpe de Seth nacieron los grandes Patriarcas de la antigua ley, progenitores del Mesías. Los descendientes de Seth formaron el pueblo de Dios.

Otra Eva y otro Seth aparecieron en el mundo transcurridos que fueron tres mil ochocientos cincuenta y cuatro años desde los primeros. Destinados para raíz de una sucesion más esclarecida que la de Adan, para tronco de la nueva humanidad: á saber, de la humanidad regenerada, de la humanidad reintegrada en sus derechos celestiales, conducida otra vez á sus grandes y gloriosos destinos, á su íntima comunicacion y union con Dios. El Hijo de María es la raíz de una nueva descendencia colmada con las bendiciones del cielo, santa, incontaminada. El es el jefe de un nuevo pueblo de Dios, pueblo especialmente escogido, predilecto entre todas las naciones, objeto singular de las divinas misericordias.

La nueva Eva, que es Madre sin dejar de ser virgen, ha quebrantado la cabeza de la serpiente tentadora, siendo siempre immaculada.

María vió en Jesus á todos los héroes del Cristianismo, á la numerosa pléyade de varones apostólicos, de mártires, de virgenes, de anacoretas, de doctores y defensores de la doctrina de su Hijo. Vió los triunfos de la Iglesia católica; la verdad expurgada de los errores del gentilismo y de los sofismas de la heregía; las costumbres purificadas de la corrupcion, y suavizadas de la barbarie: el culto del Ser Supremo restablecido en todo el mundo, y la fraternidad evangélica formando una sola familia de todos los pueblos, de todas las tribus, de todas las casas. Vió en el cielo ocupadas por millares de bienaventurados las sillas de que fueron arrojados los ángeles insurrectos. Vió á la humanidad regenerada en la tierra y sublimada entre los espíritus celestiales para gozar de Dios eternamente.

La fe es el más firme apoyo del alma.

En todo lo que hizo María se fundó en la fe, sin dudar ni vacilar. La fe la guió siempre, y la sostuvo hasta el pié de la cruz.

Nuestro entendimiento es muy limitado, y aún en lo del mundo deja de comprender cosas muy triviales. Creemos muchas cosas que no comprendemos; pues aún en las cosas naturales son muchas más las que no entendemos, y con todo creemos que son tales como otros nos aseguran.

No tengamos trato familiar con quien contradiga á la fe, porque podría pervertirnos, como un apestado contagia á otros.

Muchas cosas divinas y celestiales sobrepujan la capacidad del hombre. ¿Serían acaso tan altos los misterios de Dios si pudiesen ser comprendidos por el débil entendimiento del hombre?

Así como la ciencia de Dios nunca se equivoca, así su verdad no puede engañarnos cuando nos habla por medio de la revelación.

Si el demonio nos tentare en la fe, no disputemos con él; apoyémonos en la palabra de Dios, y quedaremos en salvo.

Cada artículo de fe firmemente creído bastaría para la conversión del mayor pecador y para la conservación del justo.

El que cree que Dios está presente en todas partes, nada hará que pueda ofenderle.

El que cree que Dios es justo, aborrecerá todo pecado.

El que cree que Dios es misericordioso y bueno, no desesperará; y el que cree que Dios lo sabe todo, nada pensará de malo.

En donde veamos una cosa mala, tengamos por cierto que es por falta de verdadera fe.

Los incrédulos tiemblan, los hombres de fe vencen. Roguemos á Dios que no nos falte la fe.

PRÁCTICA.

Todos los días por la noche, hagamos el examen de conciencia.

EJEMPLO.


En la Saleta la Santísima Virgen se apareció á unos pastorcillos, triste y derramando lágrimas, anunciando que á causa de los crímenes de los hombres ya no podía sostener el brazo justiciero de Dios. En la encantadora gruta de Lourdes apareció risueña, é hizo brotar un manantial de cristalinas aguas, á donde acudieron gente de toda tribu, nacion y lengua para venerar el misterio de la Concepcion Inmaculada de María, y para recobrar la salud del alma y del cuerpo. Con el modesto traje de una aldeana se apareció á Maximino y Melania en la Saleta; una túnica sencilla, un ceñidor y un velo: he aquí las ricas galas con que se ofreció á las miradas de la humilde Bernardeta en Lourdes; y sin embargo de su sencillez, no ha habido, ni habrá jamás reina alguna que la iguale en gloria y majestad. Al presentarse así, sin duda ha querido dar al mundo una lección de que tiene gran necesidad. En todas partes el lujo está de tal modo desenfrenado, que despues de haber dado los más funestos resultados, está próximo á producir una catástrofe. Y mientras se tiene tanto cuidado del cuerpo, que muy luego ha de ser devorado por los gusanos de la tumba, ¿qué se hace por el alma? Para la generalidad de los hombres está completamente olvidada, y si algu-

na de las personas tocadas del amor al lujo se ocupan algún tanto de ella, no cesan, sin embargo, en seguir los caprichos de la moda, y en sacrificar á sus antojos crecidas sumas; dan mal ejemplo al prójimo, privan de muchos consuelos á los pobres, á muchos de los cuales podrian enjugar las lágrimas con el menor de sus dispendios.

No nos dejemos llevar de los ridículos y criminales caprichos de la moda, que tanto ofende á Dios y endurece el corazon del hombre; hagamos un sincero propósito de vestir modestamente, cual á nuestra clase corresponde, y de cubrir los miembros desnudos de Jesucristo en la persona de los pobres, en tanto, por lo menos, como hemos malgastado en las locuras y vanidades del mundo.

SÁBADO IV

Relaciones de Sara con María.

UCEDE á veces que la belleza física aparece en los Santos en todos sus encantos, porque la sencillez, la pureza y el pudor, esas virtudes que residen en el espíritu, se reflejan en el cuerpo, delineando en él rasgos tan indescritibles como preciosos. Tal era Sara, á la que las santas Escrituras nos presentan como tipo

de inocencia, de castidad, de candor, de todas estas virtudes que constituyen el verdadero prestigio de la mujer.

Nació de la raza privilegiada de Sem, ocho siglos antes de la guerra de Troya, poco antes de la época del reinado de Semíramis. Reducida á vivir en países contaminados por la idolatría, resistió siempre el contagio del mal ejemplo.

La Providencia concedió á Sara una de las mejores bendiciones que otorga á una mujer: la dió un buen marido. Desposóse con Abraham, el patriarca de la fé, el padre de los creyentes y modelo de las virtudes domésticas que embalsamaban el aire de la casa en tan feliz matrimonio.

Aunque desposada con Abraham, á quien sus cualidades morales y su posición material concedian un gran prestigio y una grande autoridad; aunque el esposo de Sara era considerado como uno de los hombres más ricos de su tiempo, ella desconoció siempre las exigencias del lujo y la esplendidez del fausto: las sencillas costumbres de la vida patriarcal daban mayor importancia á su hermosura; consagrábase á las tareas domésticas; comprendia perfectamente que un trabajo adaptado á sus cualidades y á sus fuerzas de mujer, léjos de envilecerla, comunicaba mayor agilidad á su cuerpo y mayor fuerza á su espíritu

impidiéndola que pudiese caer en la abyección de la molición.

El poder atractivo de Sara, madre de los creyentes del mundo antiguo, es figura del poder atractivo de María, Madre de los creyentes del mundo cristiano. La castidad, la candidez, la inocencia, la humildad, la hermosura, que constituían el encanto de Sara, no eran sino una pálida imagen de esas cualidades, que gozaban en María de toda la plenitud de su prodigiosa influencia. Sara cautivó la atención de Abraham, de los soberanos en Egipto y de Gerara: María logró atraer sobre sí las miradas del mismo Soberano de los Cielos. Aun hoy la hermosa figura de María es imán que atrae los corazones, hasta los gastados por el cáncer de la incredulidad ó de la indiferencia: aun hoy los genios más gigantescos se acogen al amparo de María, y encuentran en ella el manantial de sus inspiraciones: aun hoy, después de diez y nueve siglos, es considerada María, como lo será siempre, la mejor personificación de la belleza que existe en el universo.

La esperanza consuela en la tristeza.

Así como María nunca se apartó de la fe, tampoco desmayó en la esperanza. Gran parte de su vida se deslizó entre gemidos

y lágrimas; sus días estuvieron llenos de hiel y de amargura, y sus grandes alegrías se mezclaron con grandes tristezas. La esperanza sostuvo siempre su alma, y en medio de su aflicción, la llenó de dulzura.

El que no espera en Dios es infeliz, y se marchita como la flor sin agua, y se seca como la tierra en el estío. Pero el que tiene esperanza de cosa mejor, aun sin consuelos exteriores, fácilmente se recoge, se tranquiliza y confía.

El cristiano espera recibir de Dios todos los bienes después de esta vida, aunque experimente en ella muchas calamidades y miserias.

No pueden turbarnos todos los males de este mundo si esperamos los gozos del cielo, gozos más grandes de lo que el hombre puede comprender, gozos eternos á los cuales no podemos llegar sino por el camino de la tribulación. Todas las tribulaciones de la vida no lograrán oprimirnos si procuramos mantener viva la esperanza de los bienes eternos.

Tentaciones, enfermedades, pobreza, calumnias, desamparo de los hombres y la muerte misma, todo se nos volverá en bien si nos alienta la esperanza del cielo.

Aunque hayamos pecado, confiemos que Dios es misericordioso, con tal que nuestra confianza se funde en una verdadera peni-

tencia, pues la obstinacion en la culpa siempre merece castigo.

Sabemos por experiencia cuán vana es la esperanza que se coloca en el hombre, el cual ó no cumple lo que promete, ó no piensa más en lo que prometió. Esperemos en Dios y obremos el bien y tendremos siempre en nuestra alma consuelo, sostén y tranquilidad.

PRÁCTICA.

Levantemos nuestro corazon á Dios durante el dia y por la noche, si nos despertamos.

EJEMPLO.

La Santísima Virgen en Lourdes quiso enseñar á los hombres que este suelo no es el lugar de su destino, y para ser exaltados en el cielo, es preciso haber sido humildes en la tierra. Bernardeta fué favorecida á causa de su profunda humildad y candor. Esta pobre niña no sabia leer, pero oyó hablar de Jesús y de María, y desde aquel momento les dirigió todas sus afecciones; y para darles una prueba de su amor recitaba con frecuencia y devocion el santo rosario mereciéndola esta práctica de piedad el ridículo de sus compañeras que solian decir: «ésta no sirve más que para rezar.»

La Santísima Virgen invitó desde la gruta de Lourdes á los justos á *rogar por los pecadores*, y á estos á hacer *penitencia*. Tres veces repitió

esta palabra *penitencia* á Bernardeta, por ser necesaria á los pecadores, como tambien lo indicó en la Saleta al quejarse de los pecados que tanto ofenden á Dios.

La Santísima Virgen apareció á Bernardeta llevando un rosario en sus manos del que pendia una cruz de oro, y la dijo: «Yo te prometo el *hacerte dichosa*, más nó en este mundo, sino en el otro.» ¿Qué podia en verdad hallar acá abajo que fuese un presente digno de María? Las cosas que los mundanos desean y estiman tanto no son más que puras vanidades, cuando no funesta ocasion de graves pecados. Prometió la cruz á Bernardeta, y esta pobre niña padeció una terrible asma desde su infancia y sufrió mucho hasta su temprana muerte.

Por el camino de la cruz quiso Jesucristo, primero que nadie, entrar en la gloria, y así la cruz debe hallarse en todas partes en el lugar de honor. Ella ha sido el instrumento de la reconciliacion de Dios con los hombres. Este signo de salud, recuerda mejor que nada á la humanidad culpable el grande amor de Jesús para con ella... ¡Dichosa el alma que se gloria en la cruz, y que la escoge por su única herencia!... Que Jesús crucificado sea nuestra dulzura, nuestro consuelo, nuestra oracion, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra resurreccion.

SABADO V

Jocabed, madre de Moisés, figura de María,
Madre de Jesús.



PARA que los hijos de Israel no se multiplicasen, Faraón dió la bárbara ley de que todo varón que naciere entre los hebreos fuese echado al río, y puso vigilantes que hiciesen cumplir su orden. Entonces el pueblo de Israel gemia expatriado en Egipto. Los hijos del Señor, extenuados por improbas fatigas, reducidos á la más dura esclavitud, revolvíanse en el seno de una miseria extremada. Aquellos hombres, que habian recibido de los Patriarcas el espíritu de dignidad, sentian humillada su frente hasta el negro polvo de la más vil servidumbre. Como escória eran tratados los que constituían el linage bendito del cielo; la raza predilecta, destinada á dar al mundo el Redentor, hallábase supeditada por el despotismo gentil; la semilla preciosa que debia producir el árbol de la regeneracion humana y los frutos de la libertad evangélica, era arrojada con desdén á los muladares de los grandes egipcios.

A la pálida luz del crepúsculo veíanse

cruzar por las solitarias orillas del Nilo con paso incierto algunas pensativas y llorosas mujeres, cargadas de un envoltorio que apretaban vigorosamente contra su corazón como si desearan abrírselo y meter en él la carga de sus brazos. El espíritu de ellas rebosando angustia, no podia contener algunos suspiros. Los suspiros de la madre despertaban al hijo, y entonces el hijo y la madre formaban con su llanto un lúgubre sonido, que con igual melancolía acompañaban las olas del río y el viento del desierto. Entonces eran los penetrantes y ternisimos soliloquios de las desventuradas mujeres: entonces los actos de vacilacion pesarosa, de desesperacion incomprendible ó de resignacion heroica. Unas levantaban al hijo con sus brazos y le dejaban caer en las aguas, mientras otras caían exánimes en las orillas, y otras regresaban á sus hogares llevando á ellos un perpétuo desconsuelo.

Sucedió que Jocabed tuvo escondido su hijo por espacio de tres meses, más no pudiendo ya encubrirle, tomó una cestilla de juncos, y la calafateó con betún y pez, y colocó dentro al niño, y expúsole en un carrizal de la orilla del río, quedándose á lo lejos una hermana suya, para ver el paradero. Cuando he ahí que bajaba la hija de Faraón á lavarse en el río, y sus damas se

paseaban por la orilla, y vieron la cestilla, y destapándola encontraron á un niño que daba vagidos. Compadeciéndose la hija de Faraón, le adoptó por hijo, y púsole por nombre Moisés, que quiere decir: *Del agua le saqué*. Acercándose María hermana del niño, se ofreció diciendo que llamaria una mujer que le criase, y corriendo llamó á su madre. A la cual dijo Thermutis, hija de Faraón: «Toma este niño, y criámelo, que yo te lo pagaré.» Jocabed lo crió, y al cabo de tres años, lo llevó á su protectora, que lo miró como hijo suyo, y lo hizo educar con esmero...

Tambien María recibió en sus entrañas, y vió en sus brazos al que venia para levantar la cautividad impuesta al hombre en el paraíso, á emancipar á los pueblos todos y á todas las generaciones, sustituyendo el espíritu de la esclavitud con el espíritu de una legítima libertad. Mas el legislador nuevo, Jesucristo, como Moisés, legislador antiguo, luego de nacido habia de ser objeto de cruda é incansable persecucion. Sabido es que para no perder el imperio Herodes, inspirado en la tiranía de Faraón dijo: «Todo niño de mi reino, de dos años abajo, sea degollado.» Todos los niños perecieron menos el que el déspota desaba pereciese. No faltó al legislador moderno la solicitud cariñosa de una Madre, directamente instrui-

da por el cielo, ni le faltó un cestillo, ni quien le vigilara: María, la muger del más solícito corazon, la Madre del más tierno amor, fué la que preparó sus brazos, cestillo más bello que los más lozanos juncos del Nilo, y depositó en ellos al niño legislador, y se fué á Egipto, para que el segundo legislador se salvara allí donde se habia salvado el primero; como la madre de Moisés alimentó á su hijo, así alimentó al suyo la Virgen María, y así María, la Madre de Jesucristo en los dias de sobresalto y terror que el degüello de los niños inocentes inspiró al Universo, tenia fijas las miradas en la simpática figura de la madre de Moisés, que con algunos siglos de anterioridad recorrió la senda de aquel dolor, siendo toda su profética personificación.

El amor á Dios es señal de agradecimiento por los beneficios recibidos

Todo el corazon de María estuvo abrasado en amor de Dios, pues le conoció siempre dignísimo de su amor. No pudo morir más que de amor, y así salió dulcemente de este mundo, y no sintió la amargura de la muerte.

¿Qué tenemos fuera de Dios, cuyo amor pueda darnos algun consuelo? Las criaturas todas no pueden saciar nuestro corazon, y así no merecen que las amemos, sino en

cuanto á Dios. Hoy nos divierten, mañana nos prometerán consuelo, y luego nos abandonarán en medio de nuestra tristeza.

Amar á Dios es la mayor felicidad, la mayor grandeza, y los bienaventurados no hacen otra cosa en el cielo. Si amásemos de veras á Dios, poco ó nada nos perturbarían los contratiempos de este mundo, ni nos vencerían las tentaciones.

¿Cómo podremos pagar á Dios los beneficios que nos ha hecho? Amándole.

¡Oh, Dios de mi corazón, y mi porción para siempre! ¿Quién me dará hallarte á Tí solo en mí, y hallarme á mí solo en Tí? ¡Ojalá pudiese amarte más que los querubines y serafines! ¡Oh! ¡concédeme que pueda abrazarme del todo en tu amor como una víctima, porque nada quiero, oh mi Dios, fuera de Tí! ¡Oh Bien sumo! ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Oh Dios! haz que te ame sobre todas las cosas.

PRÁCTICA

Nos levantaremos y acostaremos con modestia, honestidad y silencio.

EJEMPLO

Por amor á María debemos enseñar á los niños la doctrina cristiana, pues de esta enseñanza depende su feliz porvenir. Esto deben hacerlo todos,

especialmente los superiores, los maestros y los padres de familia. San Pedro Mártir, niño aún de siete años, estuvo tan firme en la fé que le habia enseñado el maestro, que no le pudieron pervertir ni sus padres ni su tío, que eran herejes, antes bien sufrió el martirio en su defensa, y antes de espirar quiso escribir con el dedo mojado en su sangre la fé que habia aprendido en la escuela.

SÁBADO VI.

Abigaíl en parangón con María.



o grande y extraordinario tiene su prelude; toda obra maestra del arte tiene su diseño; como en el Antiguo Testamento quiso Dios trazar el boceto de los magníficos cuadros que en el Nuevo habíamos de admirar, por esto entre las mujeres del pueblo hebreo se nos presenta una imagen de la Mujer modelo.

Abigaíl y María, ahí están la figura y la realidad. Aquella con las gracias de su sexo, es una ayuda para su esposo Nabal á quien salva de la muerte. María con su dignidad divina, con su santidad eminente, con su ternura de madre, es el más poderoso auxilio para la humanidad á quien alcanza misericordia y gracia.

Nabal fué ingrato á los servicios de David y le negó las vituallas que le pedia, por lo que David juró castigar severamente la insolencia de Nabal, y mandó á cuatrocientos de los suyos que ciñesen sus espadas, y le siguiesen para vengar con la muerte del desatentado y su familia el atroz insulto que les habia inferido.

Abigail salió al encuentro de David, arrojóse á sus pies, y con palabras llenas de discrecion y con persuasivo acento suplicó que excusase, y le ofreció abundantes provisiones. David se aplacó y llenó de bendiciones á Abigail.

Y María, ¿para quién obtiene el perdón de un Dios justamente indignado? ¡Desgraciada prole de Adán; si no fuesen los buenos oficios de esta divina Abigail! Pero el hombre no comprende toda la trascendencia de la proteccion que le dispensa María. Mientras Abigail estaba impetrando de David el perdón para Nabal, éste se entregaba á los excesos de un opíparo banquete. Al día siguiente, en que habia vuelto en sí de la embriaguez, le contó su esposa lo ocurrido, y él ponderó todo el cariño de su mujer, y toda la gravedad del peligro, en el cual voluntariamente se habia puesto. Cuando el pecador despierta de la embriaguez de los vicios, entonces conoce que debe á María, su salvación, y entonces mide toda la pro-

fundidad del abismo en cuyo borde dormia.

Todo lo debemos á Dios

Todo cuanto tiene lo debe á Dios el hombre, su vida física y su vida moral, sus dones naturales y sus dones adquiridos. ¡Con cuánta razon exclama el Apóstol!: “¡Hombre, qué es lo que puedes llamar tuyo que no hayas recibido!”, Si Dios es Criador de la naturaleza humana: si para pertenecer el individuo á ella, nada ha podido influir ni cooperar por su parte, porque no existía, luego las dotes de naturaleza, por personalísimas que sean, son dones de Dios enteramente gratuitos: el individuo los posee como en calidad de usufructo temporal á voluntad del único y absoluto dueño de todas las cosas. No menos es don gratuito de Dios lo que el hombre adquiere por medio de la actividad de su naturaleza. También ésta la debe á Dios como la existencia y la vida. Y sin vida y sin existencia no se obra, que la nada no puede obrar. Además es expresion del Apóstol que no solamente la existencia y la vida, sí que todo movimiento lo debe el hombre á Dios. Y es lógico, como quiera que el movimiento es un accidente de la vida. Toda operacion, sea física, sea intelectual, no puede el hombre verificarla sin Dios,

sin la eficacia de su concurso, que es libre de retirar cómo y cuándo le plazca.

Imitemos á Maria que todo lo atribuia á Dios todo lo agradecia á Dios, y se consideraba toda de Dios.

PRÁCTICA

Seremos muy exactos en recibir los Sacramentos en las épocas fijadas por nuestro confesor.

EJEMPLO

Jesucristo, como los demás hombres, tiene dos modos de hablar; tiene un lenguaje oral y otro de accion. También Maria nos enseña con la palabra y con el ejemplo.

El viejo Tarquino, rey de Roma, interrogado por su hijo, que habitaba en una ciudad enemiga y se habia granjeado allí las voluntades, acerca de lo que habia de hacer para someterla á aquella capital, llevó al esclavo mensajero al jardín, y allí, sin decir palabra, comenzó á cortar con los golpes de una varita las cabezas de las adormideras ó amapolas, que sobresalian entre las demás. El esclavo volvió á contar al hijo de Tarquino lo que habia hecho su padre, y este lenguaje de accion fué entendido al punto por el hijo, el cual, con sus intrigas y calumnias, hizo que se cortase la cabeza á los ciudadanos principales, y con eso se allanó el camino para la conquista de la ciudad.

Así también cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesus si él era el que habia

de venir ó habia de esperar otro, dice San Lucas (VII. 18) que en la misma hora curó el Señor á muchos de sus enfermedades y llagas, y de los malos espíritus, y restituyó la vista á muchos ciegos, diciendo á los enviados: "Id ahora y contad á Juan lo que habéis visto y oído, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados., Los milagros fueron la respuesta.

Con este lenguaje de accion hablan los superiores y los padres que dan buen ejemplo á los inferiores y á los hijos.

SÁBADO VII.

Paralelo entre **Bethsábé** y **Maria**.



Dios parece que quiso dar á conocer en David lo poco que vale el hombre abandonado á sus propias fuerzas. David, que habia sabido hacerse superior á la prosperidad como al infortunio, vino un momento en que no supo hacerse superior á la tentacion del placer, David, que habia sabido vencer á Goliath, no supo vencer una pasion menguada. Los ócios del palacio fueron el origen de su adulterio. La sensualidad fué el primer eslabón de una cadena

que terminó en un homicidio agravado por la alevosía.

Grande fué su falta; muy grande fué también su arrepentimiento. De su pecho comprimido salieron lastimeros ayes de dolor que resuenan aún hoy al través de tantas generaciones. Los sollozos del pecador arrepentido, los gritos de misericordia, las súplicas de perdón, son aún hoy el eco de las conmovedoras frases con que David lloró su culpa.

Dios realizó en David las amenazas fulminadas por el profeta Nathan; le arrebató el hijo que había tenido por medio del adulterio, permitió que Absalon levantara contra él una mano parricida, y sembró el luto en su morada. David aceptó la expiación como justo castigo de su pecado...

Muerto David, empuñó el cetro de Judá el hijo de Bethsabé, que con su magnificencia y el esplendor de su sabiduría comunicó gran brillo á la corona. Colmó á Bethsabé de tales consideraciones, que al ir ésta á pedirle gracia en favor de Adonías, salió á recibirla en persona, y dispuso que á la derecha de su trono levantasen otro para su madre.

Como madre de Salomon, Bethsabé personifica á María. Si Bethsabé tuvo un hijo que levántó el templo más suntuoso del mundo, María tuvo un Hijo que, como Ver-

bo de Dios, levantó el gran templo de la Iglesia católica; como el hijo de Bethsabé fué venerado por reyes y es aún hoy admirado su saber, el Hijo de María, por su divino saber, por su majestad soberana y por su gloria infinita, es venerado por todos los pueblos y todas las generaciones. Al entrar Bethsabé en la corte de su Hijo Salomon, éste salió á recibirla, y le erigió un trono á su derecha; al entrar María en la corte celestial, su Hijo Jesucristo le envió legiones de Angeles que salieran á recibirla, y hoy se sienta en un trono junto al trono del Eterno.

Ingratitud de la criatura para con el Criador.

El hombre es propiedad de Dios, pues todo lo que tiene lo ha recibido de Dios. Ahora bien, ¿cómo corresponde el hombre á tanta generosidad, á deuda tan inmensa? ¡Ah! Cuando su soberano Bienhechor le pide algo para sí y para los suyos, esto es, para el prójimo, de aquello mismo con que le ha enriquecido, el hombre se lo niega con desdén, puesto que ningún caso hace de la demanda. Aun llega á más su insensatez y su maldad. El hombre se vale de los propios dones que ha recibido de Dios contra tan bondadoso Bienhechor:

del talento, de la hermosura, de las riquezas, de los sentidos de su cuerpo y de las potencias de su alma. Idólatra de sí mismo, la saciedad de sus gustos, la satisfacción de su orgullo, su propia complacencia forman el objeto de sus pensamientos y aspiraciones, de sus desvelos y afanes. Poco le importa que Dios le pida amor para él sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Se desentiende de la voz de su Creador. Egoísta, su bienestar y sus comodidades son su centro. En vano Dios le pide alguna molestia, alguna privación, alguna abstinencia, por su parte en favor del necesitado. Desoye el ruego de su Bienhechor y hasta se atreve quizá á calificarlo de injusto.

Y no obstante, contra tanto desagradecimiento y tanta avilantez, el Omnipotente no descarga todo el furor de su indignación: no acaba con su audaz y rebelde criatura. Es que María intercede, María suplica, María detiene el brazo que vá á vengar tamaños desafueros. La divina Bethsabé implora el perdón para el pecador, y lo alcanza. Lo alcanza, porque empeña delante de Dios su valimiento maternal, y se interesa en favor del hombre su ternura de Madre. Y una Madre como María, ¿qué no hará en beneficio de su hijo, el miserable

hombre? Y un Hijo que es Dios, ¿qué negará á su Madre?

PRÁCTICA.

Huiremos del pecado más que de todo otro mal; con todo, no nos desanimaremos aunque caigamos en faltas.

EJEMPLO.

Si Moisés levantando sus manos al cielo en el desierto, contuvo la ira de Dios irritado contra su pueblo; si Elías hacia bajar á su voluntad lluvias saludables del cielo sobre la tierra; si la sombra sola de san Pedro bastaba para obrar portentos; si ha sido tan grande el poder de los Santos acá en la tierra, ¿cuál será el poder de la Reina de los Santos allá en los cielos?—Oyó Santa Brígida (Revel. s. c. 4) un día que hablando Jesucristo con la Virgen, le decia: pedidme cuanto queráis, porque vuestra petición no puede quedar frustrada.—Santa Gertrudis tuvo revelación de que nos serán concedidas á los pecadores cuantas gracias pidamos á Dios por intercesión de María. Así quiere Jesucristo que veneremos á su divina Madre, que recurramos con la mayor confianza á su protección efficacísima, pues ha depositado en ella la plenitud de todos los bienes á fin de que si algún resto de esperanza, de gracia ó de virtud nos quedan, reconozcamos que todo viene de María.

SÁBADO VIII

Comparacion de **Judit** con **Maria**.



ABUCODONOSOR, arrogante por sus victorias y sus conquistas, y ébrio de gloria por haber humillado todo el poderío de los medos con la derrota de Arfaxad, mandó á Holofernes, caudillo de sus tropas, contra los reinos del Occidente; con un ejército de ciento veinte mil infantes y doce mil saeteros de á caballo, se dirigió el primer capitán de los asirios á cumplir la voluntad de su soberano. Al ímpetu de sus armas cayeron las ciudades más importantes y los castillos hasta entonces inexpugnables de Cilicia, Mesopotamia, Siria, Idumea. Al solo nombre de Holofernes temblaban aterrorizados los moradores de las más remotas comarcas, que se apresuraban á enviarle embajadas pidiéndole paz y ofreciéndole bienes y personas.

Sin embargo, los hijos de Israel se aprestaron para hacer frente y disputar el paso á las huestes asirias engrosadas con la gente aguerrida de los países conquistados. Holofernes movió sus imensas falanges hacia Dothain, y puso sitio á Bethulia, la

última etapa para ir á Jerusalem. Rompió el acueducto que conducía el agua al interior de Bethulia, y colocó numerosos centinelas en los manantiales exteriores inmediatos á ella. Pasaron los días y los habitantes de Bethulia se vieron reducidos al último extremo, y acudieron en tropel al príncipe del pueblo Ozias, clamando por la rendición de la ciudad. Sólo á los consejos, á los ruegos, hasta á las lágrimas de su esforzado jefe se avinieron, al fin, en aguardar cinco días más, por si entre tanto se les enviaba socorro de Jerusalem.

Judith, dama distinguida por sus grandes virtudes supo la desesperada determinación que se había tomado, y habló á dos de los más caracterizados entre los principales del pueblo, afeándoles la falta de confianza en Dios, y exhortándoles á que recurriesen á sus misericordias, les encargó que todos hiciesen oración por ella hasta que regresase....

Bethulia, abismada, hacia cerca de cinco días en la consternación, entonó himnos de júbilo y se entregó al entusiasmo del regocijo. Cuando la desesperación iba ya abatiendo los ánimos de los más intrépidos y confiados, entró Judith por las puertas de la ciudad, regresando del campamento de los sitiadores. El pueblo en masa se agrupó en su rededor, y subiéndose ella

á un lugar eminente, «aquí la tenéis, les dijo, la cabeza de Holofernes, el caudillo del ejercito de los asirios: por mano de una mujer lo ha herido el Señor nuestro Dios.» Holofernes, para obsequiar á la bella Judith, habia ido á encontrarle en su tienda, dió una suntuosa cena á sus más allegados, y en el frenesí del placer se entregó al exceso de la bebida, cual nunca en su vida lo habia hecho. Mientras dormia en su cámara el letárgico sueño de la embriaguez, Judith le cortó la cabeza que presentó en señal de triunfo á sus conciudadanos. «Colgadla, les añadió, sobre nuestros muros, y al despuntar el dia arremeted contra los asirios, que el Señor los quebrantará debajo de vuestros pies.» Así se hizo, y el ejército de Holofernes que se vió sin su jefe que le guiaba en los combates y le conducia á la victoria, se desbandó á la acometida de los hebreos, huyendo despavorido, y abandonando sus tiendas y sus equipajes y sus inmuebles acopios, y cayendo á millares sus soldados al filo de las espadas de los hijos de Israel que salian de todas las poblaciones á perseguirlos.

María, más famosa que la heroína de Bethulia, tambien triunfa de los enemigos de todas las naciones, los enemigos de la verdad, empezando su victoria en el Edén quebrantando la cabeza á la infernal serpiente.

María es la vencedora de las inmensas falanges del Nabucodonosor tartáreo. Por esto San Efren la dice: «Por Vos Virgen Santa, ha resplandecido la cruz en toda la tierra: por Vos, han caido los idolos y se ha propagado la celestial doctrina: por Vos, hemos conocido al Hijo único de Dios, que habeis dado á luz, Nuestro Señor Jesucristo.» Y san Cirilo: «Por Vos, es por quien la Trinidad ha sido glorificada: por Vos, por quien han sido fundadas las iglesias,» llamándola además «antorcha que no puede apagarse nunca, cetro de la fé ortodoxa.»

Y en nuestros dias, ¿no es igualmente la Judith del Nuevo Testamento quien triunfa de los enemigos del pueblo de Dios? La definicion dogmática de su Concepcion Inmaculada ha sido el golpe de gracia para los errores culminantes de nuestro siglo. El racionalismo, la independenciam de la razon, el endiosamiento del hombre, han quedado confundidos con el recuerdo de un pecado de origen y la consiguiente degradacion de la naturaleza humana. Al materialismo con su sensualidad se le combate con la existencia de un espíritu que santo é inmaculdo en su animacion de un cuerpo humano, ha purificado y santificado á éste hasta el punto de que no haya experimentado nunca la menor sombra de impu-

reza. Y contra el indiferentismo religioso se ha proclamado la verdad de la fé y la vitalidad de la Iglesia católica. Digamos, pues, á María con los Padres del Concilio de Efeso: «Tú sola has destruído en el universo mundo todas las herejías.»

La caridad con el prójimo es el mejor indicio de una alma buena.

¿Qué es el hombre sin caridad? Es como una lámpara sin luz, como un cuerpo sin alma, como el día sin sol. ¿Qué sería el mundo sin amor, sino cueva de ladrones llenos de crueldad? En vano creemos amar á Dios sino tenemos amor á nuestro prójimo. Nuestra caridad debe manifestarse para con todos; porque así el rico como el pobre, así el simpático como el antipático, así el amigo como el enemigo, son imágen de Dios.

Si á alguno amamos por sus talentos, por su genio, ó porque nos hizo bien, y no por ser imagen de Dios, no tenemos el verdadero motivo del santo amor. Amar al prójimo en su prosperidad, puede ser un amor sospechoso y mezclarse el propio interés; amarle y ayudarle en su miseria, es un amor desinteresado y de gran mérito delante de Dios. No fundemos nuestro amor en cosa alguna transitoria, pues duraría poco, y el verdadero amor no ha de tener fin.

Lo que queremos para nosotros, esto desearemos también para los demás, y lo que para nosotros no queremos, no lo haremos á otro.

Nunca nos alegremos de que le haya sucedido al prójimo algún mal, ni riarnos si perece, aunque sea nuestro enemigo, porque aun á los enemigos debemos amar como á amigos, si queremos cumplir perfectamente el precepto de la caridad.

El buen cristiano á nadie tiene por enemigo, así como él tampoco de nadie lo es: pues á los que le hacen mal los tiene por amigos que le dan ocasión de padecer algo por Dios.

Nosotros queremos que los otros perdonen al instante las injurias que les hemos hecho, y nunca queremos olvidarnos de las que nos hicieron á nosotros. Fácilmente perdonamos si un buen amigo nuestro nos ofendió en algo, y no queremos oír hablar de perdón si se trata de nuestro adversario. Mientras obremos de un modo tan desigual, no tendremos perfecta caridad.

Imitemos á María que amó á todos, manifestándoles siempre afecto de Madre, y si alguno veía en necesidad, le ayudaba al instante con su caridad; y si materialmente no podía socorrerle, consolábale de palabras y de corazón.

PRÁCTICA.

Si tenemos la desgracia de cometer faltas graves, luego nos excitaremos á la contrición perfecta, y lo más pronto posible recurriremos á la confesión.

EJEMPLO.

Las tres Ordenes franciscanas merecieron la aprobacion de muchos Pontífices y Concilios, y las bendiciones de los pueblos, y semejantes á la semilla de mostaza de que habla el Evangelio, se desarrollaron con estupenda celeridad, y abrigaron con sus ramas las instituciones sociales más importantes, y fueron el contrapeso de las pasiones albigenses y valdenses, y como la levadura que reformó en un corto período la sociedad entera.

No es extraño: Francisco de Asís fué un enviado de Dios, fué singularmente favorecido de María, fué un hombre extraordinario y notable por el ardor de su celo, por el espíritu apostólico, por el génio de santidad, que comprendiendo la intensidad y la extension de los peligros religiosos y sociales, se ofreció á Dios, del que habia recibido la gracia, para levantar un dique á los errores y pasiones desbordadas.

El primer convento está dedicado á Nuestra Señora de los Ángeles, y el mismo Santo fundador mereció por intercesion de María la célebre indulgencia de Porciúncula, y amó el templo de la Porciúncula, cenáculo del que partió la resurreccion de la amortiguada ley del amor.

Es una verdad sabida que el Santo fué muy devoto de María, y que el culto de la *Inmaculada Concepcion* tomó su desarrollo y tuvo su incremento en la triple familia franciscana, aunque desde los tiempos apostólicos encontramos el dogma augusto de María sin pecado celebrado con culto y pompa en Oriente y Occidente; sin embargo, el seráfico P. San Francisco puso su Orden bajo la proteccion de la Inmaculada, y dispuso que cada sábado se celebrase la misa en honra de tan gran misterio; y en cada una de sus iglesias se dedicó un altar á la Concepcion; y el año 1236, en el Capítulo General de Pisa, se ordenó que en todos los conventos de la Orden se solemnizara una festividad tan grande, y los franciscanos tomaron la constante costumbre, en cada uno de sus sermones de hablar de un misterio tan sublime, dando lugar á la controversia y apología, á la literatura y al arte, y pasó á ser dogma del corazon, para serlo despues de la inteligencia. Los franciscanos hacen cuarto voto de defender este misterio. Francisco, Mairone, Alejandro de Ales, Buenaventura Fidenza, Juan Scoto, Sixto IV y Sixto V la defendieron y extendieron, y otros innumerables franciscanos trabajaron por la Inmaculada con la pluma y la palabra.

Sixto V concedió indulgencia plenaria á los que se confesasen y comulgasen el dia de la Inmaculada Concepcion, indulgencia que Leon X hizo extensiva á los que el domingo cuarto de cada mes asistieran á la misa y procesion de la Inmaculada, que se acostumbra hacer en las iglesias de los conventuales: y Clemente XIII la concedió perpétuamente á los fieles, con tal que hubiesen

visitado por una sola vez una iglesia franciscana, durante la novena de dicha fiesta. Clemente XIV, franciscano, compuso un bellissimo himno en honra de la Inmaculada. Pío VII facultó á los franciscanos para cantar la Misa propia de la Concepcion en los 12 sábados anteriores á la fiesta y añadir en el Prefacio: *Et te in Conceptione Inmaculata*. Pío IX, franciscano (por pertenecer á la tercera Orden), rodeado del Episcopado católico que acudió á la ciudad Eterna desde los más remotos países del mundo, en 8 de Diciembre de 1854, definió este dogma de fé. El general de los Menores Observantes, en union del de los Conventuales, del de los Capuchinos y del de la Tercera Orden claustral, fué á postrarse á los pies del Sumo Pontífice, y en el acto de ofrecerle un lirio de plata, símbolo de la Inmaculada Concepcion de María, daba gracias al Pontífice en nombre de todos los franciscanos de las tres Órdenes instituidas por el P. San Francisco, por la honra particular que se hacia á la religion Seráfica definiendo de fé la Inmaculada Concepcion, siendo bajo tal augusto título nuestra Patrona.

SÁBADO IX

Esther considerada como figura de María.



ESTAJERJES, poderoso monarca que reinaba desde la India á la Etiopia sobre ciento veinte y siete provincias, y que hizo tributarias á las más altivas naciones; que en ostentacion de su riqueza y su gloria habia dado por espacio de ciento y ochenta dias, á sus magnates primero, y despues á todo el pueblo de Susa, capital de sus Estados, el más suntuoso banquete; Asuero, que con este nombre le llamaban sus súbditos de Persia, habiendo repudiado á Vasthi, eligió para reina á Esther, sobrina é hija adoptiva de Mardoqueo.

Sobre todos privaba en la córte Amán, soberbio amalecita que locamente engreído por los extraordinarios honores y la íntima confianza que le dispensaba su soberano, exigia se le doblase la rodilla á su entrada y salida por la puerta de palacio. Mardoqueo se resistió siempre á tributar este acto de vasallaje, á quien ni era su señor ni podia merecerle consideracion alguna por pertenecer á la nacion de Agag, con la que el pueblo judío estaba enemistado irrecon-

ciliablemente. Advertido Amán y habiendo observado él mismo lo que atribuyó á desprecio de su persona por parte de un hebreo, herido atrozmente en su orgullo, abrasóse en ira y juró acabar con todos los judíos que vivían en el reino de Asuero. Sugirió al monarca la orden de exterminio, y fijóse el día de la matanza.

Envióse el real decreto á todas las provincias, y los descendientes de Abraham, faltos de valimiento para contrarrestarle, se entregaron al llanto y á la amargura del dolor. Mardoqueo rasgó sus vestiduras y clamó públicamente con el acento de la indignación contra tamaña injusticia y contra el altanero y vengativo Amán. Avistóse con Esther, á quien Asuero había ceñido la corona de reina, ignorando fuese judía, y la intimó la urgencia de que se presentase ante el soberano á demandar justicia para su pueblo.

Vistióse la bella Esther su traje real, y se dirigió servida de dos criadas al consistorio de Asuero, y al llegar á la presencia del monarca, palideció y cayó desfallecida, sabiendo que violaba la ley que imponía sentencia de muerte contra cualquiera, aun cuando fuese la misma reina, que se introdujese en el consistorio del soberano sin haberlo llamado él.

Asuero se sintió conmovido en la fibra

más delicada del amor, y trocada la severidad de su aspecto en apacibilidad y clemencia: «¿Qué tienes, Esther? la dijo cariñosamente; sabes el amor tierno que te profeso: no temas, no morirás: la ley que comprende á todos, no comprende á tí. Acércate, pues, y toca el cetro.» Y alargándose en señal de que para ella quedaba derogada la ley, reanimada Esther, lo besó agradecida y abogó en favor del pueblo judío, y salvó á sus compatriotas, y poco despues logró que Amán fuera conducido al suplicio de la horca y confiscados sus bienes.

Todo esto no es más que una pálida figura de María, abogada de la humanidad, por cuya razón los siglos todos vienen rivalizando en celo y en amor hácia ella. Ni un solo genio cristiano hay que no haya corrido á depositar ante su trono flores vistosísimas para embellecer su diadema. Poco es que se trate de reunir en esa privilegiada criatura la fe de Abraham, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de Jacob, la piedad de David, la ciencia de Salomón, la caridad de Eliseo, el celo de Elías; desaparezca ante ella la prudente Abigail, la esforzada Judith, la intrépida Jael, la valiente Débora, la laboriosa Ruth, la dulce y simpática Esther... Todo es descolorido en comparación de María, quien absorbió y agotó en cierta manera la plenitud de la gracia, todos los tesoros

de virtud, y los carismas todos del amor del Espíritu divino, como dice San Basilio (*in cat. D. Th. in I. Luc.*)

La recta intencion para con Dios, es el remedio más eficaz de hacer buenas las obras.

La intencion es la fisonomia del alma, presentándose delante de Dios segun sea la intencion en sus obras; si es buena, es hermosa su fisonomia; si es mala, es fea y abominable.

La intencion buena, es la que obra por Dios; la mala, obra ó por interés terreno ó por vanagloria. Lo que se comienza con mala intencion, rara vez termina bien. Miramos siempre á Dios, hagámoslo todo por Dios, aun lo más insignificante. Gran cosa será si lo hacemos con buena intencion. No podemos con la buena intencion hacer buena una obra mala, pero la intencion mala destruye el mérito de las obras buenas.

¿Por qué andamos tan cuidadosos para juntar algun caudal en este mundo, y no pensamos en allegar riquezas para la pátria celestial?... Allí gozaremos de todo lo bueno que hayamos obrado en esta vida, porque á la buena obra está asegurada grande recompensa. Lo que Dios nos dará en pago, no se nos quitará en toda la eternidad.

Si solo atendemos al gusto de los hom-

bres y á sus vanas alabanzas, todo lo hacemos á perder, y trabajamos en vano. Nada más insensato que buscar los aplausos de los hombres, que un momento despues se convierten en vituperios.

Imitemos á María, que en todo lo que trató, pensó ó habló durante su vida, todo lo dirigió á la gloria de Dios; por esto entró en los cielos con tan rica cosecha de méritos.

PRÁCTICA.

Traeremos á la memoria, lo más que podamos, que Dios nos vé, que la muerte y el juicio nos aguardan en el momento que menos lo pensemos, y que eternamente nos hallaremos en el cielo ó en el infierno segun nuestras obras.

EJEMPLO.

Antonio de Pádua es uno de aquellos Santos cuyo nombre pasa de generacion en generacion circuido de una aureola de prodigiosa popularidad, que difícilmente alcanzan los héroes puramente terrenos. La primera palabra que su madre hizo oír á Antonio, fué una palabra de fé; enseñándole á elevar sus ojos de ángel hácia aquella Señora á la que el creyente distingue con el título de Reina de los Angeles. El amor á María fué uno de los primeros rasgos que se imprimieron en su alma; razon por la que en esa existencia, tan llena de las más admirables virtudes, se percibe siempre el delicado perfume de la devocion á la

Virgen, la Divina Providencia le concedió un talento propio del destino de que le señalaba: así es que en las chispas de su ingenio, en las manifestaciones de su rara precocidad, sus padres veían el presagio de un brillante porvenir, que les hacia concebir las más halagüeñas esperanzas. A su vasta instrucción, á sus profundos conocimientos añadía su modestia, su recogimiento y una madurez de juicio que no se concibe en su edad sino en aquellos seres superiores que han de representar en la escena del mundo un papel muy importante.

Frisaba en los quince años, cuando para evitar los peligros de que le rodeaba el oropel mundano, resolvió poner su virtud á la sombra de los muros de un convento, prefiriendo al ruido, la soledad; al lujo la pobreza; á la brillantez de un palacio, la oscuridad de una celda. Fué una de las lumbreras más brillantes de la Orden de San Francisco; ocupó las cátedras de teología en Montpellier, en Bolonia y en Pádua; predicó en muchas capitales de Europa admirando y conmoviendo á sus innumerables oyentes; en una palabra, fué un taumaturgo por innumerables prodigios, un Apóstol de la palabra de Dios, un héroe de la sabiduría, de la humildad y de la caridad, un varon insigne en toda la extensión de la palabra, y siempre conservó la devoción á María que su piadosa madre le habia inculcado, y siempre procuró imitar sus virtudes, hasta que murió en la florida edad de treinta y seis años.

SÁBADO X

La Inmaculada Concepcion de Maria.



OMOS hijos de un delincuente; heredamos la desgraciada suerte de nuestro padre Adán. Vástagos de un tronco corrompido llevamos el virus de nuestra naturaleza. El hombre, al transmitir por la reproducción el ser y la vida á su semejante le trasmite á la vez su degradación natural, el pecado de origen, la muerte moral del alma. María engendrada según el orden de la naturaleza humana, por razón de su principio de ser, comun á todos los hombres, quedaba sujeta á la ley del pecado, comun á toda la humanidad. Pero para ella sola dispensó Dios esta ley.

En la engendración de María, dice San Juan Damasceno, la gracia y la naturaleza están como en expectativa. Más esta cede la operación á aquella, y he aquí que al unirse el alma con el cuerpo, esto es, al formarse el ser humano, la gracia santifica aquella unión, y María triunfa de Satanás: con la exención de la culpa en aquel instante huella su cerviz porque rompe su imperio universal sobre todos los hombres al ser engendrados.

Concibe la razon, y comprende toda inteligencia recta, que si la sangre de Jesucristo tiene tanto poder, según se expresa Bossuet, para librarnos del mal, ha de tenerlo tambien para preservarnos de él, y que si á todos los hijos de Adán nos libró de la culpa, á María la preservó de ella. ¿Cómo no habia de ser su Madre la primera criatura redimida, y redimida de un modo especial á los demás, esto es, antes de que la inficionase la culpa, con una redencion preventiva? Todos los Santos Padres enseñan que María, por razon de su maternidad divina, es el sér más inmediato en perfeccion á Dios, y superior á todos los demás séres, áun los más privilegiados. Pues bien, esta inmediacion y esta superioridad la vemos tambien en su Concepcion. Bajo dos aspectos debemos considerar la derogacion de la ley del pecado en la generacion de un ser humano. Bajo el aspecto de la supresion de la causa de la trasmision de la culpa, suponiendo una concepcion pura en sus autores, y por consiguiente, en el fruto, y bajo el aspecto de la supresion del efecto, ó sea dejando que en sus autores corra la concepcion la ley común, pero deteniéndola en su efecto para que no alcance al fruto.

La primera concepcion fué la del Dios-Hombre, engendrado en un seno virginal:

por esto fué *divina*. La segunda fué la de María, concebida naturalmente al igual de los demás hombres, pero sin contraer ella el pecado: por esto la llamamos concepcion *inmaculada*. Aquí está la inferioridad, mas al propio tiempo inmediacion de María á Dios. Veamos su superioridad, á las criaturas más distinguidas. Jeremías y el Bautista son santificados en las entrañas de sus madres; pero despues de haber sido generados en la culpa; María es santificada en su misma concepcion.

La humildad es el fundamento de la santidad

Dios abate á los soberbios y ensalza á los humildes. No podemos caer en mayor locura que envaneciéndonos de cosas que no son nuestras. Cada vez que recordemos los dones que recibimos de Dios, despreciemos la vanagloria y la soberbia. Pensemos siempre de dónde la recibimos, y qué cuenta rigurosa tendremos que dar de su uso bueno ó malo.

No pensemos en lo que tenemos de bueno, sino en el modo como de ello hemos de servirnos para agradar á Dios. ¿De qué nos sirve tener buen entendimiento, hermosura corporal ó excelentes cualidades, si de ellas nos valemos para el mal? ¡Cuán-

tos se servirían mejor que nosotros de todo esto, si por ventura lo poseyesen!

Las grandes cualidades no salvan, sino que condenan si se hacen servir en menosprecio del Criador, ó si se dejan de aprovechar por negligencia. No despreciamos, pues, á quienes no tengan tan buenas cualidades como nosotros.

El hombre sencillo y rudo, pero piadoso, agrada más á Dios y será más grande en el cielo que los sabios del mundo que, sabiendo como han de vivir, viven de otra manera, y se muestran orgullosos por sus talentos.

Sin humildad, ni agradaremos á Dios ni á los hombres. Pensemos un poco en nuestras miserias, y al instante caerá como el plomo toda nuestra vanidad.

Nunca nos juzguemos mejores que otros, pues no sabemos si delante de Dios son mejores que nosotros. Ni aún a los pecadores públicos hemos de despreciar. ¿Quién sabe si con el tiempo irán aún delante de nosotros en el reino de los cielos?

Nécia es la ambición del que desea colocarse en el puesto al que no llama Dios, sino la propia voluntad. No seremos felices si queremos adelantarnos á todo, según nuestro deseo, sin aguardar que Dios á su debido tiempo nos llame. Experimentaremos adversidades sin número en el puesto

ó dignidad que nos hayamos procurado con engaños, hipocresías ó ambición. Viviremos siempre amenazados de próxima ruina, aunque hasta la muerte nos veamos colocados sobre todos los demás. Experimentaremos un juicio horrendo, y nuestro orgulloso cadáver será pisoteado por aquellos á quienes despreciamos.

No toda humildad es virtud, pues algunas veces es refinada hipocresía, porque hay algunos que exteriormente se humillan y en su interior se ensalzan sobre todos los demás. ¿De qué nos ensoberbecemos nosotros, que vivimos hoy, y mañana tal vez estaremos cubiertos de podredumbre, y roídos de gusanos en la sepultura? Nadie pensó en nosotros antes que existiésemos, y después de nuestra muerte seremos en este mundo como si no hubiésemos existido.

Pongamos toda nuestra gloria en la humildad, si queremos imitar á María. Tanto como fué sobre las estrellas exaltada, otro tanto se humilló. Los dones y gracias de que la adornó Dios para ser Madre de su Hijo, la tuvieron siempre como hundida en un abismo de humildad. Porque sabia muy bien que todo lo habia recibido de la mano de Dios, por esto el espíritu perverso de la soberbia no dañó su corazón, sino que la exaltó el pensar bajamente de sí misma.

PRÁCTICA

Procuraremos tener siempre á sólo Dios para testigo, á Jesucristo para modelo; á san José y demás Santos para ayudarnos, y á nosotros para víctimas.

EJEMPLO

Uno de los teólogos más eminentes, uno de los filósofos más profundos de la Orden franciscana fué sin duda Juan Escoto, llamado el *Doctor sutil*. Á pesar de que vivió tan pocos años, enseñó las matemáticas en la universidad de Oxfort con un éxito brillante. En París desplegó su talento, en la exposición de sus doctrinas filosóficas y teológicas. En Colonia y en todas partes defendía admirablemente la Inmaculada Concepcion de Maria. Una de las disputas sobre la Inmaculada Concepcion fué presidida por los legados del Papa, y era ordenada por Benedicto XI, italiano y dominico, y Escoto la sostuvo por indicacion de su General, el P. Gonzalo de Valbuena, español. Á tan imponente disputa, en que debían argumentar contra Escoto unos doscientos teólogos, el Doctor de Maria se presentó hermoso como un ángel, siendo clamado por un pueblo inmenso. *¡Este es! ¡la victoria es suya; la misma Virgen se lo ha asegurado ya!* Y contaban unos á otros que al pasar Escoto por delante de una imágen de Maria, que no estaba lejos de la Universidad, y al saludarle con aquellas palabras: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos:* la santa Imágen habia inclinado la cabeza, dándole

á entender que le seria propicia en el Certámen. Y de tal suerte le fué favorable, que á todos les hizo aceptar su inspirada doctrina. El hecho ocurrido en París en 1304, fué público y solemne. Ya antes, cuando aún no le conocian, disputando sobre esta cuestion en un colegio de París, Escoto habia de tal suerte confundido á su adversario, que uno de los doctores presentes exclamó: “Ó tú eres un ángel del cielo, ó un demonio del infierno, ó Escoto de Dunston.,,”

El dia del triunfo amaneció en el horizonte, Oxford, con todos sus sabios, escuchó con asombro la voz victoriosa del célebre Escoto: París, y su renombrada Universidad, oyeron los convincentes argumentos de ese genio prodigioso: Roma, en la persona de sus delegados, quedó convencida ante los irresistibles argumentos del humilde hijo de San Francisco; todo el mundo sabio rindió un justo homenaje á la prevision, claridad y destreza con que desmenuzaba todas las dificultades, presentaba las pruebas y esclarecia los puntos más difíciles. Y ¡portento iuaudito! universal fué el convencimiento, idéntica la opinion, uniforme la consecuencia, una sola la voz que donde quiera se oía: ¡Gloria eterna á Maria Inmaculada! Cual rápido meteoro, este grito se propagó instantáneamente en todo el orbe católico, y vibró dulcemente en todos los corazones. Las Universidades aceptaron unánimemente la doctrina de la Concepcion Inmaculada, y acordaron no conferir sus grados académicos sin el prévio juramento de defenderla; las órdenes monásticas rivalizaron en fervor en celebrar sus festividades; los monarcas se hicieron un deber de promover la devocion á

este misterio en sus Estados; los Pontífices la confirmaron en sus decretos apostólicos; las plumas más elocuentes se emplearon en ensalzar ese insigne privilegio; la poesía se entusiasmó al cantar la pureza de la bella azucena de los campos, y todo el mundo ha recibido con alegría la definición dogmática de este misterio.

SABADO XI.

Nacimiento de la Virgen.



El primer rayo de esperanza que brilló al través de las oscuridades del paraíso perdido, fué la promesa de una mujer que subyugaría al enemigo de la humana prosperidad; aquella esperanza fué la estrella que precedió constantemente la marcha de las generaciones por el camino del bien; en el desarrollo de la misma esperanza consistió la historia de los creyentes en la antigüedad. Las generaciones consideraron á María como aurora del pleno día de la libertad y de la gracia. Su cuna, mecióse dulcemente impulsada por el remozado espíritu de los Patriarcas y Profetas, de los Jueces y de los Reyes, que habían servido al Señor al través de la expatriación del paraíso, de la catástrofe del di-

ludio, de la esclavitud del Egipto, del cautiverio de Babilonia y de las persecuciones gentílicas.

Nació María, y ya al nacer los celestes coros descubrieron su especial semejanza con la Divinidad; viéronla, y la saludaron *llena de gracia*, pues prescindiendo de la que sin medida había derramado en su alma el Espíritu Santo, las gracias de la naturaleza se concentraban en el dorado de sus cabellos, en el azul de sus ojos, en la nieve de su frente, en las rosas de sus labios, en una palabra, todas las bellezas y hermosuras, toda la santidad y toda la gloria de los personajes antiguos, se reflejaron en su rostro; espejo de su alma, y en su alma, espejo de la majestad de Dios.

Natural es que del alborozo de los ángeles y de la complacencia de la Divinidad, viendo nacida la que tan interesante parte había de tomar en los eternos designios, participaran los Patriarcas que la engendraron, los Profetas que la describieron, los justos que la glorificaron, y las generaciones expectantes de la tierra y del limbo que la deseaban y esperaban. Tal fué la gloria que inundó la cuna de la Niña de Nazareth; la Iglesia cada año fija en su recuerdo las maternales miradas, y repite este canto: "Tu nacimiento, ¡oh Virgen Madre de Dios! es el anuncio del gozo más completo para to-

do el Universo, puesto que tú eres la auro-
ra de quien debe nacer el Sol de Justicia,
Jesucristo, el cual, rompiendo el fatal decre-
to de maldición que pesaba sobre la huma-
nidad, la ha colmado de bendiciones, y ahe-
rrojando á la muerte, nos ha dado la eterna
vida. (*Eccles. in off. huj f est.*),,

**En Maria se hallan vinculados los desti-
nos de la humanidad**

La Natividad de María fué el comple-
mento, la realizacion de los altísimos desig-
nios de Dios sobre el hombre y de las espe-
ranzas del hombre en Dios. Vino á enjugar
todas las lágrimas del triste mortal, á cal-
mar todos los pesares, á remediar todas las
miserias, á cicatrizar todas las llagas con el
bálsamo de la misericordia, y á secar para
siempre la fuente envenenada de todos los
infortunios que tan intolerable hacian la
existencia humana en un suelo maldecido
por la cólera celestial.

Aprovechemos los frutos de tan fausto
acontecimiento. Si alejados de la pátria ce-
lestial lloramos cautivos en esta tierra de
destierro; si errantes, y sin norte en el bo-
rrascoso mar de las pasiones hemos perdido
el rumbo y zozobramos entre los escollos
del vicio; si ciegos por el error tropezamos
en el camino del bien y nos extraviarnos con
frecuencia en los precipicios de la culpa,

María, que aparece en el horizonte como un
nuevo astro, como la aurora brillante de la
gracia, disipará las tinieblas que ofuscan
nuestra inteligencia, triunfará de los obs-
táculos que la virtud hallare en nuestro cora-
zon, nos restituirá la esperanza perdida, nos
devolverá la fortaleza y el valor, nos inspi-
rará el deseo eficaz de nuestra salvacion, y
nos ayudará á conseguirla con su interce-
sion poderosa. Ella que, al dejarse ver en
este suelo, hizo estremecer los abismos, pu-
so en alarma los poderes infernales, obró
la más completa transformacion en las ideas
de la humanidad, y andando el tiempo con-
movió los cimientos de la idolatría, despe-
dazó los pedestales de mármol de las falsas
divinidades, y persiguió el error hasta en
sus últimos atrincheramientos, y arrolló la
herejía, y confundió la incredulidad, y triun-
fó del orgulloso racionalismo, ella conti-
nuará siendo nuestro apoyo, nuestro auxi-
lio, nuestro recurso, nuestra esperanza y
nuestra providencia.

PRÁCTICA

Si es posible, nada haremos, ni diremos, ni pen-
saremos, que no sea honroso y en utilidad de nues-
tro prójimo.

EJEMPLO

El P. Nicolás Zucchi nació en la ciudad de Parma, de padres nobles y tan piadosos, que de ocho hijos que tuvieron consagraron al Señor siete en el estado religioso, todos dignos de honrosa memoria; aunque el P. Nicolás fué el más privilegiado por los dones extraordinarios que le concedió Nuestro Señor.

Sobre todos ellos descollaba en Nicolás, desde sus más tiernos años, *la devoción á la Santísima Virgen*; pero tan fervorosa y extraordinaria, que siendo de sólo doce años, escribió con sangre sacada de sus venas una escritura ó pacto perpétuo de consagración y entera donación de sí mismo á Nuestra Señora. Y es, según se cree la oración: *¡Oh Señora mía, etc!* (1) Aceptó María Inmaculada la sencilla y cordial oferta del niño, y después lo atestiguó él mismo, siendo ya sacerdote y religioso, por estas palabras: *confieso que soy deudor á la Virgen María, á quien me ofrecí desde la infancia, de la gracia de no haber sido jamás manchada mi alma con ningún pecado deshonesto*. A los diez y seis años de edad abrazó el estado monástico, y confesaba que esta gracia incomparable la debía á la Santísima Virgen.

Concluidos los estudios le destinaron á enseñar filosofía y teología. El cargo de la enseñanza, á pesar del esmero con que atendía al aprovechamiento de sus discípulos, no era bastante campo para ocupar su celo. Así es que siempre sabía en-

(1) Esta oración se halla al principio de esta obrita.

contrar tiempo para visitar á los presos y á los enfermos del hospital, y, sobre todo, para enseñar la doctrina á los niños en las calles y plazas.


No concedía á su cuerpo más de cuatro horas de sueño, sometiéndole á muchas austeridades muy sensibles y penosas, macerándole con cilicios, disciplinas y cadenas, armadas de puntas de hierro. Sufrió pacientemente los tremendos dolores de la gota, parecía milagro que se mantuviese con tan poco alimento, pues su vida parecía un continuo ayuno, á pesar de sus fuertes é incesantes trabajos.

El deseo del martirio le impulsó á pretender que le enviasen á las Indias, pero los superiores le destinaron á Roma, en donde predicaba con una elocuencia irresistible, sin tener que estudiar ni hacer antes ninguna especie de preparación, y por espacio de muchos años predicó más de treinta y cuatro veces á la semana; no solo á gente rústica, sino también á sacerdotes y religiosos, á nobles y literatos; oyéndole con gusto y admiración los Cardenales y hasta el Sumo Pontífice Alejandro VII, de quien fué predicador. Atribuía á la intercesión de la Santísima Virgen este don de Dios, como lo declaró al Superior en estos términos: *María Santísima me tiene dicho: No confíes en ti nada absolutamente. Pon en Dios toda tu confianza. Cuando tuvieres tiempo, prepárate como si el feliz éxito dependiese únicamente de ti, y yo te prometo que jamás te faltará el auxilio divino*. Dijo el mismo Padre que el Señor le había dicho: *Yo te doy palabra de que cuando estuvieres en el púlpito, no te faltarán nunca las palabras, siempre que antes de subir reces un Ave*

Maria. Además de estos dones de Dios, tenía otros muchos, pero particularmente el de la oración altísima, y el de conocer claramente los corazones. Por esto era amado y venerado de toda la ciudad de Roma, que lloró su muerte, acaecida el 21 de Mayo de 1670, siendo á la sazón de ochenta y cuatro años, y en seguida el Señor honró á su siervo con muchos milagros, que obró en su sepulcro.

SABADO XII

El dulce nombre de *Maria.*

 AY un nombre que hace más de diez y nueve siglos viene produciendo en todo el orbe sentimientos de admiración, ideas de grandeza, afectos sublimes, tiernas reminiscencias, dulces esperanzas, consuelos indefinibles; nombre augusto por lo que significa, inefable por lo que representa, sin segundo por los hechos que á él están ligados, incomparable por la influencia benéfica que viene ejerciendo en los humanos destinos, y de una celebridad tan justa, tan universal, que ha pasado á todos los climas, ha atravesado todas las revoluciones, ha invadido todos los imperios, ha salvado todas las edades, y creciendo siempre en simpatía y en atrac-

tivo, ha conquistado los corazones todos, se ha hecho dueño de todas las almas sensibles, vibra fuertemente en todos los pechos cristianos, y ha conquistado una popularidad inmensa en todos los países, y resuena en todos los idiomas conocidos, y ha inspirado las sublimes concepciones de la poesía, y ha dado vigor y realce al genio, y ha prestado encantos y armonia á la música. *¡María!* Hé aquí el nombre más dulce y bello que han repetido labios humanos. *¡María!* Tal es el nombre que en el Cristianismo, despues del de Jesús, reúne más magnificencias, envuelve grandezas más positivas, mayores glorias, y realiza beneficios de más valia. *¡María!* que quiere decir *Señora del mundo, ó Estrella de los mares*, pues ambas acepciones tiene en las lenguas siríaca y hebrea; ese nombre encantador obra lo que significa, realiza lo que recuerda y está verificando lo que simboliza; no sin una admirable providencia fué impuesto á la futura Madre del Salvador del mundo á los ocho dias de nacer, es el objeto de mayor regocijo para el cielo, el símbolo de la más dulce confianza en la tierra, el eco más aterrador para el infierno, la expresión de mayor entusiasmo para los ángeles, y el sonido más grato para los oídos del hombre.

Vanidad de nuestro nombre.

Con razon dice un gran pensador moderno, que la celebridad de ciertos nombres que los anales de la historia antigua han trasmitido de generacion en generacion y de siglo en siglo, no representa, en último análisis, más que el orgullo divinizado despues de la tumba, ó la fastuosa arrogancia de los mortales, aspirando á ocultar su pequeñez bajo las prestadas exterioridades de un brillo deslumbrador, que fácilmente desaparece cuando se estudian los hechos á la luz de la fé y de la razon ilustrada del Cristianismo. Pocos son los que en mayor ó menor escala no abriguen la pretension de inmortalizar su memoria, legando á las futuras edades algun hecho digno de ser recordado con entusiasmo. Con este fin trabaja el literato dia y noche, prolongando sus estudios y sus vigilias; con igual objeto se desvela el hombre de estado, multiplicando sistemas y combinaciones de gobierno; con idéntico propósito menosprecia el guerrero los peligros y hace prodigios de valor en los campos de batalla. Y hasta el modesto artista encerrado en su taller, sueña un invento que pueda conquistarle gloria y renombre despues que la muerte haya borrado la última huella de su existen-

cia. Sin embargo, en medio de esa aspiracion incesante del hombre á sobrevivir á su propia disolucion, ¡cuán pocos son los que consiguen una justa celebridad! ¡cuán escasos los que logran transmitir un nombre puro y digno y una reputacion sin tacha! ¡cuán contados los que al lado de sus virtudes bacen brillar algun hecho beneficioso para la humanidad! Frecuentemente los vicios vienen á empañar el falso vislumbre de unas acciones heróicas, ó el borron de la sangre mancha los laureles del vencedor, ó las lágrimas de las víctimas convierten en objeto de maldicion y anatema lo que hubiera sido un título glorioso de triunfo y de inmortalidad.

Apartemos nuestra vista de unos nombres que sólo despiertan ideas de pesar ó de afliccion, para saludar el augusto y adorable nombre de María, nombre dulce al corazon, dulce á los labios de quien lo pronuncia, no menos que la suave brisa de la mañana que al despertar la aurora alegra la naturaleza y vivifica toda la creacion; fecundo como el rocío que refresca las plantas agostadas y hace reverdecer los campos sedientes, grato como el murmullo del manso arroyo que, brotando de la montaña, se desliza entre la yerva para llevar la abundancia á los surcos estériles; tierno como el canto del ave que, al salir el sol, cele-

bra con sus trinos las magnificencias del Criador. Nombre verdaderamente consolador, como la áncora de nuestra salvacion, como la estrella de nuestra peregrinacion, como el norte fijo de nuestra navegacion por entre el borrascoso mar de este siglo.

PRACTICA.

Hoy recibiremos la sagrada Comunión, y no pudiendo, haremos tres comuniones espirituales.

EJEMPLO.

La historia está llena de las glorias de María, en la cual hallaron amparo y proteccion cuantos con fé y esperanza confiaron á ella sus empresas y sus destinos. Recuérdese lo que la Grecia y el Oriente todo debieron en tiempos antiguos á su afectuosa confianza en la proteccion de María. Por ella Europa no gime hoy dia bajo la cimitarra musulmana, ni es víctima del brutal despotismo que pesa sobre esos países, cuna en otro tiempo de la civilizacion y de las artes. Buen testigo de esa proteccion fué, entre otras, Viena de Austria en aquella célebre jornada que dió ocasion á que el papa Inocencio XI instituyese la festividad del Dulce Nombre de María. Sitiada por un ejército de tártaros que llevaban por doquiera la desolacion y el exterminio, ningún recurso en lo humano quedaba ya á aquella ciudad para resistir á enemigos tan invencibles. Todos sus habitantes se disponian á recibir el yugo del tirano y á ser víctimas de su ferocidad.

Los insultos de los sitiadores hacian más amarga y sensible la situacion de los sitiados. Sólo restaba el golpe decisivo, y Viena dejaba de existir como pueblo libre, y Austria era presa de los turcos y por consiguiente, una vez dueños de ese país, poco ó nada les hubiera costado dominar el resto de la Europa. Pero el nombre de María resuena repentinamente dentro de aquellos muros; su eco se repite en todas direcciones, é infunde en los ánimos un aliento sobrenatural. Aquel grito marcial despierta en los corazones abatidos una confianza ilimitada, y los inflama en ardor guerrero. Llenos de entusiasmo entran á la carga invocando á María; y á ese nombre de victoria, el espanto se introduce en las huestes musulmanas; su antiguo valor truécase en cobardia; sus pasados insultos ceden el lugar al desaliento; huyen precipitados en tanto que los cristianos los persiguen sin descanso; los que no caen bajo el golpe del acero, son reducidos á innoble servidumbre; el Cristianismo vence, la civilizacion se salva, Europa queda libre de aquella raza infiel y bárbara; y en todos los ámbitos del orbe se oye un himno de triunfo que celebra las magnificencias del nombre de María, quien desde entonces comenzó á llamarse *Auxilio de los cristianos*.

SÁBADO XIII

Presentacion de la Virgen en el templo.



PROTEGIDA la Virgen por los cuidados de sus ancianos padres Joaquín y Ana, tenia ya cumplidos los tres años de su edad, y revelaba una plenitud de razon, una madurez de juicio y unas dotes espirituales superiores á todo encarecimiento. Sus padres creyeron poder realizar su propósito de ofrecerla al supremo Jehová, dejándola temporalmente en el templo consagrado á la verdad y á la oracion. Verdad es que el voto que habia hecho Ana, y ratificado Joaquín, de presentar á Dios y dedicar al servicio del templo á la niña que despues de veinte años de esterilidad le concediera el que todo lo puede, fué muy penoso para sus corazones, teniendo que separarse del único fruto de su castísimo matrimonio, que formaba el objeto de todas sus complacencias, y era el imán que atraia todo su paternal cariño. Pero así el sacrificio crecia en mérito y aceptacion á la presencia de Dios, cuyos designios, por otra parte, quedaban realizados educándose en el templo y nutriéndose en la contempla-

cion de las bellezas celestiales, la que estaba destinada para santuario del Espiritu Santo y tipo de la perfeccion evangélica.

Era la estacion de las lluvias, y empezaba el invierno á blanquear con su manto de nieve las más empinadas montañas de la Galilea, cuando Joaquín y Ana dejaron su casa de Nazareth para dirigirse á Jerusalén á cumplir la promesa que habian hecho al Dios de sus padres. Llegados á la ciudad santa y reunidos los parientes que tenían allí en el dia determinado, dióse principio á la ceremonia con el sacrificio que mandaba la ley. Atravesado que hubo la comitiva el patio exterior del templo, y al hallarse María en el peldaño inferior de los quince de que constaba la escalera que habia en el patio de las mujeres, se desprendió suavemente de la mano de su madre, y subió sola y presurosa hasta donde la aguardaba el sacerdote, manifestando de este modo la espontaneidad con que se ofrecia á Dios. En nombre de éste la recibió el sacerdote, y lo que en aquel momento pasó de completa y perpétua consagracion al Señor en la purísima alma de María, no puede expresarse con palabras.

Sabido es que la estancia, la educacion y crianza de las jóvenes á la sombra de los lugares dedicados á la Divinidad, eran comunes, no solo en el pueblo de Dios, sino

hasta en los mismos gentiles. La morada de sus ídolos era en la Roma pagana la morada de sus vestales. Respecto de la nacion judía, admitiase para vivir en las habitaciones ó dependencias del templo de Jerusalén, las jóvenes hasta la edad en que tomaban estado, como lo afirma, entre otros, Josefo, erudito historiador hebreo.

Amor al silencio

La lengua, dice el apóstol Santiago, es un pequeño miembro, ¡pero qué universalidad de males no produce! Es un fuego, que el infierno atiza, y que ligero en apariencia, causa en realidad un voraz incendio que reduce á cenizas los más frondosos bosques. Es además tan difícil de gobernar, según la expresion del mismo Apóstol, que el hombre que por medio de un freno consigue manejar el vigoroso caballo, no siempre consigue gobernar su lengua. La moderacion, ó el buen uso de la lengua es muy difícil, si no somos afectos al silencio. La virtud del silencio es de tal importancia, que su misma apariencia pertenece á uno de los más felices efectos de la política. La reina Enriqueta de Inglaterra, según lo manifiesta Bossuet en su oracion fúnebre, decia: “que un soberano debe guardar el secreto como un confesor.”, Es del más alto interés aprender de María esta importante ciencia, para

formarnos sobre este santo modelo. El silencio nace de la vida interior, que es donde se forma; pudiendo acostumbrarse á él por el recogimiento, y por la memoria de la presencia de Dios; y así como de una mina de oro no se saca más que metal de la misma especie, de un campo fértil y bien cultivado, más que mieses abundantes; del mismo modo de un corazón lleno de amor de Dios, de una alma bien dispuesta, no nacen más que obras de salvacion y santidad.

San Bernardino, para darnos una idea de la santidad de las palabras de María, cita siete, todas llenas de sabiduria, y que eran, ó efecto de su celo, ó de su caridad.

La virtud del silencio entra de tal modo en el plan de la salvacion y perfeccion, que sin ella el hombre no podría conseguir tan importante objeto.

PRÁCTICA.

Visitaremos al Santísimo Sacramento y rogarémos por el triunfo de la Iglesia.

EJEMPLO.

En todas épocas y en todos los países del mundo se ha mirado á María como la protectora más benéfica y poderosa, pues de ella dependen los gloriosos destinos de los pueblos. ¿A quién sino á María se debe la célebre jornada de Lepanto, la

accion más gloriosa que vieron los siglos y la que decidió para siempre la decadencia de los moros, puesto que allí quedó reducido á la impotencia su orgullo y poderío? ¿Quién sino María robusteció los pechos de los españoles, para sostener durante ochocientos años contra la infiel morisma aquella lucha tenaz y porfiada que ha pasado á la historia como un monumento de valor y heroísmo nunca vistos? Desde Covadonga, donde surgió el primer grito de libertad hasta Granada, donde terminó la opresion, ¿quién si no María presidió á todos los prodigios de valor que inmortalizaron su memoria? A María invocaban los hijos de Pelayo cuando salian de un rincon oscuro de Asturias para reconquistar las glorias de su patria, perdidas en las márgenes del Guadalete. María era el eco de triunfo de los bravos en las Navas, Alarcos, Sevilla y en mil otros teatros de sus proezas, donde el pabellon español oscureció las glorias del poder más colosal que jamás se presentó al combate.

Sin número, como las estrellas del cielo y las arenas del mar, son los beneficios de alma y cuerpo dispensados por María. Díganlo los mil y mil santuarios levantados en su honor por todos los ángulos del Universo, donde incesantemente resuenan cánticos de gratitud y amor. Dígalo el manantial de purísimas aguas que al simple querer de María brotó de las rocas de Lourdes; contemos á las generaciones venideras los tullidos, cojos, sordos y ciegos que salieron recobrados de sus miembros y sentidos; y lo que vale más que todo esto, regenerados en sus almas.

SÁBADO XIV

San Joaquin antes de morir bendice á María.



JOAQUIN y Ana habíanse vuelto á su casa de Nazareth despues de haber dejado en el templo á su preciosa Hija: con frecuencia pensaban en ella, hablaban de ella, con ternura, se renovaban las ansias de verla, y con el más cariñoso afan iban á visitarla en los tiempos señalados. Con objeto de que las visitas pudiesen ser más frecuentes, y adelantando la ancianidad de los santos consortes, trasladaron su domicilio á Jerusalén. Así tenian más cerca á la Hija querida, y á todas horas podian enterarse de su salud y bienestar.

¡Y qué inefable fruicion habia de ser la de Joaquin y Ana, y cuán fervorosas acciones de gracias tributaban al Señor al saber cada dia satisfactorias noticias de su Hija, al verla á menudo, al oir de boca de los sacerdotes, á cuya custodia habianla confiado, la opinion que tenian formada de sus sobrehumanas virtudes, de su santidad excelsa! Ellos, los más ancianos ejemplares en el ministerio se complacian en confesar que no pasaban jamás cerca de la extraordinaria

Niña sin bendecirla, y que la consideraban como el más preciado ornamento de la santa casa. Ellos, encanecidos en el servicio del Altísimo, y acostumbrados á contemplar en los libros santos modelos, reconocian la superioridad de esta doncella sobre todos los justos é insignes Patriarcas y Profetas que por sus eminentes virtudes ennoblecieron al pueblo de Israel.

Iban á cumplir los nueve años que María vivia en el templo. Entregada cuanto era al Señor, y abismada su alma en una perenne contemplacion, cuando su amado padre rendido bajo la pesadez de la senectud, cayó gravemente enfermo y poco tardaron en aparecer los síntomas de una muerte próxima. Según costumbre del pueblo hebreo, su Hija que era su único vástago, debia recibir su paternal bendicion. La cariñosa Hija se arrodilla ante su padre junto á su lecho, é inclina la cabeza, esperando caigan sobre ella las bendiciones del cielo; y así como al bendecir Jacob en la hora de su muerte á sus hijos, se le descubrió el glorioso porvenir de cada uno, y arrebatado en su vista se lo comunicó en lugar de bendicion, así en el mometo que Joaquin extendió su derecha para bendecir á su Hija, una revelacion de lo alto le hizo ver de repente el divinal destino que la estaba reservado. El moribundo se arroba en un delicioso éxta-

sis: la palidez de su semblante se convierte en un hermoso sonrúseo de inefable alegría; sus ojos brillan con la luz de un inmenso júbilo; lanzan una mirada de ternura y dulce satisfaccion á su Hija; se levantan al cielo radiantes de consolacion y esperanza, y se cierran á este mundo.

Conducta de Maria en el templo

¡Ojalá que los sublimes ejemplos de Maria, tengan la eficacia suficiente para estimularnos a la imitacion! Dice San Alselmo, “que María aprendió letras hebráicas viviendo Joaquín, su padre. Era dócil, amaba la doctrina, y perseveraba en la Sagrada Escritura. Sus costumbres eran hablar poco, ser pronta en la obediencia, y en su conversacion muy honesta, sin libertad, sin risa, sin perturbacion y sin ira. Saludaba á todos benignamente y con modestia, y de su elocuencia se admiraban todos. Perseveraba en la oracion, leccion, ayunos, trabajo de manos, y en todas las obras buenas y virtuosas.,,

“La sagrada Virgen, escribe san Jerónimo, procuraba ser en las vigiliass la primera, en la ley de Dios la más señalada, en la humildad la más profunda, en los Salmos de David la más continua, en la caridad la más ferviente, en la castidad la más pura, y en toda virtud la más perfecta. Todas sus pala-

bras salían de tal manera llenas de suavidad y gracia, que en su lengua fuera Dios siempre conocido. Permanecía en la oración y meditación de la ley de Dios, y para con sus compañeras era solícita, procurando que en las palabras fuesen recatadas, en la risa modestas, y que ninguna injuriase ni despreciase á sus iguales. Alababa á Dios sin intermisión alguna., —“Nadie, dice Ambrosio, estuvo nunca dotado de un don más sublime de contemplación que María: su espíritu, acorde siempre con su corazón, no perdía jamás de vista á Aquel á quien amaba con más ardor que todos los Serafines juntos; y cuando el sueño venía á cerrar sus párpados, su corazón velaba y oraba todavía.,,

Podríamos añadir con Gregorio Nicomediense, que cada día crecían más en ella con la edad los dones del Espíritu Santo: “con San Epifanio, que ella se distinguía en el bordado y en el arte de trabajar sobre lana, biso y oro, y que su habilidad sin igual en hilar el lino de Pelusa, de que se hacían los vestidos de los principales sacrificadores del templo, se conserva aún tradicional en el Oriente.,: y para decirlo de una vez con el doctor Máximo, “María brillaba entre las compañeras de su infancia como el diamante en medio de las piedras preciosas.,,

PRÁCTICA


Si amamos á María, y nos consagramos á ella, es menester probarlo con las obras imitando sus virtudes; sobre todo su profunda humildad, su pureza, su gran misericordia, su inagotable caridad; virtud querida de María que debe dirigir nuestros pasos.

EJEMPLO

El padre Nicolás Zucchi, inflamado del celo más ardiente, buscaba con preferencia á los míseros esclavos del más vergonzoso de todos los vicios, para librarlos de él, y atribuía á la Virgen Santísima los milagros que veía que obraba la gracia todos los días en su favor. El arma de que se valía para romper las cadenas de los hábitos más arraigados, era la breve oración: *¡Oh Señora!* etc. Solía imponerla por penitencia, dando además como por consejo que, en acabándola de rezar, besasen el suelo. Y no quería que desconfiasen, aunque volviesen á caer en pecado, ni exigía de ellos más (fuera el deseo de librarse de la esclavitud del demonio) que perseverancia en esta devoción; y no dejó nunca de surtir el efecto deseado la aplicación repetida de esta medicina, tan suave como eficaz.

SÁBADO XV.

Los desposorios de la Virgen con San José.

os sabios de Egipto, de Atenas y de Roma, jamás acertaron á concebir el mérito que el hombre adquiere sacrificando por completo sus apetitos carnales en aras de un amor inmensamente más sublime que todos los amores de la tierra. La tierna y candorosa Hija de Joaquin y Ana fué la primera que subió el majestuoso pedestal de la virginidad. Hermoso crepúsculo de la luz del Evangelio, aún antes de que apareciese este sagrado código, alumbraba ya al mundo María con sus celestes resplandores; aurora del sol del Cristianismo, María derramaba ya sobre el mundo los destellos de la sublime virtud cristiana, aún antes de que viniese al mundo en carne mortal el Hijo de Dios. María fué la que inauguró esa serie de heroínas de la pureza y de la virginidad, que son en la tierra la personificación de la belleza moral, que en los hospitales se consagran al servicio de los pobres enfermos, en los colegios se dedican á la enseñanza de la juventud; en los claustros se emplean en la oracion y en el servicio de

Dios. Aun antes de llegar á los catorce años, María habia consagrado ya completamente su Corazon al Señor.

Sus parientes, las piadosas personas á cuya sombra estaba la juventud de María, no pudieron consentir en que dejase de tomar esposo, mayormente entonces en que todo daba á comprender que habia llegado ya la plenitud de los tiempos, y habia de nacer el Salvador del mundo. María, que era tan humilde y obediente como pura, no se opuso de una manera resuelta á tomar esposo. Esperaba en las promesas de Dios.

Los encargados de la tutela de María, que pertenecian á estirpe sacerdotal, no se creyeron aptos para escoger por sí mismos el esposo de una jóven de tan excelsas cualidades, y llevados de su fé y de su piedad acudieron al Señor para que, por medio de una manifestacion especial de su providencia, se sirviese designar el hombre que en lo sucesivo habria de ser el compañero de la vida de la jóven más virtuosa del pueblo de Dios. Aprendan de aquí los padres y tutores, á acudir á la Providencia al tratarse de un asunto tan delicado como el matrimonio de las jóvenes que tienen bajo su cuidado: no den importancia á la seducción de la hermosura, ni se presten dóciles á satisfacer las exigencias de la vanidad, de la ambicion ó de la avaricia, recordando que

las cualidades que deben principalmente tenerse en cuenta, aún bajo el punto de vista de la felicidad temporal, son las cualidades morales, pues nada hay que pueda llenar el alma como la virtud, nada que pueda llenar el corazón como un amor puro y desinteresado.

El cielo destinó á José para esposo de María. Este varón no tenía en favor suyo los naturales encantos de la juventud y de la lozanía; pero en cambio, en su serena frente, en su mirada tranquila, en su porte modesto, en su grave lenguaje, se ostentaba un acabado modelo de rectitud, de castidad y de prudencia. Aunque de la real dinastía de David, no habitaba en suntuosos palacios; pero su corazón era morada del Espíritu del Señor, y ocupaba un puesto mucho más distinguido que el emperador César, en el libro de la vida. Tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente, y sin embargo, gozaba de las preeminencias de su cuna, y sobre todo de su virtud, pues en el pueblo de Dios no había distinción de razas como entre los indios y los egipcios: el trabajo corporal no era allí considerado como una degradación.

Á pesar de su repugnancia á tomar esposo, María obedeció las disposiciones de aquellos cuya voluntad era para ella la manifestación de la voluntad divina. En pre-

mio de su obediencia, María, en el estado de matrimonio, pudo cumplir los votos inspirados por su amor á la virginidad. María, siendo esposa, no dejó de ser virgen.

Difícil fuera describir la apacible dicha que se disfrutaria en el hogar de los dos esposos. La eternidad, el cielo, Dios, formaban el objeto de sus conversaciones. María y José se amaban, pero no con ese amor rastrero y egoísta que consiste en la sobrecitación de los sentidos; su amor era más noble y más desinteresado. Es un error fatal creer que el amor necesita para nada de los estímulos de la materia; el amor puro, el amor sublime, en una palabra, el verdadero amor, tiene su asiento en el espíritu.

La castidad es el fomento de la santidad.

El título más glorioso para María, es ser Reina de la castidad. No hubiera sido escogida para Madre de Dios, si la castidad y la virginidad no hubiesen sido en ella una prerrogativa especial. Pero ni aún ella hubiera admitido esta alta dignidad de Madre de Dios, si hubiese debido ser en menoscabo de su virginal pureza. Sabido es que San José fué intachable en estas virtudes, y por eso escogióle á él y no á otro alguno.

Nos equivocamos si pensamos agradar á María no adornándonos con la castidad. Lancemos de nuestro corazón los feos pen-

samientos, como lanzamos de nuestro vestido una centella de fuego para que no lo abrase. El que no arroja de sí con el temor de Dios los malos pensamientos, es como si abrigase en su seno una vibora ó un escorpión.

Meditemos bien si un torpe deleite vale la pena de que nuestra alma padezca eternamente en el infierno. Si nuestros ojos huyen de la obscenidad, tienen derecho á esperar grandes recompensas en el cielo. No miremos lo que puede poner en peligro nuestra pureza, ni hablemos lo que puede poner en peligro la de los demás. La mirada infame y el torpe hablar descubren una alma sepultada en el lodo de la impureza.

La mortificacion en la comida y bebida, y el apartarse de la ociosidad, son los principales remedios para conservarnos castos. Huyamos con presteza de las ocasiones, y tengamos siempre en nuestra alma el temor de Dios, si no queremos encenagarnos en el lodo de la impureza.

Compañeros de la castidad son el ayuno y la templanza: sin esto, caeremos facilmente en la tentacion. Si supiésemos lo que vale ser semejante á los ángeles, no nos cansaria cualquier cuidado para salvar la castidad. Si conociésemos el premio prometido á la virginidad, ¡cuánto trabajaríamos para conservar esta joya! Desconfiemos empero

de nuestras solas fuerzas; aún muchas personas santas cayeron desde muy alto á profundos abismos; mantengámonos en la oracion y en la humildad, si deseamos vivir castamente. Guardémonos de consentir en cosa, por leve que sea, pues nada hay aquí que pueda llamarse leve. Indispensable es continua vigilancia para alcanzar un dia el premio eterno de la castidad.

PRÁCTICA.

Procuremos celebrar las fiestas de María con especial devocion, formemos parte de sus congregaciones, visitemos sus santuarios y altares en públicas y solemnes peregrinaciones, ó privadamente, y ganarla el mayor número posible de fieles servidores. San Esteban, rey de Hungría, puso bajo la proteccion de María su persona y su reino, ejemplo que más tarde imitó el rey Luis XIII, que consagró igualmente á la Madre de Dios su familia y toda la Francia.

EJEMPLO.

Viajando un mozo noble, llegó á Roma, y oyó por dicha suya predicar al P. Zucchi; y acabado el sermón se fué tras él; y postrándose á sus pies le declaró el mal estado de su alma. Hallábase dominado de una costumbre de pecar, y aunque deseaba mudar de vida, no tenia fuerzas para romper la pesada cadena. Dícele el Padre: *No tengas cuidado, la gracia del Señor te ayudará. Basta*

que te confieses siempre cuando vuelvas á caer en ese pecado. Si quieres, ven conmigo, que yo te recibiré con los brazos abiertos. Alentado el jóven con estas caritativas razones, se volvió á confesar muchas veces con el Padre, pero sin dar muestras de convertirse ni dejar aquel hábito. Hasta que un dia le dijo el buen confesor: *Yo te quiero poner especialmente bajo la proteccion de Maria Santisima. Si tú la tomas por Señora y Madre, y la quieres honrar y servir como fiel siervo, y amar con filial ternura como hijo cariñoso, yo te prometo que ella te alcanzará los auxilios que necesitas para salir de la esclavitud del demonio. Y en prueba de que tomas á la Virgen por Señora y Madre, no exijo de ti más, si no que le reces todas las mañanas al levantarte y todas las noches antes de acostarte un Ave María y esta oracion: ¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia etc., y beses tres veces el suelo. Y si entre dia el demonio te tienta para que vuelvas á cometer ese pecado, di al instante: ¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.*

Quedó muy consolado aquel pobre pecador viendo que tenia remedio su espiritual dolencia, y ofreció ejecutar puntualmente cuanto el Padre le habia aconsejado, y desde aquella misma noche empezó á cumplir su palabra. Mas debiendo partir, fué á despedirse del Padre, y le volvió á prometer que no dejaría de rezar aquella oracion y el *Ave María* al levantarse y al acostarse. No supo más de él el Padre hasta que, volviendo el mozo á pasar por la ciudad de Roma, fué corriendo á buscar á su Padre espiritual, y se confesó con él; pe-

ro tan trocado, que el siervo de Dios no le conocia. Y luego, refiriendo el caso, decia. *Me parecia estar oyendo confesar á un Santo.* Admirado de tan extraña mudanza, le preguntó: cómo se habia obrado en él tan gran prodigio. Y el penitente contestó: ¡Oh, padre de mi alma! Yo debo mi enmienda y mi salvacion á aquella breve plegaria que V. me enseñó, y que no he dejado de rezar ni siquiera un dia, lo mismo que la otra jaculatoria para el momento de la tentacion. Yo invocaba á María Santísima por la mañana y por la noche; yo acudia á ella siempre que el demonio me acosaba ó cuando se rebelaba la carne contra mí, y gracias á su poderoso amparo no he vuelto á caer.

SÁBADO XVI

La Anunciacion.



EL misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en las entrañas de la Virgen María es el resumen de los portentos obrados por el poder, combinados por la sabiduria é inspirados por el amor eterno. La Trinidad augusta nombró embajador á Gabriel, uno de los más distinguidos arcángeles. Pero, ¿dónde se encontraba la feliz criatura á la cual el Arcángel fué enviado? ¿Quizá hubo de dirigirse el celeste

Nuncio á Roma, entonces capital del mundo, lugar en el cual se encontraban reunidas las eminencias de la tierra, los políticos, los diplomáticos, la nobleza, el senado, el emperador? ¿Tal vez á Atenas, universidad de las naciones, ciudad del Areópago, el más célebre y sensato congreso que los hombres habian conocido, punto de confluencia de los doctores y de las escuelas filosóficas, de los oradores más elocuentes y de los génios más sùtiles? No. El Arcángel se dirigió á Galilea, insignificante porcion de la menor provincia del imperio, y áun no á la capital, ni á otra alguna de las principales poblaciones; á Nazareth se dirigió, á una de las más humildes casas, allí estaba una Virgen oscura ante los hombres: á ella el Arcángel fué enviado, á ella saludó diciéndola: «Tú eres la que has hallado gracia á los ojos del Altísimo; llena de gracia, yo te saludo: el Señor descenderá á tí; tú concebirás al Hijo del Eterno; y todo será obra del Espíritu Santo.» María contestó: «Soy la esclava del Señor; cúmplase en mí su palabra.» El Verbo de Dios, que en la época primitiva hizo todas las cosas; el Verbo, que descendió al paraíso ameno llevando allí al hombre creado á su imágen, y prescribiéndole una legislacion de amor; el mismo Verbo descendió al seno de una Virgen para encarnarse y redimir al mundo. De María

vino al mundo el bien supremo, la fuente de toda bondad, la plenitud de la gracia.

Y más humilde que el lugar y que la posicion de la Virgen fué el espíritu de ésta, que al recibir la aureola de la divina maternidad y el cetro de los cielos, se confesó: *esclava del Señor*. Así todo lo humano fué humilde en aquella escena portentosa de la humillacion voluntaria del Hijo de Dios.

La modestia es el mejor adorno del cristiano.

Debemos, es verdad, presentarnos delante de los hombres; cuidemos empero de presentarnos bien. Al aparecer en público, guardemos la modestia; esta virtud nos es sobre manera necesaria, y debemos aprenderla de María.

De tal modo vivió entre los hombres, que nadie la miró jamás sin quedar edificado. No fué descompuesta en las palabras, ni gritó nunca con insolencia, ni fué libre en hablar, ni desenvuelta en el andar. Nada hubo de inmodesto en sus acciones, ni de ceñudo y mal humorado en su rostro. En todo su trato brilló, como en un espejo, la hermosura de la castidad y de la virtud. La misma belleza de su cuerpo no fué sino una imágen de la santidad de su alma. Nadie pensó mal de ella al verla andar, orar, comer ó trabajar. Antes, los que la veían, sen-

tianse movidos á edificacion y alababan á Dios. Su hermosura, que fué extraordinaria, exhalaba el perfume de la castidad y de la inocencia.

No hablemos jamás palabra deshonestas, porque mata el alma. Abstengámonos de bromas peligrosas: ¿qué vale hacer reir á los otros, si ofendemos á Dios y ponemos en tentacion á nuestro hermano? No derramemos nuestra vista á un lado y á otro; así lo hacen los nécios y de frívolo corazón. Seamos graves en el andar, como hacen las personas de elevados pensamientos. No levantemos la voz con estrepitosas carcajadas; que la modestia esté siempre como dibujada en nuestro rostro.

Mejor reprenderemos á los malos con nuestro continente ejemplar, que con muchas palabras. Si hablamos, sean nuestras palabras como un cebo con que atraigamos á los otros á la piedad. Seamos amables con todos; así ganaremos para Dios los corazones de todos.

Si al vernos se alegran los buenos y alaban á Dios; si al vernos se confunden y corrigen los malos, entonces podemos bien creer que brilla en nuestro porte la luz de la santa modestia.

PRÁCTICA.

Cada sábado leeremos las *prácticas* ó reglamento de este librito, y harémos sobre él nuestra meditacion, para guardarlo con fidelidad. Rogaremos á María que bendiga nuestras resoluciones y firmes propósitos, y nos conceda la gracia de cumplirlos.

EJEMPLO.

Refiriendo el P. Zucchi en un sermón la eficacia de la oracion: *¡Oh Señora mia! etc.*, se resolvió á emplear este remedio uno de los que le estaban oyendo predicar. Y apartándose de su amigo, que le habia arrastrado á cometer abominables crímenes, empezó á rezar todas las mañanas y todas las noches la susodicha oracion, y no tardó en llegar á ser tan virtuoso como habia sido criminal. A los seis meses le armó el demonio un lazo, en que le habría cogido sino hubiera sido por el auxilio de María. So pretexto de convertir á su antiguo amigo, le proponia el demonio que volviese á su casa y reanudase su amistad. Seducido el jóven inexperto con la apariencia de bien que en aquello veia, sube las escaleras, acércase á la puerta, coge el pestillo, pero en aquel instante una voz interior le detiene. *No entres*, escucha que le dicen; *no entres*. Y acordándose de la jaculatoria y de lo que oyó al P. Zucchi, exclama: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos de que soy vuestro; guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra*. Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando siente que

le cogen por la mano y le sacan de aquel peligro y le conducen á su propia casa, sin ver ni saber quién le habia hecho este beneficio.

SÁBADO XVII.

La Visitacion.



PENAS el Angel recorrió á los ojos de María el velo del porvenir, manifestándole que de su seno naceria el Redentor del mundo, su corazon rebosó de entusiasmo al pensar que el género humano iba á ser redimido. Es un error creer que la santidad ahoga la delicadeza de sentimientos; muy al contrario: por lo mismo que en la preciosa cadena de las virtudes la caridad constituye el primer anillo, una persona virtuosa, por el solo hecho de serlo, es afectuosa, amable, tierna, ya que la ternura, la amabilidad, el afecto verdadero es hijo de la caridad. De esto tenemos una prueba convincente en el misterio que nos ocupa. El mensajero celestial habia dicho á María: «Y hé aquí Isabel, tu parienta; tambien ella ha concebido un hijo en su vejez, y este es el sexto mes á ella, que es llamada la estéril.» A fin de felicitar á su

prima por el prodigio que Dios habia obrado en su seno, y prestarle los buenos oficios de la más pura y solícita amistad, manifestando al propio tiempo su gratitud á unos parientes á cuya sombra protectora habiase deslizado su infancia, se dirigió á su vivienda.

La tierna y candorosa Virgen penetró por ásperas montañas, atravesó áridos desiertos hasta llegar á la morada de Zacarías. Al fin, despues de un largo y penoso viaje, entró en la habitacion de Isabel, donde permaneció por espacio de tres meses. ¿Qué harian las dos santas mujeres durante este periodo? Su primer pensamiento seria para sus infantiles; sobre ellos versaria la conversacion de aquellas hermosas almas. La relacion detallada y renovada sin cesar de la salutacion angélica y de la vision que habia tenido Zacarías; el hecho de haber éste perdido el uso de la palabra, las predicciones que se le hicieron acerca del hijo que Isabel daria á luz; la gloria y los destinos de Jesus; el papel que estos dos infantiles representarian en el mundo; su accion tan distinta á un mismo fin, hé aquí lo que constituiria el asunto de sus pláticas.

Al separarse las dos parientas, no pudieron menos de sentirse mutuamente fortificadas por este mútuo comercio de santidad y de ternura.

El cántico de María.

Como la encarnacion del Hijo de Dios fué anunciada á María por el Angel, el Angel anunció tambien el nacimiento de Juan. El espíritu celestial, apareciéndose á Zacarías, le manifestó que del seno de su esposa saldría un infante, que se le pondría por nombre Juan; que marcharía delante del Salvador del mundo, derramando en torno suyo el espíritu y la virtud de Elías; que convertiría los infieles á la fé, disponiendo para el Señor un pueblo agradable á sus ojos.

Hallábase en cierta ocasion Isabel abismada en una celestial meditacion, cuando de repente vió aparecer a la Virgen, que con voz temblorosa la saludaba. El infante que llevaba Isabel en su seno dió saltos de júbilo, y el Espíritu Santo, de que quedó llena, le hizo comprender las razones de esta anticipada alegría del fruto de sus entrañas. Isabel, con esa inefable certitud que produce una inspiracion celestial, supo que su parienta era Madre del Salvador, y profundamente conmovida, transportada de júbilo, exclamó en alta voz: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde esto á mí, que la Madre de mi Señor venga á mí?» La acogida de Isabel, sus palabras, no pudie-

ron menos de sorprender á María. ¿Cómo sabía ella el secreto de la divina maternidad de la Virgen? Isabel, al comprender su sorpresa, añadió: «Luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre. Bienaventurada tú que creiste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.» María, arrebatada por el espíritu de Dios, prorumpió en este admirable himno, cuya sublimidad admiran las generaciones:

„Mi alma engrandece al Señor.

„Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador.

„Porque miró la bajeza de su esclava, pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

„Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo el nombre de El.

„Y su misericordia se extiende de generacion en generacion sobre los que le temen.

„Hizo valentia con su brazo; esparció á los soberbios del pensamiento de su corazon.

„Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

„Hinchó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacios.

„Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

„Así como habló á nuestros padres, á Abraham y su descendencia por los siglos.»

Este canto, tan noble en su sencillez, ha sido considerado siempre como el himno de triunfo de la humanidad regenerada.

María veía en lontananza el imperio de la paz del amor salvando á las almas y regenerando á los pueblos. Este grito de alegría, esta sublime expansion de regocijo contenido en el *Magnificat*, basta para revelarnos la grandeza de alma, el generoso é inmenso amor de María. El himno *Magnificat* es la revelacion de los sentimientos de María, es el retrato moral de la mujer más grande que ha existido y puede existir en el cielo y en la tierra.

PRÁCTICA

Hacer un cuarto ó media hora de meditacion más de lo que se acostumbra, considerando algún dogma ó alguna verdad de la Religion.

EJEMPLO.

En cierto pueblo fué á predicar el P. Zucchi, donde vivía cierta señora, la cual tenía un hijo tierno en los años, pero encallecido en los vicios. Fuése llorando al Padre, y le dijo la pena que oprimía su maternal corazón. *Envieme á V. á su hijo*, le respondió el siervo de Dios. Y ella, corriendo, fué y se lo dijo. Muy satisfecho el muchacho de que quisiera verle un hombre tan célebre, se presentó al instante, y quedó preso en las redes amorosas de aquel caritativo cazador de las almas, prometiéndole rezar todos los días la oracion á la Virgen y la jaculatoria en las tentaciones. Pasado algún tiempo, volviendo el Padre al mismo pueblo, aquella buena señora, llorando de alegría, se

le echó á los pies y le dijo: «Dios se lo pague á V., Padre mio; yo no sé como mostrarle mi reconocimiento. Mi hijo era un demonio, y V., con su oracioncita á la Virgen, le ha trocado en un Santo y en un ángel del cielo.»

Pero desde entonces hasta ahora no ha cesado esta prodigiosa plegaria de producir admirables frutos. Por octubre de 1846, un sabio y virtuoso sacerdote escribió á un ilustre prelado del Piemonte lo siguiente:


«Excelentísimo é ilustrísimo señor: Cinco años ha que aconsejo á todos los que acuden á mí, que recen á la Virgen una oracion que encontré en las obras del célebre historiador el P. Bartolé. No hay palabras para referir las gracias que se han conseguido por medio de tan breve y sencilla devocion, y lo bien que paga Nuestra Señora á los que constantes le tributan este pequeñísimo homenaje de filial devocion. Haga V. E. que se imprima en gran número y se dé á los jóvenes de ambos sexos que el Señor ha confiado á su cuidado y solicitud pastoral, y V. E. verá bien presto los buenos efectos que produce.»

Con el tiempo tambien se reimprimió en Francia, y repartiéndola es increíble el bien que produjo y cuántos jóvenes trajo á verdadero arrepentimiento y á que recobrasen por intercesion de la Virgen la joya inestimable de la castidad, que hacia mucho tiempo habian perdido. Todos los que se dedican á la educacion de la juventud pueden atestiguar de que manera se complace Nuestra Señora en bendecir esta plegaria, con que el P. Zucchi, siendo aún niño, se le consagró por hijo y siervo perpétuo, y de la cual se sirvió en su edad madura y en sus apostólicos ministerios como de ar-

ma poderosísima para santificar las almas más encenagadas en los vicios.

SÁBADO XVIII.

Sueño misterioso de San José.

ARÍA había regresado de su viaje á las montañas de Judea, á donde el cariño que profesaba á Isabel la encaminara con objeto de felicitarla por su maravilloso embarazo tras tantos años de esterilidad. Al lado otra vez de aquel con quien tenía unida su suerte, la esposa de José había vuelto á entrar en el ejercicio de los quehaceres domésticos y de las obligaciones de familia. Los dos esposos habían hecho voto de conservar la virginidad todos los días de su vida. María miraba en su esposo un padre digno de su especial cariño y su respeto. José consideraba á su esposa como una hija que merecía por entero su amor y sus cuidados paternales. La angelical doncella sabía pagar con usura á José las atenciones de padre que la dispensaba. El castísimo Patriarca correspondía plenamente á la ternura filial de la que le había dado Dios por ayuda.

¡Qué tierno y encantador es contemplar á los dos vírgenes consortes en sus purísimas relaciones de familia, en la reciprocidad de sus servicios y atenciones!... Pero vino un día en que se nubló aquel tan sereno cielo de ventura y delicia. ¡Ciertamente gravita sobre los descendientes de Adán la expiación de una grande culpa, pues que hasta á los más justos persigue la desgracia y agobian los sinsabores! José reparó que su esposa estaba en cinta. Aguda flecha de dolor atravesó su alma. Esforzábale en ahogar en su pecho la pesadumbre que le devoraba; y ésta, no pudiendo por su magnitud quedar allí comprimida, se derramaba en el exterior. José no había cambiado el alto concepto de santidad que tenía formado de su esposa, y no se atrevía, ni aún en aquellas circunstancias, á hablarla una sola palabra que no fuese de virginal pudor; ni podía delatarla al Sanedrín como reo de delito de adulterio, exponiéndola á ser apedreada conforme lo prescribía la ley, y así determinó separarse de su lado con algun pretexto.

Rendido por la lucha interior que por espacio de tantos días estaba sosteniendo y por las largas noches de insomnio, al meditar José sobre el modo más decoroso para María, de separarse de ella, cayó en una profunda somnolencia. Apenas hubo conci-

liado el sueño, apareciósele el Ángel del Señor, y le dijo: «José, hijo de David, no temas en guardar á tu esposa, pues ha concebido por obradel Espíritu Santo. Al hijo que dará á luz le llamarás Jesús, por cuanto El es quien ha de salvar á su pueblo.» Despertó el justo Patriarca, y su corazón latía de júbilo, y en su mente presentábase ya el Hijo de Dios humanado, el Salvador de Israel, el Redentor del mundo. Desde aquel punto José veneró y amó en su esposa á la Madre de su Dios, y María respetó y amó en su esposo al hombre privilegiado, elegido para padre adoptivo de Jesús, y que acababa de darla pruebas de la pureza é intensidad de un cariño que el mundo no había aún conocido, y que no conocerá jamás.

La devocion á San José es complemento de la devocion á Maria.

San José, según sienten varios Padres de la Iglesia, fué santificado desde el vientre de su madre. María amó en gran manera á San José, á quien, conforme á la voluntad de Dios y de sus parientes, escogió por esposo. Todo fué entre ellos espiritual, porque su desposorio sirvió para más bello triunfo de la pureza y de la virginidad. No vió jamás el mundo prodigio igual al de esta castísima unión, obra de la divina Providencia. Quiso Dios disponerlo así en favor de María, á fin

de que no sufriese su honra, pues el Hijo de Dios descansó en su seno, y por esto tuvo como guarda y protector á San José. Fueron ambos como dos lirios sin mancha; y como fueron Santos, así fueron perpetuamente vírgenes.

José fué en todo fidelísimo á María y veló siempre por su buen nombre. Ignoraba al principio que la Virgen debiese ser Madre de Dios, pero se lo reveló luego un Ángel. Él fué quien la condujo segura á Egipto, y en Nazareth habitó siempre en su compañía. Estuvo ya antes en Belén, y adoró al recién nacido Salvador del mundo con inefable alegría de su corazón. La alimentó con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro; cuidó de que nada faltase á Jesús y á María, porque fué el encargado de ellos.

Virtuoso fué en todo José, y portóse en todo como suelen los grandes Santos. La humildad, la pureza y la mansedumbre le hicieron muy semejante á la Virgen, y casi igual en todo lo bueno.

Si consideramos cuál fué su muerte, la hallaremos llena de dulzura. José y María estuvieron con él hasta que expiró en medio de los mayores consuelos. La misma Virgen enjugó con sus manos el sudor de su agonía; Jesús le cerró los ojos al dormirse como en sueño suavísimo.

Ahora está en la gloria ensalzado sobre

los ángeles, y favorece con grandes beneficios á los que le sirven. Santa Teresa de Jesús, dice: «Que no ha conocido un solo devoto de San José que no haya tenido una muerte llena de dulzura y de tranquilidad; que lo tomó por su abogado, y que jamás le pidió gracias que no le otorgase y concediese; que los otros Santos socorren en alguna necesidad, pero que San José socorre en todas: que el Señor quiere darnos á entender que, así como estuvo sujeto á éste en la tierra, obedeciéndole como padre putativo, del mismo modo se conduce con él en el cielo haciendo todo cuanto le pide.»

No dudemos de su auxilio, con tal que procuremos tenerle verdadera devoción. Para que logremos buena y dichosa muerte, digamos con frecuencia: Jesús, José y María, asistidme en mi agonía.

PRÁCTICA.

Visitaremos á una imagen de María pidiéndola el pronto triunfo de la Iglesia, y la paz universal.

EJEMPLO.

Refiere un testigo ocular que en Francia, un niño de quince años, que todavía conservaba la inocencia bautismal, fué puesto por sus padres en cierto colegio. Mantúvose en tan feliz estado en aquella casa, hasta que por desgracia se juntó con

uno de sus compañeros, verdadero ministro del demonio, y uno de aquellos cuya pérfida amistad es más perjudicial que el odio del infierno. Los funestos efectos, se notaron muy luego. Los maestros y los condiscípulos apenas le conocían. Perdida su acostumbrada alegría, un humor melancólico se apoderó de su alma. Disgustado del estudio, olvidado de sus ejercicios de piedad y hasta de la confesión y comunión, que eran todas sus delicias, buscaba alivio en las disipaciones y pasatiempos más peligrosos. Algunas veces no hallando consuelo, y acosado de crueles remordimientos, deseó romper aquella infame cadena, quiso hacer algún esfuerzo; pero su indigno compañero se le disuadió, y aquel corazón tan noble tuvo que soportar por espacio de más de dos años el yugo pesadísimo de una pasión degradante. Por último, hicieron ejercicios espirituales todos los alumnos; y en aquellos días la gracia del Señor le dió luz y fuerza para salir de tan infeliz cautiverio. Muchas fueron las tentaciones del enemigo y de su misma naturaleza, mal inclinada y acostumbrada al vicio; pero no fué vencido ni durante los ejercicios ni en todo el mes siguiente. Mas ¡ay, que todavía le aguardaban nuevas derrotas! Confiado en sus propias fuerzas, pensó que ya no volvería á perder el tesoro que había recuperado. Fué dejando poco á poco aquella frecuencia de Sacramentos que entabló después de los ejercicios, no acudía como en los días pasados al Señor en las tentaciones. Su rostro revelaba el infeliz estado de su alma. Un día que el pasante le halló sólo en un sitio retirado, discurriendo sobre los medios de escaparse del colegio para entregarse á una vida licen-

ciosa, conociendo su mal intento, procuró sosegarle, aconsejándole que rezase todos los días de rodillas la oración del P. Zucchi al levantarse y al acostarse, añadiendo un *Avemaria* y besando el suelo. Al oír que había remedio, y tan fácil, renació en aquel corazón abatido la esperanza. Fué á confesarse luego, y empezó desde aquella noche á practicar la devoción susodicha, repitiendo la jaculatoria cuantas veces sentía alguna tentación. Sin embargo, como se descuidase dos ó tres veces en acudir á María, con harto sentimiento y daño suyo, aprendió que solamente de su amparo podía esperar fuerza para resistir y vencer á tan porfiado enemigo. Y siempre fiel y constante el invocarla, logró completa victoria; y ya enteramente libre de aquella cadena, entró y persevera en cierta congregación consagrada á la educación de la juventud. *¡Qué feliz era yo en otro tiempo, decía una vez, y qué tesoro tan grande perdí! Ahora que lo conozco, me quiero dedicar á preservar á otros de la desgracia en que yo caí, esperando que el Señor, si es de su agrado, me conceda otra vez aquella joya que antes poseía.*

SÁBADO XIX.

La expectación del parto de María Santísima.



ADA prueba de una manera tan concluyente la importancia del gran suceso que venía esperando el mundo, como las vivas ansias que desde el Génesis mismo de la creación manifestaran todos los pueblos de ver realizada la idea reparadora que la misericordia divina dejó vislumbrar en el Paraíso en el acto mismo de fulminar su terrible anatema sobre la descendencia del hombre rebelde. Allí resonó la primera promesa de un Salvador futuro; allí lució el primer crepúsculo de esperanza para el desheredado hijo de ira; allí, al lado de la gran figura del Mesías libertador, apareció juntamente la de la mujer divina destinada á luchar constantemente con el genio de la seducción, á hacer menudos pedazos su alta cerviz, y á levantar la humanidad caída de su profunda postración, mediante un parto prodigioso, origen fecundo de todos los bienes reservados al linaje de la Eva malaventurada. Desde entonces, esa figura, ese símbolo, esa idea virginal, lejos de amenguarse con el transcurso de los tiem-

pos y con las revoluciones de los pueblos, adquiría por el contrario de día en día mayor consistencia, generalizábase progresivamente conforme iba acercándose la época de su desarrollo; y bajo la tienda del patriarca, y en la choza del pastor, y en los palacios de los reyes, y en el seno de la familia, donde quiera vivía siempre fresca la esperanza de una Virgen llamada á dar á luz al Redentor divino, que debía abrir al mundo un nuevo porvenir. Por eso se veían multiplicarse sucesivamente bajo distintas formas los símbolos virginales y los precedentes típicos de aquel alumbramiento nunca visto por lo maravilloso y fenomenal, al que estaban vinculados resultados de tan alta trascendencia. Así se explica ese grito universal que desde uno á otro confin del orbe oíase resonar pidiendo con instancia la pronta solución del gran problema de la reparación prometida en persona de una mujer misteriosa é inmaculada. «Brotará, dijo Isaías (VIII. 14) un retoño de la raíz de José, y de ella saldrá una flor, y sobre ella posará el espíritu del Señor... Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será *Emmanuel* ó «Dios con nosotros.» Así es que, cuando los profetas anunciaban al Deseado de las naciones, siempre era María á quien presentaban como la aurora de ese Sol de justicia que debía alumbrar al mun-

do. María era la que mostraban los Patriarcas á sus hijos como la estrella del porvenir, mensajera de los días gloriosos reservados al mundo. En María saludaban desde su lecho de muerte esa lejana esperanza, como prenda de las promesas que les hiciera Jehová. María era la nueva Eva llamada á regenerar la raza maldecida y á devolverla sus perdidos derechos.

Esta tradición, sembrada en todas partes y confirmada por los descendientes de la Eva culpable en los diversos países que habitaron, vivió inalterable en el seno de todas las naciones, juntamente con los dogmas de la religión primitiva. En todas partes encontramos á María hecha el objeto de una expectación universal. En ella se reunieron como en un misterioso haz las promesas hechas á nuestros primeros padres, las esperanzas dadas á los patriarcas, los acontecimientos vaticinados por los profetas, los suspiros y deseos de la humanidad entera, y sus tradiciones bíblicas y toda su historia.

Realización de los vaticinios.

Á medida que la figura del Mesías iba agrandándose, en proporción que se aproximaban los tiempos designados á la realización del plan divino, también la idea de la Virgen Madre iba agigantándose, digámoslo

así, y haciéndose cada vez más visible, hasta llegar á revestirse en los tiempos de Daniel y de Ageo de una claridad y precision matemáticas. «De aquí á poco tiempo, decia este último, el Señor de los ejércitos moverá el cielo y la tierra, y la mar y el desierto, y aparecerá el Deseado de todas las naciones.»

Todos esperaban impacientes este acontecimiento inaudito: nunca se viera en la tierra una agitacion tan común ni una esperanza tan universal; y mientras la sabia Atenas levantaba un altar al Dios conocido, Virgilio en Roma, en un transporte lírico, exclamaba: «Ved como todo el mundo se conmueve bajo el peso de la inmensa bóveda; todo el mundo se regocija en vista del Niño que va á nacer... El niño gobernará el mundo ya pacífico, la serpiente perecerá...» Al propio tiempo Octavio Augusto, pacificador del orbe, hacia un empadronamiento general en todo su imperio. Los caminos hormigueaban de gente que iba á cumplir el edicto del César: entre la muchedumbre, un carpintero de Judea llegaba á la ciudad de Belen en una noche fria y oscura, en compañía de su esposa que estaba en cinta; y no encontrando morada en ninguna parte, se refugió en una gruta; y allí, sobrecogida la esposa por los síntomas del parto, daba á luz un Niño bello como la aurora, y le re-

costaba en un pesebre... ¡¡Era María, esposa de José, que cumplia los oráculos de los patriarcas, los vaticinios de los profetas, las tradiciones de todos los cultos, las teogonias de todos los pueblos, los deseos de toda la humanidad, la expectacion de todos los siglos!!

PRÁCTICA.

Leeremos media hora un libro espiritual, meditaremos un rato lo que hemos leído y procuraremos ponerla en práctica.

EJEMPLO.


En un colegio de Francia, me llamó la atencion, dice un testigo ocular, cierto alumno de unos diez y seis años de edad, cuya modestia, jovialidad, unidas á una observancia exactísima, le recomendaban como modelo á todos sus compañeros. Sobre todo, brillaba por su virginal candor; bastaba mirarle á la cara para conocer que la culpa no habia manchado todavia la pureza de su alma. Habiendo oido el niño predicar contra el escándalo y declarar la responsabilidad que pesa sobre el que pervierte á otro, vino á mi deshaciéndose en lágrimas, ponderando cuanto le habia asustado aquella plática; y despues que procuré sosegarle, me refirió toda su vida en estos términos: «Padre mio, yo hasta la edad de once años, fui muy modesto y recatado, no habiéndome apartado todavia del lado de mi madre. Más, poco antes de venir aquí, estando en el campo, otro

de más edad me hizo cometer un pecado, y desde aquel punto se acabó para mí toda felicidad, alegría y sosiego; pero mi mayor desgracia fué que yo empecé á corromper á otros de mi edad... Cuando entré en el colegio, tenia ya la costumbre de cometer graves pecados, y estaba persuadido de que ya no era posible enmendarme, y me avergonzaba de mí mismo. Reparaba que habia entre los compañeros algunos que se distinguian por su modestia, que eran los congregantes y yo deseaba ser como ellos. No sabiendo ellos que yo fuese tan malo, me instaban para que entrase en la congregacion; por aquel tiempo leí una oracion que empieza así: *¡Oh señora mia! ¡Oh Madre mia!* con la narracion de algunas conversiones que por rezarla habian tenido lugar. Animado y lleno de esperanza, empecé á practicar aquella devocion diariamente, me confesé y creció con esto tanto el horror al pecado, que no volví á cometer casi ninguno; llegando el dia de mi primera comunion, yo me encontraba del todo libre, ó si no, entonces me convertí enteramente; pedi y fui admitido en la congregacion... Pensaba muchas veces en los niños á quienes habia inducido á aquellos pecados, y pedia al Señor por ellos. Más ¡ay! jamás creí que fuese tan grave el daño que les causé. Interrumple, preguntándole si todavia padecia algunas tentaciones. Sí, Padre, y frecuentes y recias y algunas veces grande tristeza, pero al instante rezo aquella jaculatoria que está en el mismo papelito de la otra oracion, y despues procuro distraerme y reir y cantar, y el demonio luego huye y me deja; y lo más raro es que, no solo él se ha enmendado, sino que trata de entrar en una religion que

se emplea en la educacion de la juventud, *para salvar, dice más almas que las que pervirtió.*

SÁBADO XX

Nacimiento del Hijo de Dios.

 DICE el Martirologio romano en el dia 25 de diciembre: «Dia octavo de las calendas de enero.—En el año cinco mil ciento noventa de la creacion del mundo, cuando en el principio Dios crió el cielo y la tierra; el dos mil novecientos cincuenta y siete del diluvio; el dos mil quince del nacimiento de Abraham; el mil quinientos diez desde Moisés, y la salida del pueblo de Israel de Egipto; el mil treinta y dos de la consagracion de David en rey; siendo la semana sesenta y cinco, segun la profecia del Daniel; la olimpiada ciento noventa y cuatro; el año setecientos cincuenta y dos de la fundacion de la ciudad de Roma, y el cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto, estando en paz el orbe entero; en la sexta edad del mundo, *Jesucristo*, eterno Dios Hijo del Eterno Padre queriendo con su misericordiosísima venida reparar el mundo, despues de haber sido concebido

por obra del Espíritu Santo, y transcurridos nueve meses de su concepcion, nace en Belen de Judá de la Virgen María, hecho hombre. Nacimiento de Nuestro Señor *Jesucristo*, según la carne.»

El Evangelista San Mateo teje la genealogía de Jesucristo, empezando en Abraham y concluyendo en José, esposo de la Virgen María. Catorce generaciones cuenta desde Abraham hasta David, otras tantas desde David á la transportacion de los judíos á Babilonia, é iguales desde la emigracion judía hasta *Cristo*. Pero San Juan, como el águila de los evangelistas, dice: «En el principio era ya el verbo, y el verbo estaba ya en Dios y el verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, y nosotros hemos visto su gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.» El que nació en el tiempo dentro la gruta de Belén de un seno virginal, es el mismo que desde la eternidad ha sido engendrado por Dios. El Hijo de María es el Hijo del Altísimo. *Jesús* es un Dios humano. Es aquel Dios-Hombre, que deseado de todas las generaciones, empezando por

la desterrada del Edén, y esperanza de todos los pueblos, sin distincion de nacionalidades ni teogonías, habia de ser la salud del mundo y la redencion de la humanidad.

Un Dios libertador del mundo brilla en medio del género humano.

Fácil nos seria desenvolver los beneficios que el parto de la Virgen ha traído al mundo. Todos sabemos que ella nos dió al Salvador y con él todos los bienes en el orden religioso y moral. Con él apareció en la tierra la verdadera edad de oro, se inauguró la positiva libertad, la civilizacion del Evangelio, llamada á reemplazar todas las antiguas civilizaciones. María fué el origen de esa transformacion universal operada en la humanidad. Todo el universo experimentó una reaccion feliz en las creencias, en los hábitos, en las costumbres, en las leyes, y en su constitucion moral. La humanidad se halló regenerada, y la esclavitud desapareció, y el despotismo y la tiranía huyeron avergonzados ante el que venia á despedazar los hierros que oprimian el cuello de los descendientes del hombre culpable. Cesaron las sangrientas luchas del Circo, y el envilecimiento de unos pueblos que se arrastraban en la miseria y morian en la infancia. La fraternidad cristiana sucedió al egoísmo más feroz, y la raza humana dejó

de ser una raza degradada, un enjambre de miserables mancipios arrojados en fétidas viviendas, encorvados siempre bajo el látigo de sus bárbaros verdugos, y dispuestos al menor capricho de éstos á despedazarse mutuamente, ó á pelear con las fieras en los juegos olímpicos para solaz de los Césares y recreo de las matronas romanas. Todo lo renovó Jesucristo, y de Él data cuánto de bello y sublime, cuánto de útil y beneficioso, cuánto de grandioso y civilizador viene realizándose á través de diez y nueve siglos. No es de extrañar que fuese tan universal la expectacion del parto de la Virgen, puesto que traia consigo la felicidad del mundo y el porvenir de todas las sociedades. Por eso todas las miradas se dirigieron hácia la gruta de Belen, tan luego como resonó en los vastos ámbitos del globo la nueva feliz del alumbramiento de la doncella de Nazareth, y se estremeció de gozo el género humano, y mujeres y niños, grandes y pequeños, y pastores y reyes, y libres y esclavos, saludaron con entusiasmo á la que habia realizado las esperanzas de todo el Universo.

PRÁCTICA.

Nos ofreceremos tres veces al dia á padecer por Jesucristo todas las penas que se presenten, diciendo : Jesús mio, aquí me tenéis; haced de mi todo aquello que os agrada.

EJEMPLO.

Hace algunos años hallábase en un colegio de Francia un muchacho de diez y seis años, cuya habitual tristeza inspiraba á sus maestros grandes temores. No tomaba parte en los juegos de sus compañeros, ó si alguna vez por capricho empezaba á jugar con gran ahinco, luego lo dejaba y se volvía á su triste apatía. El mirar sombrío, la risa forzada, la repugnancia á tratar con los demás, legitimaron y confirmaron siniestras sospechas que algunos concebían, si no fuera que por otra parte era bien visto de todos y frecuentaba los Santos Sacramentos. Cierta dia muy solemne que todos los niños comulgaron, dice un testigo ocular, mientras que estábamos hablando de sobrecena, de la felicidad de aquellas almas inocentes, me llaman: voy, y no conociendo, porque estaba oscuro, dije: «¿Quién me busca? —Un servidor de V., dijo con voz trémula y apagada. —Bueno. ¿Qué se te ofrece á estas horas? —¡Ay, Padre mio! Soy el más desgraciado del mundo!» Pensando yo que hubiese tenido alguna mala noticia, le volví á preguntar: «¿Ha sucedido alguna desgracia en tu casa? ¿Ha muerto alguno de tu familia? —No, Padre; todavía es una cosa peor.» Entonces caí en la cuenta, reapareciendo en mi fantasía todos los temores y sospechas que habia procurado desvanecer. Me lo llevé á un patio, donde quedándome con él á solas, advertí que estaba temblando, y que la respiracion comprimida revelaba la angustia del alma. «Hijo, le dije, quizá tienes veneno dentro del corazón. Si es así, no

hallarás alivio hasta que lo vomites. Ya me entiendes. ¿Quieres que te llame un confesor? — Todavía no, Padre. — Pues dime, ¿por qué estás tan triste? — Hace tres años que cometo sacrilegios. Hijo, mira no sean aprensiones ó escrúpulos. — ¡Ay, Padre, harta verdad es! Voy á contárselo á usted todo..... Hace tres años cometí un pecado, y cuando me fuí á confesar, me dió tal vergüenza, que no me atreví á decírselo al confesor, y de este modo recibí la absolucion y fuí á comulgar. Desde entonces no he tenido un momento de alegría, nada me daba gusto, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, me irritaba. Así seguí confesándome y comulgando sin manifestar aquel pecado, ni otros que cometía hasta llegar á ser como un demonio. Luego cuando tenía que irme á confesar, no hacia exámen de conciencia; decia al confesor lo que primero me venia á la boca. Así también comulgaba, pero como asustado, temiendo que el Señor me castigase. Cuando vino el P. N..... á darnos los ejercicios, me resolví á confesar, aquel pecado, pero estando á sus pies para decírselo, no tuve valor y lo volví á callar. Durante aquel año fuí todavía peor. Al siguiente me resolví á confesarlo al P. N. cuando vino á darnos los ejercicios, pero el demonio me tenía preso y cerrada la boca y tampoco se lo dije. Ayer tarde me fuí á confesar sin haber examinado mi conciencia, pero con más temor que nunca. Hoy por la mañana fuí á comulgar temblando, pareciéndome que Dios me iba á castigar. Cuando recibí la sagrada Forma, sentí como si una espada me atravesase el corazón. En todo el día no podia conmigo. Triste, sin


sosiego, no podia sufrir que estuviesen contentos los demás. He comido bárbaramente para distraer la melancolía, pero con todo sigue agobiándome. Al oscurecer era tal mi tristeza, que no pudiendo estar dentro de casa, aburrido salí á dar una vuelta fuera de la ciudad, y me parecia que el enemigo me acompañaba y empujaba para que me precipitara por los derrumbaderos que están á uno y otro lado del camino... hasta que me senti impulsado á desahogarme con V., Padre mio...» Mientras me decia todo esto, estaba temblando de pies á cabeza, y apenas podia respirar. Yo le animé, haciéndole admirar la gran misericordia de Dios, que precisamente le traia á verdadero conocimiento en un dia en que tanto le habia ofendido, y llevándole á la capilla, postrados ambos rezamos delante de la imagen de Nuestra Señora un *Avemaria*, derramando él, torrentes de lágrimas. Dejéle allí y me fuí á buscar un confesor que no le conociese. Al instante se confesó con él, y salió de allí loco de contento, diciendo: «Todo lo he confesado, todo lo he confesado. ¡Oh, que bueno es Dios, que bueno es!» Reparó despues todas las comuniones sacrílegas con una sumamente fervorosa, y empezó una vida del todo nueva. Durante los tres meses que faltaban para concluirse el curso, iba todas las tardes á los pies de la Madre de misericordia á darla gracias por su conversion, que habia sido para él como un segundo nacimiento. Desde entonces hasta concluir sus estudios fué uno de los mejores alumnos del Colegio, y hoy se encuentra dedicado á la salvacion de las almas.

Despues de haberse convertido, deseando yo

saber los caminos secretos por donde la gracia del Señor había obrado aquel prodigio, le pregunté: «Y tú, ¿qué hacías para que Dios te llamase al arrepentimiento de tus culpas y por medio de éste al perdón? — Nada más que pecar y más pecar. — ¿Pero no rezabas algo en tu casa, ni siquiera el Rosario con tus padres y hermanos? — Si Padre; pero como lo hacía porque me obligaban, lo rezaba distraído y corriendo. Á lo menos oírías misa en el Colegio. — Si, Padre; pero en vez de rezar, leía en el calendario y contaba cuántos días faltaban para acabar el curso ó para tal ó cual fiesta... ó estaba echando planes para divertirme ó para ofender á Dios. — ¿Y cuando oías algún sermón ó plática? — Me enfurecía contra el predicador porque sus palabras me llenaban de remordimientos, y procuraba no atender ni áun oír lo que decía. — ¿Pero no acudías alguna vez á la Virgen, no le rezabas algo por tu propia voluntad? — Únicamente aquella oracion que empieza así: ¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!

— — —
SÁBADO XXI

La adoracion de los ángeles, de los pastores y reyes.

 **J**ESUCRISTO es el Verbo ó el *Logos* de que habla Platon, el *Doctor universal* de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Domina-*

dor esperado en todo el Oriente, el *Mesías*, el *Cristo* del pueblo de Israel. Él era quien venia á restaurar todas las cosas «en el cielo y en la tierra», según la expresion de San Pablo. Por esto entonan los Angeles: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad». Y los espíritus celestes le prestan pleito homenaje como á su Dios y reparador del honor que al Altísimo pretendieron arrebatarse los ángeles rebeldes, y los pastores, en representacion de la humanidad, le adoraron como á su Salvador; y los tres Magnates de Oriente se postraron ante Jesús reconociendo su divinidad.

La estrella aparecida para notificar á los humanos observadores el sobrenatural advenimiento del Hijo de Dios, será perenne testimonio de la imperturbable armonía de la ciencia sólida con la celeste fé; y siendo luz que desde las alturas del firmamento alumbró á los dóciles Magnates el camino conducente á la sagrada sombra del Redentor, no será menos perenne símbolo de esta luz suprema que se llama Iglesia de la verdad, guiadora indefectible de los pueblos.

Los Santos Reyes buscaron á Jesús para adorarle; Herodes le buscó para matarle. Y por esto la estrella simbólica de la conciencia, guia del hombre y de la Iglesia católica, norma de los pueblos, no lució sobre Jeru-

salén; viéronla otra vez los Reyes cuando hubieron salido de la pesada atmósfera por la tiranía corrompida.

Los Santos Reyes ofrecieron al divino Niño oro, símbolo del acrisolamiento de los corazones; incienso, representante de las plegarias más sumisas; y mirra, figura de las amarguras de la vida, manifestando á la faz de los pueblos que las obscenidades, orgullo y devaneos gentílicos se habian convertido en pureza, en oracion, y en conformidad. Durante el apacible sueño, el embajador angélico avisó á los Reyes que regresarán á sus regiones por otro camino. Así se libraron de las asechanzas de Herodes.

Necesidad de un Redentor.

Los pueblos idólatras, en medio de la nebulosidad de su misterio, y á pesar de vivir encenegados en la corrupcion, creían y suspiraban por la venida del que, más poderoso y más *bueno* que sus dioses, llevaria la edad de oro y libertaria á la humanidad de sus miserias. Los filósofos del paganismo, en su afán de saber, buscaban entre los intrincados laberintos de la ciencia humana aquella verdad que está por encima de la razon del hombre; vislumbraban, si bien confusamente, la necesidad de la venida de Aquel que habia de guiar al mundo por nuevos senderos de luz y de virtnd. «Sí, es preciso

esperar, clamaba Sócrates, que vendrá alguno á enseñarnos cómo nos hemos de portar relativamente á los dioses y á los hombres.» Platon decia: «Si Dios no os envia alguno que os enseñe de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres de los hombres.» Y este filósofo llama en muchos pasajes de sus obras á ese *alguno* el Verbo (*logos*), dándole además los títulos de *Salvador, Dios, Hijo de Dios*. Cicerón ha dejado escrito que los antiguos oráculos de las Sibilas habian anunciado para un tiempo no lejano la venida de un *Rey que seria necesario reconocer para salvarse*. La misma incredulidad no ha podido menos de reconocer esta verdad. De esta creencia y de este hecho nos dicen Voltaire, Boulanger y Volney, que «no hubo ningún pueblo que no le haya tenido en expectativa, y que el punto del globo donde debia verificarse podria ser llamado *el polo de la esperanza de todas las naciones*. Y «es imposible, dice el erudito Cuvier, que un simple acaso produzca un resultado universal, y que las ideas de pueblos poco relacionados entre sí, cuya lengua, religion y costumbres nada tienen de comun, estuviesen nunca acordes sobre un punto, si no tuvieran la verdad por base.

PRÁCTICA.

Visitaremos la santa *Via crucis* rogando por la conversion de los pecadores.

EJEMPLO

Florencio, sacerdote de gran virtud y celo, era maestro espiritual de una hermandad clerical, donde muchos sacerdotes, y los que se criaban para serlo, vivian en santa comunidad, en la cual se incorporó el V. Tomás de Kempis, donde se aplicó más á toda virtud, junto con las letras. Fué sobremanera devoto de la Madre de Dios, á la cual rezaba cada dia algunas devociones con tiernísimo afecto; pero como con el tiempo las dejase algunos dias, ó por descuido, ó por tibieza, le reprendió de ello la Santísima Virgen con un modo admirable. Vió en sueños que estaba en la sala donde el venerable maestro Florencio instruía en las cosas de Dios á sus discípulos, que estaban muy fervorosos y atentos, oyendo las palabras que les decia. Vino entonces la Santísima Virgen del cielo, y con rostro muy agradable y amoroso fué abrazando á todos uno por uno, agradeciéndoles los deseos y fervor con que querian agradar á Dios. Esperaba Tomás que habia de gozar de semejante regalo; más llegando á donde estaba, se puso la Santísima Virgen muy severa, y con rostro enojado le dijo: No mereces tú que te haga este favor, pues te has entibiado en mi servicio, y dejado las devociones que hacias, con que me agradabas. Con esta reprension volvió en

si Tomás, deshecho en llanto y lágrimas, tan arrepentido de lo pasado, que no hubo de allí adelante dia de su vida en que no cumpliese con sus devociones.

Despues de haber estado algunos años en la santa escuela de Florencio, fué admitido en la órden de Canónigos Reglares de San Agustín por su mismo hermano, que era entonces superior del monasterio, y allí estuvo cinco años con su vestido ordinario, ejercitándose en obras de piedad y humildad, hasta que el sexto recibió el hábito de canónigo, y el séptimo hizo profesion de aquella religiosa vida. Sus delicias eran el trato con Dios, la oracion y libros santos, y así solia decir. «En todas las cosas busqué descanso, mas no le hallé sino en mi rincon con mis libritos.» Sus tribulaciones y trabajos los aliviaba delante de una cruz que tenia en la pared de su aposento, y ahuyentaba al demonio con el nombre de Jesús. Murió en 1471, á los noventa y dos años de edad.

SÁBADO XXII

La presentacion de Jesús al templo.



OLIGABA la ley de Moisés á la mujer que habia dado á luz un infante, á tener oculta su impureza dentro las paredes de su casa por espacio de cuarenta dias, si el recién nacido era varon, y de

ochenta siendo hembra. Terminado este período, la madre debía presentar una ofrenda purificatoria: consagrar el hijo, cuando éste era el primogénito, al servicio del templo, y luego ofrecer por su rescate una suma designada.

María estaba exenta de tal formalidad; virgen después de ser Madre como antes de serlo, la maternidad la había engrandecido sin imprimir en ella la menor mancha. La ley de la purificación no alcanzaba á María.

Por otra parte, su Hijo era el Hijo de Dios; no era menester rescatarlo cuando Él consagró al Padre Eterno hasta su última gota de sangre para redimir á la humana especie. Sin embargo, la que por sus cualidades personales estaba sobre la ley, quiso ponerse bajo la ley por humildad.

A los cuarenta días después del parto, la Virgen dirigióse al Templo. La ofrenda que traía eran dos tórtolas. Apenas traspasó los umbrales del templo cuando se adelantó á recibirla un venerable sacerdote, cuya cabeza ceñía la corona de la ancianidad; en cuyo rostro, tras las arrugas de la vejez, se reflejaba una alma sincera y pura; en cuya frente, al través de los surcos abiertos por los años, veíase la majestad de la virtud. El sacerdote Simeon, profundamente conmovido, se acerca á la Virgen, la

saluda respetuosamente, toma al infante en sus brazos, y con el acento de la satisfacción y la alegría prorrumpe en estas frases: «Ahora, Señor, despide á tu siervo en paz, según tu palabra; porque ya han visto mis ojos tu salud, la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos; luz para ser revelada á los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.»

Según se desprende de estas palabras, Simeon supo por revelación, que el Niño que sostenía en sus trémulas manos era el Mesías prometido. En sus fervientes súplicas pedía de continuo á Dios que apresurase la hora de venir al mundo el Redentor que debía poner término á la desgracia universal.

Dios acogió los suspiros salidos de aquel pecho lleno de fé, y en uno de esos éxtasis, el Espíritu Santo le dió á conocer que su cuerpo no bajaría al sepulcro sin que sus ojos hubiesen visto al Deseado de las naciones. Con el nacimiento de este Niño la humanidad entraba en las sendas de su regeneración: Simeon sostenía en sus brazos á Aquel que restauró el mundo moral y le dió una vida nueva, á aquel que fué la luz de los gentiles y la gloria de Israel. Simeon se sintió arrebatado de júbilo, y estuvo dispuesto á descender á la tumba, por haber visto ya con sus propios ojos al que fué la salud del Universo.

Testigo fué tambien de tan tierna esena una profetisa llamada Ana, hija de Phanuel, de edad ya bastante avanzada, viuda hacia mucho tiempo, no habiendo vivido con su esposo más que siete años. Esta mujer, consagrada completamente al servicio del Señor, pasaba su vida en el templo orando, ayunando y haciendo buenas obras. Iluminábala á menudo el Espíritu de Dios; y al escuchar el himno profético de Simeon, comenzó á hablar tambien de Jesus á cuantos aguardaban la salud y redencion de Israel.

**No hay alegria sin tristeza,
ni goce sin dolor.**

Entra en los designios del Señor, que mientras dura esta vida no podamos experimentar ninguna satisfaccion completa. Las alegrías vienen siempre alternadas con los dolores; y al aplicar á nuestros lábios la copa de la felicidad, encontramos siempre la amargura del sufrimiento, que nos recuerda que este mundo no es más que un valle de lágrimas. Así sucedió tambien á María. Aun no habia saboreado el júbilo que debían producir en su alma los anuncios de Simeon, cuando los ojos de este anciano se nublaron, su voz se apagó, su rostro perdió su animacion, y sus acentos de júbilo se trocaron en palabras de pesar. Despues de haber depositado de nuevo al Niño en los

brazos de su Madre; despues de haberle bendecido, dijo: «He aquí que este es puesto para caida y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal á la que se hará contradiccion.» Luego Simeon, volviéndose hácia María, añadió estas tremendas palabras: «¡Una espada traspasará tu pecho!» Terrible frase que daba á conocer que, á la manera que desgarraria el corazon una espada que lo traspasase, así el dolor desgarraria el corazon de María. Este anuncio es una inspiracion del Espíritu Santo: María debia saber que si era la más gloriosa y la más feliz de las madres, seria tambien la más probada por el sufrimiento; y debia saberlo desde aquel instante, á fin de que todas las veces que ella pensase en el divino origen y en la gloria eterna de su Hijo, se acordase de la resistencia que él encontraría, y de los dolores que tendria que experimentar ella misma. Dios que le reveló su felicidad, ¿pudo ocultarle sus pesares?... A juzgar segun los falibles cálculos humanos, aquel Rey tan esperado habia de ser recibido por su pueblo con vivas aclamaciones, con aplausos entusiastas. ¿Cómo habia de presumirse que aquel Niño, que era la esperanza universal; aquel Niño, que queria la salvacion de todos, no encontrara sino contradiccion y persecuciones? Al tomarle Simeon en sus brazos, todo el mundo

esperaba al Mesías prometido, y cada uno se persuadía de que iba á recibirle con entusiasmo. Pero esto no eran más que ilusorias apariencias. Cuando el Mesías se presentó en público, entonces se revelaron las miserias del corazón humano. Así lo comprendió Simeon: él, que estudió la filosofía de los acontecimientos en la meditación y el retiro; él que escuchó las inspiraciones divinas, sabía á donde conducen las pendientes del mal; sabía que el vicio disputaría palmo á palmo el terreno á Aquel que venía á extirparlo.

Aquella conmovedora escena no produjo la menor impresión en los endurecidos ó indiferentes sacerdotes y doctores que se hallaban en el templo. Gastados por la corrupción, cegados por el orgullo, el amor al oro y el egoísmo, la luz de Israel no alumbraba para ellos.

PRÁCTICA

Haremos algún servicio á aquella persona á quien tengamos más antipatía.

EJEMPLO.


María se complace en favorecer á sus devotos. Sabido es que la toma importantísima de la corte de San Fernando, es debida á la protección de María, cuya Imágen empavesada en una de las

naves que surcaban el Guadalquivir, y su nombre invocado en un momento de religioso entusiasmo, bastó á romper la fuerte cadena de hierro que impedía el paso del río.

En la vida de San Alfonso María de Ligorio, leemos estas palabras: «lo que principalmente contribuyó á conservar su inocencia hasta la muerte, fué su tierna y constante devoción á María, á quien se había consagrado de una manera especial: fué que, lleno de amor filial hacia ella y de una confianza sin límites en los méritos de su Hijo, se dirigía á ella en todas las necesidades, y se tenía por seguro obtener todo lo que pedía á Dios por su intercesión.» Tal fué siempre la fidelidad de los Santos para con María, y la correspondencia de María para con ellos.

SABADO XXIII.

Huida á Egipto.



NUNCA la conciencia de los tiranos se halla tranquila. Dios ha dispuesto que nunca tuvieran paz los que vienen á turbar la tranquilidad del pueblo. La gloria de las usurpaciones es como el humo, que un momento dora el rayo del sol, pero que la más suave brisa agita y desvanece.

Herodes dominaba al pueblo de Israel

con actitud amenazadora; representante del César romano, había sentado las tiendas del imperio sobre las ruinas del trono de David, y se dedicaba á propagar las ilusorias y bárbaras tradiciones gentílicas en menoscabo del espíritu creyente, que había podido salvarse al través de la prevaricación y de la indiferencia del pueblo del Señor. Por lo tanto, el alma de Herodes no podía sosegar. El temor anda siempre inseparable de semejantes situaciones, y de ahí la alarma que excitó en el espíritu de Herodes la noticia de haber aparecido en aquel país un Niño cuyas cualidades y circunstancias de su familia, de su nacimiento y de su persona, tenían una analogía sorprendente con los anuncios que sobre el venidero Redentor de los hombres habían formado los Profetas. Conturbóle á Herodes una idea: el que Israel esperaba había de reinar. Pues quitar de su alma la sombra del futuro rey, fué un plan que rápidamente concibió en el momento mismo en que llegó á su noticia que el que había de reinar estaba ya en el mundo. Entonces dió á luz aquel inicuo decreto, por el que se condenaba á degüello los niños que no pasaran de dos años de existencia: entonces el pueblo hebreo presentó una escena de horror en el asesinato de los inocentes.

Sin embargo, Jesucristo debía predicar,

ser admirado y objeto de demostraciones públicas de amor y de entusiasmo; debía crecer, debía presentarse en la edad del hombre completo. Herodes no pudo quitar un solo día de aquellos treinta y tres años que Jesús había de vivir en la tierra. Jesucristo se salvó del degüello de Herodes, pero se salvó huyendo precipitadamente de la pátria, buscando en extranjera tierra un asilo. Un Ángel le avisó á San José, á quien Dios confiara la custodia del Niño; los maternales brazos de la más pura de las madres fueron el dulce vehículo que le transportó á mendigar una hospitalidad á la tierra de los ídolos. José y María trasladaron solos, desamparados, indigentes, al Salvador de Israel, para libertar de los enemigos á Aquel que venia á emancipar todas las almas del yugo de la espiritual tiranía.

Degollacion de los inocentes.

Plugo á la divina Providencia presentar la anticipada síntesis de la historia del Cristianismo, en el corto período de la vida temporal del Redentor. Aquellos treinta y tres años de la vida de Jesucristo, han sido y van siendo reproducidos por los siglos posteriores.

Apénas el tierno Hijo de la Virgen hubo abandonado el oscuro pesebre de Belén;

apenas hubo visitado el modesto tugurio de Nazareth; cuando la desnudez, el frío, la indigencia, empezaban á serle más llevaderos, la tiranía irguió su ceñuda frente, declarándole esta guerra sin tregua que, después de haberle conducido á la cruz, continúa persiguiendo y crucificando á sus adeptos.

La tiranía, personificada en Herodes, el hombre de corazón empedernido; la ternura, personificada en Jesús, el Verbo de Dios encarnado, y por lo tanto la encarnación suprema de los más bellos sentimientos, son lo que forma el claro y el oscuro del cuadro que nos ocupa..

El déspota Herodes decretó la muerte del tierno Niño; y como ignoraba precisamente dónde se encontraba el blanco de sus furias, hizo extensiva la sentencia de muerte á todos los niños que no contaran dos años de existencia. Permitió Dios tan brutal decreto, á fin de que el mundo comprendiera de una vez, y consignado quedara ante el porvenir, el carácter bárbaro é inhumano de los adversarios de Jesucristo y de sus instituciones.

El degüello de los inocentes, decretado por Herodes en odio al recién nacido Jesús, reprodujose en la Iglesia por Nerón, por Calígula, por Domiciano, por Trajano, por Adriano, por Antonino, por Marco Aurelio,

por Severo, por Maximino, por Decio, por Galo, por Valeriano, por Aureliano, por Diocleciano, por los emperadores cismáticos de Oriente, por los separados soberanos de Occidente, por los reyes anti-católicos, por los presidentes incrédulos y por los impíos revolucionarios; desde el anfiteatro romano, donde el delicadísimo cuerpo de la virgen cristiana era descuartizado y devorado por los tigres, hasta la guillotina revolucionaria, á cuyo filo cortada caía la cabeza del hombre de orden, del católico sacerdote, la sangre de los inocentes ha corrido como vivo arroyo, fertilizando una tierra árida en virtudes. La escena del degüello de los inocentes ha sido la escena de todas las épocas, y la que menos se ha hecho esperar para imprimir carácter á los sucesivos siglos.

El extremo opuesto á la inocencia es la tiranía, la que es obra genuína del sentimiento egoísta exclusivo. No hay para ella ley, humanidad, ni virtud. Religión, moral, política, ciencia, conveniencia, nada significa todo esto que es la base de la sensata organización. La tiranía es la expresión más elocuente del *¿Quién como yo?* pero del *yo* degradado, del *yo* metalizado, del *yo* embrutecido, del *yo* que, abandonando las altísimas regiones de la dignidad humana, ha ensordecido á la palabra del honor y de

la conciencia, y sólo tiene presente que dispone de fuerza, como una masa material, y que es capaz de solazarse en sentimientos lúbricos é indignos, como parte que es del reino animal.

Pero la tiranía y el espíritu se rechazan; son dos polos que ni pueden unirse ni es posible lleguen á vislumbrarse. De ahí que el Cristianismo histórico, obra sostenida por el espíritu ilustrado, y fortalecida por el sentimiento y la idea de la Divinidad, sea la oposición enérgica y efectiva á toda tiranía, desde la tiranía del pecado hasta la más secundaria y menos repugnante de las tiranías por aquella engendradas. La predilección del Cristianismo es la *inocencia*; la fuerza del Cristianismo es la *mansedumbre*.

PRÁCTICA

Pidamos á María las tres cosas que son necesarias para llegar á la perfección: 1.º El conocimiento de nuestros deberes; 2.º Una abundante gracia para llenarlos; 3.º Un medio seguro de obtenerla. Invocar á María, es una condición que se pone á la efusión de su misericordia; es preciso rogarla.

EJEMPLO


En Bohemia, en el siglo XIV, los piadosos padres de San Juan Nepomuceno estaban inconsolables por no tener ningún heredero. Recurrieron

á María y le dirigieron fervientes oraciones; obtuvieron un hijo, que fué al mismo tiempo un gran Santo. Por reconocimiento á este favor dieron á este niño el nombre del apóstol muy amado que al morir Jesús habia dejado por hijo á su madre. María hizo ver bien pronto que ella era realmente su Madre, curándole milagrosamente de una enfermedad mortal que padeció siendo todavía niño.

Hecho sacerdote, canónigo y predicador, esperaba de los socorros de la Madre de Dios todo el éxito de sus trabajos. Fué llamado, en fin, á dirigir la conciencia de la reina, la que hizo los progresos más notables en la vida espiritual, bajo la dirección de un confesor tan prudente. Pero el rey Wenceslao, trabajado por un humor sombrío quiso servirse de él para disipar las nubes de su corazón. El Santo no se prestó á los deseos sacrílegos del monarca; y éste, habiendo empleado inútilmente todos los medios para comprometerle á romper el secreto de la confesión, le amenazó con la muerte si persistía en su negativa. El Santo, después de haberse encomendado á María, se manifestó siempre inflexible y siempre fiel al secreto sacramental, coronando con su glorioso martirio una vida enteramente consagrada á Jesús y María.

SABADO XXIV.

La Virgen encuentra á Jesús en el templo.

ON la degollacion de los inocentes, Herodes creyó poder acabar con el Infante de quien le hablaron los Magos, y que habia de ser más tarde el Rey de los judíos. Herodes ignoraba que toda la fuerza de los déspotas no basta á contrariar los designios de Dios. No habian pasado aún siete años cuando Herodes bajaba al sepulcro, y el Niño de Belén volvía á la Judea. La sagrada familia retiróse á vivir en Nazareth.

Celosos observadores de la ley, todos los años José y María iban á Jerusalén á ofrecer al Dios de David las ofrendas de su fé y de su piedad. El Niño Jesús llegó á los doce años, edad en que los hijos de los israelitas comenzaban á tomar parte en las prácticas públicas de religion. José y María, al llegar la solemnidad de la Pascua, condujeron á Jesus al templo de Jerusalén. Habia sonado la ora en que el misterioso velo que cubria la juventud del Salvador, se abriese por algunos instantes.

Podemos decir que la Judea entera se

hallaba congregada en el sagrado recinto, y Jesús se confundía con la apiñada muchedumbre.

Celebrada la comida Pascual, cumplidas las ceremonias de la ley, José y su Esposa dejaron la ciudad santa, marchando entre una de las caravanas que llenaban los caminos de la Judea durante el tiempo de las solemnidades religiosas.

La casa de su Padre celestial tenia para Jesús demasiado atractivo para que se resignase á dejarla tan pronto. Sensible era para el tierno Niño, que tan afectuosamente amaba á María y José, el separarse de ellos, siquiera fuese por un período de tres días: pero Él, que más tarde habia de exigir que sus verdaderos discípulos abandonaran á sus padres por amor suyo, justo era que empezara ya en la edad de doce años á dar el ejemplo del más grande sacrificio de su ternura, dejando á su Madre y á San José por amor de su Padre celestial.

Al partir de Jerusalén, José y María iban en diferentes caravanas, lo que dió lugar á María para creer que su Hijo se hallaba con su esposo, mientras que José estaba en la persuacion de que el Niño iba acompañado de su Madre.

Llegó la noche, y los santos esposos se reunieron para pernoctar en una de las posadas que se encontraban por el camino,

cuando con gran sorpresa suya vieron que Jesús no estaba con ninguno de los dos. Fácil es concebir el asombro, la turbación que se apoderaría de los encargados de aquel divino tesoro. Anduvieron de una á otra parte, averiguaron, preguntaron; pero todo fué en vano. Se dirigieron á los parientes, á los conocidos, á los vecinos; nadie les dió razón de Jesús: el Niño había desaparecido.

Para comprender lo que sentiría la Virgen aquellos momentos, sería preciso poder medir toda la inmensidad de la ternura que encerraba en su corazón. ¡Qué imágenes tan tétricas se le ofrecerían! El cruel Herodes, que no había retrocedido ante la más sangrienta matanza, y Arquelaos, digno hijo del tirano, ¿habían tal vez dejado en la ciudad santa herederos de su odio contra el divino Niño? Los negros complots tramados contra él en los días de su infancia, ¿existían todavía?

Inútil es decir con qué ansiedad los dos esposos andarían en busca de su querido Jesús. Habían pasado ya tres días; tres días que no pudieron menos de ser para la Virgen de terrible congoja, de mortal angustia. Al fin pudo enjugar su llanto. Los dos esposos concibieron la idea de penetrar en las salas del templo, donde se congregaban los doctores de la ley para dar sus lecciones y

responder á las preguntas que se les hiciese; y allí encontraron al tierno Niño, sentado en medio de los maestros de Israel, que admiraban su alta sabiduría y la profundidad de sus preguntas, encontrando en ellas abundante materia para fecundas reflexiones.

Corrió María hácia Jesús, y con un ademán de ternura, mezclado de pesar, preguntóle dulcemente: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo angustiados te buscábamos.»

Era la madre que hablaba al hijo; el Dios contesta á la mujer: «¿Para qué me buscáis? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?» He aquí una respuesta que revela la divinidad de Jesús.

Aprovechémonos de la importante lección que nos dá Jesús. Por muy legítimos y privilegiados que sean los amores de la tierra, hay otro amor que debe superponerse á todo, y en aras del cual debe sacrificarse todo: es el amor á nuestro Padre que está en los cielos.

El amor á la patria.

El entusiasmo pátrio es uno de los elementos de que se vale la Providencia para desarrollar suavemente la historia de los destinos que le plugo asignar á la humani-

dad. Este entusiasmo, que cuando no viene maleado por el espíritu de ambición ó del orgullo es santo, fué objeto de las bendiciones de Cristo, quien para restaurar el mundo sobre las bases de la pureza y amor universal, hubo de atizar la llama de este sentimiento noble y fraternal, que Dios ha puesto como un gran obstáculo, como una valla de dificultosa salvación ante el orgullo conquistador. Siendo de restauración la obra de Jesús, uno de los sentimientos humanos que se apresuró á encender fué el del patriotismo.

El patriotismo es la fraternidad, considerada bajo cierto punto de vista; y todo lo que más ó menos pudiera contribuir á la constitución de la humanidad y fraternidad, venia señalando como objeto de las atenciones y cuidados del Redentor.

Él, que venia á cargar sobre sí el peso de todas las iniquidades y defectos, á atraer á su persona sagrada las consecuencias todas de la prevaricación primitiva, quiso que uno de los padecimientos con que inauguró la grande expiación, fué el destierro de su patria. El destierro tenia cierta analogía con la pena impuesta por el Todopoderoso á Adán; aquella condena, en sustancia, era un doble destierro, el destierro temporal del paraíso, el destierro eterno de la celeste patria.

Y como Cristo quiso compendiar en su alma y cuerpo los padecimientos merecidos y sufridos por el hombre, como uno de ellos, y de los más intensos en el orden terreno es la expatriación, quiso sufrirla aun siendo niño. Y no es que dejara de amar Jesús á la patria que escogió para nacer; no que menguara en su sagrado corazón el amor de aquel pueblo, al que desde aquel seno de Dios su Padre habia enviado maná sustentador y sido luz vivificante.

El amor de Jesucristo á su pueblo era tan intenso, como que precisamente fué el amor que desde su eterna mansion le profesaba el espíritu que le dictó en los antiguos tiempos aquellos admirables hechos que caracterizaron las diversas fases de su historia. El hombre se interesa por su patria tanto más, cuanto más gloriosa es su historia y sus tradiciones; pues, ¡cuánto no habia de interesar á Jesucristo una patria que El mismo eligió para nacer y santificar, cuya historia habia El mismo combinado, cuyos grandes hombres habia formado según su espíritu; una patria á la que habia dado patriarcas, profetas, jueces y reyes, y finalmente, á la que, viéndola perdida, venia á restaurar y redimir. La amaba, pues, y no sin intensa pena habia de abandonarla. Él, que dió la constitución y la libertad á la patria, oprimido, perseguido por el despo-

tismo del usurpador del cetro de David, se vió obligado á huir. Es indudable que Cristo es el que con sus principios de amor, de orden, de justicia, ha establecido sobre principios sólidos el verdadero patriotismo; Él es quien, fecundando el espíritu de fraternidad, ha acercado más íntimamente unas á otras la gerarquías, extirpando de sus servidores y creyentes aquellos ódios que en todos tiempos han sido fecundos en conmociones, en guerras y en destierros; Él, derramando el espíritu de misericordia, ha inspirado el sentimiento de vida y de perdón que el mundo político ha traducido, bajo el imperio del Cristianismo, en grandes amnistías. Por lo tanto, Él ha abierto á millares la puerta de la patria respectiva; y sin embargo, Él, que tan incomparables beneficios debía proporcionar al patriotismo verdadero, quiso aceptar, luego de haberse ofrecido á Dios en el templo, el dolor de la expatriación. Mucho se alegraría la santa familia cuando, despues de siete años, pudo regresar á la pátria y fué á habitar, á Nazareth, para no exponer al Niño á los furrores de Arquelao, digno sucesor de los crueles instintos de Herodes.

PRÁCTICA

San Alfonso de Ligorio no dejaba ningun dia

de orar ante alguna imágen de María; ayunaba la vispera de sus festividades, y el sábado á pan y agua, llevaba el escapulario, un rosario al cuello y otro á la cintura. Imitémosle en lo que podamos.

EJEMPLO

San Bernardo decia que en nada encontraba tanto placer como en hablar de la gloria de María. El mismo San Bernardo la saludaba sin cesar, San Estanislao de Kostka la llamaba constantemente con el nombre de Madre; San Alfonso de Ligorio le pedia su bendicion tarde y mañana; el jóven San Edmundo no se entregaba nunca al estudio sin implorar antes su auxilio arrodillado ante su imágen. Santa Teresa quedó huérfana á los doce años, y como su educacion sobre este punto fué excelente, corrió á presentarse ante un altar de María, y le dijo: «¡Oh María! no tengo madre en la tierra, dignaos servirme Vos misma de Madre.» Su peticion no fué vana: ¡cuántos favores de todo género no obtuvo por intercesion de esta buena Madre! Los padres que inspiran así á los hijos una tierna devocion á María les dan una salvaguardia, no solamente contra los enemigos de la salvacion, sino tambien contra los accidentes temporales: ¿de cuántas desgracias de todo género no ha librado ó preservado María á los hijos que eran sus devotos? San Juan de la Cruz, de edad de seis años, cayó en un pozo; María lo sacó: San Luis Gonzaga, para terminar su devociones á María, se hechó en la cama obligado por el cansancio y se durmió; su bujía prendió fuego á la cama y la consumió, más él quedó completamente intacto.

SÁBADO XXV.

La sagrada Familia en Nazareth.



UEGO que José y Maria hubieron encontrado en el templo á Jesus, éste se levantó para seguirles. Con su respuesta á la Virgen acaba de manifestarse Hijo de Dios, ahora marchando obediente en pos de los dos esposos se manifestó Hijo de María: así se dió á conocer en Jesus el Dios y el hombre; la humilde sujecion del Hijo de la Virgen, y la digna independenciam del Hijo del Eterno Padre.

El Niño Jesus dejó el templo despues que la luz de la divinidad brilló un instante; retiróse nuevamente á Nazareth. Un lugar desconocido, miserable; una casa humilde, he aquí el palacio donde hasta la edad de treinta años moró el Rey de los cielos.

Del hueco de este peñasco sin nombre, habia de fluir el sencillo Cristianismo; manantial ignorado, en expresion de un poeta, gota de agua invisible en que un pajarito no hubiera podido apagar su sed, que un rayo de sol parecia capaz de secar, y que en el dia de hoy es el gran océano de los espíritus, que ha incendiado los inmensos valles

de la sabiduria humana, llenando con sus ricos afluyentes lo pasado, lo presente y lo venidero.

Todo crece en el mundo; la humilde planta de los campos como el robusto árbol que en los bosques debe un dia amparar al fatigado viajero; el insecto que se oculta bajo la yerba, como el hombre que es el rey de la creacion. Jesus quiso atemperarse á esta ley comun: El fué pequeño infante en Belen, y se le vió crecer y desarrollarse en Nazareth. «A medida que avanzaba en edad, crecia en ciencia y en virtud,» nos dice el Santo Evangelio: «Contemplad el sol, dice San Gregorio Nacianceno; es siempre el mismo, no cambia, no aumenta, no crece; y sin embargo á medida que adelanta en el horizonte deja escapar mayores rayos de luz; sus resplandores crecen, su brillo aumenta. Esto es lo que sucede en Jesus. A manera de sol, que á medida que adelanta en su majestuosa carrera deja sentir más los efectos de su luz y de su calor. Jesus, á medida que crece en años, á medida que adelanta en la carrera de esta vida mortal, presenta señales más sorprendentes de gracia y de sabiduria; y he aquí porque el Evangelio dice que crece en virtud y en santidad» poseyendo en sí mismo la plenitud de toda ciencia y de toda virtud, siendo tan perfecto en su infancia como en su edad madura,

en su pesebre lo mismo que en la cruz, siendo por esencia la sabiduría y la virtud de Dios.

San Lucas, el historiógrafo de la infancia y de la juventud del Salvador, añade: «Estaba sumiso á María y á José.» ¿Qué es la sumision? Es el acto de la subordinacion del inferior ante el superior; de la pequenez, ante la grandeza; de la debilidad, ante el poder. ¡Y sin embargo, el Soberano de los cielos está sumiso á José y á María! Hé aquí el Todopoderoso humillándose ante la debilidad, el Criador haciéndose servidor de su criatura. Dios obedeciendo al hombre; leccion elocuente con que Jesus nos enseña la obediencia, y nos dá á conocer que la sumision, lejos de humillar, pasa á ser una gloria desde luego que la compartimos con el mismo Hijo de Dios.

Las doctrinas anticristianas tratan de sustraer al hombre de toda subordinacion, proclamando para el mortal una independencia que solo pertenece al Autor de todo lo criado. Jesus, sumiso á José y María, condena á los partidarios de la independencia absoluta.

Muchos filósofos y políticos se preguntan con inquietud por qué la sociedad está desgraciada, por qué los augustos lazos de la familia vienen relajándose sensiblemente. Un ojo cristiano descubre fácilmente la

causa, que no es otra que la falta de sumision. La desobediencia: hé aquí el cáncer que corroe el corazon de nuestra sociedad. Queremos ser independientes: los niños se juzgan ya hombres á los quince años. ¡Infelices víctimas, que, á manera de flores momentáneas, languidecen y mueren muy pronto.

La perfeccion de la vida ordinaria.

Las corrientes del orgullo nos arrastran de tal modo, que nos hacemos la funesta ilusion de creer que la santidad está en razon directa del brillo de nuestras obras; y en aquellas cosas que solo deberian practicarse para gloria de Dios, buscamos frecuentemente el aplauso de los hombres. Jesus, María y José, con la vida tan oscura, tan monótona, en apariencia tan inútil, que llevaban en Nazareth, dieron á conocer lo peligroso de un error semejante.

Es verdad que á veces debemos practicar nuestras virtudes en presencia de los hombres, ya para no hacernos culpables de una cobardía que reconozca por causa mezquinos respetos humanos, ya para que los demás *vean nuestras obras buenas, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos*, como dice el Evangelio. Pero cuidemos siempre de que los estímulos del amor propio no nos arrebaten el valor de las accio-

nes más meritorias, que no nos las malee el aire de una vanidad egoísta, teniendo en cuenta que no obtenemos los aplausos de Dios cuando buscamos los aplausos de los hombres.

Hacer bien las cosas pequeñas, santificar por medio de un grande amor y de una perfecta pureza de intencion el trabajo de cada dia, como lo hizo San José; las tareas más vulgares del hogar doméstico, como lo hizo María; contentarse de poco y amar mucho, hé aquí el fondo de la santidad cristiana y del verdadero servicio de Dios. Por esto el Espíritu Santo, al dictar los Sagrados Evangelios, ha guardado de propósito el silencio más absoluto acerca de la santa familia de Nazaret, silencio más sublime que los más elocuentes discursos.

Nazaret nos manifiesta que la santidad no descuella siempre en el mundo como los altos cedros del Líbano, sino que á veces silenciosa como el arroyo que refleja la luz del cielo, deslizándose en hilos de plata por entre la yerba de los prados.

Al posar nuestra religiosa mirada por la vivienda de Nazareth, contemplamos por un momento en qué se ocupa el Niño Jesús. El sudor del trabajo baña su frente, sus tiernas manos sostienen el hacha del carpintero. ¡Enseñanzas sublimes! Antes de inculcarnos la humildad, la obediencia, la pe-

nitencia, el amor al trabajo, empieza Jesús á darnos de estas virtudes los ejemplos más magníficos. Él santifica el trabajo: y ocultándose por espacio de treinta años á la vista de los hombres, obedeciendo y trabajando, nos dá la leccion tal vez más importante de todo su Evangelio.

PRÁCTICA.

Tenemos obligacion de llenar todos los deberes de nuestro estado. Los padres deben cuidar de sus hijos; los jóvenes deben observar las reglas de la modestia, y una santa reserva en sus palabras; los sacerdotes, además de la santidad de la vida sacerdotal, deben soportar con resignacion los defectos de los débiles, sin rechazar jamás los trabajos que imponen el celo por las almas. Para cumplir nuestro deberes, es preciso armarnos de valor para sobreponernos y vencernos á nosotros mismos.


EJEMPLO

San Bernardo y la Iglesia nos dicen, que un buen servidor de María no perecerá. Dios, segun la expresion de San Bernardo, tiene depositado el tesoro de sus gracias en manos de María (*De nativ. B. M. V.*) Reanimemos diariamente nuestra confianza en ella, como hacia san Bernardino de Sena, que cuando jóven iba todas las tardes á visitar un santuario de María, á quien llamaba la Señora. Palabras salidas de su corazon, que amaba á María y que asustaban á su tia, has-

ta que le vió un dia dirigir sus pasos fuera de la ciudad hácia un santuario de la Madre de Dios. La sola presencia de Bernardino imponia silencio á los libertinos y á los jóvenes disolutos. Se consagró al servicio de los enfermos, y mostró un heroísmo admirable durante la peste que disoló á Sena en 1400. Entró en los franciscanos, fué vicario general, y gobernó la orden con suma prudencia. Lleno de humildad, rehusó varios obispados. Escribió importantes obras, que forman cinco tomos en fólío.

SÁBADO XXVI

La muerte de San José.

 EL último fin del hombre corresponde á su vida. Si ésta se ha pasado en la paz de una conciencia tranquila y de un entero sacrificio á Dios, la muerte es un feliz tránsito á la eternidad. Dios endulza para el justo los temores y las cenogojas de los postreros instantes de su vida con los consuelos de la religion, y una ilimitada confianza en su misericordia infinita. ¡Cuán dulce ha sido la muerte para muchos, que consagrados al Señor desde su infancia, ó habiendo purgado con años de penitencia sus extravios, vieron con alegría acercárseles la hora de partir á un mundo mejor.

Y es indudable que no hay muerte que por su dicha pueda compararse con la de San José. Rodeado el venturoso Patriarca en su última hora de Jesús, su Hijo adoptivo, y de María, su virginal esposa, en cuya compañía habia vivido por espacio de treinta años, unido con ellos por la lazada de un amor al que, por faltar adjetivo en el lenguaje humano, hemos de llamar celestial, ¿quién es capaz de formarse una idea de la alegría que inundaria su corazón, de los consuelos que ellos le prodigaron, de la elevacion de pensamientos y transportes que experimentaria su alma á las palabras divinas y cariñosas de todo un Dios y su Madre Santísima? No, José, no siente ninguna de las penas de la muerte. Su alma se desprende suavemente de su cuerpo, con el que ha de volver á reunirse, á no dudarlo, para vivir juntos inmortales. Su porvenir eterno se lo señala el mismo que es Rey en la eternidad, y que le ha estado sumiso en el tiempo y le ha llamado padre, y le cierra los ojos con cariño de entrañable hijo... ¡Morir en brazos de Jesús y María, ser asistido por ellos en la crítica hora, gozar de sus lágrimas de ternura, y de sus expresiones y cuidados de amor filial y de esposa, ¡Oh! el espíritu se extasia al contemplarlo! y en su arrobamiento atónito, admira y calla.

Pensamientos sobre la muerte.

La terrible sentencia ha sido fulminada contra toda la raza de Adan. *Todos moriréis*. El juicio es inapelable, porque ha sido pronunciado en aquel tribunal ante el que no hay excepcion de personas, y cuyos fallos dicta una justicia infinita y sanciona un poder omnipotente.

La separacion del alma del cuerpo que animaba, importa la disolucion de éste. Sustancia material, es por lo mismo corruptible; compuesto de elementos contrarios, y con un organismo que solo un maravilloso equilibrio basta á conservar, el cuerpo, cuando cadáver, esto es, cuando por la ausencia del espiritu, principio que le es de vida y movimiento, queda entregado á la accion disolvente de sus heterogéneos constitutivos, entra en descomposicion de sus partes, en la destruccion de su bello organismo, y llega á la putrefaccion y al polvo. ¡Ah! ¡Repugnante ha de ser para el hombre la muerte, que convierte en feo esqueleto ó en un amasijo de informe y hedionda materia un cuerpo cuya hermosura y perfecta proporcion de sus miembros, ó cuya arrogancia de talle y lozania y vigor de las formas se atraian la admiracion y el elogio.

Y sobre repugnante, angustiosa ha de

serle al considerar la suerte que puede caber á su alma, separada del cuerpo. Espiritu, ella no muere como éste, no se descompone, no se disuelve, vive con sus potencias en ejercicio, y así vivirá eternamente, ya que al no aniquilarla Dios, que no desbarata ninguna obra suya, no puede perecer. Mas esa eternidad que aguarda al alma despues de haber informado al cuerpo, ¿le será feliz ó desgraciada? Ahí está la espantosa incertidumbre del hombre, y de aquí principalmente su terror al recuerdo de la muerte, y sus congojas en el tránsito de su alma del tiempo á la eternidad. Voltaire, en su lecho de muerte, se agitaba en horrible convulsion al presentársele la idea de otra vida. Uno de sus colegas en la impiedad confesaba que, á despecho suyo, el recuerdo de la eternidad le perseguia como un sangriento espectro.

PRÁCTICA

Recurramos á María siempre que seamos tentados. Ejercitemos algunas prácticas favoritas de devocion á la Madre de Dios, por ejemplo, la de privarnos de alguna cosa en la comida el sábado y la víspera de las festividades, la de rezar tres *Ave-Marias* cada dia, la de rezar el rosario grande al menos una vez por semana; y si amamos tiernamente á María, nuestro corazon nos sugerirá otras muchas.


EJEMPLO.

Con copia de ejemplos confirman que San José es abogado para conseguir una muerte dichosa. San Alfonso de Ligorio refiere los casos siguientes: Por los años de 1541, hallándose en el punto de muerte un religioso lego capuchino llamado fray Alejo de Vigevano, rogó á los hermanos encendieran unas candelas. ¿Y por qué? le preguntaron aquellos. Y respondió que dentro de poco iba á recibir la visita de San José y María Santísima. Y apenas hubo dicho estas palabras, añadió: Vedlos ahí á San José y á la Reina de los cielos; arrodillaos, padres míos, para recibirlos: y pronunciando estas palabras, espiró plácidamente el día 19 de Marzo, día propiamente consagrado á la honra del Santo Patriarca. Léese también en el legendario franciscano correspondiente al día 17 de Febrero, que la venerable sor Prudencia Zagnoni, gran devota del Santo, mereció en la hora de la muerte tener la dicha del ver al Patriarca que con el Niño Jesús en los brazos se acercó á su lecho; y ella entró en conversacion ya con José, ya con Jesús, dándoles rendidas gracias por tan señalado favor, y en medio de tan dulce compañía exhaló dichosamente el alma. En la historia de los Carmelitas descalzos se lee asimismo que, hallándose la V. Sor Ana de San Agustín, religiosa de Santa Teresa, en el trance de la muerte, ciertas religiosas vieron que la asistían San José y Santa Teresa. El mismo San Alfonso de Ligorio refiere que un religioso de San Agustín apareció á un compañero suyo, y le manifestó como Dios le

había librado del infierno por la particular devoción que había profesado al Santo Patriarca; y anduvo publicando, que San José, como padre putativo de Jesús, tiene gran valimiento cerca de su Hijo.

SÁBADO XXVII.

Maria en las bodas de Canaán.

UAN Bautista, con el prestigio que le daba la austeridad de sus costumbres, lo sublime de sus predicaciones, y sobre todo su carácter de precursor de Jesús, dijo á sus discípulos mostrándoles al Salvador:

«Hé aquí el cordero de Dios; hé aquí el que quitó los pecados del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene uno que fué engendrado antes de mí; porque primero era que yo... Para que sea manifestado en Israel, por esto vine yo á bautizar en agua.»

Desde aquel instante varios discípulos de Juan pasaron á serlo de Jesús, quien llamó además á otros para que le siguiesen. Jesús, para arraigar la fé en sus discípulos, quiso inaugurar su vida pública con un mi-

lagro, á fin de que viendo en Él un hombre revestido de la omnipotencia divina, reconocieran evidentemente su mision celestial y su carácter de Mesías.

A los tres días despues de la convocacion de sus discípulos, encontrábase Jesús en compañía de éstos en unas bodas que tuvieron lugar en Canaán, pequeño lugar situado entre los confines de la Galilea y de la Fenicia, cuyo nombre ni siquiera conoceríamos si no fuese por el hecho que vamos á referir. Uno de los novios estaba unido á la Virgen con vínculos de parentesco; Jesús, al asistir á esta boda, dió á conocer que habia venido para estrechar los lazos de familia, sancionados por la Religion y por la naturaleza; que la santidad no es incompatible con ciertas expansiones, siempre que en ellas no se traspasen los límites señalados por la moral.

María se encontraba en la casa de los novios mucho antes de la hora del banquete, para ayudarles en los preparativos de la fiesta. Nos formaríamos de la Virgen una idea equivocada si creyésemos que la contemplacion era la tarea exclusiva de su existencia. La Madre de Dios habia de ser por su actividad, por el cuidado en el orden del ajuar, en la solicitud por las tareas domésticas, la más exacta personificacion de la *Mujer fuerte*, descrita en el libro de los Pro-

verbios, verdadera antitesis de la mujer débil y muelle de nuestro siglo, que sólo piensa en agradar y en gozar, y cuya inútil existencia se consume toda entre caprichos y sensualidades. María, pues, ayudó á los de la casa á preparar todo lo conveniente. Solícita, previsora como era, no se le ocultó que, siendo los convidados en mayor número de lo que se esperaba, habia de escasear el vino; falta que no dejaria de ser notada por los concurrentes, poniendo á los dueños de la casa en un apuro. La Virgen previene el compromiso acudiendo al poder de Jesús, que si era un secreto para los demás, no lo era para María. Acercándose con disimulo á su Hijo, le dijo en voz baja; «No tienen vino.»

Ya se comprende que esto, más que una observacion, era un recurso á la omnipotencia del Hijo de Dios. Jesús le contestó: «Mujer, ¿qué nos vá á ti y á mí? Aun no es llegada mi hora.» Jesús, reservándose su libertad de accion, manifestaba que Él obraria el prodigio, pero que era menester esperar, pues para que los circunstantes se persuadiesen de lo milagroso de su obra, era menester que estuviesen antes en la conviccion de que no habia vino.

La Virgen, lejos de tomar las palabras de Jesús por una negativa, dijo á los que servian en la mesa, segura de que su Hijo

obraría el milagro: «Haced cuanto Él os dijere.»

Llegó el momento en que el vino que debía servirse á los convidados se agotó. Había allí seis tinajas de piedra; Jesús ordenó á los criados que las llenasen de agua hasta el borde. Luego de haberlas llenado, les dijo que las llevasen al mayordomo. Éste, al gustar el líquido que ellas contenían, vió con sorpresa que lo que había en las tinajas era un vino muy exquisito. Acostumbrábase servir el vino superior al principio de la comida, guardando para después el de inferior calidad. El mayordomo dijo al esposo: «Todo hombre sirve primero el buen vino, y después el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.» Conforme todos pudieron comprender, no era que el esposo hubiese faltado á la costumbre observada; era que el Hijo de María acababa de manifestarse en su calidad de Hijo de Dios. Convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaán, el matrimonio, que entre los paganos no era más que el medio de satisfacer una pasión, y que había sido desfigurado hasta entre los judíos, Jesús simbolizaba que venía á darle una nueva fuerza elevándolo á la categoría de Sacramento.

Acabamos de ver que el primer milagro de Jesús se realizó á petición de María; aca-

bamos de encontrar en María un corazón compasivo que se apresura á prevenir los apuros de los demás; á penetrar en sus miserias para proporcionarlas un socorro.

La limosna produce gran aumento de méritos.

María amó la pobreza, pues que con Jesús vivió pobremente. Recibió de sus padres el ser compasiva, pues también ellos fueron piadosos y misericordiosos para con los pobres. Natural fué en ella la benignidad, y procuró siempre socorrer á los pobres aún con su pobreza. Lo que los tres Reyes de Oriente ofrecieron á su Hijo, ella lo entregó á los pobres.

No despreciemos al pobre: más Santos hay bajo los harapos que bajo la púrpura. No pensemos que Dios desprecie á los pobres porque les dá poco, antes juzguemos que los ama, puesto que los confía al cuidado de los ricos. No nos paremos nunca en la persona del pobre; si es bueno ó si por su culpa ha caído en la pobreza, pues Dios no mira á quien se dá la limosna, sino el afecto con que se dá. Aunque sea perverso el mendigo á quien socorremos, no perdemos por esto el mérito, porque Cristo es quien acepta nuestra limosna. ¡Cuántas cosas recibiremos en el cielo por la pequeña

moneda que damos y por el mendrugo de pan que alargamos al indigente!

La oracion del pobre es poderosa ante Dios, así como sus quejas llaman la maldicion de Dios sobre los duros de corazon. La verdadera caridad no espera que el pobre le pida limosna, sino que cuando vé á un necesitado, se manifiesta al instante generosa. Porque el que ha de pedir para obtener, ya no recibe de balde. ¡Bienaventuradas las manos del limosnero, que por una friolera recibirá de Dios extraordinaria recompensa!

Ni en esta vida llegaremos á sentir necesidad, si con gusto, con presteza y con amor socorremos al pobre. Si no tenemos que dar, demos á lo menos una buena palabra. No lancemos improperios al pobre; no aumentemos su tribulacion; Dios vengaria esta injusticia. Si podemos dar, demos; si no podemos, mostrémonos cariñosos. Dios corona el buen deseo cuando no hay otros recursos.

Nadie diga: No tengo. La caridad no sale de la bolsa, sino del corazon. No le abremos al pobre la bolsa sola; démosle juntamente una palabra que pueda edificarle. Consolémosle en su miseria para que así tengan limosna su cuerpo y su alma.

PRÁCTICA


Lejos de conservar rencor ú odio, recemos una *Ave-maria* para los que nos injurian ú ofenden. Un ilustrado autor, cita una aparicion de Jesús á Santa Brígida en la que Jesus le manifestó que uno de los medios más excelentes para obtener el perdon de una palabra dura que se escapa en un movimiento de cólera, es rezar una *Ave-maria*.

EJEMPLO.

San Vicente Ferrer, San Alfonso de Ligorio y otros escritores, refieren que cierto mercader de la ciudad de Valencia, tenia por costumbre convidar á comer en su propia mesa el dia de la Natividad á un anciano y á una mujer que amantase á un niño, en honra y gloria de Jesús, de María y de José. Ocurrida la muerte de este devoto, apareció á cierta persona que rogaba por su eterno descanso, y le dijo que á la hora de su muerte, le visitaron Jesús, María y José, y le dijeron: «Tú nos recibiste en vida en tu casa en las tres personas de los tres pobres, ahora nosotros venimos para recibirte en la nuestra;» y dichas estas palabras, se lo llevaron al paraíso.

SABADO XXVIII

Maria siguiendo á Jesus en su predicacion.

UANDO hubo llegado la hora en que Jesus debia manifestarse al mundo, y acreditarse con sus obras ser Hijo de Dios, habíase despedido de su Madre, de aquella mujer que le concibiera sin concurso de varon, y le alumbrara sin menoscabo de su virginidad. Natural y verdadero Hijo de María en su humanidad, cual en su divinidad natural y verdadero Hijo del Eterno, no quiso Jesus entregarse al cumplimiento de su mision entre los hombres, sin haber obtenido primero la licencia de su Madre terrestre, así como no vino al mundo sino enviado de su celestial Padre. Se habia retirado al desierto, y habia ayunado allí por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches, antes de predicar á los judíos su doctrina de recogimiento y mortificacion; habia recibido el bautismo en el Jordán antes de anunciar al género humano la remision de los pecados.

María se entregaba á la sublime y dulce memoria de lo pasado, y á los tristes presentimientos de lo porvenir. Lanzado Jesus

sin apoyo humano, sin recursos materiales en el peligroso mar del pueblo judaico, donde naufragaron ilustres Profetas, entre las pasiones y las intrigas de los magnates, y los caprichos de un rey sanguinario, fácil es concebir cuánto sufriria la más amorosa de las madres.

Llegaban á noticia de María los milagros que obraba Jesus, el entusiasmo con que le seguia la multitud, la voz pública que le aclamaba un gran Profeta, y ella misma habia diferentes veces concurrido á la Sinagoga, donde escuchara la divinidad de su doctrina, y viera la atencion y pasmo con que le oian hasta los sacerdotes y príncipes del pueblo. No obstante, María percibía á lo léjos el rumor de la tempestad. No ignoraba que la adhesion de la muchedumbre á Jesus, que su vida intachable, que sus obras portentosas, eran causa de envidia y de ódio para los escribas y fariseos.

María quiso reunirse á su divino Hijo y acompañarle en sus predicaciones; asociándose á sus obras de misericordia y amor, empezaba María el ejercicio de la funciones de su maternidad humana. El Evangelio nos refiere solamente un caso en que por intercesion de su Madre hizo un milagro Jesus, pero al decirnos que fué el primero, y que por respeto á ella anticipó la hora de

la manifestacion de su omnipotencia, nos forma la conviccion de que á la Madre acudirian los necesitados para alcanzar del Hijo el remedio que deseaban. ¡Cómo no! La amabilidad, la compasion, la dulzura del Hijo venian á ser, cual el reflejo del carácter, todo suavidad y ternura de la Madre; la Madre debia ser, pues, como el retrato de la bondad y clemencia infinitas de su divino Hijo. Desde entonces se la pudo ya reconocer por la *consoladora de los afligidos, y el refugio de los pecadores.*

El apostolado de la mujer.

Convenia que María siguiese á Jesus en su vida pública. Estaba destinada para maestra de los Apóstoles y discípulos despues que su divino Maestro hubiese ascendido á los cielos, así como para Madre de todos los hombres. Pero no hubiera sido conveniente que María siguiese sola á Jesus y á sus Apóstoles al través de las comarcas de la Galilea y en sus excursiones de Judea. De aquí que dispusiera el Señor se asociaran á ella algunas piadosas mujeres.

De creer es que al permitir Jesucristo le siguiesen en sus predicaciones algunas santas mujeres junto con los Apóstoles, además de que quiso con ello dar compañeras á su Madre, intentó manifestarnos que venia para rehabilitar á la mujer, contándola, al

igual del hombre, entre sus discípulos, y no excluyéndola del apostolado. En la religion cristiana la mujer habia de ejercer, no menos que el hombre, sino el ministerio del sacerdocio y de la predicacion evangélica como éste, por cierto el de la conversion de los pecadores y el de la anunciacion de las verdades eternas por medio de una vida consagrada á la práctica de las más heróicas virtudes, á la abnegacion y al sacrificio, al mismo tiempo que á la instruccion de la niñez en los rudimentos de la fé. No es solamente respecto de su sexo como la mujer cumple con un verdadero apostolado, cuando dirige á las que á él pertenecen por la senda de los deberes cristianos; la esposa; la madre, la mujer católica, pueden en el hogar doméstico, en el seno de la familia, en medio de la sociedad constituirse verdaderos apóstoles de Jesucristo, atrayéndole los corazones y ganándole las almas con su resignacion y sufrimiento, su sincera y ejemplar devocion, su vigilancia cristiana para con los domésticos, su vida privada y pública de santa sencillez y recato. ¡A cuántos hombres han arancado del vicio y han morigerado en sus costumbres la paciencia y la piedad de una esposa amable! ¡Qué preciosas semillas de fé y de virtud siembran en los corazones de sus hijos el ejemplo y la ense-

ñanza de una madre fervorosamente cristiana! Y en sus relaciones sociales, ¡cuán saludable y constante influencia ejerce la mujer, modelo de honestidad y de modestia!

PRÁCTICA.

Supliquemos á María que nos bendiga todos los dias, principalmente en la hora de nuestra muerte, y que reciba nuestra alma en sus brazos para presentarla á Jesus. O como decia san Bernardo: «Prosternémonos á los piés de esa buena Madre, abracémoslos en espíritu, y no permitamos que nos abandone sin darnos su bendicion y sin que nos reciba en el número de sus queridos hijos.»

EJEMPLO.

Cuando el jóven conde Francisco de Sales, despues obispo de Ginebra, estudiaba en París, el Señor, para probarlo, permitió que el demonio le sugiriese vivamente que se hallaba en el número de los réprobos. La tentacion, ya muy violenta por sí misma, iba tambien acompañada de una aridez inexplicable; el cielo le parecia oscuro. Perdió el sueño y la salud, y todo el mundo se compadecia de él. Sin embargo, en su terrible abatimiento, tuvo aun vigor para exclamar: «¡Oh amor! ¡Oh beldad suprema á la cual habia consagrado todas mis afecciones, no debo esperar ya de vos más que rigores! ¡Oh Virgen Madre de Dios, ya no os veré en el paraíso! ¡Ah! Si no me es dado contemplar la hermosura de vuestro rostro, no


permitais al menos que sea condenado á blasfemaros y maldeciros en el infierno.» La tentacion duró un mes, hasta que al entrar una noche en una iglesia, vió allí suspendida de la pared una tablilla, sobre la cual estaba escrita la oracion de san Agustin, *Acordaos*, etc. (1).

Prosternándose ante el altar de la Madre de Dios, recitó con fervor esta oracion, renovó su voto de castidad, y prometió á la Santísima Virgen rezar todos los dias el rosario; despues añadió: «Oh mi Soberana, sed mi abogada cerca de Jesus, vuestro Hijo, y si debo ser tan desgraciado en el otro mundo para no amarlo, obtenedme al menos el poder amarlo en éste con todo mi corazon.» Despues de lo cual se echó en brazos de la misericordia divina, enteramente resignado á la voluntad de Dios. El fruto de su oracion no se hizo esperar largo tiempo; María lo libró de su tentacion, renació en su corazon la confianza y con ella la tranquilidad y la paz.

(1) Esta oracion se halla al principio de esta obra: algunos dicen que es de San Agustin, aunque la mayor parte de los escritores la atribuyen á San Bernardo.

SÁBADO XXIX

La Virgen y las santas mujeres entrando en
Jerusalén.

N día el Salvador se dirigió á Jerusa-
lén. El pueblo espontáneamente lo
recibió como recibe á todo aquel
en quien vé un corazón capaz de sacrificar-
se por la felicidad de los que ama; veía en
Jesus un carácter sobrehumano, y pene-
trando en su corazón, observaba que sus
sentimientos de benevolencia excedían in-
mensamente el nivel de los que abrigaban
cuantos se habían llamado sus amigos. En
la persona de Jesucristo todo lo que el
pueblo veía era grande, era colosal; el Pro-
feta, el Sabio, el Maestro que recibía era á
sus ojos el amigo divino. Veía en Jesus la
poesía de Isaías, la mansedumbre de David,
la sabiduría de Salomón, el tipo de todas
las virtudes y la viva inspiración de todos
los Profetas. El pueblo de Jerusalén se en-
tusiastó, y le recibió con palmas y cánticos.

Las santas mujeres, al oír á Jesucristo,
al tratarle, al obedecerle, no ignoraban que
oían, trataban y obedecían al Mártir por ex-
celencia; María les había hecho sentir el

significado de aquello que Simeon les había
dicho: *Este Niño que me presentais será el
blanco de la contradicción.* Las santas muje-
res quizá fueron las primeras en saber que
Jesus marchaba hácia el Calvario.

Todo hacía presumir que el cruel sacri-
ficio se realizaría en Jerusalén: aquella ciu-
dad había sido el centro de las misericor-
dias de Dios, y el teatro de la ingratitude y
rebeldía de los hombres. Allí habían predi-
cado los Profetas, y los Profetas habían si-
do insultados, perseguidos y apredreados:
sobre ella habían llorado los enviados del
Señor, y el Redentor cuando pensaba en
ella se mostraba lleno de amargura y de
pesadumbre. A pesar de la incomparable
dulzura de su corazón y atracción de su
lenguaje, le había dirigido severas recon-
venciones, y había levantado en los átrios
de su templo, armado de un azote, su brazo
que sólo venía á bendecir.

La certeza del atroz martirio de Jesu-
cristo, estaba acompañada del presenti-
miento de que el sacrilegio sería cometido
en Jerusalén. Vamos allí dijo María á las
santas mujeres. *Jesús va á morir. Morirá en
Jerusalén, porque en Jerusalén ha echado el
resto de su amante vida.*

No es posible expresar, ni siquiera con-
cebir, lo que dirían y lo que pensarían las
santas mujeres al dirigirse á Jerusalén, cier-

tas de que en aquella ciudad recogerian el último aliento de la vida natural de Aquel á quien tanto amaban.

Al entrar en Jerusalén, la agitacion popular les advirtió que sus presentimientos eran fundados. La ciudad de los Profetas ofrecia un aspecto sombrío y aterrador. Los emisarios de la Sinagoga iban y venian azorados y ansiosos. Compraban secuaces que pidieran la crucifixion de Jesús.

Los cojos, los sordos, los ciegos y demás enfermos que Jesús habia curado, apenas tenian una leve protesta que oponer á la iniquidad corruptora.

«Nos conviene que Cristo sea crucificado:» he ahí en qué se ocupan los emisarios de la Sinagoga al pisar Maria los umbrales de la ingrata ciudad.

Cuando Jesús fué crucificado en el Calvario, su Madre ya lo habia sido en las calles de Jerusalén; y como Cristo no fué crucificado solo, tampoco fué crucificada sola Maria: crucificadas con ella, al entrar en Jerusalén, fueron sus piadosas amigas al oír propalarse este rumor: *Pidamos la crucifixion de Jesucristo.*

Dulces armonias de la amistad.

Jesucristo vino á restablecer en la tierra todas las virtudes, y sobre todo aquellas que más contribuyen á hermohear el cora-

zon... La amistad no era ya conocida: este cambio franco y espontáneo del amor habia dejado de ser usanza de los mortales. El Redentor se propuso restablecer las cordiales relaciones y avivar las simpatias íntimas entre los hermanos, y como el método de Jesucristo era *hacer y enseñar*, antes de enseñar la amistad empezó haciéndose *amigos*. Jesucristo tenia amigos, y nadie los ha tenido tan numerosos y adictos como Él. No es extraño: la amistad levantada sobre la base del amor purificado, y podemos decir, divinizado, constituye la esencia del Cristianismo. *Amad*, éste es el gran precepto cristiano: *amad*, y *amad* hasta los enemigos; ésta es la parte misteriosa del precepto. De modo que, siendo mandado á los discípulos llevar el amor hasta el seno de la enemistad, y habiendo enseñado el divino Maestro que las dos fases del precepto del amor contenian la fisonomia entera del Cristianismo, lógico y teológico es decir que la enemistad es la única cosa que el Cristianismo vino á destruir.

Dos clases de amigos tenia Jesucristo: los que le amaban y los que le odiaban. Los que le amaban eran sus amigos por semejanza, por union, por participacion de vida intelectual, sentimental, moral: los que le odiaban, y estos eran sus amigos por atraccion, por conversion, por transformacion.

Con todos trataba: á los unos les trataba con intimidación, con familiaridad, embriagándolos con el piélago de los dulces gozos que se concentraban en su corazón, portentosa urna del amor divino; á los otros los trataba con suavidad, ilustrándolos con la luz de su verdad y el imán de su amabilidad, atrayéndoles á su persona, llamándoles á su sombra para que sentados á su sombra, surgiera en ellos el inefable deseo de acercarse y entrar en su corazón.

Podemos decir que las santas mujeres fueron las que sintieron anticipadamente la grandeza del reino de Dios. Dios ha dado á la mujer el cetro del corazón: Él, que venia á reinar sobre los corazones, natural era que fuese con más facilidad comprendido por el ser que en el corazón tiene su destino. De ahí que en el período inaugural del Cristianismo aparezcan en escena algunas mujeres que supieron elevar el amor al grado del heroísmo. María Magdalena, María Cleofé, Marta, fueron las que en las más terribles y desastrosas escenas de su persecución, de su martirio y de su sacrificio, se mostraron fieles en el amor, bañando de celeste poesía los cuadros de la ansiedad, del tormento y de la angustia.

PRÁCTICA.

Debemos edificar al prójimo y sobre todo á los que de nosotros dependen, con la práctica de todos los deberes religiosos y de los de nuestro estado, á inspirar á todos con nuestro ejemplo una gran devoción hácia Dios.


EJEMPLO.

Dice San Bernardo, que María es la estrella de Jacob, cuyos rayos iluminan al Universo; su luz brilla en el cielo y su esplendor penetra la tierra; sus rayos calientan el espíritu más que el cuerpo; alimentan las virtudes y secan los vicios.

Es bien sabido que tentada Santa María Magdalena de Pazzis de desconfianza en Dios, llegó al extremo de tomar un cuchillo para acabar su vida; recurrió en tan lamentable estado, de abatimiento á la Virgen Santísima, yéndose al coro con el cuchillo mismo, le puso en las manos de una imagen de María, entregándose enteramente bajo su protección, y al punto con este heroico acto de confianza, quedó enteramente libre de la tentación. Aprendamos de esta Santa á desconfiar de nosotros, y á confiar en Dios, bajo la protección de María.

SÁBADO XXX.

Encuentro de Jesús y de María en el camino del Calvario.

ABIA en la Madre de Dios entre la razón y el corazón un equilibrio perfecto; la llama de la ternura, por intensa que fuese, no era capaz de ahogar la lucidez de su brillante juicio. Sabía que era menester que muriese Jesús para salvar á los hombres; sabía que sobre su amor de madre estaba la redención del género humano: la Virgen se resignó á este sacrificio, por muy penoso que fuese. Al partir Jesús para no volver á ver á María sino en la calle de la Amargura, ésta cayendo de rodillas, repitió aquellas palabras: «Señor, hé aquí vuestra sierva; hágase según vuestras palabras.»

Lo que se verificó después de este cuadro, inútil es referirlo. La agitación durante el día, el insomnio durante la noche, el pesar más profundo amargando todos sus instantes, y siguiéndola á todas partes la sombra del Calvario, de la cruz, de los verdugos. Si al pensar Jesús en sus tormentos sudó

sangre y agua, ¿cuánto no había de sufrir la Virgen al pensar en los tormentos de Aquel á quien amaba más que á sí misma? Si se le hubiese dado á escoger entre sufrir ella ó su Hijo, María no hubiera vacilado un solo instante. Empero había llegado el día que prefijara el Eterno Padre para el gran sacrificio del Gólgota. María quiso presenciar la muerte de Jesús.

En las escenas de la vida de familia vemos á menudo las madres arrancadas del lecho de sus hijos moribundos para evitarles la vista de un lance tan aflictivo para un corazón maternal. ¿Qué sucedería si estas madres tuvieran que presenciar la ejecución de su hijo inocente condenado al suplicio? Pero María encontró en su alma el suficiente valor para asistir á drama tan tremendo. Con paso firme cruzó las calles de la ciudad, siguió la dirección de la muchedumbre. No tardó en presentarse á su vista el cuadro más desgarrador. Su Hijo, su inocente Hijo, su afectuoso Hijo, arrastrado por la tierra, subía la penosa pendiente cargado con el peso de la cruz que no podía soportar su cuerpo desangrado. Sus cabellos estaban empapados en el frío sudor de la muerte; agudas espinas clavadas en su cabeza atravesaban sus ojos; el rostro del más bello de los hijos de los hombres estaba ennegrecido por la tierra que

se le habia pegado al caer, por las salivas de aquel soez populacho.

Los gritos de «crucificadle,» que salian de aquellas masas sedientas de sangre, al resonar en los oidos de María, que lamentaba la ingratitud de aquel pueblo alucinado por las viles pasiones de los escribas y los fariseos, esos gritos se convertian en flechas envenenadas que atravesaban de parte á parte su corazon.

Jesus, que tuvo palabras para los hijos de Jerusalem, no despegó sus labios al ver á María. Jesus y Maria se fijaron mutuamente los ojos, y estas miradas que se cruzaron, expresivas como dos corazones que se encuentran poco antes de verse separados por la muerte, contenian una elocuencia superior á todos los discursos más afectuosos.

La paciencia es el alimento de la piedad.

Muchas adversidades sobrevinieron á María mientras estuvo en el mundo, y las sufrió con grande paciencia. Su vida, como tambien la de Jesus, estuvo rodeada de cruces, y vivió en medio de trabajos desde su juventud. La pobreza, las persecuciones, el desprecio eran el pan cotidiano que Dios puso en su mesa. Los dolores y la muerte de Jesus la afligieron hasta lo más

delicado del alma: con todo nunca dejó de tener paciencia.

No podemos vivir sin paciencia, porque para alcanzar la vida eterna hemos de padecer mucho. Estamos condenados á la tribulacion en este valle de lágrimas como todos los hijos de Adan. No nos prometamos vivir libres de los males de esta vida, en la cual entramos llorando, en la cual permaneceremos gimiendo, de la cual saldremos con sudor y ágonia de muerte.

Entre hombres condenados á padecer, ¿qué esperamos sino padecer? Y si no padecemos con resignacion, ¿qué recompensa aguardamos? No hay virtud que podamos ejercitar con más frecuencia que ésta, pues siempre tendremos dentro de nosotros, ó fuera de nosotros, algo que nos dará ocasion de paciencia. Nos haremos mucho más pesadas las miserias de este mundo si las sufrimos con impaciencia y mal humor.

¡Qué hermoso espectáculo ofreceríamos á Jesus y á Maria si nos viesen siempre resignados en la adversidad! Mas, ¡ay de nosotros si la indignacion perturba nuestro espiritu y la falta de paciencia priva de sus méritos á nuestra alma! Ningun Santo ha entrado en el cielo sin paciencia, Jesus y Maria dieron á todos el ejemplo de sufrir todas las cosas; por esto son bienaventurados los que los han seguido.

Nada hallaremos más dulce que la paciencia, como la abracemos de una vez con generosidad. Todas las cosas nos serán dulces si las sufrimos por el Dios á quien amamos y por la gloria que esperamos. Un momento de paciencia alcanza una eternidad de gloria. Necesaria nos es la paciencia para conseguir las promesas que nos han sido hechas.

PRÁCTICA.

Avergoncémonos de ser tan poco sufridos en nuestros infortunios, y en las contrariedades que nos suceden, viendo á María siempre sumisa á las órdenes de la Providencia por severas que fuesen. Supliquémosla que nos obtenga de Jesus el valor necesario para soportar todos los disgustos, todas las molestias, todas las fatigas de nuestro estado, y la gracia de una entera resignacion á la voluntad de Dios; de pertenecerle durante la vida y en la muerte, y de espirar invocándole con confianza.

EJEMPLO.

M. Parel refiere, que un jóven libertino que se entregaba sin remordimientos á toda clase de excesos, fué detenido en medio de su licenciosa vida por una enfermedad de que murió. A pesar de su libertinaje, tenia la costumbre de decir todos los dias un *Ave-Maria* en honor de la Santísima Virgen. En lo más fuerte de su enfermedad, el cura de su parroquia le hizo una visita, y viendo el peligro en que se encontraba le exhortó á

que se confesara; mas el enfermo se negó á ello, diciendo que, si sucumbia queria morir de la misma manera que habia vivido. Todo el mundo estaba consternado.

Uno de sus camaradas, más sabio y prudente que él, tuvo el generoso valor de inducirle abiertamente á convertirse. Soy muy gran pecador para acometer tamaña empresa, contestó el enfermo.—Pues bien, replicó el caritativo amigo, si eres tan gran pecador como dices, diríjete á la Santísima Virgen, que es la Madre de los pecadores.—¡Ah! dijo el enfermo, todos los dias le rezo un *Ave-maria*: ¿crees tú que esto pueda servirme de algo? ¡Cómo! replicó el otro, ¿que si esto te servirá? Te servirá de todo. ¿No le pedias en esa oracion que rogase por tí en la hora de la muerte? Á estas palabras el enfermo derramó un torrente de lágrimas; y como entrase el cura y preguntase la causa de su dolor: «¡Lloro mis pecados, dijo el enfermo, y confio en la misericordia de Dios!» El cura le ofreció el beneficio del sacramento de la penitencia, que aceptó gozoso, se confesó con los más vivos sentimientos del más sincero arrepentimiento, recibió los últimos sacramentos y dejó admirados á todos los asistentes, de una conversion tan edificante y de muerte tan dulce.

SÁBADO XXXI

Maria en el Calvario.



MARÍA fué una de las interesantes figuras de la historia de la Redención. Conocía que antes de ceñirse la aureola de los cielos, en donde tienen fijo el trono las verdaderas grandezas, era preciso pasar por un camino lleno de asperezas y dificultades. Antes de recibir el cetro de la humanidad debía subir hasta la cumbre de la amargura, del sacrificio y de la desgracia. El cielo y la tierra, el bien y el mal, la felicidad y desdicha, se presentaban á los ojos de María tales como en sí son; desde el Calvario contempló la lucha de la gracia y del pecado, y la aparente y momentánea victoria del pecado sobre la gracia. Creía, y por esto esperaba, así como amaba, y por esto sufría. La lucha del bien y del mal sostenían en su interior el amor y la esperanza.

El Espíritu Santo inspiró á un escritor del Antiguo Testamento esta pregunta: *La mujer fuerte, ¿quién la encontrará?* En efecto, no era posible encontrarla en la tierra, desde que Eva se acreditó á la faz del universo *mujer débil*.

La mujer iba cayendo de degradación en degradación; primero esclava de su amor, luego esclava de las pasiones ajenas, después borrada del catálogo de los seres racionales, ni aliento tenía para levantar aquella frente en la que Dios había querido se reflejara también la imagen de su rostro.

La mujer fuerte reapareció en el Calvario, en donde se manifestó más robusta que antes de su caída: en su cumbre permaneció en pie, firme, sin inclinarse, á pesar de todas las contrariedades imaginables, que, como las olas tempestuosas al peñasco de la orilla, desapiadadas la arremetían. En el calvario se ostentó fuerte y humilde, como en el paraíso se había manifestado débil y orgullosa.

Esta pregunta de Salomón: *La mujer fuerte, ¿quién la encontrará?* Pudo ser contestada por Jesucristo en el Calvario, cuando dando á María por Madre á la humanidad, la llamó *mujer*. María fue la *mujer perfecta*. María no sólo se presentaba grande, mirada desde el punto de vista de la maternidad de Jesucristo, sino que igualmente aparecía grande en cualquier concepto en que una mujer puede ser considerada, de modo que no solo era allí una gran Madre, sino una grande Hija, una grande Esposa, una gran creyente, una gran mártir, una gran Soberana; todas estas grandezas

estaban en ella como en su trono propio, hasta el grado que al contemplarla debía exclamarse: hé ahí el tipo de una grande mujer.

La mansedumbre es como el condimento de la vida.

La ira nunca dominó á María, sino que siempre y para todos fué Virgen llena de mansedumbre. Los enemigos que durante la vida tuvieron Jesús y María, los vencieron todos con la dulzura.

Natural fué en María la mansedumbre, y los que la contradecían experimentaban la bondad de su carácter. Su trato y conversacion fueron más dulces que la miel. El Espíritu de Dios hace mansos, como lo es Él... ¡Cuántas maldades sufre Dios en los malos, y calla no obstante, y áun favorece, para que se enmienden en vista de su mansedumbre!

No merecemos el nombre de cristiano si recibimos mal á quien nos ofendió. La palabra áspera excitará más y más contra nosotros á los enemigos; la suave y bondadosa mitigará su furor.

¿Qué aprovecha nuestra cólera cuando nos acomete la adversidad? Más la sentiremos portándonos así, que sufriendola con resignacion. Tratemos con benevolencia á todos, y si deseamos tener paz, á nadie nos

dirijamos con fiereza. Nunca nos presentemos con la frente ceñuda ó con mal humor para que no parezca que aborrecemos lo que tal vez Dios dispuso para nuestra utilidad. No abriguemos en nuestro corazon el furor ni la ira, ni á nadie atacuemos con indignacion. El hombre manso es dulce para sí y útil para los demás. Nada proporciona al alma tanta paz y tranquilidad como la dulzura y la mansedumbre.

Esta virtud se alimenta de las mismas injurias, y áun las mismas adversidades convierte en medios para la salvacion. Ésta, más que las demás, imprime en el rostro del cristiano la dulce imágen de Jesucristo, haciéndole el retrato suyo. El hombre áspero brusco y gritador perturba la tranquilidad, como el huracán los mares. La mansedumbre arregla todas las cosas en paz, sin promover nunca discordias. Tiene paz con el prójimo, amistad con Dios y un reino en el cielo.

PRÁCTICA

Padres cristianos, dejad á vuestros hijos por herencia el ejemplo de vuestras virtudes, sobre todo el de una gran devocion hácia la Madre de Dios; y vosotros, hijos cristianos, recibid esta preciosa herencia con más alegría que si recibierais una fortuna considerable. Los bienes del mundo os harian gozar de un bienestar temporal; más la devocion á la Virgen os atraerá las bendiciones

del cielo y os procurará las gracias de la predestinacion.

EJEMPLO.

San Leonardo de Porto Mauricio refiere que un hombre muy devoto de María no dejaba escapar ninguna ocasion de honrarla. Fué por mucho tiempo fiel á sus piadosas prácticas, pidiéndola siempre alguna gracia: mas, como le pareciese que jamás obtenia nada, comenzó despues de algunos años de perseverancia, á quejarse amargamente á María: «oh Madre de Dios, el mundo os llama el refugio de los pecadores, nuestra abogada y consuelo de los affigidos; pero yo, por lo que á mí se refiere, no encuentro que se justifiquen esos bienhechores títulos; despues de tanto tiempo como hace que os ruego, ninguna gracia he podido obtener de Vos.»

Á estas palabras se le apareció la Santísima Virgen, y con semblante risueño le dijo: «¿cuál es la razon de tus quejas? ¡Ingrato! ¿ignoras el número casi infinito de gracias que te he obtenido? ¿cuántas veces no habrías caído en el pecado, y de este primer pecado en un abismo de crímenes, si yo no te hubiera sostenido? muchos de tus amigos han sido heridos de un accidente inopinado, otros se han manchado vergonzosamente por el desórden y están en el infierno; si tú no participas de su eterna desgracia, á mí me lo debes. ¿Te atreverás ahora á decir que no te he socorrido? las peticiones que me hacias no te eran ventajosas; te alcancé las que más te convenian.» Dichas estas palabras desapareció.

SÁBADO XXXII.

María recibiendo á Juan por hijo al pié de la cruz.



JESUCRISTO hallábase agonizando en una cruz: en su calidad de hombre sufría y moría para salvar á sus semejantes, así como su calidad de Dios daba á sus padecimientos un mérito infinito, que satisfacía á una infinita justicia y expiaba la ofensa hecha á una infinita Majestad. Por las heridas que abrieran en los miembros de su cuerpo los azotes, las espinas y los clavos, iban chorreando las últimas gotas de su sangre. Víctima expiatoria de la culpa humana, que se inmolaba á la Divinidad sobre el altar de un patíbulo, el sacrificio acercábase á su consumacion. Y la Víctima era á su vez el sacrificador, pues que ella misma habíase ofrecido voluntariamente; Jesús *moria porque queria*, según la expresion de Isaías. Con todo, al pié del altar de la cruz estaba otro ministro del sacrificio. Estaba María que ofrecia el holocausto de su Hijo al Eterno Padre, para la redencion del mundo. Sólo despues que hubo la Virgen dado su *fiat* operóse en sus virginales entrañas la encarnacion del Eterno Verbo. Necesitábase

tambien su *fiat* para que el sacrificio se consumase. La salvacion de la humanidad pendia del consentimiento de María. Junto á ella, cerca del ara en que se inmolaba la divina Víctima, San Juan, representando al humano linaje. El Redentor que aguardaba para morir y sellar con su muerte la salvacion del hombre, el que éste fuese adoptado como hijo por su madre, y así consintiese ella en que uno muriera por todos, y expiara uno la culpa común, advirtió á María y á Juan esa maternidad y esa filiacion: «Mujer, dijo desde lo alto de la cruz á su Madre; hé aquí á tu Hijo,» y al discípulo: «Hé aquí á tu Madre.» Palabras breves, expresiones sencillas, pero que encierran toda una inmensidad, puesto que contienen el testamento del Dios hombre, sintetizan la salvacion de los descendientes de Adán, son la garantia de la remision de la culpa y de la plenitud de las divinas misericordias en favor de la raza pecadora. Al legar Jesús moribundo á la humanidad por madre á su propia Madre, manifiesta solemnemente que muere por los hombres, que es el hermano que paga con su vida la deuda de sus hermanos y que borra con su sangre inmaculada la mancha de rebeldia con que los primeros padres infamaron su descendencia. Por María pertenecia el Hijo de Dios á la humanidad; á María debia encomendarla esa huma-

nidad santificada en Él. Cual Eva fué madre de todos los hombres en el orden de la naturaleza, María habia de serlo en el orden de la gracia.

Nuestra redencion, obrada por Jesucristo, la importaba esa maternidad. La redencion nos dió una nueva vida, la vida del espíritu, la vida de la santidad, el gérmen de una vida eterna y gloriosa. Y María cooperó á la redencion del género humano, no sólo en cuanto proporcionó de su sangre y su sustancia la sustancia y la sangre precio y materia de la redencion, sí que tambien ofreciéndose ella misma é inmolándose para la salvacion de la humanidad ó sea para darla nueva vida. De aquí que llamemos á Jesús el Redentor y á María la corredentora del humano linaje. Alberto el Grande la dá el nombre de *la cooperadora de la redencion*; el cardenal Hugo el de *la compañera del Altísimo en la grande obra de nuestra salvacion*; San Lorenzo Justiniano el de *reparadora del siglo*, y gran número de Padres de la Iglesia la atribuyen, observa Arnobio, unos títulos que rigurosamente hablando, no convienen más que á Jesucristo considerado como Redentor. Es que según se expresan los mismos santos Padres, mientras Jesús se sacrificaba en su humanidad, María moria viviendo entre los más agudos dolores. Eran dos víctimas de amor al hombre. Era aquel do-

ble sacrificio de amor y dolor nuestra generacion espiritual, la formacion del nuevo ser de la humanidad.

Desde entonces Dios ve en el hombre el hijo de María. Podrán los crímenes de la tierra armar el brazo de una justicia infinita y atraerse la indignacion del cielo; los culpables son hijos de María y por consideracion á la Madre, Dios muévase á misericordia en favor de los hijos protervos. ¡Oh! sí, mil veces hubiera la humanidad sufrido el castigo de sus prevaricaciones, si el Omnipotente, al ir á lanzarle el rayo de su enojo, no la hubiese hallado cobijada bajo el manto maternal de María.

La obediencia es el complemento de la perfeccion.

María fué puesta como ejemplo de obediencia. No tuvo voluntad propia; por esto se libró de todos los peligros, porque se sujetó en todo á la ley y voluntad de Dios.

No hay mejor remedio para vencer la soberbia que la humilde y pronta obediencia. El soberbio sólo sigue su antojo; el humilde siempre está pronto á dejar su opinion. En nada nos apartemos de nuestros superiores, sepamos que habla por medio de ellos el mismo Dios, á quien debemos siempre obedecer, y de esto no podemos dudar. No nos metamos á disputar por qué

se nos manda esto ó aquello á nosotros y nó á otros, pues en esto se prueba nuestra obediencia y no la de otros.

No miremos lo difícil del precepto, sino la dulzura de los méritos que nuestra alma saboreará cumpliéndolo. Tardar en cumplirlo ó murmurar, es señal de mala disposicion del alma, y de querer hacer sólo nuestra voluntad. Guardémonos de decir: nuestros superiores son hombres como nosotros, y tienen tambien sus equivocaciones; esto no nos servirá de excusa, pues mandan en nombre de Dios. ¿Por ventura miramos los defectos de nuestros superiores, porque no condescienden á nuestros deseos? Si mandasen á nuestro gusto fácilmente los excusaríamos y aún los alabaríamos. Ellos tendrán un juez como nosotros, pero desde luego nosotros seremos juzgados muy rigurosamente por no haber obedecido á sus mandamientos. Si obedecemos con tristeza, somos semejantes á aquel Simeon que fué alquilado para llevar la cruz á Cristo y la llevó contra su voluntad.

Si de una vez aprendemos á obedecer con presteza y alegría, experimentaremos admirable consuelo, y tendremos grande esperanza para el dia del juicio.

No puede errar el que desea obedecer con sencillez en todo á su superior. (Se supone que no se manda nada contra la ley

de Dios.) Obedezcamos con más prontitud en lo que desagrada á nuestra naturaleza que en lo que nos agrada; así manifestaremos la mortificacion de nuestra alma y el amor á la cruz. Si queremos obedecer perfectamente, no hagamos solo lo que se nos manda de un modo expreso, sino aun todo lo que parezca más conforme á la voluntad de Dios.

¡Oh! ¡Cuán detestable vicio es el de la desobediencia, por el cual el ángel cayó del cielo y el hombre del paraíso! ¡Oh santa obediencia, la mayor en méritos, la más allegada á Dios, la más inmediata al paraíso! Amemos esta virtud más que los tesoros del mundo y hallaremos las riquezas del cielo.

PRÁCTICA.

El hombre criado á imagen de Dios, su último fin es de ser dichoso con Dios por toda la eternidad; pero esta eternidad está precedida de un tránsito peligroso; de una travesía llena de riesgo por el mar del mundo, mar fecundo en desgracias, no se encuentran en él sino escollos y tempestades, y la persecucion de mónstruos marinos: de esto resultan tantos naufragios y tantas muertes lamentables; imitemos á María, llamada Estrella del Mar, y escaparemos constantemente de esos peligros y de esas funestas desgracias, y arribaremos pacíficamente al puerto de salvacion. Á ca-

da hora que diere el reloj saludémosla con un *Ave-Maria*.

EJEMPLO

Leemos que Adolfo, conde de Alsacia, que se había hecho religioso de la Orden de San Francisco, y que tenia devocion particular á la Madre de Dios, se encontró en el momento de su muerte en terribles agonías; temblaba á vista de los juicios de Dios, y se vió amenazado de la desesperacion: pero felizmente habia sido fiel á sus prácticas de devocion hácia María. Esta buena Madre no pudo ver el angustioso estado de su servidor Adolfo, sin verse conmovida; vino, pues, á reanimar su confianza, y le dirigió estas consoladoras palabras: «Adolfo, mi querido Adolfo, ¿por qué temes morir, tú que me perteneces por tantos títulos? ¿No me has sido siempre devoto? ¿Cómo, pues, no has de estar en seguridad bajo mi proteccion? ¿Qué temes? No sabes que yo amo soberanamente á los que me aman? Yo soy fiel, yo no abandono jamás á los que jamás me han abandonado.» Al oír Adolfo estas palabras, murió dulcemente en el Señor.

SÁBADO XXXIII.

Maria teniendo en sus brazos el cuerpo difunto de Jesús.



Los gabaonitas crucificaron á dos hijos, que Saúl habia tenido de Resfa, en sacrificio por las iniquidades de su padre. Para que la expiacion fuese más completa, se traspasaron los límites de la ley, dejándose en la cruz hasta durante la noche los cadáveres de los sentenciados. Al pié del patíbulo se sentó Resfa, y allí, madre cariñosa y varonil, guardó de dia y de noche los yertos miembros de sus hijos contra la voracidad de las aves de rapiña y la fiereza de las carnivoras bestias.

Los enemigos de Jesús nada debian ya temer de un sentenciado que acababa de morir, insultado por la muchedumbre y abandonado de los suyos. Sin embargo, la Sinagoga teme aún al muerto. Manda que los centinelas se estacionen en rededor de la cruz, y solicita del presidente romano de la Judea, que fieles guardias velen despues el sepulcro en que había de enterrarse el Crucificado. ¡Ah! ¡Una conciencia manchada por el crimen, está siempre en agitacion y sobresalto!

Largo rato hacia que Jesus, habiendo proferido aquellas palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» inclinó la cabeza y expiró. Los asistentes al horrible espectáculo verificado en el Gólgota, habianse marchado de aquel funesto monte: tambien se habian retirado los promovedores y directores de la crucifixion de Jesus. Los verdugos, las tropas, todos habian regresado á la ciudad. En medio de la soledad y del silencio alzábanse sombrías las tres cruces en que pendian los tres ejecutados, custodiados por algunos centinelas. A su derecha y á su izquierda tenia Jesus á dos ladrones por compañeros en el patíbulo. Aun no estaban muertos, pues que el furor de los verdugos habiales perdonado la tortura, cebándose todo entero contra Cristo. El dia iba dirigiéndose á su ocaso, y prescribia la ley que no se dejasen de noche en la cruz los cuerpos de los condenados. Los ministros de justicia acabaron con la vida de los ladrones, rompiendo á bastonazos sus piernas, y al cerciorarse que Jesus era ya efectivamente muerto... ¡Oh! temian todavia, y como si quisieran rematarle, abriéronle el costado de una lanzada.

Maria no se apartaba del patíbulo despues de haber expirado su Hijo. Su corazon vivo fué traspasado por la lanza que en el corazon muerto de Jesus clavara el desapia-

dado soldado. Torrentes de amargura inundaban su corazón, cuando raudales de sangre y agua manaban del herido costado de su Unigénito...

No faltaban entre los judíos de distinción y categoría, quienes reconociesen á Jesús como un enviado de Dios. Uno de esos discípulos ocultos de Jesús, que así les llama el evangelista San Juan, era José de Arimatea, consejero ó senador en el Sinedrín de su ciudad, conocido por su riqueza, y de influencia y prestigio en su nación. Enterado de la muerte de su Maestro, dando expansión á sus sentimientos de veneración y fidelidad, y saliendo de la reserva que había guardado hasta entonces, presentóse á Pilatos, pidiendo el permiso de descrucificar al Nazareno y enterrarle en un sepulcro suyo. Otorgó la licencia el Pretor de la Judea, y José pasó á efectuar la triste operación. Nicodemus, individuo del Consejo de Jerusalén y otro de los discípulos privados de Jesús, Juan, el discípulo amado que ni un momento habiase separado del lado de María, y las piadosas mujeres que la estaban acompañando en el Calvario, concurren al descendimiento de la cruz del cuerpo exánime de su divino Maestro. La Madre, ¡ay la Madre, sentada sobre una tosca piedra, aguardaba para abrazarlos aquellos yertos despojos, que

tanto amaba; la cabeza estaba horrorosamente herida por las espinas, sus manos y piés taladrados por los clavos, su costado abierto por el bote de acerado hierro, todos sus miembros cubiertos de hondas y amoratadas llagas, sus carnes desgarradas, sus huesos dislocados, su rostro apenas con figura humana, era una informe masa de carne, de sangre, de destrozo...

¡Qué terrible cuadro! El crepúsculo de la noche empezaba ya á extender el manto de las tinieblas sobre el Gólgota, el sitio de los patibulos, el lugar de las ejecuciones de muerte... tres cruces se levantaban donde poco hacia expiraron tres ajusticiados... el soplo del viento de Marzo silbaba con pavoroso ruido... los descompasados pasos de los centinelas retumbaban con estremeceador eco... los sollozos y los suspiros, el llanto y los ayes de las personas que estaban allí penetraban en la concavidad de las rocas... y ¡una madre, una madre que es la Madre de Jesús, extática de dolor, hallábase abrazada con el exánime y despedazado cuerpo de su Hijo, y quería morir con El, y no podía!!! Meditemos.

El horror al pecado es un grande estímulo para el bien.

Lejos estuvo de María todo pecado, y ni una sola mancha la afeó, porque Dios la li-

bró aún de la original. No convino que hubiese en ella la menor sombra de culpa, porque Dios la hizo templo de la gracia. Conoció lo que es ofender á Dios, sumo bien, y por esto no quiso obrar jamás sino lo recto.

Tal vez aún no sabemos bien por qué razon María es llamada Madre de pecadores. Quizá nos figuramos que está orando siempre para que no se pierdan aquellos que no quieren apartarse de su pecado. Nos equivocamos; sus súplicas no interceden por aquellos que aborrecen la verdadera conversion.

Temamos el pecado, así no lo cometeremos. Conocer el pecado es el primer paso para aborrecerlo, como debiera todo hombre. ¡Quién lo creyera, que hubiese quien se atreve á ofender á Dios y á insultarle! Si Dios pudiese ser destruido, lo seria por el pecado, que le es esencialmente contrario: Dios es el sumo bien; el pecado es el sumo mal. Consideremos el dolor, las llagas y la muerte de Jesus, y allí veremos en algun modo la crueldad del pecado. ¿Qué tenemos despues del pecado, sinó el alma muerta para la gracia, la conciencia mala y llena de remordimientos, y si morimos así un castigo eterno? Ni el más insignificante pecado nos ha de ser familiar, pues insensiblemente nos hará caer en otros más graves.

¡Cuántos no se hallarian hoy en el infierno si hubiesen sabido guardarse del pecado venial! No debemos huir tanto del veneno de una serpiente, como del menor de los pecados. Si nos hallamos tentados, pensemos cuán gran mal es el pecado, y lo que lleva tras de sí, y roguemos firmemente á Dios que nos guarde. Acerquémonos pronto á María si nos molesta la tentacion, ella nos ayudará, y nos alcanzará el auxilio de Dios para que nuestra alma no sufra detrimento, ni caiga en pecado. Huyamos de todos los que nos conviden al pecado; esos son nuestros peores enemigos. Resolvamos á cada momento morir antes que ofender aun levemente á Dios.

PRÁCTICA

Antes de empezar el trabajo rezaremos una *Ave-maria*, y lo mismo haremos al concluirlo. Imitemos la caridad de María, y compadezcámonos de los pobres; si su santa vida está siempre ante nuestros ojos como un modelo para reformar la nuestra, y en las penas y tentaciones que nos asaltan llamamos á la puerta del corazon de esta buena Madre, estemos seguros de que nos oirá.

EJEMPLO

Uno de los Santos que más amaron á María fué San Buenaventura. Desde sus primeros años ma-

nifestó el privilegiado niño las admirables dotes que, desarrolladas luego por el estudio y la edad, debían elevarle algún día al más alto punto de ciencia y de virtud. Notábase que para él no tenían ningún atractivo los entretenimientos pueriles, y se observó como carácter propio suyo, casi desde la cuna, un grande amor á la pureza y una tiernísima devoción á la Virgen. Recibió en el bautismo el nombre de Juan; pero habiendo caído peligrosamente enfermo á los cuatro años, tanto que lo desahuciaron los médicos, y habiéndole consagrado su madre en un piadoso voto á la religión de San Francisco, que vivía á la sazón y se hallaba en el mismo lugar, quiso su Divina Majestad hacerle recobrar la salud, con cuyo motivo exclamó el seráfico Patriarca: *¡Oh buena ventura!* Desde entonces lo llamaron con este nombre. Luego que llegó á la edad proporcionada, él mismo pidió el hábito franciscano, tanto por irresistible vocación como por cumplir el voto de su piadosa madre. Estudió la teología en París, bajo la dirección del célebre franciscano Alejandro de Alés (que por algún tiempo también fué maestro de Santo Tomás de Aquino), y á vista de la gran santidad de su discípulo, solía decir que Buena-ventura parecía no haber pecado en Adán.

Es incalculable el número de conversiones que hizo en los varios viajes por las diferentes provincias de Europa, á que le obligaba su cargo de general de la Orden durante los diez y ocho años que lo ejerció. Sus numerosos é importantes escritos y sus continuos sermones le adquirieron una celebridad inmensa; de todas partes acudían fieles á nutrirse del pan de su palabra como de

un celestial maná. Lleno de aquel acendrado amor á la Virgen que le había animado desde su infancia, y que era tan conforme al espíritu de su seráfico Patriarca, quiso que se dedicasen á esta soberana Reina casi todas las iglesias de la Orden; que se celebrasen en ellas con la mayor solemnidad todas sus fiestas. Fuera de sus ordinarias exhortaciones y las conversaciones familiares, en que siempre entraba la devoción á la Santísima Virgen, escribió muchos tratados, para promoverla, tratados que son todavía la delicia y la admiración de los fieles. Compuso un oficio particular de la Virgen; hizo un nuevo salterio, aplicando á María las sentencias y palabras de David con tanta unción, ternura y oportunidad, que no parece sino que animó al nuevo salmista el mismo espíritu que tan inflamados afectos inspiró al rey profeta.

Siendo cardenal, consultor del Pontífice, era como el alma de todas las conferencias del concilio general de León, pero el extraordinario exceso de trabajo que se le impuso, llevado de su ardiente celo, le ocasionó una grave enfermedad que pronto llenó de luto á la cristiandad entera, muriendo á los cincuenta y tres años de edad, siendo una de las más grandes lumbreras de aquella augusta asamblea, como lo son hoy en el mundo sus inmortales obras; es uno de los más eminentes Doctores de la Iglesia, astro brillante de Occidente, ornato precioso de la religión de San Francisco, y admiración de los más santos y sabios hombres de su siglo.

SÁBADO XXXIV.

Maria asistiendo al enterramiento de Jesús.

CONTINUABA aún María anegada en el mar de sus dolores, sosteniendo en sus brazos el frío cadáver de su Hijo. Verdad es que á aquel cadáver le faltaba el calor y la vida; que de aquellos labios amoratados no salían ya palabras de ternura; aquellos ojos, cuyas miradas habían sido chispas de amor que llegaban hasta el corazón de María, estaban cubiertos con el velo de la muerte. Pero al menos á María le era dado aún cerrar los divinos párpados de su Hijo, imprimir en su helada frente un beso maternal; hasta este triste consuelo le fué vedado, Jesús, envuelto en un sudario blanco como la nieve fué arrancado del regazo de su Madre para ser conducido al sepulcro. Legiones de Angeles, descendidos del cielo, constituían su guardia de honor; rodeaban el sagrado cadáver la nobleza y la honradez, representadas por José de Arimatea y Nicodemus; la fe cordial, representadas por las santas mujeres; el amor espontáneo, ardiente, eficaz, representado por San Juan; el arrepentimiento, es decir, la vida mun-

dana, trocándose en vida ejemplar, representada por aquella mujer que lavó con sus lágrimas los piés de Jesús, y los enjugó con su cabellera; en una palabra, todo cuanto hay de grande y de augusto estaba en torno de los restos mortales del Salvador, para asistir á su procesion de entierro. Al ser conducido el cuerpo de Jesús á la sepultura, nadie se atrevió á dirigirle la menor burla ni el menor insulto; cuando no por veneracion, al menos por miedo, se postraban ante Él sus mismos verdugos. El cielo que había recobrado sus resplandores, alumbraba aquella procesion; al terremoto había sucedido un silencio, que era el respeto con que la naturaleza toda contribuía á la solemnidad de los funerales más grandes que han presenciado los siglos. La fúnebre comitiva llegó por fin, al lugar del sepulcro.

¿Quién no ha presenciado una de esas muertes que cubren de luto á toda una familia? Triste es el momento de la defuncion; sombrías son las horas en que el cadáver permanece en la casa, colocado en el lecho mortuorio; pero cuando el dolor de los padres, de los hermanos, de los hijos, de la esposa, estalla con toda su fuerza, es cuando el cadáver vá á ser depositado en el ataúd.

María se encontraba en ese trance solemne; Madre é Hijo iban á verse separados

por la losa de un sepulcro. Por última vez se postraba ante el cadáver de Jesús, por última vez le regaba con sus lágrimas, por última vez imprimía en su frente el beso maternal... Los circunstantes creyeron de su deber abreviar tan trágica escena, por miedo de que María no muriese á impulso de tales emociones.

Al ver que se la privaba ya definitivamente de fijar su mirada en aquel cuerpo exánime, María, conforme describe san Buenaventura, se levantó, y tomando una actitud majestuosa echó sobre el cadáver de Jesús su bendición de madre, y aquellas montañas repitieron el adiós más elocuente y más conmovedor que jamás se haya pronunciado... Pocos momentos después una pesada piedra cerraba la tumba del Redentor de la humanidad, y María permanecía allí inmóvil cual si fuera de mármol. María se encontraba sola en su desconsuelo. Es cierto que Jesús le dió por hijos todos los hombres; pero la humanidad entera no era capaz de llenar un corazón formado para amar á todo un Dios con la ternura con que una madre ama á su hijo. Su corazón era un vasto desierto, en cuya inmensidad se perdían las puras y ardientes afecciones de la más tierna de todas las madres.

La pobreza de espíritu es el mejor consuelo.

Aunque María hubiese tenido todos los tesoros de este mundo, jamás hubiera puesto en ellos su corazón. Todo el consuelo de su alma fué la estrechez, y en su pobrecita casa tuvo más reposo que si hubiese habitado los espléndidos palacios de los reyes. Fué, es verdad, de la real familia de David, pero empobrecida y venida á ménos por las vicisitudes de los tiempos. Gustábale más vivir en la escasez, que abundar en cosas superfluas. Si observamos su casa de Loreto, en Italia, veremos cuán distante estuvo de todo lujo. Su corazón no deseó otra cosa que las riquezas eternas: y ni un cuidado tuvo de las temporales.

El pobre de espíritu se contenta con sólo Dios, y sólo su amor tiene por verdadera riqueza. Ciego enteramente anda el hombre que quiere enriquecerse y que anhela las preciosidades de la tierra. Nadie acostumbra á pensar menos en Dios y en su salvación, que el que quiere allegar para sí los tesoros del mundo. El ansia de tener, ocupa en demasía el entendimiento; y este es el mal pensamiento que mata la vida espiritual, y no permite escuchar la voz interior de Dios.

Nunca estaremos en mayor libertad que cuando viviéremos en santa pobreza de es-

piritu. ¿Qué nos aprovechará el oro y la plata si nos abruma con mil cuidados, y, finalmente, nos roban el cielo? Con poco se puede satisfacer á la naturaleza, ¿por qué queremos tener lujo y superfluidad, si nos basta lo necesario? Pocos son los que no entregan del todo su corazón á sus riquezas, y muchos los que usan mal de ellas y se hunden en el infierno. Empleemos para el bien todo lo que hemos recibido de Dios, pues tendremos que dar cuenta del último centavo, y de cómo lo hemos gastado.

Recordemos además que, bien seamos ricos, bien pobres, nada llevaremos con nosotros de nuestros bienes, y sólo tendremos el bien ó el mal que con ellos hayamos hecho en esta vida. Las sólidas virtudes son la verdadera riqueza, y las únicas que redundan en bien del alma. La recta intención y la buena conciencia son tesoros exquisitos para la eternidad: si queremos poseerlos, permanezcamos siempre pobres de espíritu.

PRÁCTICA

El tiempo está dividido por medidas que tienen diferentes nombres: los meses, las semanas, los días, las horas. Cada una de estas divisiones del tiempo se halla consagrada en honor de María. En el día hay horas en que honramos á la Virgen con la salutación angélica. En la semana hay un día, el sábado. En el año hay el mes de Mayo. Re-

zaremos con particular atención tres veces al día el *Ángelus domini* de rodillas (excepto los días que ha de rezarse en pié), y nos inclinaremos profundamente en el *Verbum caro, etc.*

EJEMPLO.

El día que bautizaron á San Andrés Corsino, sus padres y parientes, creyéndole fruto debido á la misericordia divina, hicieron voto de dedicarle á la Iglesia, y en particular á la Virgen, á quien debían este favor. La educación que le dieron estaba basada en este pensamiento; pero tuvieron el desconsuelo de ver á su hijo entregado á todos los desórdenes de la juventud más desenfrenada. Un día su madre, cual otra Mónica, deshecha en lágrimas delante de una imagen de la Virgen, la pedía que tocara el corazón de su hijo para que pudiese cumplir sus votos.

Viendo entrar en su casa á su hijo, le dijo entre lágrimas y sollozos: «Andrés, hijo mío, la vida que sigues no es la que se promete un jóven que debe seguir las ciencias eclesiásticas, y á quien sus padres antes de su nacimiento hicieron voto de consagrar á Dios, y en particular á la Santísima Virgen.» Estas palabras hicieron tal efecto en el corazón de Andrés, que en seguida se fué á una iglesia de carmelitas y arrodillado delante del altar de la Santísima Virgen, hizo oración pidiéndola le concediese el perdón de sus pecados y desvaríos, y gracia y perseverancia para seguir en la vida religiosa, prometiéndola no volver á casa de sus padres, sino retirarse á vivir á un convento. Firme en esta resolución se levantó,

y presentándose al superior del convento le pidió con instancias y lágrimas en los ojos le concediese el hábito, asegurándole quería profesar solemnemente. En vista de sus reiteradas instancias, el superior le concedió lo que pedía. A su tiempo correspondiente fué ordenado de sacerdote, y recibió los grados de bachiller y doctor, y finalmente, fué consagrado obispo. Su ejemplo y sus sermones produjeron tan buenos resultados, que era mirado en el país como un segundo apóstol. Su caridad para los pobres fué asombrosa; todos los sábados les lavaba los pies, imitando la humildad de Jesucristo. Cayó malo al cantar la *Misa de Gallo*, y murió á los sesenta y tres años de su edad y 13 de episcopado.

SÁBADO XXXV.

Maria en su soledad.



ANTES de ser proclamada María, Reina del Universo, habia de ser la primera y la más sufrida de las mártires. El martirio de María empezó en Belén; la presentación de su Hijo al templo, la huida á Egipto, el penoso regreso á Nazareth, la pérdida de su Hijo, la noticia de los desdenes y ódios de que éste era objeto, la ansiedad de su persecucion, su encuentro en la calle de la Amargura, el horrendo espec-

táculo de la crucifixion y de la agonía, la vista de su muerte y el recibimiento del sagrado cuerpo en sus brazos, angustias fueron capaces de ser comparadas á caudalosas avenidas de desbordados rios. Estas fueron las principales fases, los característicos tormentos de su martirio; María fué mártir en el momento en que su Hijo fué desprendido de sus brazos para ser sepultado, y quedó sola. En el momento de quedar sola, fué completada la corona de su martirio. Jesus era para ella esperanza en las ansiedades, consuelo en las tristezas, lenitivo en las penas y aliento en las torturas. María, llena de horror y estremecimiento, contemplaba á través de la expirante luz que despedían las estrellas en aquella funesta y sombría noche, el instrumento fatal del suplicio de Jesus; la tierra que pisaba estaba regada con la sangre de su Hijo. Dejemos á María abismada en aquel éxtasis doloroso, que no nos es dado comprender; renunciemos á describir la amargura de aquella escena, que excede á cuanto es capaz de crear la imaginacion más fecunda, y acompañemos en espíritu á la desamparada Virgen en su regreso al Cenáculo, donde debia esperar el cumplimiento de las divinas promesas.

La soledad y el retiro son los mejores apoyos de la piedad.

Apartémonos de la multitud, y busquemos la soledad, por que en ella Dios habla al hombre, y su espíritu se une al alma fiel.

En ninguna parte gozó María de tanta dulzura como en el retiro. Su alma estuvo siempre en presencia de Dios, pero nunca mejor que cuando estuvo apartada de los hombres.

Si una sola vez gustásemos los tesoros de la soledad, no buscaríamos tanto la compañía de los hombres; y si una vez en el retiro hubiésemos conversado con el cielo, no discurriríamos tanto por calles y plazas. ¡Cuántas palabras proferimos inutilmente! ¡Cuántas cosas hacemos en sociedad que, ó no nos aprovechan, ó nos dañan, ó promueven disensiones y turbulencias! ¡Cuántas veces los hombres advierten nuestras flaquezas, y por ellas perdemos en público la buena opinion que teníamos viviendo en el retiro! ¡Cuántas veces andamos charlando cosas que luego nos dan pesadumbre! ¡Y cuántas otras llenamos nuestro entendimiento de tonterias, que luego no podemos rechazar tan pronto como quisiéramos! Nada de esto nos sucederia en la

soledad, si supiésemos vivir en recogimiento.

Dios no es escuchado en el tumulto, y el alma nada bueno experimenta en el ruido. Si despues de arreglar nuestros negocios nos encerrásemos otra vez, veríamos claramente en qué erramos. ¡Oh! ¡cuántas veces llenaríamos de besos las paredes de nuestro aposento, que nos libran de los peligros del mundo, si supiéramos vivir en soledad y amar el recogimiento!

Aprendamos á apartarnos de las concurrencias, para pensar seriamente en el provecho de nuestra alma. Entonces tendremos tiempo de hablar con nosotros mismos, si nos apartamos de hablar con los mundanos. Trataremos mejor nuestros negocios si primero los consultamos con Dios. Si no podemos estar siempre solos, procuremos estar, á lo menos, con los buenos, pues tambien esto en cierto modo es soledad, pues con estos pocos el alma no se disipa. No recibamos en nuestra compañía y amistad á quien no tema á Dios.

PRÁCTICA.

Cada dia al salir del aposento y al entrar en él, adoraremos la imágen de María, saludándola con el *Ave-maria*; lo mismo haremos al entrar y salir de casa, pidiéndola que nos libre de caer en pecado.

EJEMPLO.

Es conocida de todo el mundo la penitencia de santa María Egipciaca, que despues de haber pasado su juventud en los más vergonzosos desarréglos, se retiró al desierto, donde vivió enteramente olvidada de las criaturas y en las austeridades más rigurosas.

Habia sido educada cristianamente, pero su carácter ligero y veleidoso no correspondió á su educacion. Á la edad de doce años abandonó la casa paterna, viniendo á fijarse en Alejandria, donde se entregó al más desenfrenado libertinaje. Viendo cierto dia una multitud de peregrinos que iban á Jerusalem para solemnizar la exaltacion de la Santa Cruz, los siguió con intencion de continuar allí su libertinaje. Llegado el dia de la fiesta, quiso, como los demás, entrar en la iglesia para adorar la Santa Cruz; mas una fuerza irresistible la detuvo á la puerta. Admirada de esto, volvió pasos atrás, y descubriendo bajo el peristilo de la iglesia una imagen de la Santísima Virgen, hizo su oracion á María, suplicándola la obtuviese el favor de poder adorar la Santa Cruz, en que murió Jesús por los pecadores, prometiéndola retirarse á llorar sus pecados. Entonces pudo entrar, adoró la cruz, y prosternándose ante la imagen de María, le preguntó cuál era el lugar á donde debia retirarse á hacer penitencia. La Santísima Virgen le inspiró que pasase el Jordán y permaneciese en el desierto. Hizo desde luego confesion general, recibió la santa comunión, y se retiró al lugar indicado, donde permaneció por espa-

cio de cuarenta años. El santo sacerdote Zósimo, que iba á pasar la Semana Santa en el desierto, la encontró allí, y supo de ella la historia de su vida. La penitente le suplicó se dignara volver al año siguiente, y se trajera la Santa Eucaristía. En efecto, así lo hizo, y la Santa pidió la misma gracia para el año siguiente; Zósimo volvió, pero la encontró muerta, y Zósimo enterró el santo cuerpo.

SÁBADO XXXVI.

Maria viendo resueitado á Jesús.



Lo habia alboreado aún el tercer dia despues de la muerte de Jesus, cuando saliendo de los sombríos muros de Jerusalem se veian caminar hácia el huerto de José de Arimatea tres mujeres pálidas, abatidas, á manera de sombras silenciosas que cruzaban el solitario valle. ¿Quiénes eran? ¿Á donde iban? El amor las empujaba y la fe las guiaba. Caminaban en busca de un sepulcro. Eran las tres mujeres que calentaron sus corazones á los rayos del amor de Jesús agonizante en el Gólgota: que compartieron con María sus rudos sufrimientos, y quese dirigian al sepulcro del divino Maestro para perfumar el cadáver de Jesús, co-

mo se solía perfumar el de los reyes de Judá. Llegaron al sitio, objeto de sus aspiraciones, pero el cuerpo de su Amado no estaba allí, no encontraron otra cosa más que las fajas y el sudario. Un Ángel con unos vestidos deslumbrantes de blancura, y cuyo rostro brillaba con los vivos fulgores de la más brillante estrella, al ver su turbación las tranquilizó diciendo: «¿Buscais á Jesús crucificado? Resucitó ya; no está aquí. Venid y ved el sitio en que le colocaron.»

No se ocultaba á los escribas y fariseos, á los adversarios de Jesús, la solemne promesa que tenía empeñada de resucitar al día tercero: Dispusieron que la tumba fuese rodeada de soldados, y que la piedra que la cubría se asegurase con el sello de la autoridad pública. Lo que á los ojos de los enemigos de Jesús eran prevenciones tomadas contra un hombre temible, no venía á ser en realidad nada más que los honores debidos al sucesor de David, al que por tantos títulos era el Rey de los judíos. Como á tal los soldados judíos debían constituirse en guardias de honor del sepulcro de su Rey; la tumba de su Monarca debía ser sellada con el sello de la Judea.

El que derribó á los que iban á prenderle en el huerto de Gethsemaní, derribó á los que guardaban su cadáver; el que del fondo del caos hace brotar millares de mun-

dos; el que maneja las enormes moles que ruedan por la inmensidad del espacio cual si fuesen granos de arena, con mucha facilidad abrió la puerta que cerraba su sepultura. Al llegar el término vaticinado por el mismo Jesús, se percibió repentinamente un temblor que hizo caer la piedra del sepulcro, y los guardias, besando el polvo, cayeron en tierra como heridos de un invisible rayo.

Jesucristo, despues de su gloriosa resurrección, aparecióse á las santas mujeres y á los apóstoles. San Ambrosio, fundado en una antigua tradición, asegura haber sido María la primera que vió á su Hijo resucitado. En efecto, hallábase María abismada en las más profundas meditaciones, luchando entre el amor y la impaciencia maternal, cuando se le apareció Jesús. Aquel cuerpo, yerto por la insensibilidad de un cadáver, había recobrado su animación; aquella carne fría por el hielo de la muerte, gozaba nuevamente del calor de la vida; aquellos labios, tres días antes amoratados; aquellos cabellos cubiertos del sudor de la muerte; aquella tez ensangrentada; aquellos ojos que María misma había cerrado, todo apareció con unos celestiales resplandores más refulgentes que los astros. La Virgen cayó de rodillas; y su pecho, que latía con toda la fuerza de tamañas impresiones, solo permi-

tió á sus labios pronunciar estas palabras: —*Hijo mio y Dios mio...* La sorpresa y el júbilo se disputaban el corazón de la Virgen, y sus impresiones fueron tanto más profundas, cuanto su corazón acababa de pasar súbitamente del abatimiento más absoluto al triunfo más completo.

Magdalena, Pedro, Juan, todos los Apóstoles, los dos discípulos en el camino de Emaús, también vieron al Señor. Permitted que le tocasen sus llagas; comió en su presencia. María, no satisfecha con las afectuosas entrevistas con que la favoreció su Hijo, rogaba á todos, y especialmente á Juan, que le refiriesen cuanto habían visto, que le repitiesen una por una las palabras de Jesús. Cada una de estas palabras era para ella motivo de entusiasmo; ella las repetía, las comentaba; las frases de su divino Hijo eran el objeto constante de sus conversaciones: los cuarenta días que pasaron desde la Resurrección á la Ascension, fueron bastantes para hacerla olvidar las terribles horas de su soledad. La Virgen no recordaba ya sus dolores sino para aumentar el valor de sus alegrías. La espada que el profeta Simeón le predijo, no era ya nada más que el glorioso trofeo de sus triunfos.

El cuidado de conservar la paz es un saludable aumento de caridad.

Nunca jamás tuvo María con persona alguna contienda ó disension. No sólo reconcilió á los que andaban divididos, sino que cuidó siempre que nadie ofendiese á otro con palabras, ó le fuese enemigo. Amó la paz, y tuvo concordia aun con aquellos que aborrecían la paz. Su union fué íntima con todos los que servían á Dios, y á los que eran discolos ó perversos, no los trató con dureza, sino con bondad, para hacerlos buenos. Siempre prefirió ceder ella la primera, que no tener disputas con detrimento de la caridad.

El sabio ama la paz, y sólo el imprudente es amigo de contiendas. El que no tiene paz consigo mismo, busca, contienda y disputa al instante por cualquier friolera. Del mismo modo que en sí mismo no tiene descanso, y anda siempre en lucha con sus pasiones, así turba con riñas á los demás porque envidia la tranquilidad de su corazón.

Huyamos de todo lugar en donde no haya paz, y apartémonos de todo hombre que tenga espíritu de discordia. Vivamos pacíficamente con todos, no por disimulo, sino por caridad. Huyamos de los chismosos, porque son ministros de Satanás y no

hacen más que sembrar sospechas y disensiones. Los que delante de nosotros hablan mal de otros, y nos vienen á contar al oído sus defectos, lo mismo harán de nosotros delante de los demás. Tengamos por cierto que los que no tienen caridad para con los demás, tampoco tienen sinceridad con nosotros. Quieren sólo oír nuestro parecer, para contárselo en seguida á otros y meternos con ellos en disensiones.

Si creemos á todo adulator, veremos lo que nos sucederá; si deseamos oír de nuestro prójimo noticias que no nos pertenecen, es segura la pérdida de la paz. La paz con los justos es grande alegría del corazón, pues uno al otro se edifican y sostienen para la virtud. La paz entre los impíos es perpétua guerra, pues el uno precipita al otro hácia la maldad.

Los que sirven fielmente á Dios, y siguen la verdadera piedad, éstos son los que andan unidos en paz. El alma inocente y el corazón humilde, ignoran lo que son contiendas y disputas. Los vanidosos y soberbios gustan de altercar, y los que aman las cosas terrenas andan siempre divididos.

No disputemos con los que son más que nosotros, porque llevaremos castigo; ni con los que son menos, porque caeríamos con ignominia. Procuremos reconciliar á todos; si no quieren escucharnos, dejémoslos; me-

yor nos irá quedando solos que en compañía de disputadores. El obispo Evermodio, que fué monje premostratense, no cesó de predicar hasta que hubo reconciliado entre sí á dos enemigos.

Pongamos primero en orden á nuestras pasiones, y entonces podremos pacificar con provecho á los demás. Resignémonos antes á dar algo de lo nuestro, á trueque de no alterar la paz con el prójimo; no sostengamos nuestra opinión si no va en ello la gloria de Dios; procuremos avenirnos con los demás antes que suscitar riñas entre los nuestros. Procuremos cumplir esta ley de caridad, y lograremos ver en el cielo al Dios de paz.

PRÁCTICA

El día de la primera comunión forma época en la vida del cristiano porque anda siempre envuelto entre el recuerdo de las preciosas emociones que cual nunca ha sentido en esa solemnidad, en que todo es bello y grande. También los padres gozan al ver reflejarse en el rostro de sus hijos la fe de sus espíritus y el amor de sus corazones. Así conviene mucho que los padres, los maestros, los señores y los amos, acompañen á sus hijos, á sus domésticos y dependientes comulgando con ellos, manifestando la fe y piedad que engrandece y hermosea el alma. Una niña de ocho años, apenas asistiendo á una misa de primera comunión, y oyendo al cura de la parroquia expresar su dolor

por no ver á los padres de los primeros comulgantes acompañar á sus hijos á su sagrada mesa:— «¿por qué, preguntó ella á su abuela despues de la misa, los padres no hacen lo que dice el señor cura?—Es por que tienen vergüenza de hacerlo, se le respondió.—¿Vergüenza? ¿y de qué? No la tienen de embriagarse con frecuencia, y de presentarse así en las calles.» Así racionaba aquella tierna criatura.

EJEMPLO.

Alejandro de Alés, que fué en sus tiempos el primer maestro de las ciencias divinas y humanas, por no negar cosa alguna que se le pedia á honra de la Virgen, se vistió el hábito de San Francisco á una simple instancia que un humilde lego de aquella orden tan austera le hizo en su nombre; y así no solo dió el suyo á María, mas también se le dió á sí mismo. María le correspondió con muchos favores. Entre sus innumerables discípulos se cuentan á Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y el inmortal Escoto. Fué eminente filósofo y teólogo, y le apellidaron el *Doctor irrefragable*. Enseñó con mucho crédito la filosofía escolástica y la teología en París, y fué uno de los primeros que sacaron partido de las traducciones de Aristóteles por los árabes. Entre sus importantes obras, sobresale la *Suma de toda la Teología*.

SÁBADO XXXVII.

Maria después de la Ascension de Jesús al cielo.



Jesús, antes de su triunfante Ascension, se despidió de la Virgen; pero esta vez el adiós de despedida no tuvo ya un carácter melancólico y sombrío, porque no era ya para subir á una cruz, sino para subir al cielo.

Cuando Jesús hubo suficientemente instruido á sus discípulos; cuando les hubo mostrado las sendas que debian seguir para la propaganda de su Evangelio; cuando se hallaban ya preparados para recibir el Espíritu divino, el Salvador les manifestó que era llegado el momento en que tenia que separarse de ellos para volver á la gloria. Jesus dió cita á sus discípulos para el sitio y la hora en que debia verificarse una solemnidad, que inauguró para el género humano una nueva era. En el monte Olivete, designado por el divino Maestro, se congregó una multitud de personas. María rodeada de las santas mujeres subió la montaña santa radiante su rostro de júbilo, palpitando su corazon de alegría al pensamiento de ver al Rey de los cielos ascen-

der á su trono. Cuando Jesús dijo: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.» María experimentó un raptó de placer que no pudo comprimir dentro de su corazón, y que se reveló en toda su fisonomía. Jesús extendió sus manos para dar á sus discípulos su celestial bendición. Todos se postraron en tierra, y contemplaron la aureola de gloria que rodeaba el sagrado rostro de Cristo; le vieron elevarse poco á poco, subir, subir siempre con incomparable majestad, bendiciendo á los suyos, bendiciendo á todos los asistentes, bendiciendo á la humanidad en general, allí representada por cuanto ella contenía de más santo y más venerable, hasta que al fin desapareció envuelto entre una nube luminosa que le arrebató de la vista de los espectadores. Así Jesús voló á su Padre en presencia de aquellos escogidos para llevar al mundo su doctrina, y ser por sus virtudes, por sus ejemplos, la personificación del Hijo de Dios en la tierra.

Cuando la reflexión volvió á recobrar en María su dominio, libre ya de tan vehementes emociones desplegó ante la mente de la Virgen con toda su imponente majestad el cuadro de la vida de su Hijo. El Padre lo había mandado á la tierra de una manera sobrenatural; de una manera sobrenatural, también, volvió al cielo.

Los sufrimientos más vivos, las penas más amargas, una cruz y un sepulcro, hé aquí los escalones que tuvo que recorrer la vida de María para llegar á la felicidad. Éste es, por punto general, el itinerario trazado á nuestra existencia. El dolor, el sufrimiento, que es más ó menos grave, según la elevación de nuestro destino, es la senda señalada para llegar á la dicha. Á nuestra presencia, desplégase á menudo el espectro de la muerte con todo su fúnebre aparato, pero del fondo de la escena se destaca, para alentarnos, un sepulcro que se abre y la resurrección. Tras de la muerte está la vida, como la resurrección se encuentra al través de una tumba. El Cristo que murió en una cruz, que permaneció tres días en una sepultura, resucitó para no morir más.

La buena oración causa indecible provecho.

En nada encontraremos mayores delicias que en la oración. Esta fué la única tarea de la vida de María, y ni un solo momento vivió sin emplearlo en el ejercicio de la oración. Oró en las entrañas de su madre; oró apenas nacida; oró en el templo, y nunca cesó de orar. No siempre movía los labios, pero siempre meditaba los divinos misterios. Por esto ahora vale tanto su oración en los cielos, porque en vida la amó,

y aun trabajando con sus manos, estuvo ocupada en ella.

El que ora habla con Dios, y conversa familiarmente con Él. Al que medita le habla Dios como á dulce amigo. No es preciso que pronunciemos siempre para orar, pero es indispensable que nos fijemos siempre con buena atencion. Consideremos atentamente lo que decimos, y lo que habla Dios. No oremos sin antes echar de nosotros todo lo que puede servir de estorbo para la elevacion de nuestra alma á Dios. La humildad, la confianza y la vida buena, son la mejor escala de la oracion.

Cuando hayamos pedido á Dios alguna cosa, abandonémonos á su voluntad, y no deseemos alcanzar sino lo que Él sabe es provechoso. No podemos pedir á Dios sino lo que nos es lícito desear.

El que no orase, nada recibirá; puesto que siempre necesitamos algo, siempre hemos de orar. Si tenemos en todo buena intencion, en esto ya oramos; y si en todo tenemos á Dios presente, también con esto oramos muy bien. Una conversacion piadosa y edificante, es también oracion y alabanza de Dios. Hastío le causa á Dios la oracion, si el espíritu del que ora no está unido con Él. Dejémoslo todo antes que dejar la oracion, y sacaremos de ahí grande utilidad.

PRÁCTICA.

El P. Señeri reduce á siete los motivos que nos conducen á conseguir la verdadera devocion á la Virgen: 1.º El amor singular que Dios le tiene. 2.º Su dignidad. 3.º Su santidad. 4.º El consentimiento universal de la Iglesia en honrarla. 5.º Los beneficios que nos han venido de sus manos. 6.º El amor que la Virgen nos tiene. 7.º La señal, que su devocion trae consigo de la predestinacion. Imitemos á María para ser sus verdaderos devotos, y por medio de esta devocion conseguiremos la predestinacion. Dice San Anselmo: «Como es imposible que se salven aquellos de quien la Virgen María apartó los ojos de su misericordia, así es necesario que se justifiquen y se glorifiquen aquellos á quien volviere sus ojos, abogando por ellos,» (Ap. S. Anton., 4 part., tr, 15., c. 14.)

EJEMPLO.

Uno de los más celosos propagadores de la devocion á María, es sin duda San Leonardo de Puerto-Mauricio, y por esto también fué singularmente favorecido. Cuando estudiaba en el Colegio Romano brillaba por su raro talento y por la admirable pureza de sus costumbres, de modo que solían compararlo á San Luis Gonzaga. Deseoso de la salvacion de las almas, renunció las cosas terrenas y abrazó la vida monástica en la orden franciscana. Predicaba con tanta energia y fervor, que llegó á imposibilitarse, arrojando mucha sangre por la boca; y despues de cinco años de gran-

des sufrimientos la Santísima Virgen lo curó milagrosamente, y emprendió de nuevo sus tareas apostólicas, perseverando en ellas por espacio de más de cuarenta y cuatro años, reformando las costumbres de toda la Italia y convirtiendo á innumerables almas. Entre sus oyentes contó muchas veces el célebre Pontífice Benedicto XIV. Grandes fueron sus portentos y maravillas, su abstinencia asombrosa, su vida mortificada y ejemplar, su celo tan ardiente y su predicacion tan fervorosa, que sus frutos aún perseveran en nuestros días. Escribió varias obras, admirables por su doctrina y por su piedad. Murió en Roma á los setenta y cinco años de su edad, lleno de méritos y llorado por los pueblos. Pío IX lo canonizó en presencia de muchísimos obispos de todo el orbe.

— — —

SÁBADO XXXVIII.

Maria, **M**aestra de los apóstoles y **M**adre de los fieles.



La conservación de la integridad de la Santa Iglesia Católica la basó el Señor en un magisterio doctrinal, encargó á los Apóstoles la perpetuidad de aquella celestial doctrina que les habia enseñado y predicado, mandándoles predicarla y enseñarla á todas las naciones. Constábase al Divino Verbo el carácter voluble de la

naturaleza humana y las continuas variaciones á que estaban sujetos los sistemas por la razon concebidos y organizados, y entraba en su plan librar á su obra de los vaivenes y agitacion de los tiempos, y darle la inamovilidad propia de las obras eternas. Por esto vinculó la perpetuidad y firmeza de los principios evangélicos en un don, en una gracia especialísima que prometió á la dignidad de que revistió á Pedro: *la infalibilidad*.

El magisterio católico se basa, pues, en la infalibilidad de Pedro y en el espíritu de sobrenatural sabiduria que no cesa el divino Verbo de difundir sobre aquellos que elige para regir y gobernar su Iglesia.

Pero además del magisterio doctrinal que consiste en la facultad y en la mision de explicar y definir, de declarar y resolver cuanto en punto á enseñanza y doctrina puede ser necesario al humano entendimiento, estableció el Señor el magisterio moral, ó sea de la santidad, que es aquel espíritu cautivador y atractivo por el que las grandes virtudes y heroicos hechos de una alma ejercen tal preponderancia sobre sus semejantes, que les alecciona persuadiéndoles y determinándoles á seguir la senda de su justicia.

El magisterio de María no fué doctrinal, pero Jesucristo la dotó del magisterio del

ejemplo: fué Maestra de los Apóstoles en las virtudes heroicas que debían practicar para la fecunda propaganda del Evangelio. Enseñándoles á esperar recogidos y silenciosos el espíritu ilustrador; enseñóles á recibir el mismo con completa sumisión; enseñóles el camino práctico de la santidad por lo que los Apóstoles, recibido ya el Espíritu Santo, se hacían un deber de invocar la bendición de María y aun de obtener sus sabios consejos, á fin de que la predicación de la verdad no dejara de dar, ó mejor, de reproducir aquellos frutos á los que ella había dado vida, concibiendo en sus entrañas á Jesucristo.

La sumisión de los Apóstoles á María fué muy natural; Jesús no se había desdenado de estar á sus órdenes, y la Iglesia católica no es sino la continuación de la vida de Jesús, el cuerpo místico de Jesucristo.

Jesús era impecable absolutamente, no sólo en cuanto á Dios, sino en cuanto á hombre. Él veía á Dios cara á cara; él estaba vivificado, santificado, deificado por la persona del Verbo; y sin embargo, tomó por modelo de sus acciones, por regla de sus designios y de sus empresas la voluntad de María. ¡Oh, cuán racional, justa, inocente é irrepochable debía ser aquella voluntad! ¡Qué rectitud la de aquella regla, á

la que conformó y ajustó el que no puede engañarse! Jesús fué en todo complaciente con María. ¡Oh, qué moderadas serían las pasiones de María, qué puro su amor, qué religiosos sus sentimientos, qué inocentes sus palabras, cuán acompasados sus actos!

El culto de la sagrada Eucarestia es la mejor prenda de amor de Dios.

Singular fué el amor de María al misterio que instituyó Jesús en su última cena para comida y bebida de sus fieles. No pudo dar cosa mayor que darse á sí mismo, para quedarse con los suyos que amaba, hasta la consumación de los siglos. ¿Qué otro consuelo tuvo María después de la muerte de Jesús, sino el recibirlo constantemente de manos de San Juan? En este dulce Sacramento descansó siempre su alma, porque en él está Jesús, y no sólo lo recibió en su vida como espiritual alimento, sino como Viático en la hora de su muerte.

A aquellos ama María con especialidad, que suelen venerar devota y amorosamente este Sacramento. Con él se encienden en fervor las almas piadosas. De ningún modo podemos manifestar mejor nuestro amor á Dios, que sabiendo adorar devotamente este Sacramento. Sabemos ya de qué modo hemos de prepararnos para recibirlo; esto es, juntando á la humildad y al amoroso de-

seo, angelical pureza de corazon. Si lo recibimos sólo por costumbre, no esperemos sacar de él mucho fruto, sino tal vez culpabilidad.

Procuremos visitarle muy á menudo, aunque no lo recibamos con tanta frecuencia. ¡Cuántos dias permanece Jesús en el templo como en un desierto y soledad, y nadie asiste á su presencia sino los Ángeles! Todo el mundo corre tras los negocios, sin acordarse de Aquel que con ansia aguarda á los hombres. Llama, y nadie acude; convida, y pocos concurren, ofrece gracias y nadie las acepta.

No hay mejor romeria ó peregrinacion que la que se hace al tabernáculo de Jesús. Es visita incomparable visitar el trono de la suprema Majestad. ¿Qué aprovecha que la lámpara arda allí solitaria en su presencia, si ninguno de los fieles le acompaña? Aquí recibiremos toda gracia, corregiremos la tibieza, y consolaremos el corazon en sus tribulaciones. Aquí recibiremos buenos consejos y excelentes inspiraciones en los tranques angustiosos. Dejemos alguna vez la compañía de los hombres, entre los cuales muchas veces andaremos extraviados, y lleguémonos al sacrificio de Jesús, en donde se alcanzan luces abundantes. Nos llamará sus cortesanos y sus amigos si nos viere frecuentemente ante su altar; y si alguien

nos atormenta, allí podremos reforzarnos. Aquí se pondrá de manifiesto nuestro amor, y conoceremos el que se encierra hácia nosotros en este Sacramento, y lo saborearemos con consuelo cuando nos hallemos en los umbrales de la eternidad.

PRÁCTICA.

Los medios que nos conducen á conseguir la verdadera devocion á la Virgen, son meditar frecuentemente de María y leer á menudo este librito, invocarla con frecuencia y hacerla algunos especiales obsequios.

EJEMPLO.

Tras largos siglos en que gemía España bajo el yugo sarraceno, vió al piadoso rey Fernando III empuñar la espada para librarla de tan dura esclavitud. Ese magnánimo Príncipe hacia llevar al frente de su ejército una imagen de la Virgen, y encargaba á sus soldados que en lo más fuerte de la pelea procurasen acordarse de la Reina del cielo, y poner toda su confianza en la que triunfó del infierno. Llevaba á más otra Imagen colgada que le caía al pecho, é invocaba con fervor su auxilio cuando iba contra el enemigo. Luego de haberse apoderado de Córdoba en 1236, su primer pensamiento fué purificar la gran mezquita y convertirla en iglesia bajo la invocacion de la Santísima Virgen. Firme en su plan de librar á la patria del dominio de los moros, emprendió al ataque de Sevilla, cuyos muros eran el más fuerte

baluarte que en España poseía la raza mahometana. Duró el sitio seis meses, durante los cuales tuvo que vencer muchos obstáculos; más, el 23 de Noviembre de 1349, se apoderó de la ciudad, concediendo á los moros un mes de término para que se retirasen á donde mejor les viniese en talante; 300 se fueron á Jerez, y 100.000 se marcharon á Africa.

Desembarcaron las tropas de refuerzo mandadas por el general en jefe Axataf, y al llegar éste á la cima de una colina, desde la cual se descubría por una parte la ciudad y por otra el mar, exclamó no sin gran sentimiento: «Un Santo únicamente ha podido, con tan pocas tropas, hacerse dueño de una ciudad tan fuerte y tan poblada.» El vencedor tributó con toda solemnidad las debidas gracias al Dios de los ejércitos y se postró ante la imagen de Nuestra Señora con tan conmovible humildad, que arrancó copiosas lágrimas á la gran multitud de los espectadores. Hizo reedificar la Catedral, adornóla con real magnificencia, y quiso que uno de los más ricos altares se dedicase á la veneracion de la Santísima Virgen, á quien atribuía el honor de todas las victorias.

Sonríase en hora buena el incrédulo de tales acciones, y guiado por su moderna filosofía, llámelas, si quiere, preocupaciones religiosas; más, los sensatos y juiciosos recuerdan con júbilo esos hechos, porque confiar en la proteccion de los Santos, atribuir á ellos la gloria de las empresas humanas, no es una preocupacion, sino una verdadera sabiduría. Sí, es mucho más glorioso para un capitán vencer con la proteccion del cielo, que triunfar con la persuasion de su valor personal.

El santo rey Fernando, en sus empresas contra los moros, mostró un valor igual al de los más grandes héroes; pues su triunfo dividido con la Virgen, lejos de haberse disminuido, fué mucho más glorioso.

SÁBADO XXXIX.

Muerte de María.



La *Sol de justicia* se había puesto al horizonte sangriento del Gólgota, pero la *Estrella de los mares* reflejaba todavía sus más suaves rayos sobre el mundo renovado, y derramaba sus benignas influencias sobre la cuna del Cristianismo. Á Maria acudían los Apóstoles á pedir consejo, inspiracion y aliento. En su amor maternal y en sus instrucciones celestiales buscaban luz en sus dudas, consuelo en sus tristezas, y alivio en sus penas aquellos primeros discípulos del divino Regenerador, que habiendo tenido la dicha de verle y tratarle, no sabían consolarse de su ausencia sino gozando de la presencia de su Madre, que tanto se le parecía en la sobrehumana dulzura y majestad de su semblante, la sublime y embelesadora unción de su palabra, la inagotabilidad de su ternura y misericordia. San Dionisio, uno de los sabios del Areópago,

al visitarla por vez primera, confiesa que fué tanta su emocion, que casi la hubiera adorado como un Dios.

La Sinagoga movía sus persecuciones contra el Cristianismo, y en Jerusalén estalló una terrible persecucion el año 44, por cuyo motivo la Santísima Virgen se vió obligada á dejar aquella ciudad y trasladarse á la de Efeso. Acompañóla en su expatriacion el apóstol san Juan, su hijo adoptivo. El desarrollo que tomó desde sus principios el Cristianismo, y el estado floreciente en que ya en su infancia se manifestó la iglesia de Efeso, son indicios seguros de que la presencia de la Madre de Jesús, fué para la ciudad la de la preciosa *rosa de Jericó*, que embalsamó su ambiente y dejó vestigios de su pasaje.

Confundida la Sinagoga en su furor contra la doctrina de Cristo, y fructificando por todas partes la semilla del Evangelio, que estaban esparciendo los Apóstoles, la Madre de Jesús podía ir á reunirse con su Hijo en la gloria, que allí se dirigian sin cesar sus deseos, y allí estaban su alma y su corazon. Efectivamente había llegado la hora. Un mensajero del cielo, de parte de la Trinidad Beatísima, notificó á María el dia, la hora y el punto de su muerte. Ella se trasladó en compañía de Juan otra vez á Jerusalén, donde retiróse á la montaña de Sión, en la ca-

sa que habia sido santificada por el descenso del Espíritu Santo. El hijo adoptivo, á quien la divina Madre habia participado la revelacion de su muerte, fué á comunicar la noticia al apóstol Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, y á los fieles que componian aquella iglesia. Tambien un secreto impulso movió á los Apóstoles que estaban desparramados por varios países, anunciando labuena nueva, á dirigirse á la santa ciudad.

Rodeada María de los Apóstoles y de otros fieles, empezó á despedirse de ellos para la eternidad. Las lágrimas brotaron de todos los ojos, y todos los corazones estaban partidos de dolor. María extendió sus brazos para bendecir á los que iba á dejar huérfanos; alzáronse hácia los cielos sus ojos radiantes de júbilo; animáronse sus facciones por el arrobamiento de una dicha, se esparció por su semblante un hermosísimo color sonrosado, y su alma, desprendiéndose del cuerpo, voló á la región feliz siendo recibida en los brazos de Jesús. La muerte de María fué á la manera de un apacible sueño; durmiéndose en el tiempo, despertó en la eternidad. La muerte no se atrevió á plantar su bandera de victoria sobre un cuerpo que solo por muy pocos dias podia poseer, y que debia serle arrebatado inmortal y glorioso.

El prepararse para la muerte es muy saludable pensamiento.

Aunque María nada tuvo de pecado, experimentó no obstante la muerte, que es la única puerta por la cual se sale de este mundo. Ni Jesús estuvo exento de esta ley, pero ni para Él ni para María fué la muerte un castigo, sino un camino para la gloria. No tuvo, en verdad, peligro de morir mal, pues nunca sintió remordimiento de culpa; con todo, se preparó para una muerte santa con muchas virtudes, para que fuese así más glorioso su triunfo.

Para nada debemos prepararnos con más cuidado que para morir. Este sólo es entre nuestros negocios el mayor y el más importante; exige serios pensamientos, pues de él depende la suerte de toda la eternidad. No sabemos si podremos salir con este ó con aquel asunto que traemos entre manos; sabemos empero de cierto que hemos de morir y salir de este mundo. No sabemos dónde, cómo ni cuando habremos de morir; ¿por qué vivimos, pues, en tanto descuido, como si nos sobrase aun mucho tiempo, y debiesen llegar todos á la muerte antes que nosotros? ¿Qué vemos cada día en la vida sino la muerte? ¿Por qué no nos preparamos bien para ella, ya que puede, cuando menos lo pensemos, sorprendernos? Muy á menu-

do se nos dice que *fulano* ó *zutano* murió de repente; ¿por qué aplazamos para más allá la reforma de nuestra vida? Cada momento puede ser el último para nosotros, como lo fué para ellos, y mientras nos creemos robustísimos podemos hundirnos de repente en el sepulcro. Nos equivocamos si creemos que solo los viejos andan en peligro de morir, pues aun los jóvenes y robustos están sujetos cada día á muertes precipitadas. ¡Ay de nosotros si la muerte no nos coge en buen estado! ¡Dichosos nosotros si nos halla en gracia de Dios! No hay muerte más dulce que la que anduvo muy preparada; y aunque hayamos sido pecadores, nos la hará sabrosa la amargura de la penitencia. No retardemos la penitencia, pues no sabemos si la muerte nos dará tiempo para arrepentirnos.

Muchos se convirtieron pensando que en breve deberian decir, como Job, á la podredumbre del sepulcro: Tu eres mi padre; y á los gusanos: Vosotros sois mis hermanos. Nos disgustará al instante la vida muelle y delicada si consideramos que nuestro cuerpo, dentro breve tiempo, exhalará hedor y corrupcion en la oscuridad de la sepultura. Entonces nos olvidarán aquellos mismos con quienes en vida pecamos, y nos mirarán con asco y horror á causa del mal olor de nuestro cadáver. Apenas si

acompañan nuestro cadáver corrompido á la sepultura, pocos ayudarán para el cielo á nuestra alma, aun aquellos á quienes tal vez favorecemos en perjuicio de ella.

Pensemós seriamente que iremos á la eternidad, y que de allí no volveremos. Este es pensamiento saludable para todos, principalmente para los que viven ligados con los de la tierra. El hombre mundano no lo entiende, por esto dice que le entristece la memoria de la muerte. ¿Qué le aprovechará, no obstante, hacer tanto para olvidarla, si no obstante ha de morir más presto de lo que cree?

Preparémonos para nuestra muerte con prudencia y á tiempo; si somos inocentes, allegando cada dia más méritos; si pecadores, con el remedio de una pronta penitencia. Si la muerte no tarda, ¿por qué hemos de tardar nosotros? ¡Ay de nosotros si nos adelanta mientras estamos aún ocupados en lo de la tierra!

Procuremos ser ahora del modo que querremos haber sido en la de la muerte, y lo que entonces desearemos haber hecho, hagámoslo hoy. ¡Oh, feliz muerte la de los buenos! ¡Oh, desdichada muerte la de los réprobos! De entrambos tenemos un ejemplo en el monte Calvario: ¡ojalá no hubiese tantos en el mundo!

Imitemos las virtudes de María, y no

temeremos la muerte. Si fuésemos sus devotos, nos acudirá, nos ayudará en aquel gravísimo peligro, y nos asistirá en aquel triste dia cuando todo el mundo huirá de nosotros, y quedaremos á solas para morir. Entonces veremos lo que es tener á María por Madre de la santa esperanza.

PRÁCTICA

Imitemos prácticamente la caridad de María. Algunos Santos Padres nos han dejado escrito que la Madre de Jesús, como que despues de la Ascension ejercia las veces de su divino Hijo en medio de los fieles, les volvia, al igual de aquel, la salud en sus enfermedades y los remediaba en sus apuros y conflictos. Los pobres eran especialmente el objeto de sus cariñosas atenciones, haciéndose un deber de Madre de socorrerles cuando le era posible, hasta el punto de practicar con ellos los actos más afectuosos de una bondad sin límites.

EJEMPLO.

Todo pasa y muere en la tierra; todo advierte al hombre que no está criado para este mundo, y que sus miras deben dirigirse á otro donde vivirá eternamente. Volvamos la vista al lejano pais de Asia, á aquellas regiones tan famosas en otro tiempo, en las cuales ya no encontramos hoy más que ruinas, cenizas y escombros de su pasado esplendor. En vano buscamos el más célebre templo dedicado á María; pues ni siquiera hallamos


los vestigios de la ciudad en medio de la cual se se descubria su majestuoso frontis. Una corta poblacion de pobres pescadores está allá para señalar con el dedo una montaña de ruinas, y decir al viajero: *Aquí fué Efeso*. Mas ¡ah! el infeliz habitante que perece cerca de esas ruinas, no puede decirnos do estaba el templo de la Madre de Dios... El viajero cristiano pasa y vuelve á pasar hollando esas cenizas, y exclama: ¡Iglesia de Efeso! alegría y corona del apóstol San Pablo, habitacion querida de la Virgen y de su apóstol privilegiado, yo lloro sobre tus escombros y en tí venero los restos del gran templo de María. Aquí, en ese famoso templo, una de las maravillas del mundo, por espacio de tres siglos se tributó á Diana un culto de idolatría; pero Dios quiso que se tributase un culto más augusto y más santo á la Reina de las Virgenes. A ese lugar acudian los primeros fieles para honrar á la que es Madre de Dios, y en él piadosos y puros homenajes sustituyeron á los sacrificios ofrecidos por la idolatría á la hija de Júpiter. Contraste admirable, que patentizó el triunfo de la verdad y abatió el error, haciendo ver á toda el Asia el gran raudal de luz con que el cristianismo disipó las tinieblas del paganismo. Allá, *en la grande iglesia de Efeso llamada María* (Concilio de Efeso), se reunieron todos los obispos en 431 para condenar las blasfemias de Nestorio contra la Virgen y para congregarse bajo esta divisa de salvacion: *¡Viva María! ¡Viva la Madre de Dios!* ¿Por qué tan antiguo esplendor yace hoy sepultado bajo esas informes ruinas? ¡Ah! al recuerdo de las numerosas herejias, del fatal cisma de la nave de San Pedro,

sobrecogido por un saludable espanto, repite las del Dios castigador: *Se os privará del reino de Dios*. (Mat. 18).

Respetemos los inescrutables decretos del Eterno, y démosle gracias por habernos mantenido en la fe, por habernos conservado los templos consagrados á su santo nombre, al de la Santísima Virgen y al de los Santos.

SÁBADO XL.

Entierro de María.

UÉ el entierro de María alegre y glorioso. En la conciencia de los Apóstoles y discipulos que contemplaban el exánime cuerpo de María, y que casi todos habian presenciado la resurreccion del de su Hijo, estaba la seguridad de que el augusto santuario, en el que el Verbo de la redencion habia tomado vida temporal, no estaba destinado á corromperse en el sepulcro.

La muerte, sufrida en las condiciones que la sufrió María, no degrada. Nada más noble que ser disuelto por el amor divino. El fallecimiento de María fué la parálisis de la carne, efectuada por la actividad siempre creciente del espíritu. El espíritu voló;

la carne, debiendo obedecer á las leyes de la materia, hubo de quedarse encadenada al suelo. El entierro del venerable cuerpo no estuvo revestido del aparato lúgubre y triste; en todas las fisonomías asomaba la seguridad del triunfo del espíritu y la esperanza de la victoria del cuerpo. Colocaron á María en el sepulcro, como en una antesala providencial, á donde habian de ir á buscarla los celestes espíritus.

Como Jesucristo es consustancial al Padre en divinidad, es consustancial á María en humanidad. San Cirilo de Alejandria y otros Padres, dicen que la carne de Jesus, entrando en nuestro cuerpo por la Eucaristia, le comunica una cualidad vital, una infusion celeste, un gérmen de inmortalidad, una semilla de incorrupcion; y si una corta permanencia en nosotros nos comunica el gérmen de la inmortalidad y de la incorrupcion, ¿con cuánta más razon comunicó más abundante y más completa á María esta cualidad? Pues el sagrado cuerpo de María fué el templo augusto y espacioso, en el que la divinidad y la humanidad celebraron íntimos esponsorios para engendrar y dar á luz la regeneracion, la paz y la gloria de los siglos.

El guardar la lengua es el mejor medio de procurarse tranquilidad.

Si leemos todo el Evangelio, admiremos allí el silencio de María. Hallaremos que dijo muy pocas cosas, y éstas muy bien y con mucha razon. Guardó con gran cautela su lengua, para que ni una palabra dijese ofensiva á Dios ó al prójimo. Hagamos lo mismo si queremos gozar de tranquilidad interior. ¿Qué es lo que más nos ha turbado hasta ahora? ¿No es nuestra misma lengua? Al despertar por la mañana, ¿no hallamos que nos hemos de arrepentir de muchas cosas que digimos la vispera, y que entonces recordamos con pena?

Consideremos bien de qué hablamos, de qué modo y delante de quiénes, y pesemos todas las palabras y lo que de ellas puede seguirse. El hombre prudente no charla sin ton ni son de todo lo que le viene al entendimiento, sino sólo de lo que conviene. Cuanto menos hablemos, tanto mereceremos mayores alabanzas de las personas prudentes. No nos acostumbremos á bromear, pues llegaremos al vicio de tratar en broma aún las cosas serias, y de no ser de provecho para nada.

La palabra una vez salida de la boca no puede volverse atrás, como una piedra una

vez tirada no puede ya recogerse. No nos valdrá la excusa de que nuestra intencion no haya sido mala, sino que se nos atribuirá á imprudencia y charlatanería.

Lo que un amigo nos confió en secreto, no lo digamos nosotros en público; hacen esto los de poca fidelidad: y, ¿cuánto pecaríamos si con esto causáramos discordias? Hablemos con precaucion de las cosas que no entendemos, á fin de que no parezcamos necios, y no caigamos en la ignominia de decir disparates. No salgan de nuestra boca palabras torpes ó deshonestas; prueba que es muy impuro el corazon del cual salen conversaciones escandalosas.

No revele nuestra boca los defectos del prójimo; callémoslos ó excusémoslos si alguno con malicia hace alarde de ellos. ¿Qué tienen que ver con nosotros los defectos de nuestro prójimo, para que nos encarguemos de publicarlos á los demás? Nos gusta muy poco que los demás hablen de nuestros defectos; ¿por qué hablamos de los de nuestros hermanos, en los cuales nada tenemos que ver?

Si amamos el silencio, estaremos muchas veces más contentos de él que de haber hablado. La honra de un hombre una sola palabrita la destroza, y ni con una larga conversacion vuelve á reponerse. El buen juicio sea el maestro de nuestra lengua, y

la caridad y el temor de Dios dirijan nuestras palabras.

PRÁCTICA.

Podemos hacer á María los siguientes obsequios: 1.º Elegirse á Nuestra Señora por Madre. 2.º Reverenciarla en sus imágenes. 3.º Visitar devotamente sus iglesias. 4.º Rezar cada dia su oficio y su Rosario. 5.º Anteponer la prevencion de las novenas á sus principales solemnidades. 6.º Reverenciar con culto especial á los Santos, que le son más próximos ó más devotos. 7.º Hacer celebrar Misas, ú oirlas para su honra. 8.º Anteponer á sus fiestas ayunos, ú otras semejantes suertes y austeridades. 9.º Distribuir á su honor limosnas. 10. Comulgar en sus festividades. 11. Imitarla en el ejercicio de las virtudes. 12. Abstenerse por su amor de alguna obra viciosa.

EJEMPLO


La conversion de San Gerónimo Emiliano, es un testimonio palpable del favor que concede María á los que se humillan en su presencia y la invocan con fervor. Nacido en Venecia, hijo de una familia patricia, abrazó desde luego la profesion de las armas, y en una guerra que tenia que sostener la República, se le confió la defensa de un fuerte. Pero habiendo sido tomada la plaza por asalto, quedó prisionero y puesto en una oscura prision, donde destituido de todo auxilio humano, y conociendo la profundidad de su miseria, recurrió á Maria. Apenas le dirigió su ferviente oracion, cuando se le apareció, rompió sus cadenas y

le condujo ella misma por medio de los batallones enemigos hasta el pié de los muros de Trevisa. Entró en la ciudad, corrió al altar de la Santa Virgen, á la que se habia consagrado, y depositó allí sus cadenas como un monumento de la bondad de la divina Madre hácia él.

Regresando despues á Venecia, se entregó á ejercicios de piedad y á las obras de la más compasiva caridad hácia los pobres, sobre todo, los niños abandonados. Se dedicó á recogerlos en su casa é instruirlos, y comenzó así la congregacion dicha de Somasque, que se distinguió por sus trabajos y buen éxito en la educacion cristiana de la juventud.

SÁBADO XLI.

Asuncion de María.

i criatura alguna ha sido anhelosa de honrar las divinas perfecciones, sin duda fué la Santísima Virgen; las altas ideas que de ellas concibió, las elevaciones de su corazon, los afectos de su alma, las privaciones de su cuerpo, todo en ella honró á la grandeza divina; más no fué bastante para ella este testimonio de afeccion: ella deseó perder la vida, para protestar con su muerte que Dios es su Señor y su Soberano; que cuanto tiene y es, lo es y lo posee por el Señor; que ella vive y sub-

siste más en el Señor que en ella misma, y que gustosa se resignaria á ser extinguida, disuelta y anonadada para prestar homenaje á la soberania, á la independenciam, á la vida, al poder, á la justicia y á los otros atributos de su Majestad Divina. Dios, prodigando á María las perfecciones de la vida; María, ofreciendo á Dios su vida perfeccionada; he ahí un reconocimiento inmenso á una inmensa generosidad. María, aceptando la muerte, se hizo digna de Dios. Si hubiese sido ella transportada al cielo sin sufrir la muerte y el cambio que la resurreccion causa al cuerpo de los predestinados, no hubiera habido en su carne sino la vida baja é imperfecta que tuvo en la tierra; le hubiera faltado la gloria de la resurreccion de la carne. Esta gloria adquirió su cuerpo santificado por las más altas perfecciones de la creacion; el Señor se complació en levantarla del sepulcro apenas habia descendido á él, manifestando así el interés que se tomaba por su ensalzamiento. El cuerpo de María fué trasladado del sepulcro al cielo: al enterró sucedió la Asuncion; asuncion gloriosa y triunfante, que agregó un privilegio más á la serie de privilegios estupendos que constituyeron su vida.

La gloriosa Asuncion de María es uno de los hechos que la Iglesia católica ha colocado en el catálogo de los que deben ser re-

cordados y santificados. Elevada María á la cumbre de los cielos, no sólo la Madre de la humanidad obtuvo la digna recompensa de sus heroicas virtudes sino que la humanidad misma tuvo en ella una abogada é influyente intercesora para con el Altísimo. En María fué elevada la familia humana, y sobre todo la sociedad creyente, cuya maternidad le confió el Redentor desde la cruz. La asuncion de María es, pues, tan gloriosa para ella, como provechosa para nosotros, y de ahí que la Iglesia con tanto entusiasmo la celebra.

La sinceridad endulza la vida.

Aborrezcamos la doblez y el engaño, y procuremos adquirir la santa sinceridad, á imitacion de María, que nunca tuvo para con los hombres corazon doble, sino sencillo y lleno de sinceridad. Nadie dudó de sus palabras, porque sabian todos que lo que tenia en el interior eso tenia en los labios. Porque fué madre de verdad, por esto aborrecia el vicio y la falsedad. Así como alabó siempre el bien, asimismo se opuso siempre al mal.

Tratemos con sinceridad á nuestro hermano, y no andemos con él por los caminos de la mentira. No imitemos á este mundo, acostumbrado á mentir y á proceder con trampas y engaños. ¿Qué otra cosa vemos

en el siglo, sino multitud de hombres que obran con doble fin? Mienten casi todos al llamarse amigos y criados nuestros, cuando no buscan más que su propio interés. Sus cumplidos no son más que engaños, y de ellos esperan cosecha de aplausos. Como los peces se cogen con el anzuelo y las aves con la liga, así los simples y los que creen de buena fe son engañados por su falsía y doblez.

Todo lo que digamos esté conforme á lo de nuestro corazon, y tratemos siempre con sinceridad. ¿Qué nos aprovechará ser paloma en el exterior, si en el interior somos serpientes? Concuerdan siempre nuestra lengua y nuestro corazon, y á nadie consolamos en su tristeza fingiendo tambien dolor. Si damos enhorabuenas á nuestro prójimo, deseémosle bienes de todo corazon, y así observaremos la ley de la caridad.

No obstante, la sinceridad debe andar siempre hermanada con la prudencia, á fin de que no se trueque en familiaridad, que lleva en pos de sí el desprecio y menoscaba la dignidad. No es preciso que revelemos á cualquiera nuestros secretos; esto es grave ligereza y daña en gran manera; tratemos, si, á todos con lealtad. Lo que no convenga decirlo, callémoslo, lo que pueda decirse, digámoslo con verdad. Así como Dios aborrece al hipócrita que piensa una cosa

y dice otra, así maldice también al fingido adulator que tiene en el corazón diversos sentimientos de los que expresa su boca. Todos hemos de ser veraces; nadie se diga devoto de María, si no se manifiesta sincero y leal con sus hermanos. Mejor es que se burlen de nosotros por la sencillez, que no que nos alaben por ser astutos según el espíritu del mundo. La verdadera sencillez es pacífica, no gusta de turbulencias; pero el chismoso y engañador perturba á muchos. El hombre sencillo y recto es amable sobre toda ponderación. Al revés, el tramposo no consigue engañar por mucho tiempo, es cogido en sus trampas, y viene á ser el más despreciado. Huyamos todo deseo de engañar, y ejercitémonos en la sinceridad y llaneza cristiana.

PRÁCTICA

Apartémonos de decir mal de otros, y de maldecir á alguno, aun en cosas ligeras, para acostumbrarnos á no hacerlo en las graves.


EJEMPLO.

Hay en la Iglesia una orden llamada de los Servidores de María, la cual debe su origen en el siglo XIII á la piedad y celo de siete nobles florentinos, enteramente consagrados al servicio de la Madre de Dios. Testigos de los escándalos de su época, concibieron la idea de retirarse al campo

para entregarse allí á ejercicios de perfección. Comenzaron el día de la Natividad de la Santísima Virgen por renunciar á su fortuna temporal, y de conformidad con el Obispo, construyeron una capilla donde cantaban juntos alabanzas á la Madre de Dios. Desde el momento que se dieron á ver en la ciudad, un niño de cinco meses, después san Felipe Benicio, los designó con el nombre de Servidores de María. Este milagro fué seguido de otro: María se les apareció y se sintieron inspirados de la piadosa determinación de retirarse á un monte, donde un favor más señalado todavía los confirmó en su generoso designio. Mientras se hallaban ocupados en considerar la pasión de Jesucristo y los dolores de su Madre, se les apareció ésta y les asignó un hábito de color oscuro, en memoria de sus dolores. De este modo comenzó la célebre orden de los Servidores de María, donde entraron los más ilustres personajes. Ana Catalina de Gonzaga, que fué recibida en esta santa orden después de la muerte de Fernando I, archiduque de Austria, con quien estaba casada, mandó hacer un rosario, sobre las cuentas del cual había hecho grabar los dolores de María. Decía que por aquel rosario renunciaba á todas las coronas de la tierra. En efecto reusó la mano del emperador Adolfo II. Cuando vinieron á decirle que su hermana segunda había sido coronada emperatriz, contestó: «No envidio á mi hermana su corona imperial; aprecio mil veces más este hábito con que se sirvió revestirme María, mi Reina.» La Virgen se le apareció muchas veces, y esta buena religiosa tuvo una santa muerte.

SÁBADO XLII.

Glorificación de **M**aria.

s imposible á un entendimiento finito concebir exactamente las oraciones y festejos con que fué recibida en el paraíso la que entraba en calidad de la más santa y privilegiada de las criaturas y de Madre del mismo Dios. La Iglesia, tomando las palabras del libro del *Cantar de los cantares*, nos dá una idea del asombro que causaron á los espíritus angélicos la hermosura y perfeccion de Maria al ser elevada al empíreo: «Quién es ésta, se preguntaban atónitos, que sube como radiante aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol y majestuosamente imponente como escuadron bien ordenado? ¿Quién es ésta que asciende del desierto, derramando delicias y apoyándose en su Amado?» Ésta era la que elevándose sobre todos los coros y jerarquías celestiales, iba á ocupar el trono que se le tenia destinado junto al trono de la misma Divinidad. Ésta era la que por su Reina habian de aclamar todos los ángeles y todos los Bienaventurados, y al sonido de cuyo nombre debian doblar las rodillas, el cielo en señal de vallasaje, la tierra en testimo-

nio de respeto y confianza, y el infierno para manifestar su sumision y su temor.

Esta era la que el Padre coronó como Hija de predileccion, el Verbo como Madre suya querida, y el Espíritu Santo como Esposa de todo su cariño. «La Virgen María, escribe Alejandro de Alés, está á la diestra de Cristo, participando singularmente y con mayor eminencia que todas las criaturas de la gloria del Hijo, de sus honras y sus favores.» Los moradores del empíreo la reconocen superior á todos y sólo inferior á Dios, por manera que, segun pensamiento de San Bernardino, «hay tanta diferencia de la gloria de la Virgen á la gloria de los demás Bienaventurados, cuanta la hay de la luz del sol á la de las estrellas.» Nos aseguran los Santos Padres que, por conducto de la Virgen, nos vienen todos los dones del Espíritu Santo. Ella ha sido el misterioso lazo que ha unido á los dos Testamentos, dando al pueblo de Abrahám su Mesias, al pueblo cristiano su Dios, y su Redentor á la humanidad toda.

La gracia y el pecado.

Según la doctrina católica, la fuente, el manantial de la verdadera hermosura, es la gracia; ella es la que, conservando en el hombre pura la amistad de Dios, establece en él la perfeccion de aquella semejanza

con la Divinidad que le distingue y enaltece entre las demás criaturas. La pérdida de la gracia entraña indispensablemente la destrucción de aquella imagen del poder, de la sabiduría y del amor infinitos, que plugo al Altísimo grabar en el alma humana de tal manera, que conservándola, el alma emprendiera y continuara un movimiento de ascension hácia el centro de toda belleza; al paso que borrándola ó afeándola, descendiera el hombre hasta el nivel de seres inmensamente inferiores. La gracia es la conservación de la amistad de Dios; sin la que es imposible la belleza moral.

Decia Platon que tiene en sí mismo tantos atractivos la virtud, que si se nos presentara personificada, arrobaria nuestros corazones, y nos forzaria con dulce violencia á sentir por ella pasiones extremas, inclinaciones profundas; y si aquel grande filósofo hubiese sido cristiano, sin duda hubiera aplicado á la gracia estas sólidas consideraciones; porque sin ella, por bello que sea un acto, por excelente que una virtud sea, aunque consiguiera rayar al punto culminante de la belleza y del heroismo, no consigue ser sino sombra pálida, mero simulacro de la virtud. Si son las virtudes aquellas piedras preciosas con que Dios teje la corona que distingue la frente de los predestinados, la gracia de Dios es

la que las esmalta y abrillanta; si son las virtudes las flores que perfuman el alma y confortan el corazón, el perfume y el olor de aquellas flores es la gracia de Dios; si son las virtudes otros tantos astros que hacen admirable el firmamento de la Iglesia, la gracia es la luz de aquellos astros. Y no sólo es ella la belleza de la virtud, es el alma de nuestra alma, la forma y la perfección del espíritu que nos vivifica. El alma enriquecida con tan invalorable prenda, es tan hermosa y tan bella, tan agradable y simpática á Dios, que como si no estuviese ocupado eternamente en la contemplación de sus infinitas perfecciones, parece que quisiera dedicarle todas sus miradas, consagrar sus labios á alabarla, dedicarle su corazón, manifestar que sus manos están siempre dispuestas á defenderle y sostenerle, y que se complace en abrazarla con intimidad. Así como Dios siente para el alma, enriquecida con la gracia, atracción vivísima, afortunadísima simpatía, diametralmente opuestos son los sentimientos que abriga respecto al alma que, apagando en sí el resplandor de la Divinidad, no anda por el camino de su dependencia y amor; dominada por la culpa, el alma pierde su primitiva hermosura; el rostro de Dios se aparta de ella, y por lo tanto, no se refleja en ella aquella eminente claridad que es la

única verdad de la belleza. Todo es sombra sin la luz divina; todo es caos sin el eco armonioso de la sabiduría creadora. La culpa abre un abismo entre los deseos divinos y los destinos humanos. El sentido común de la cristiandad ha reconocido en María la primitiva y constante posesion de la gracia, la ha proclamado, por órgano de las eminencias teológicas, inmune siempre de culpa, concebida con rectitud, con justicia, sin mancha, con gracia.

PRÁCTICA

Acostumbrémonos á obedecer con puntualidad á nuestros mayores, no tardando en ejecutar cuanto nos manden, que no sea ofensa de Dios. No aguardemos á hacer mañana lo que podemos hacer hoy.

EJEMPLO

En nuestros dias parece haberse propuesto la Virgen Santísima volver por su inmaculada concepcion, y vincular al culto de este misterio un sinnúmero de gracias y maravillas. Hácia fines de 1830, en la ciudad de París, una joven novicia de una comunidad consagrada al servicio de los pobres, vió en oracion una imagen de María, tal como se le representa en su concepcion inmaculada, pero con los brazos abiertos, derramándose de sus manos una multitud de luminosos rayos sobre todos los puntos del globo, símbolo de las gracias que prodiga á los mortales. Al rededor

se leia en letras de oro: «¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos! Volvióse el cuadro, y vió la novicia en el reverso una M con una cruz encima, y al pié de ella los corazones de Jesús y María. Una voz le mandó hacer esculpir una medalla según aquel modelo, prometiendo una proteccion especial de la Virgen á los que la llevaran; tres veces se repitió la vision y el precepto, hasta que, interviniendo el arzobispo de París, se esculpió la medalla, á la cual sus resultados no menos que su origen, han hecho dar el dictado de *milagrosa*. Curaciones prodigiosas, conversiones admirables, portentos de la naturaleza y de la gracia, han acompañado por do quiera á su propagacion, y la promesa de María no ha faltado.

SÁBADO XLIII.

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.



NUMEROSAS conversiones habian coronado la árdua mision del apóstol Santiago el Mayor, cuando por mandato de Dios fué á regenerar la España, considerada como postrera provincia de Europa. Cuando estaba el Apóstol evangelizando la poblacion de César-Augusta, hoy Zaragoza, ocho discípulos tenia ya conquis-

tados en esta ciudad, y con ellos, para meditar con más sosiego los sublimes misterios de la Divinidad, acostumbraba salir por las noches á recorrer las márgenes del Ebro. En una de aquellas noches se le apareció la Santísima Virgen acompañada de innumerables Ángeles, y le dijo que era voluntad de Dios que en aquel lugar se le consagrara un templo y casa de oración, donde comunicaría sus antiguas misericordias. Continuó la Virgen diciendo: «En testimonio de esta verdad y promesa quedará aquí esta columna, y colocada en ella mi propia Imagen, que en este lugar donde edificarás mi templo perseverará con la santa fe, hasta el fin del mundo. Daréis luego principio á esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio, patiréis á Jerusalén donde mi Hijo Santísimo quiere que le ofrezcáis el sacrificio de vuestra vida, en el mismo lugar en que dió la suya para la redención del linaje humano.» Dijo y mandó á los Angeles que colocasen la columna con la Imagen en el mismo lugar en que hoy están. Todas las promesas de la Virgen se han cumplido. Sucedió esta milagrosa aparición en la noche del 2 de Enero del año 40 del nacimiento del Salvador, cuatro despues de haber salido de Jerusalén para su predicación el apóstol Santiago, y sobre diez antes del glorioso tránsito de María. Así lo atestiguan

antiquísimos monumentos, muchísimos historiadores y las tradiciones sancionadas por el transcurso de tantos siglos. El santuario de Zaragoza es uno de los más célebres de la cristiandad.

El sagrado corazon de Maria.

Siendo el corazon de María el más puro, más santo y más perfecto, ha de ser también el más amoroso. Siendo Dios amor en su ser, cuanto más la criatura se aproxime á Dios por la perfección, tanto más la vivificará el amor. Y como al amor se le suele señalar su lugar ó centro en el corazon, por lo mismo que María es la criatura que más se ha aproximado á Dios, el amor será la vida y el ser de su corazon. Ella sola ama á Dios más que todos los Ángeles y hombres juntos, pues Dios es para María un triple objeto de amor, llevado á su último punto de perfección en cuanto es posible á humana criatura. María ama á Dios á proporcion del conocimiento que posee de sus perfecciones y de sus bondades, y ese conocimiento supera al que tienen los más encumbrados espíritus celestiales. María ama además á Dios con el amor de gratitud con que le debe amar un ser racional, reconocido á las prerogativas que sobre los demás seres ha recibido del Criador de todas las cosas; y como en María esas prerogativas

han llegado á su colmo, y siendo su corazón el más bien formado de todos, ha de ser de todos el más agradecido, de aquí que también bajo esa consideracion el amor de María á Dios exceda al de cuantos seres deben al supremo Hacedor su existencia. Por fin, María ama en Dios á su Hijo, y precisamente un Hijo exclusivo suyo, como que es fruto de su virginidad, y á quien Ella tan sólo ha dado la humana naturaleza. El amor maternal de María es en cierto modo un amor divino por razon del objeto, y no tiene ningún punto de comparacion con él ni aun el amor de cuántas madres puedan existir en la humanidad.

Relativamente al amor de María á los hombres, guarda la debida proporcion con el amor que Dios les tiene. «Tanto ha amado Dios á los hombres, escribe San Pablo, que les ha dado á su Hijo Unigénito, y este Hijo de Dios les ha manifestado su amor tomando su naturaleza y ofreciéndola en holocausto.» Y siendo María por quien Dios nos ha dado su Unigénito, y en quien este Verbo encarnado ha tomado nuestra naturaleza, siguese que el corazón de María es como el conducto por el cual nos ha venido el amor de Dios. El amor maternal de María á su Hijo es su amor maternal á toda la humanidad, puesto que Jesucristo representa á la humanidad personificada; y á la

salvacion de los hombres, decretada por el amor de un Dios, debe María el haber sido Madre de Dios humanado.

Era natural que siendo el corazón de María el más amante, fuese á la vez el más adolorido. El amor y el dolor están en correlacion intima. Cuanto más ardientemente se ama, cuanto más se goza en el amor, tanto más el dolor es intenso, y más fieramente se ceba en el corazón, cuando el objeto del amor se presenta á éste en un estado de desgracia y de pena. En el corazón humano el amor responde al amor, y el dolor al dolor. Las dulzuras y emociones del amor avivan el ardor del afecto, así como sus amarguras acibaran el sentimiento.

He aquí por qué el dolor de María en los padecimientos de su Hijo, en las ofensas que se hacen á Dios y en la desdicha del hombre que peca, es un dolor que no podemos comprender otro igual. Con razon la llamamos á María la Reina de los Mártires, toda vez que en la muerte de su Hijo fué para ella el amor un martirio inmensamente más horrible que todas las torturas de los que murieron en defensa de la fe. Ellos padecieron en el cuerpo; pero María sufrió en el corazón.

PRÁCTICA.

No comer nada fuera de las horas señaladas.

EJEMPLO.

En París, donde tienen su asiento la indiferencia y el libertinaje, y en uno de sus barrios más populosos, centro de los negocios y de los placeres, existe una parroquia titulada *Nuestra Señora de las Victorias*, cuyo Cura lamentaba la soledad del templo y el total olvido de Dios en que vivían sus feligreses. Á últimos de 1836, mientras celebraba misa, sintió la inspiracion de erigir una cofradía, para obtener la conversion de los pecadores bajo el patrocinio del corazon de María; no fué este un prodigio, pero sí el gérmen de un sinnúmero de prodigios. Al cabo de un año la parroquia habia cambiado de aspecto, el templo era estrecho para la multitud que acudia á los ejercicios semanales celebrados con aquel objeto, numerosas y estupendas conversiones señalaban cada reunion; el número de comuniones anuales subió de 720 á 9550. La piadosa asociacion, aprobada por el Pontífice y erigida en archicofradía, se propagó rápidamente por la Francia, por la Europa, por la América, y contó en diez y ocho meses cerca de cinco mil afiliados. Los efectos de esta institucion son asombrosos portentos en el orden moral, verdaderas resurrecciones obradas por la gracia. Pecadores embrutecidos, jóvenes disolutos, incrédulos de cada estado y categoria, hombres de mundo y de ciencia, han doblado su frente ante el altar y renacido á la vida del espíritu, inaugurando á veces su conversion con la práctica de heróicas virtudes y de costosos sacrificios.

SÁBADO XLIV

Nuestra Señora de Loreto.



La santa casa de Nazareth fué venerada por los cristianos aun en vida de los apóstoles, y la emperatriz Sta. Elena la rodeó de un espacioso y magnífico templo. Cuando los turcos avasallaron á sus antiguos señores, los peregrinos de Europa que se aventuraban á ir á Siria para visitar á Jerusalén y Nazareth, experimentaban los más bárbaros tratamientos; unos eran robados, otros asesinados ó reducidos á la más dura esclavitud. No quiso Dios que la santa casa de María, en que se habia verificado la encarnacion del Verbo divino, quedase expuesta á las profanaciones de los bárbaros y la hizo trasportar por el ministerio de los Ángeles á Esclavonia, y de allí á la Marca Adencona, en medio de un bosque de laureles perteneciente á una noble y piadosa viuda llamada *Laureta*. Sucedió este gran milagro en el Pontificado de Bonifacio VIII el año 1294. La iglesia de Loreto es una de las más hermosas de la Italia; ha sido adornada á porfia por los Pontífices, que casi todos han hecho esta santa peregrinacion. Tres puertas de bronce cincelado dan en-

trada al grandioso templo, en cuyo centro se eleva la santa casa cubierta de mármol blanco bordado de magníficos bajos relieves. La casa consiste en una alcoba aislada de 35 pies de largo, 15 de ancho y 21 de alto. Se lee con caracteres de oro: *Casa de de la Madre de Dios en que el Verbo se hizo carne*. La estatua milagrosa de la Virgen tiene 38 pulgadas de alto, es de madera de cedro, cubierta de magníficas vestiduras y colocada sobre un altar que deslumbra por sus piedras preciosas. En 1797 los franceses se llevaron la estatua á París y la restituyeron á Loreto en 1802. El nicho que ocupa está cubierto de planchas de oro. Lámparas de plata maciza alumbraban dia y noche en gran número á la santa Imagen. La sala del tesoro contiene más riquezas que podria pagar toda la Italia, y han sido siempre respetadas en todas las invasiones extranjeras.

El día 8 de Mayo se celebra el aniversario de aquel dia en que la santa casa de Nazareth fué trasladada desde la Palestina á la montañas de Dalmacia, en medio de las cabañas de algunos sencillos pastores, y en el siglo XIII fué colocada en Loreto á 10 de Diciembre de 1294 bajo el pontificado de Celestino V, según algunos historiadores. En verdad que á hecho tan extraordinario, tal vez nunca se le hubiera dado cré-

dito á no ser por la autenticidad de los documentos, y si los más evidentes milagos no hubiesen impuesto silencio á los incrédulos.

Las bellas letanias de Nuestra Señora de Loreto, fueron el ex-voto con que un célebre compositor florentino del siglo XVII agradeció un milagro de la Santísima Virgen. Este compositor, llamado Barroni, perdió de pronto el oído; despues de haber agotado inútilmente los socorros del arte, invocó el de María y marchó en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; allí recobró la salud despues de haber orado con fe: en su gratitud compuso un coro, bajo el título de *Letanias de la Santa Casa*, que fué ejecutado por vez primera el 15 de Agosto de 1737. El papa Sixto V fundó la orden de los caballeros de Loreto, especialmente consagrados á defender el litoral del Mediterráneo italiano contra las correrias de los berberiscos, tan frecuentes en aquella época.

Nuestra Señora de la Merced

Los bárbaros sarracenos hacian sus correrias en tierras cristianas, robándolosquiera los encontrasen desprevenidos y reduciéndolos á la más dura esclavitud. Amontonados se hallaban en oscuras é insalubres mazmorras un sinnúmero de infelices cau-

tivos, apenas cubriendo su desnudez con asquerosos harapos, esqueletos vivientes que luchaban con la vida y la muerte, sin que el hambre, la sed, la inmundicia en que se revolcaban, las enfermedades que por ello contraían acabasen de una vez con sus días, ni el escaso y vil alimento que se les daba pudiese reanimar su pecaria existencia. Condenados otros á trabajos superiores á sus fuerzas abatidas, pasaban los días y las noches en el mar amarrados al remo, ó bien en los campos y en las poblaciones encorvados bajo enormes pesos, cual bestias de carga y siempre bajo el amago del látigo cruel que azotaba sus desnudas espaldas. Y añádanse á estos padecimientos físicos las torturas del espíritu, ya que era un enfermizo anciano, un candoroso niño, un jóven inexperto, una débil mujer á quienes se halagaba con promesas, se amenazaba con recargar sus tormentos, se les hostigaba de todos modos para hacerles apóstatas de su fe. ¡Horrible situación la en que se hallaban los cristianos cautivos de los moros! ¿Qué brazo poderoso podía arrancarles de tan atroz esclavitud?

Vivia en Barcelona en 1218 un noble caballero, de nacion francés, y de nombre Pedro Nolasco. Trasladado á España para huir del contagio moral con que infestaba su patria la herejia albigense, habia ya agotado

en limosnas para el rescate de los pobres cautivos los cuantiosos recursos que le proporcionara la venta de su patrimonio. Hallábase en la noche del 1.º al 2 de Agosto entregado á la oracion y deshecho en lágrimas, suplicando al cielo se apiadase de la desventurada suerte de los cautivos, cuando iluminado de súbito su aposento, vió á la Virgen Santísima, que rodeada de Ángeles bajaba de su solio á Barcelona para anunciarle los designios de su maternal ternura, diciéndole que seria muy acepto á su Hijo y á ella fundase un instituto monástico con el título de la Merced ó Misericordia, cuyo objeto fuese rescatar los cautivos, debiendo los hijos de esa congregacion de heroica caridad, sacrificar, si fuese menester, su vida y su libertad en la empresa que les confiaba.

Amaneció el día 2 de agosto, y el afortunado varón que habia recibido las órdenes del cielo de los labios de su propia Reina, corrió á comunicarlas á su confesor Raimundo de Peñafort, canónigo de la santa iglesia barcelonesa, así como al rey don Jaime I de Aragón. Pocos días tardó en darse cumplimiento á las disposiciones de la Madre de Dios, pues el 10 del mismo mes se estableció en la catedral la Orden monástica de la Merced, redentora de cautivos, vistiendo el primero la saya y el esca-

pulario blanco Pedro Nolasco, y siguiendo muchos y distinguidos varones. El monarca dió por escudo de armas á la nueva Orden su propio escudo, ó sea las cuatro barras de Aragon y la real corona, á la cual añadióse la cruz de la santa Iglesia, por haber tenido en ella lugar la fundacion.

Desde entonces dieron principio los hijos de la Merced á la redencion de cautivos, á la cual se han obligado siempre con un voto especial, y de aquel dia data la gran obra de caridad de dicha redencion, que ha devuelto á millares al seno de su patria y de sus familias á los malaventurados que gemian en los calabozos mahometanos. Largo seria trazar el cuadro de las redenciones verificadas y de las penalidades, tormentos y sacrificios á que han debido entregarse los mercenarios para llevarlas á término. Baste decir que sólo en España fueron redimidos durante cinco siglos, setenta y un mil cuatrocientos cautivos, y que los religiosos mercenarios que han sellado con su vida el voto de su instituto, llegan á dos mil.

Barcelona ha venerado siempre como Patrona á Nuestra Señora de las Mercedes, y su dia es en toda la diócesis fiesta de precepto con obligacion de oír misa y abstenirse de trabajos serviles.

PRÁCTICA.

Guardémonos de cometer la menor falta á sabiendas.

EJEMPLO

Nuestra Señora de la Paz.—El dia 24 de Enero celebra la iglesia de Toledo el gran favor que hizo la Madre de Dios á su siervo San Ildefonso bajando del cielo á vestirle la ropa sacerdotal. La catedral de Toledo, santificada con la presencia de María, fué convertida en mezquita por los moros: pero el arzobispo la arrebató á los moros y la consagró en este mismo dia. Para perpetua memoria, se estableció la fiesta de Nuestra Señora de la Paz.

2. *Nuestra Señora de la O.*—Los Padres del concilio X de Toledo, celebrado en el año de 656, el año octavo del reinado de Recesvinto, prescribieron que se solemnizase el dia 18 de Diciembre, ocho dias antes de Navidad, como á un tiempo únicamente consagrado á celebrar la Encarnacion del Hijo de Dios y la maternidad divina de María. Esta festividad se llama vulgarmente la fiesta de Nuestra Señora de la O, ó de las *Oes*, siendo el origen de esto la letra con que comienzan las antífonas que canta la Iglesia en estos dias, y que expresan sus ardientes deseos por el nacimiento del Salvador del mundo: todas comienzan por la letra O.

3. *Nuestra Señora del Buen Consejo.*—De tres siglos á esta parte se venera bajo el título de Nuestra Señora del Buen Consejo, la que, en el

pontificado de Paulo II, apareció maravillosamente en la pared de la iglesia de los Padres de la Orden de Ermitaños de San Agustín en la ciudad Genestona en la diócesis de Palestina, como se halla comprobado por diplomas pontificios y otros monumentos.

SABADO XLV.

Nuestra Señora de Montserrat.



SEGURA la tradición que las peñas de Montserrat se partieron, cuando en la muerte de Jesucristo rompiéronse las piedras, según refiere el Evangelio, y que á aquel quebrantamiento, obrado en grande, digámoslo así, en toda la extensión de la montaña, debe ella lo raro de su configuración y lo caprichoso de sus innumerables cumbres. Miradas éstas desde lejos, impresionan verdaderamente al ojo contemplador, que parecele divisar ora empinados castillos cuyos torreones se pierden en las nubes, ora colosales columnas y obeliscos, ya bien talladas pirámides imposibles de escalar, ya gigantes de piedra, centinelas y defensores de aquel sacro monte. La montaña es hueca en una vasta extensión, y allí dentro, bajo aquella inmensidad de

peñascos, todo es grande, todo es imponente; todo es aterrador. Los ojos se vuelven acá y allá atónitos y horrorizados; el oído se aturde al eco de una voz cualquiera, que retumba con el estruendo del trueno; el pie vacila entre escabrosidades y precipicios. Y allí, en las tenebrosas cuevas de Montserrat, á la fantástica luz de las antorchas, el hombre de menos fé y de impertérito ánimo, reconoce su pequeñez, y adora y teme la omnipotencia de la Divinidad. Prescindiendo de las maravillas geológicas, veamos el origen ó hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. Guardaban (era el 880) por aquellos montes su ganado siete jóvenes del lugar de Monistrol, pueblo á la falda de la montaña, y observaron algunos sábados consecutivos que al ponerse el sol aparecía como una procesion de luces que dirigíase hácia una cueva situada al pié de unas enormes peñas, oyéndose al mismo tiempo cantar dentro de ella voces de una inefable melodía. Comunicaron la novedad á sus padres, que desde el paraje donde la habian visto y oído sus hijos gozaronla igualmente. Avisóse al párraco de Monistrol, el cual, á su vez, participó de aquella dicha. Púsose todo en conocimiento del obispo de Vich, á cuya diócesis pertenece la montaña, quien pudo cerciorarse personalmente de la verdad del suceso, como tam-

bien fueron de ello testigos los varios eclesiásticos y el numeroso gentio que le acompañaban. Se verificó, no sin haberse tenido que vencer grandes inconvenientes por la dificultad del acceso, la subida y el reconocimiento de la cueva, y en su interior fué hallada la bella Imagen, exhalando el más delicado aroma. Proyectó el Prelado llevar la Imagen á Vich; más, al pasar por el sitio en que se halla el santuario, imposible se hizo conducirla más adelante ni volver atrás. Edificósele, pues, allí una capilla, la cual en el decurso del tiempo ha sido sustituida por el grandioso templo que bien puede competir con no pocas catedrales. El conde de Barcelona hizo construir el monasterio de monjes Benedictinos, quienes, junto con la renombrada escolania de canto, que mora tambien cerca del santuario, alaban todas las horas del dia á la Emperatriz del Universo, y celebran las funciones religiosas con tan extraordinaria pompa que causa admiracion y llena de sacro entusiasmo á los millares de romeros que la visitan.

Nuestra Señora del Carmen.

La tradicion hace ascender á la primera mitad del primer siglo de nuestra era, el culto ferviente que María recibe en las magníficas soledades del monte Carmelo. San Luis, Rey de Francia y caudillo de las Cru-

zadas, prendado no menos de la esclavitud que de la penitente vida de los ermitaños de aquel monte; los persuadió á que se trasladasen con él á Francia, como en efecto lo hicieron algunos, de donde se extendieron por todas partes. En Inglaterra la divina Providencia les tenia destinado un hombre, que por su extraordinario mérito y rara santidad, habia de dar en breve grandísimo esplendor á su orden. Simón Stock, noble inglés, habia tenido una infancia maravillosa. A los doce años de su edad fué conducido por el espíritu de Dios á un desierto; sustentábase de raíces y de yerbas; una clara fuentequilla le ofrecía agua para apagar su sed; su cama, su celda y su oratorio se reducian á la concavidad de un viejo tronco, donde solo podía estar en pié; tan estrecho, que no podia revolverse á ningun lado, y de aquí se le dió el sobrenombre de Stock, que en inglés quiere decir *tronco de árbol*. Su continua oracion, su asombrosa penitencia y su tierna devocion á María lo purificaban cada dia. Treinta y tres años llevaba Simón de aquella angelical vida, cuando noticioso del arribo de los Padres carmelitas á Inglaterra, fué á abrazar su instituto inmediatamente, cumpliendo así la voluntad revelada de la Santísima Virgen. Admitido Simón entre los religiosos del Carmen, no echó de menos la dulzura y tran-

quilidad del desierto. Apenas hizo la profesion, quiso peregrinar visitando descalzo los Santos Lugares, y luego recorriendo todo Inglaterra, difundiendo por toda ella aquel fuego divino que inflamó su corazon durante su estática residencia de seis años en las cumbres del Carmelo.

Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, fué tal su fervor, que mereció de María el singular favor que ya habia dispensado en Toledo á san Idefonso. Dice la historia que un dia se le apareció la Virgen rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales con un escapulario en la mano, y alargándosele le dijo: «Recibe, amado hijo mio, este escapulario para tí y para tu Orden, en prenda de mi especial benevolencia y proteccion; que sirva de privilegio á todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. En él te entrego una señal de predestinacion, y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviese la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo, gozará de la bienaventuranza.»

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo y provecho, al

punto se alistaron en la naciente cofradía los reyes como los pueblos. Siete grandes Pontífices autorizaron aquella devocion.

PRÁCTICA.

No perder un minuto, y emplearlo con provecho. ¡Ay de nosotros, si no aprovechamos para nuestra salvacion este tiempo presente, tan breve y tan fugitivo! El tiempo considerado con relacion á la eternidad, es de un valor infinito, un tesoro inestimable, digno de nuestro agradecimiento á Dios que nos lo ha dado.

EJEMPLO

1. *Visita á Nuestra Señora de Montserrat en Cataluña.*—Muchos Santos visitaron este insigne monasterio, entre ellos San Ignacio de Loyola, que se dirigió á él para hacer una confesion general, y allí ofreció al Señor sus votos perpétuos de castidad. Despues de haber suspendido como en trofeo sus armas al altar de la Virgen; después de haberse consagrado enteramente á su servicio y recibido el pan eucarístico, salió de aquella soledad el dia de la Anunciacion del año 1522 para entrar materialmente en el mundo sin pertenecerle ya en nada espiritualmente. Así que, animado por la gracia de Dios, fundò la Compañia de Jesús bajo los auspicios de la Santísima Virgen; con su proteccion llegó á ser, no solamente un prodigio de santidad, sino también un nuevo apóstol del Evangelio.

2. *Visita á Nuestra Señora del Monte Carmelo en Palestina.*—Vámonos en espíritu al Carmelo, á la morada solitaria de Elías y de Eliseo,


sobre aquellas altas colinas en donde se reunieron en otro tiempo los numerosos discípulos de los profetas para oír la voz secreta del Altísimo. Es común creencia que la Virgen Santísima fué muchas veces desde Nazareth á ese lugar, poco distante de dicha ciudad; y para perpetuar la memoria de esos cortos viajes, los primitivos cristianos levantaron una capilla, que con el tiempo fué reemplazada por uno de los más célebres santuarios. Por las turbulencias de aciaga época, así el santuario como el monasterio fueron profanados y saqueados; pero en 1828 se levantó el nuevo edificio, cuya mayor parte fué erigido en terreno donde estuvo construído el antiguo; contiene un extenso cuadrado, en medio del cual erigióse el templo, cuya cúpula forma su pináculo. En los subterráneos se ve la famosa gruta que en otro tiempo sirvió de habitacion al profeta Elías. El altar mayor es todo de mármol blanco y está adornado con una colosal imagen de la Santísima Virgen, que bendecida en Roma por Pío VII, fué luego enviada á recibir los homenajes de los religiosos y de los peregrinos en aquel privilegiado suelo tan querido de la Madre de Dios.

3. *Visita á Nuestra Señora de los Mártires.*
—En el año 604, el papa Bonifacio IV, reinando el emperador Focas, consagró en honor de la Santísima Virgen el templo llamado por los romanos Panteon, donde eran veneradas todas sus mentidas divinidades. Purificóle primero de las abominaciones que en él se habian cometido, y lo dedicó á Nuestra Señora y á todos los Santos, y en memoria de esta dedicacion celebra la Iglesia universal una fiesta todos los años el día 1.º de Noviembre. El Panteon fué erigido por Marco Agripa,

veinticinco años antes de Jesucristo. Las formas arquitectónicas, las columnatas, los arcos, los mármoles, etc., deslumbran á los concurrentes y les presentan la imagen de la grandeza romana. Ese templo erigido á todos los dioses, en el cual el verdadero Dios desdeñó aquella estatua que el emperador Tiberio queria erigir á Cristo, abrió sus puertas para recoger las cenizas de los santos mártires, y recibió el nombre de Santa María de la Rotunda.

SÁBADO XLVI.

Santa María de las Nieves.

IENDO Pontífice Liberio, Juan Patricio, romano, y su esposa, que era de una edad igual á la suya, no habiendo tenido hijos á los que pudiesen dejar su inmensa fortuna, hicieron voto de dejar todos sus bienes á la Santísima Virgen. Rogáronla con grandes instancias que les hiciese conocer de un modo claro á qué obra piadosa queria que dejasen su dinero. La Santísima Virgen oyó con benignidad estas oraciones que procedian de un corazón puro y sincero é hizo ver por un milagro cuán gratas le eran. El 5 de Agosto, momento en que los calores en Roma son más fuertes, la nieve cubrió durante la noche el

monte Esquilino. Aquella misma noche la Madre de Dios advirtió en sueños á Juan y su esposa, á cada uno separadamente, que hiciesen edificar una iglesia sobre el sitio que vieran cubierto de nieve y la consagrasen á su invocacion, pues ella queria ser su heredera. Contó Juan su vision al Papa Liberio, que afirmó que él también habia tenido la misma aparicion en sueños. Por eso el Pontifice fué con gran solemnidad en procesion, acompañado de los sacerdotes y del pueblo, á la colina que se hallaba cubierta de nieve, y allí designó el espacio de la iglesia que Juan y su mujer levantaron á su costa. Más tarde, el Papa Sixto III, la reedificó.

Sin hablar de las capillas particulares, á las cuales cada familia consagra una especie de culto doméstico, ni de tantas santas imágenes que por todas partes adornan las fachadas de los palacios, y ante las cuales á veces se entonan cánticos y se celebran hermosísimas fiestas, en medio de un numeroso pueblo, se cuenta en Roma 46 iglesias, todas dedicadas á la Virgen Santísima. La más bella y famosa se ve descollar en el monte Esquilino, y es conocida con el nombre de Santa María la Mayor: llamada al principio *Iglesia de Liberio* por haberla consagrado este Pontifice en el año 367, apellidaronla luego *Santa María del Pesebre*, por-

que en ella se conserva el pesebre en que nació el Salvador, y Nuestra Señora de las Nieves por el gran milagro que dió lugar á su fundacion. Hace más de mil quinientos años que la visitan innumerables peregrinos de todo el mundo, y quedan maravillados al contemplar los hermosos mosaicos del siglo v, los bronces y mármoles que por todos los lados se presentan á su vista, y otras preciosidades. No hay otra basílica en Roma en donde se gane mayor número de indulgencias.

La aparicion de la Virgen de Guadalupe.

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe era ya muy célebre en España en el siglo iv, habiendo sido enviada por el Papa Gregorio el Grande á San Leandro, arzobispo de Sevilla. En la pérdida de España de resultas de la invasion sarracena, fué llevada por los clérigos de Sevilla á la sierra de Guadalupe, en la provincia de Cáceres, para enterrarla allí con otras varias reliquias de Santos, la escritura en que así constaba y una campanita de metal. Estuvo escondida más de seiscientos años, y la halló milagrosamente un vaquero llamado Gil, vecino de Cáceres, el cual dió parte al clero de aquella ciudad, que vino á sacarla de allí, y en la misma casa del vaquero construyó una pequeña ermita dándole el nom-

bre de santa María de Guadalupe, por ser éste el del río que nace cerca de aquel sitio. Después, el rey don Alfonso XI, en 1340, mandó construir un santuario que dotó magníficamente, y más tarde se dió á los monjes de San Jerónimo, concediéndoles el señorío de la poblacion que se habia formado alrededor. El magnífico templo está adornado de excelentes lienzos; tiene varias sepulturas de príncipes, y se hallan comprobados más de tres mil milagros auténticos de la Santísima Virgen.

El culto de Nuestra Señora de Guadalupe pasó el Océano y se estableció por un portentoso milagro en Méjico. Cuenta una relacion impresa en Roma en 1786, que un indio convertido, que hacia todos los sábados un viaje á Méjico desde su aldea, distante dos leguas de aquella capital, para oír misa en honor de la Santísima Virgen, tuvo una milagrosa aparicion en una colina, muy célebre en otro tiempo entre los idólatras, que la llamaban *Tepijacac* y la habian consagrado á *Tomantim*, la madre de los dioses. Un sábado, el 9 de Diciembre del año 1531, el piadoso Diego, pasando á pié por aquella colina, oyó una dulce armonia que al pronto tomó por el canto de las aves, y que después, habiendo escuchado con más atencion, estuvo tentado de atribuir á los Ángeles. Sobre el *Tepijacac* veíase una nube

matizada de los hermosos colores del iris; salió de ella una dulce voz que llamó al mejicano por su nombre. Conmovido, asombrado, sin poderse dar cuenta de aquella maravillosa aventura, subió Diego á la colina, en cuya cumbre vió una mujer de la más majestuosa belleza. De sus blancos vestidos salian arroyos de luz que reflejando sobre las rocas de alrededor, parecían transformarlas en piedras preciosas. La Santa Virgen dijo á Diego que queria que le edificasen un templo sobre aquella colina, bajo la advocacion de Nuestra Señora de Guadalupe, y le encargó que diese aviso de esto al prelado de Méjico.

Escuchó el Arzobispo esta relacion, y despidió al mejicano diciéndole que necesitaba una garantía positiva de la veracidad de sus palabras, y una señal más segura de la voluntad del cielo. Instruída por su enviado del mal éxito de su embajada, la Virgen le ordenó que subiese á la cumbre de la colina y cogiese en ella un ramo de flores. No era la estacion de las flores, y la cima de aquella roca jamás habia producido más que abrojos y espinas. Obedeció Diego sin la menor réplica, quedando su fe recompensada al verse muy pronto en medio de las más deliciosas, brillantes y perfumadas flores. Hizo un ramo de ellas que la Virgen le mandó presentarse al Obispo, asegurando que entonces le creeria.

Diego se dirigió al palacio episcopal, donde el buen olor que esparcían las flores ocultas bajo la manta, excitó la atención de los servidores del Obispo; obligaron á Diego á dejárselas ver y quisieron echar mano á ellas; ¡Milagrosa sorpresa! Las flores estaban estampadas sobre el paño; no eran más que rosas y lirios pintados. Presentóse el Obispo, y abriendo Diego los pliegues de su manta perfumada con un olor celestial, encontró con profunda sorpresa suya que, matizándose las flores, habían formado una deliciosa imagen de María. El prelado, después de haberse postrado de rodillas, quitó la manta de las espaldas del mejicano y la expuso en su capilla á la pública veneración, ínterin se construía otro santuario que se apresuró á edificar en el lugar designado por la Santísima Virgen.

Construido el edificio trasladóse allí la Imagen, que hizo desde entonces innumerables milagros. El templo es espléndido, los ricos altares son de hermosos mármoles, la Imagen está sobre un trono de plata y tiene preciosísimas alhajas de inestimable valor. La Virgen de Guadalupe fué declarada patrona de toda Nueva España, estableciéndose una festividad de primera clase para el 12 de Diciembre, con octava privilegiada. Una ciudad considerable se alzó al rededor de este santuario. La imagen de Nuestra

Señora representa una Inmaculada Concepción con esta inscripción; *Non fecit taliter omni nationi*. La república mejicana impuso el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe al primer barco de vapor que construyó.

PRÁCTICA

El tiempo huye con rapidez y es irreparable; jamás nos otorgarán de nuevo las gracias que dejamos caer inútilmente, porque ni el mismo Dios puede hacer que el tiempo perdido aproveche en manera alguna con respecto á la eternidad. Tendremos que dar cuenta del tiempo perdido y del tiempo mal empleado. Hagamos buen uso del tiempo que nos resta; vivamos cristianamente, y hagamos ahora lo que deseáramos haber hecho en la hora de la muerte.

EJEMPLO.

1. *Nuestra Señora de la Piedad en Goa, en las Indias Orientales.*—Cuando los portugueses se embarcaron para ir en busca de regiones desconocidas, se pusieron bajo la protección de María; y después del descubrimiento de las Indias orientales, cuando á duras penas estaba trazado el rumbo en medio de vastos mares, el piadoso Rey Manuel puso todo su anhelo en fundar en aquellos lugares un establecimiento, bajo cuya protección pudiese esparcirse la luz del Evangelio. Á tal fin mandó hacer procesiones generales en todo el reino, y á la entrada del puerto de Lisboa mandó

edificar un magnífico templo á la Santísima Virgen, elegida por patrona de tan noble empresa. No tardó el cielo en secundar los piadosos deseos de este virtuoso príncipe, y muy pronto en las Indias y á la embocadura del Ganges se vieron descollar las iglesias de Traganar, de Meliapur y otras varias. Como los portugueses establecieron consagrar á la Virgen la décima parte del botín ó despojo que lograsen en el campo enemigo, en poco tiempo pudieron edificar un gran número de santuarios en honor de María. Pero el templo de Goa, dedicado á Nuestra Señora de la Piedad, sobrepaja á todos en magnificencia; pues su interior está todo cubierto de oro. San Francisco Javier, que al salir de Roma había consagrado á María todos sus trabajos apostólicos, con los ojos arrasados de lágrimas entró en este santuario, por primera vez, el día 6 de mayo del año 1524, reuniendo los primeros fieles, despues de haberles distribuido el pan de la divina palabra, solia decirles: «Orad, hermanos míos, si queréis instruirlos, y concluyamos recitando con devoción la *Salve Regina*.»


2. *Nuestra Señora de Misericordia, cerca de Savona, en Italia.*—En los anales de la Iglesia será memorable para siempre jamás el día 24 de mayo; pues en el año 1814 hizo en tal día su entrada en Roma el Pontífice Pío VII despues de un penoso y largo destierro. Este fervoroso siervo de María, para mostrar su gratitud á la Santísima Virgen, instituyó la fiesta que se celebra el día 24 de mayo con la invocación de *Auxilio de los cristianos*, para perpetuar la memoria del beneficio concedido por la Virgen ayudándole á sen-

tarse otra vez en la Santa Sede. Á más tributó solemnes acciones de gracias á Nuestra Señora de Misericordia, á cuyo santuario tantísimas veces habia ido, durante los cinco años que estuvo detenido en Savona, para recomendar á la Virgen la nave de San Pedro. El cielo acogió sus fervorosas súplicas, y en acción de gracias por el auxilio de la Virgen de Misericordia, el día 10 de mayo de 1815, se dirigió á su templo, y allá en compañía de los cardenales, en presencia del piadoso rey de Cerdeña Victor Manuel, y de otros soberanos, ofreció á la imagen de María una corona incrustada con diamantes y piedras preciosas.

El santuario se halla situado á tres millas de Savona, en una hondonada llamada el valle de San Bernardo, cuyo nombre tomó de la capilla que este siervo de María hizo construir en ese lugar. A lo largo del camino por donde se pasa á la márgen de un torrente llamado arroyo de Nuestra Señora, están colocadas á trechos nueve capillitas adornadas con pinturas que representa las invocaciones de la *Salve Regina*. La estatua de la Virgen, hecha de un mármol hermosísimo, representa la actitud con que en 1536 se apareció en este mismo lugar á Antonio Botta.

SABADO XLVII.

Nuestra Señora del Rosario.



ALLÁBASE por los años 1208 en Francia el noble, no menos que fervoroso español, Domingo de Guzmán, empeñado con todo su celo en la conversión de los albigenses y confutación de su heregía. Prostrado ante una imagen de Aquella de quien dice la Iglesia que ella sola ha destruido todos los errores, demandábale en lo más recio de la lucha, y cuando parecían agotarse ya sus fuerzas, auxilio valioso con el que pudiera triunfar de la tenacidad sistemática de aquellos enemigos de la fe y de las prerogativas virginales que como Madre de Dios la competían. Y la que reina soberana en el cielo y en la tierra se dignó revelarle que predicando y propagando la devoción del Rosario, en cuya devoción le instruyó, vería coronados sus esfuerzos con la extirpación de la heregía, la enmienda de los pecadores, la florecencia de las virtudes, el incremento de la piedad y del fervor entre los fieles.

La promesa de María realizóse cumplidamente desde el principio, y después los

maravillosos frutos que ha producido en todas partes la devoción al santo Rosario, han venido á poner de relieve la bondad y misericordia que entrañaban las palabras de María. Domingo, enseñando y extendiendo aquella práctica que había recibido de María, asestó un golpe de muerte á la heregía albigense, y multiplicó los triunfos de la gracia, atrayendo á la penitencia á los viciosos, y enfervorizando á los justos. Desde entonces el santo Rosario ha sido como el estandarte de la victoria para la cristiandad, y á la manera de un irresistible talismán que ha cautivado los más endurecidos corazones, los ha rendido y hecho dóciles á la fe y á la devoción. La memorable batalla de Lepanto en 1571, la no menos gloriosa conocida con el nombre de Selim en 1716, y otras de fausta recordación, ganadas milagrosamente por los cristianos contra las formidables escuadras y numerosos ejércitos de los sectarios de Mahoma; todos estos triunfos, que acabaron con el poderío y la arrogancia de los musulmanes, hanlos creído los fieles y hanlos proclamado los Sumos Pontífices como obra de la protección de la Santísima Virgen por la devoción á su Rosario. Y ¿no es también á esta práctica, verdadera semilla de santidad, á la que deben muchos pueblos su renacimiento á la vida de las creencias religiosas y de la

morigeracion, así como un sin fin de pecadores haber roto las cadenas de tiranas pasiones que teníanles esclavizados? Ábranse las historias de las misiones; léanse los relatos de las conquistas que para la fe y la virtud han hecho con el santo Rosario los sacerdotes celosos de la salvacion del mundo, y en aquellas páginas aparecen algunos de los prodigiosos efectos (ya que la relacion de todos no cabe en los libros) obrados por la mediacion de un ejercicio piadoso en que María ha querido vincular la abundancia de sus bondades. La celebérrima Universidad de la Sorbona, en Francia, en su tiempo aseguraba que el Rosario enseñado por Santo Domingo habia purgado y librado de la peste de la herejía la mayor parte de las Galias. Tambien la Universidad de Salamanca, en España, aseguraba que el Rosario habia confirmado los reinos de España en la fe católica.

Preciosidad del santo Rosario.

El Rosario comprende lo más esencial y eficaz de las prácticas que nos prescribe nuestra Religion divina. La oracion mental y la vocal son lo que principalmente interesa al cristiano, como quiera que en la meditacion se eleva su espíritu al conocimiento y deseo de las cosas celestiales, y en ella, segun una frase de los sagrados

Libros, se aviva el fuego del fervor para el ejercicio de todas las virtudes. A su vez las oraciones que del corazon pasan á los labios y con las cuales éstos alaban á Dios y le suplican sus misericordias, no pueden dejar de ser aceptadas por aquel Padre de bondad infinita que ha dicho: «Pedid y recibiréis.» Y ¿qué asunto más propio para nutrir la inteligencia de pensamientos divinos é inflamar el corazon en el amor santo, en una sincera gratitud y afectuosa correspondencia á nuestro buen Dios, que la reflexion sobre aquellos hechos que nos presentan á la vista los asombrosos portentos de nuestra redencion, de nuestra santificacion, y de la gloria eterna que nos está reservada? ¿Cuál oracion vocal así mismo más fervorosa y de mayor valimiento ante el supremo Dador de todo bien, como aquella oracion que nos enseñó Jesucristo? ¿Como aquellas palabras que por mandato y por inspiracion divina profirieron un Angel y Santa Isabel, y las otras que guiada por el Espíritu Santo, ha coordinado la Iglesia? La contemplacion de los misterios que pertenecen á la vida, passion y muerte y triunfo de nuestro Salvador, y á la glorificacion de su virginal Madre; el *Padre-nuestro* y el *Ave y Santa María*, he aquí la oracion mental y vocal que forman el Rosario; he aquí la oracion sobre todas las oraciones; la que contiene como la esen-

cia de nuestra fe y de nuestra esperanza. De ciento y cincuenta *Ave y Santa*, en cuyas palabras hállanse comprendidos los privilegios, excelencias y patrocinio de María, se compone el Rosario entero para que sea él á modo de un salterio mariano en honor y ruego á la Madre de Dios, cual el real Profeta compuso su salterio, ó sea ciento cincuenta salmos para alabar y pedir sus misericordias al Soberano Señor de todo lo criado. El Rosario, inspirado por la Reina de los cielos como arma espiritual de combate para triunfar del error, y como elemento de regeneracion para morigerar las costumbres, encierra á la vez su contextura cuanto de sacrosanto, augusto, tierno y consolador ofrece la divina Religion que profesamos, á nuestra inteligencia para acatar y levantarla á las sublimes regiones de lo sobrenatural, y á nuestro corazon para animarle en las vicisitudes de esta vida trabajosa, y enardecerle en aspiraciones á lo celestial y eterno.

PRÁCTICA.

Todos cuentan sus años maldiciendo el tiempo inexorable que marcha y nos lleva en pos de sí, y prorrumpen en inútiles quejas ó quiméricos votos; pero al fin, como si nada fuere, prosiguen el curso de sus turbulentas ó tranquilas ocupaciones, de sus diversiones ó fruslerias. Así pasa la vida indiferente y estéril, á la manera que ocioso

el remero deja su barca á merced de las olas, y pasa el tiempo contemplando las orillas ó contando los golpes de sus remos, sin ocuparse con seriedad de la tempestad que ruge ó del abismo que va á abrirse ante él. Consideremos detenidamente la incertidumbre y los peligros de nuestra última hora, mirando con relacion á ella nuestra actual conducta, y establezcamos algún ejercicio que nos prepare para la muerte.

EJEMPLO.

Los Sumos Pontífices han abierto de par en par el tesoro de las indulgencias y gracias en favor de los que recen el santo Rosario y de los que estén inscritos en sus cofradías. Y por ellas en los tiempos de menos indiferentismo religioso que los nuestros, todo verdadero cristiano se hacia un deber de profesar con ardor tan saludable devocion.

El Rosario, dice un escritor ciertamente nada místico, era entonces el adorno de los grandes y del pueblo, de los magistrados y guerreros. Los caballeros y los paisanos rezaban el Rosario yendo á sus campos á volviendo ó sus casas. Los litigantes en la audiencia, esperando á sus abogados, y los fieles de todas clases, marchando á ganar sus indulgencias á las iglesias lejanas. Los mismos reyes daban el ejemplo. Luis XI, de Francia, lo llevaba al cuello sobre su pecho, cuando á últimos de su vida se mostraba de lejos sobre las murallas de Plesis en traje de monarca. Los suizos en Granson encontraron dentro de la tienda del duque Carlos de Borgoña su *pater*, que era como llamaban al Rosario. Los reyes de Escocia y los gran-

des vasallos de su corte, llevaban rosarios *para preservarse de todo mal*, y los valientes caballeros de las fronteras se los fabricaban con avellanas doradas por el sol de otoño, y nunca lo rezaban con más fervor, cuenta Lesley, que en sus expediciones contra los ingleses. El Rosario fué la última práctica del Catolicismo en Caledonia, y con ella cayó la antigua religion de Bruce, de Waliese y de David I (la católica), religion á la cual la Escocia y la Inglatera deben, según la confesion del radical Cobbet, todo lo más grande que tienen en hombres y en cosas. Un Rosario bendito estaba ceñido al pabellon almirante de D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto. Y el famoso condestable de Francia, Montmorency, decia siempre su Rosario cabalgando á la cabeza de sus soldados: «Algunas veces, dejando suspenso un *Padre nuestro*, mandaba alguna expedicion militar ó daba la señal de ataque, y despues continuaba el *Ave Maria*,» escribe un historiador de la época... ¡Cuán por desgracia es diferente la nuestra en la devocion al Santo Rosario!

SÁBADO XLVIII.

Nuestra Señora del Remedio.



UNA palabra hay que al sonar en el oido del que sufre reanima su espiritu abatido, y derrama sobre su corazon el bálsamo de la esperanza. Ora sean fisicos, ora morales los padecimientos del hombre, siempre aquella palabra se le ofrece en medio de sus quebrantos como un iris consolador que le anuncia el fin de sus males y el principio de dias más venturosos. Esta palabra, corta en su composicion, pero inmensa en su significado, universal en su sentido, y de consecuencias felicisimas, héla aquí: *Remedio*.

¿Quién no quiere el remedio en sus dolencias corporales y en sus aflicciones del alma? ¿Quién no lo busca para sí y para las personas á quienes ama en las necesidades que les aquejan? El remedio en sus enfermedades es la idea que en sus insomnios, en sus sueños y hasta en sus delirios persigue al pobre enfermo. El remedio á su miseria forma toda la ambicion del indigente, que á duras penas puede procurarse un bocado de pan para matar su hambre.

El remedio en su desgracia tiene ardiendo en deseos al desventurado, á quien los reveses de fortuna ó la volubilidad de los hombres han lanzado del apogeo, quizá del bienestar, á una sima de privaciones. Todos los hijos de Adán corremos desolados tras un remedio, porque todos vivimos con una naturaleza expuesta á desastrosas contingencias, y en medio de un mundo que hasta en los placeres con que nos brinda, nos acarrea tristeza y desazon. Nos corona de rosas, verdad, pero de rosas que ocultan sus espinas, y nos punzan cuando con más frenesí pretendemos embriagarnos en su aroma. Que se estudie al hombre, á ese sér misterioso, mezcla de grandeza y de mezquindad, y se verá que, cualquier sea el período de su vida, así como el estado de su existencia en el mundo, hállase como batido por un sin fin de necesidades, y sujeto constantemente á deplorables accidentes. Que por esto ha podido decir, con sobra de razón Job, que «el hombre nacido de mujer vive tiempo breve, y está cargado de miserias.»

Mas, ¿puede el hombre encontrar este remedio siempre que lo necesita? ¡Cuántas veces quedan burladas sus esperanzas, é inútiles sus fatigas y sus esfuerzos! Apélase á la ciencia, se ponen en juego las más poderosas relaciones, se acude á la influencia

y al valimiento, échase mano con frecuencia hasta de medios ilegítimos para remediar una desgracia, una enfermedad, un revés de fortuna, un mal que amenaza, y despues de todos los ensayos y de todos los cálculos, el remedio no se encuentra. Es que en la tierra y entre los hombres no se halla un remedio universal.

Al cielo ha de dirigir, pues, sus ojos el misero mortal, si en este mundo de veleidades é incertidumbres quiere un remedio para el sinnúmero de males que le agobian. Y como allá en el cielo la dispensadora de las misericordias divinas y la que ejerce la omnipotencia en favor de la humanidad sea María, por esto se la aclama en la tierra Virgen Madre del Remedio. El origen de este título ó advocacion, débese á un rasgo de tierna piedad de la celestial Señora, con el que puso un verdadero y eficaz remedio al conflicto y amargura en que se encontraba San Juan de Mata. Hallábase este héroe redentor de cautivos tratando con los moros del rescate de algunos cristianos que gemian en las mazmorras de aquellos crueles enemigos de nuestra fe, cuando al querer aprontar lo que se le exigía, se encontró sin la cantidad suficiente. Acudió, como tenia de costumbre, á la que todo lo puede, y cuyas entrañas son misericordia y amor, y María le hizo entrega del dinero que le

faltaba, remediando así muchos males á la vez, pues que además de sacar á su fervoroso devoto del apuro en que estaba, le dió el remedio como poder cumplir su palabra y libertar á los infelices cautivos. Desde entonces los fieles han sentido una dulce consolacion en invocar á María bajo el título del Remedio, y en erigirle imágenes, altares y capillas. La Iglesia nos hace entender que María es en efecto el remedio universal, cuando la saludamos con aquellos títulos de la *Letanía* «Salud de los enfermos,» «Consoladora de los afligidos,» «Causa de nuestra alegría,» etc.

Pintura de la vida humana y sus miserias.

Ved al hombre, ese sér que tanto se enorgullece por su nobleza sobre los demás séres, vedle cuando viene al mundo y en los años de su infancia. Apenas se abren sus ojos á la luz, que se abren para llorar, y la primera vez que se desatan sus labios y se mueve su lengua es para gemir. Desde el principio de su existencia manifiesta que le aguardan la amargura y el dolor durante su vida. ¡Y qué de cuidados necesita, y á cuánta multitud de percances se halla expuesto, cuando ni su cuerpo tiene fuerza para sostenerse, agitanse como maquinalmente sus miembros, ninguna impresion

reciben sus sentidos, vive cual si fuese en un letargo su alma, y no puede por sí mismo ayudarse en sus necesidades, ni proporcionarse lo más indispensable para su sustentacion! Bien podemos afirmar que el hombre en su vida de la cuna en nada es dueño de sí mismo, y que depende en todo de los demás, siendo las solicitudes y los desvelos ajenos los que remedian las necesidades que le abrumen.

Tras la infancia viene la niñez, en que el hombre empieza á poner en ejercicio sus fuerzas físicas, y á valerse de las facultades de su alma. Sin embargo, ni en el desarrollo de su cuerpo ni en el de su espíritu, bástase él solo; y en aquella tierna edad es cuando há meaeester más que nunca direccion en las operaciones de la naturaleza. Por lo mismo que delicada flor, debe ser cultivada con esmero, y ¡ay! si le falta entonces el riego de la buena doctrina y de los edificantes ejemplos, que vayan desenvolviendo su razon á ideas de honradez y de virtud, y su corazon á sentimientos nobles y santos. El hombre suele ser lo que ha sido el niño, no solamente en lo moral, sí que tambien en lo físico, y por esto sucede que en la edad viril se arrastra una existencia lánguida ó enfermiza, cuando en la niñez la crianza corporal no ha tenido, ó por exceso ó por defecto, las condiciones

correspondientes al respectivo temperamento y organismo.

Pero el hombre llega á la adolescencia y á la juventud; las bellas edades de la vida, los años encantadores que están sembrados de rosas; y durante los que se camina por anchurosas praderas matizadas de verdor, en cuyos sonrosados horizontes se divisan embelesos que embriagan el alma de placer, y prestan al cuerpo la hermosura del aseo y de los atavíos. Gallardo en su presencia, robusto en su salud, lozano en sus miembros, elegante en sus maneras, y con una imaginacion ardiente, un corazón entusiasta, un espíritu vigoroso, ¿qué le falta al hombre en la época de su vida á la que gráficamente hásele llamado la humana primavera? ¡Oh, si! una primavera es la juventud, pero primavera de tempestades, período fatal de la vida en que se desencadenan los vientos, y sufre un cambio completo el hombre que pasa de la niñez á aquella edad. En ella las pasiones, como que todo en lo físico y en lo moral lo encuentran en actividad incesante, se entumescen cual las olas del mar, relinchan cual brioso é indomado potro, y pugnan para sacudir todo freno, y arrastrar en su impetuosidad al alma y al cuerpo á la vez. Á la manera, pues, que en la primavera del año recurre el hombre á los medicamentos para conte-

ner la ebullicion de la sangre, conviene que en la primavera de su vida se medicine para mitigar el hervor de las pasiones.

Al fin el hombre es hombre, digámoslo así: esto es, desvanecidas las ilusiones de la juventud, y habiendo entrado á la edad de la reflexion y de la madurez, hállase en aquel período de la vida en que parece que su naturaleza ha llegado, tanto física como moralmente; al complemento de su desarrollo y perfeccion. Serios cuidados ocupan entonces al hombre; graves son sus juicios, importantes sus aspiraciones. Mas por lo mismo, ¡á cuántos temores, á qué de disgustos á cuántas contrariedades no se halla expuesto! Su vida seria verdaderamente un tejido de desventuras, sin otro recurso que la desesperacion, si en medio de sus males no le animase la esperanza de un remedio.

Y la realizacion de esta esperanza es la que sostiene al hombre en el término de su existencia. Cuando cargado de años, molesto por los achaques de la vejez, sin poder distraerse en el trabajo, ni encontrar gusto en los objetos placenteros, ¡cuán infeliz seria su suerte si no vinieran en su ayuda los cuidados del amor ó la abnegacion de la caridad!... Sea cual fuere, por consiguiente, la época de la vida del hombre, y colóquesele en el estado ó condicion que mejor plazca, siempre ha menester de un remedio

en las varias complicaciones y accidentes que, amén de sus naturales miserias, le acompañan desde la cuna al sepulcro.

PRÁCTICA

Procuremos cada día con el ejemplo, ó con las palabras, atraer algún compañero más perezoso á hacer bien, á visitar alguna iglesia, á rezar la Corona, á confesarse y comulgar, y cosas semejantes.

EJEMPLO.

Nuestra Señora de Blaquerne en Constantinopla. — El grito de Efeso que saludaba á María, Madre de Dios, resonó muchas veces en las amenas orillas del Bósforo; y Constantinopla, como si quisiera expiar los errores de su patriarca Nestorio, celebraba entonces con pompa las glorias de María. Esa grande ciudad dedicada por Constantino á la Madre de Dios, ya habia oído la voz de los Naziancenos y de los Crisóstomos, que á fuer de leales servidores de María proclamaban su culto con elocuente fervor. Entonces más que nunca veíase en Constantinopla la piadosa devoción que esa ciudad demostró en toda época á la Reina de los cielos; pues no habia ninguna calle en cuyo extremo no hubiese un altar; ningún palacio, ninguna casa notable, la cual no tuviesen su particular capilla; así que la piedad del pueblo y el gran número de los templos dedicados á María, le valieron el nombre de *Ciudad de la Madre de Dios*. La iglesia de Blaquerne, fué construída con real

munificencia poco después del Concilio de Efeso, por los cuidados de la emperatriz Pulcheria. No muy distante del mar, extramuros de la ciudad y en medio de un vasto terreno, se levantaba el magnífico templo, citado por los escritores como uno de los más notables monumentos de la piedad de esa gran princesa. Jorge de Nicomedia le llama «Metrópoli de todas las iglesias que la Santísima Virgen tiene en la ciudad; templo divino y reverenciado asilo en donde mora toda esperanza de salvacion; egida y defensa de la ciudad.» La grandeza y santidad de ese templo infundian tanta veneracion en todo el imperio, que cuantos santuarios se construyeron en las demas partes bajo la invocacion de Nuestra Señora de Blaquerne fueron una copia del referido modelo. Se asegura que en esa basilica y delante de esa imagen de María, en donde eran muy frecuentes las gracias y los milagros, se celebró por primera vez el oficio de la Santísima Virgen en el día del sábado. Hoy día se reza este oficio en todo el orbe; más el santuario de Blaquerne ya no existe. A consecuencia de las blasfemias de los herejes, de los sacrilegios de los iconoclastas, del cisma de toda la Iglesia griega, de los crímenes domésticos y de las continuas discordias de la corte imperial; á consecuencia tambien de los obstáculos y traiciones de los griegos, para oponerse á los esfuerzos de los cruzados de Occidente, que iban á quitar el yugo de esclavitud á los santos lugares, en 1453, Dios permitió la caída del imperio de Oriente. Entonces, la que por tantos siglos habia sido el Paladion del imperio, consintió en que los musulmanes abatiesen su santuario, y marchando á

otras regiones buscó otros templos, á fin de reinar en los corazones, cuya morada prefiere á las suntuosas basílicas.

SÁBADO XLIX.

Nuestra Señora de los Desamparados.



El huérfano es el ser desamparado, la triste criatura que tiene ya en la tumba las dos terceras partes del corazón, y por lo tanto de la vida; la orfandad es el aislamiento natural; el huérfano no puede contar con aquella protección decidida y franca que tiene su principio en la identidad de la sangre y de la carne; no le cubre la sombra de la paternidad.

El desamparo tiene sus fases, si no tan radicalmente desgraciadas, no menos sombrías y lúgubres: hay seres que no solo se hallan privados de la protección y sombra paternal; sin familia, sin amistad, sin ningún género de lazos sociales, vienen á ser en la patria humana una especie de extranjeros á quienes ni se desprecia ni se ama. El desamparado es una nave arrojada al medio del Océano solitario. Las nubes y las olas contemplan insensibles las luchas,

las vacilaciones, el naufragio de la nave: los prójimos, ricos y pobres, buenos y malos, contemplan las vicisitudes del hombre cuya prosperidad ó desventura no les interesa.

Es indudable que uno de los primeros cargos que ajerció María referentes á la maternidad del género humano con que Jesucristo la honró, fué el de protectora de los desvalidos, apoyo de los desamparados. Los pueblos han comprendido la eficacia del maternal amparo de María, y han acudido á ella en todas sus tribulaciones y apuros. ¿Quién es capaz de contar las visibles manifestaciones del patrocinio de María desde que fué promulgada Madre de los cristianos? Amparo de los apóstoles, les alentó con su sombra, hasta que inflamadas por el Espíritu Santo, volaron á regenerar el mundo entero: amparo de la cristiandad primitiva, á su sombra se acogían aquellos heroicos creyentes que sabían había llegado la hora de morir por la fe: amparo de las generaciones que han ido sucediéndose, ha dejado en cada época una huella admirable de su misericordia. ¿Qué significan tantos y tan variados títulos como le han dedicado los pueblos? No hay ni siquiera uno que no tenga su razón y fundamento en algún rasgo de su maternal misericordia. Porque ella fué su curación, los enfermos la llaman salud; porque fué consuelo, la llaman alegría.

los afligidos; los desvalidos auxilio, porque sólo en ella lo encontraron; los pecadores la llaman refugio, porque ella fué la única arca que se les presentó al través de la inundación de sus pasiones; los desesperados la llaman aliento, porque ella les detuvo al borde del abismo; los incrédulos la llaman luz, porque ella la derramó á muchos entendimientos obcecados; la llaman movimiento y vida los paráliticos y muertos en el mundo moral, porque por ella obtuvieron actividad y vida. Es el iris que convierte en poética serenidad el nublado firmamento del corazón, del hogar y del pueblo.

Nuestra Señora del Amor hermoso.

¡Madre del amor hermoso! Cuando María no tuviera otro título, cuando no la saludáramos bajo otra advocación, ésta sería suficiente, para darnos una alta idea de la Reina de los cielos. Inútil sería consignar aquí que María no es la Madre de ese amor liviano que nos empuja hacia los extravíos; de ese amor sensual que produce la afeminación, que roba al alma su energía, al carácter su valor, al genio su chispa; de ese amor torpe que arrastra á sus esclavos hacia el abismo de la degradación; produciendo las disipaciones del libertinaje. Ese amor indigno, rastrero, no reconoce por madre á Ma-

ria, que es la Madre del amor puro, elevado y perfecto. Por esto los esposos castos, cuyo amor no es el fruto de vergonzosas pasiones, sino el sagrado rocío que el cielo dejó caer sobre sus corazones por medio del sacramento del Matrimonio, esos esposos que no anublan jamás el techo conyugal ni con viles perfidias, ni con funestas infidelidades, que guiados por el criterio católico saben que la infidelidad es la deshonor, es el crimen, reconocen por Madre á María. Por esto las almas cándidas á quienes la sensualidad las horroriza, los corazones vírgines que llevan retratada la hermosura de su espíritu en la modestia de su continente, en el pudor de su rostro, en el comedimiento de sus palabras; que llevan escrita la tranquilidad de su alma en la sonrisa de sus labios, la pureza de su corazón en el brillo angelical de su mirada, reconocen por Madre á María.

El amor que sus pechos ocultan, es el amor de los Santos, el amor de los Ángeles; en una palabra, el amor hermoso: he aquí por qué tantas jóvenes vírgines que no comprenden el amor sin la castidad, tantos jóvenes ejemplares que no comprenden el amor sin la pureza, se llaman hijos de María.

Los que nos gloriamos de ser hijos de la Madre del Amor Hermoso, invoquemos á María con esta concisa plegaria: «Enseñadnos, Madre de la humanidad, á unir nues-

tros corazones al corazón de Jesús por medio del vuestro; y así como los alimentos nuevos que pasan á formar parte de la sangre del hombre entran en él por el lado del corazón que no da la vida, sino que la recibe, para entrar en el corazón de Jesús, para ser incorporados á su sangre divina y á su vida divina, enseñadnos á entrar por Vos, Puerta del cielo, Vos que sois el otro lado del corazón de Jesucristo.»

PRÁCTICA.

Hagamos cada dia alguna mortificacion de gula, dejando en todo, ó en parte, algún plato que más nos gusta en la mesa; no bebiendo fuera de la comida, teniendo sed, etcétera.


EJEMPLO.

Nuestra Señora de la Guardia en Marsella.
—Erigióse una capilla á Nuestra Señora en una montaña que desde el siglo décimo llevaba el nombre de la Guardia; y esa montaña era la que ocultaba el bosque sagrado, según los comentarios de Julio César y la Farsalia de Lucano. Francisco I la hizo circuir con fortificaciones que de lejos la presentan á la vista del viajero como el baluarte de la ciudad situada á su pié. Hacia esa montaña dirige el pueblo afligido sus oraciones en la pública calamidad; hacia esa santa montaña el marinero hace piadosos votos en medio de la tempestad con los ojos arrasados de lágrimas y el co-

razón lleno de esperanza, á ese santuario van la esposa, la madre y la hermana á esperar la vuelta de un hijo, de un esposo ó un hermano, con la viva confianza, con una firme creencia de que volverá sano y salvo aquel que han puesto bajo el manto protector de Nuestra Señora de la Guardia. ¡Piadosa creencia, que recompensa Dios con un milagro! ¡Cuántas veces hemos visto al marinero escapado de las tempestuosas olas, puesto de rodillas ante el altar de la Virgen, y colgar en las paredes del santuario sus vestidos húmedos todavía, ó alguna tosca pintura de una nave sin velas ni aparejos!—En los aciagos dias del siglo próximo pasado, la imagen de la Virgen, que era de plata, fué presa de la revolución, y con ella desaparecieron también las joyas y ricos adornos que tan evidentemente atestiguaban la piedad de los marseleses. Pasada la furiosa revolución, semejante á una horrible tempestad, se pudo abrir otra vez ese templo al culto católico. Millares de milagros atestiguan de una manera irrecusable la divina protección de Nuestra Señora de la Guardia.

SÁBADO L.

Nuestra Señora de la Providencia.

N pensador ilustre, cuyas huellas siguen aún hoy al través de diez y nueve siglos la sólida filosofía, san Anselmo, á quien veneraba como su maestro el mismo Descartes, escribe: «Puede decirse que así como Dios criando el mundo con su poder es su Padre, su Señor, María, regenerando el mundo con su personalidad, es su Madre y su Señora. Dios es el Señor de todas las cosas, ya que las ha constituido á todas en su respectiva naturaleza por su soberana ordenacion: y María es la Señora de todas las cosas, ya que por esa gracia de que estaba llena las restituyó á su dignidad primitiva.»

«Lo que todos los Santos pueden contigo, tú lo puedes sola sin ellos.» «Debemos acudir á María para que la dignidad de la que intercede supla la bajeza del que suplica: de aquí resulta, que recurrir á la Virgen, no es desconfiar de la misericordia divina, sino temer de nuestra indignidad propia.»

San Bernardo, aquel doctor cuyo delicado corazón sabia convertir en emociones del sentimentalismo más entusiasta las inspiraciones de la fe y de la piedad, dice que «es imposible que se pierda ninguno de los hijos de María si acude y escucha dócilmente á esta Madre.»

«Los hombres del pasado, del presente y del porvenir, tienen en María fijas sus miradas, como si fuese María el eje donde se mueve la rueda de los siglos.»

San Buenaventura consigna que María, «siendo como es la puerta del cielo, nadie puede penetrar en las eternas mansiones sin pasar por esta puerta.»

«Pedir sin Ella es querer volar sin alas,» escribe san Antonino de Florencia. Dice Bossuet: «Es y será siempre verdad que habiendo recibido nosotros una vez por María el principio universal de la gracia, continuaremos recibiendo por su mediacion las diversas aplicaciones de la gracia en todos los estados de la vida cristiana.»

Los fieles han manifestado en la práctica que, llevados por el instinto de la fe, comprendian perfectamente lo que los doctores de la Iglesia consignaban fundados en los principios teológicos. Un navegante en la hora de la tormenta, cuando ve que el buque va á ser devorado por las bramadoras olas, acude á María y le llama *Estrella*

del mar; el que sufre, vuelve á María sus ojos arrasados en lágrimas y la llama *Consuelo de los afligidos*; el que experimenta los padecimientos de una enfermedad, desde el lecho del dolor, recurre á María, y la apellida *Salud de los enfermos*; el culpable que se siente agitado por el aguijón del remordimiento, al verse en el abismo de degradaciones en que le ha sumido el pecado, dirige una mirada á María, y la apellida *Refugio de los pecadores*; el débil va hacia ella para que le sostenga, y le da el nombre de *Torre de fortaleza*; el hombre de ciencia, al tratar de descorrer el velo que cubre los misterios de la naturaleza, la invoca con el nombre de *Sede de la sabiduría*.

Pero hay un título que los reúne todos, que viene á ser como la síntesis de todos los demás: es el de *Virgen de la Providencia*. Dios pone á disposición de María los tesoros de su poder omnipotente: y así como la Providencia de Dios es el ejercicio de su poder ejercido en todas las órdenes de la creación, la Providencia de María es este mismo Poder de Dios puesto á disposición de su Madre; y he aquí por qué el título de Madre de la Providencia es uno de los que invoca con especial asiduidad la fe de los creyentes, que ve las manos de María abiertas para dispensar beneficios, para derramar bendiciones; que descubre en el cielo

el ojo de la Providencia de María, atendiendo con maternal solicitud á todas las necesidades de sus hijos.

Afligido labrador que ves tus cosechas inutilizadas por una tenaz sequia y tras de ella la inutilidad de tus sudores y la miseria de tu familia, invoca á la Madre de la Providencia. Honrado comerciante ó industrial que por la mala fe de aquellos con quienes tenias que tratarte encuentras víctima de un vil engaño, de una perfidia, de una quiebra, y despues de esto la ruina de tu casa, y despues de la ruina la deshonorra; no olvides que María, entre sus títulos, tiene el de Madre de la Providencia. Infeliz jornalero que tras de muchos años de trabajo te encuentras cargado de años, sin que los achaques de la vejez te permitan dedicarte á tus tareas, sin recursos con que alimentarte, y no presentándose á tu vista sino un porvenir el más sombrío, recuerda que María es Madre de la Providencia. Pobre viuda que acabas de perder á tu joven esposo, y ves á tus tiernos hijos sin un mendrugo de pan que acercar á sus ambrientos labios, aun cuando veas agotados todos los recursos, cerradas todas las puertas, no temas; en el cielo está con las manos levantadas para bendecirte, la Virgen de la Providencia.

Nuestra Señora de la Misericordia.

Todas las escenas de la vida de María fueron otras tantas revelaciones de su misericordia. Desde que pronunció aquel trascendental *fiat* por el que el Verbo de Dios tomó carne, resolvió abrir de par en par las puertas de su corazón augusto, para que fueran á buscar en él consuelo todas las penas, alivio todas las miserias, auxilio todas las necesidades.

El doctorado católico ha analizado atentamente el espíritu de misericordia, y ha visto que surgían de él dos inmensos raudales de beneficencia: el uno, aligerando las miserias temporales de nuestro destierro; el otro, aliviando los estragos de nuestra espiritual esclavitud.

El hambre, la desnudez, la enfermedad, los grillos y la cárcel encontraron un lenitivo eficaz en el auxilio del hermano que, habiendo recibido del Padre el precepto del socorro, no le faltó en los recursos de su caridad un pan, un vestido, un lecho, una visita, que, acortando la distancia inmensa de la desventura á la dicha, ha hecho palpables al infeliz las ventajas de la moral de la fraternidad. Por otra parte, la caridad, que tiende siempre á lo sublime, no se limita á inspirar compasión ante las miserias cor-

porales; las necesidades del espíritu son para ella necesidades supremas.

El espíritu ignorante está sediento; el que yerra por las tortuosas sendas de lo desconocido, tiene necesidad de un consejo; al que está sumido en el piélago del error, le es indispensable una mano que le guíe hacia la verdad; el triste, reclama un consuelo; perdón el ofensor, paciencia el que estorba y daña, y en fin, oración y redención, el difunto. A todas estas necesidades del espíritu la moral cristiana corresponde con la fecundización de la misericordia, que enseña, aconseja, corrije, consuela, perdona, sufre y ora.

La historia de la cristiandad no es otra cosa que una serie jamás interrumpida de estos actos de beneficencia, cuya primera inspiración y aliento constante partió y reside en el adorable corazón de Jesús. Los latidos de un corazón bondadoso pusieron en movimiento las oleadas de misericordia que constituyen el movimiento verdadero de la vida católica. Y todas las obras católicas que mejoran la triste condición material del hombre, y enaltecen y levantan la postración de su espíritu, están inmediatamente cobijadas á la sombra del manto de la que precisamente por esto es aclamada Reina y Madre del Amor Hermoso.

Cuanto más gimen y enferman los hijos,

más aparece grande la solicitud de la madre. La misericordia de María inspira á ciertos espíritus privilegiados la idea de desvanecer con los resplandores de una saludable instrucción, las nubes de la ignorancia maliciosa. Su manto cobija la escuela y la cárcel, y su frente esplendorosa es la estrella que marca al vacilante peregrino el derrotero del viaje. Ella es la que, atraída por los gemidos del que llora, le envía sus criaturas adictas para que le consuelen. Ella no abandona ni al hombre moribundo, ni al alma detenida. Después de haber inundado la tierra con la fértil lluvia de sus gracias, penetra con su misericordia en la cárcel de las almas, y se proclama allí la bienhechora de ellas.

Por doquiera que fije su virginal mirada, brota una obra de amor, se imprime un destello de maternal ternura. Las obras por ella inspiradas, son las flores que restauran en este valle triste de lágrimas la faz del primitivo paraíso. Es la fuente de la que emana sin cesar la vida y la fecundidad, y si de alguna cosa había de ser figura el manantial que en el centro del Edén colocó el Señor, de María había de serlo, pues las cuatro partes de la tierra están regadas por los raudales de su santo cariño y de su dulce misericordia.

PRÁCTICA.

Que aprendan y repasen con frecuencia el *Catecismo* de la doctrina cristiana, y lo enseñen á otros.

EJEMPLO.


Nuestra Señora de París.—La iglesia metropolitana de París es uno de los más magníficos monumentos góticos de la cristiandad, y hablan al menos inteligente así la magnitud de la nave, como la belleza de sus proporciones. Si bien ha decaído de su antiguo esplendor siendo profanada en tantas revoluciones promovidas por la impiedad, con todo, aún es bastante bella para recordar con gloria los memorables hechos de los reyes cristianísimos. En una carta de Childeber, escrita en 557, ya se hace mención de la catedral de París erigida en honor de santa María. Cuando en 887 París se vió libertado de un ataque de los normandos, corrió todo entero á cobijarse bajo el manto de la santísima Virgen, y cantando el monje Albón el portento de haberse librado, llama á París ciudad consagrada á María.

Los antiguos reyes de Francia dieron en esa iglesia las más bellas pruebas de su eminente piedad; y en ese lugar sagrado entraba el nuevo monarca después de haber recibido la corona, para depositarla á los pies de la que es la Reina del cielo y de la tierra. En esa iglesia veíase á los grandes capitanes, antes de presentar batalla, orando é invocando la protección de la que venció

el infierno; y á ella iba el vencedor rodeado con toda la pompa triunfal para humillar su cerviz ante el altar de Maria al ofrecerla los estandartes enemigos. Debajo de esa bóveda oró san Luis, rey de Francia, cuando con magnanimidad de corazón ofreció su corona y la propia existencia al marchar para ir a librar el sepulcro de Cristo. No debe, pues, causar ninguna admiración, que un lugar tan venerable estuviese decorado en otro tiempo con altares de mármol y con bellísimos ornamentos de oro; y si la mayor parte ha desaparecido, solo debemos acusar á las aciagos tiempos que atravesamos.

SÁBADO LI.

Nuestra Señora de la Consolación,
ó de la Correa.

s sin disputa uno de los más exactos calificativos que se han dado á la tierra, el de «Valle de lágrimas.» Job es el gran filósofo de la vida cuando, en su inspirada descripción de las miserias de la humanidad, exclama: *Asco me causa vivir*. Las maldiciones que lanzó á su cuna, no eran expresión de la impaciencia, sino expresión genuina de la fiel idea que habia

concebido de este destierro. Job fué la representación de la afligida humanidad. Los contratiempos del hombre se hallan puestos de relieve por los esfuerzos que hace para olvidarlos: los festines de los pueblos, son los disfraces de sus angustias. Como si le apesadumbrara un recuerdo insoportable, la humanidad siempre llora. Hasta en los cantos populares se observa un acento de melancolía que sorprende, y se presta á grandes consideraciones.

Ha habido en la historia de todos los pueblos días de alborozo, de expansión, de esperanza; pero de goce verdadero, y sobre todo de satisfacción constante, no; no la ha habido en la historia de ningún pueblo. Y si de la muchedumbre pasamos á los individuos; si penetramos con la sutileza de la imaginación en las profundidades del corazón humano, ¡qué pocas veces lo encontraremos tranquilo, y cuántas menos gozoso y alegre! Cuando no le domina la tristeza, le preocupa la zozobra. En lo pasado, encuentra motivos de arrepentimiento; en lo presente, motivos de inquietud; en lo porvenir, motivos de temor.

Como es natural, el hombre ha buscado con verdadero ahinco la satisfacción de sus necesidades; y siendo una de ellas la de consuelo, por todos los medios imaginables se lo procuró. Ha creído encontrarlo en los

goces de la naturaleza, pero ésta se ha agotado antes que sus penas. Ha creído encontrarlo en las bellezas del arte, pero la magnificencia artística ha sido más pobre que la opulencia de su miseria. Ha creído encontrarlo en su soberanía y divinización, pero en el trono ha sido coronado de espinas, y en el altar ha encontrado su sacrificio. Sus cenas ruidosas y opíparas, han sido siempre el preámbulo de sus insomnios y achaques.

Sin embargo, el alma descubre un horizonte de plácidos sentimientos cuando, volviendo el rostro al estéril panorama de la naturaleza, fija sus miradas en el de las esperanzas religiosas, que, limitando la perspectiva de su destierro, le comunican la idea de la patria. La pesadumbre se aligera, la tristeza se desvanece, ensánchase el espíritu con la visión, que en lontananza se le presenta, de aquel paraíso en donde el corazón libertado podrá disfrutar de los raudales de la vida, exentos de todo elemento de muerte. Sólo la historia religiosa nos presenta la figura de algunos hombres caminando alegres hacia la muerte, que es la concentración de todas las ideas amargas, y la idea fundamental de la tristeza.

Pues bien; en medio del apacible horizonte de las felicidades del hombre se levanta una figura, á la que fijan sus ojos llo-

rosos los atormentados mortales, y sienten cambiarse en lágrimas de ternura las de aflicción. Es la figura de una Madre que, sabiendo que sus hijos sufren todas sus consecuencias del destierro, extiende el manto de su predilección á cuantos á su sombra quieren cobijarse. El manto extendido de aquella excelsa Señora, es como una tienda de refrigerio en mitad del desierto árido: allí el viajero sediento, extenuado por los sudores del sol abrasador, encuentra plácida sombra y albergue seguro. Allí la cabeza del hombre, coronada de espinas, encuentra un seno dulce á que inclinarse, y manos delicadas que, arrancando una á una las espinas que coronan su frente, van libertándolo de la esclavitud del dolor. Allí entran los que sufren enfermedad y los que sufren desengaño; allí los de quebrantada fortuna y de maleado espíritu; allí los heridos del cuerpo, los corazones lacerados y las almas transidas de pena. Como los polluelos se han reunido á la sombra de las alas de su madre, así los llorosos de la tierra se han agrupado á la sombra del corazón de María. La Madre del celeste consuelo es el objeto de la ovación más cariñosa; y de uno á otro polo, donde quiera que se haya saludado la cruz de Cristo, se oye esta exclamación: «Gloria á la causa de nuestra alegría.»

La divina Pastora.

Incumbencia es de las madres pastorear cariñosamente á los hijos, de modo que despues de los períodos de la lactancia y nutricion primitiva, la maternidad viene á convertirse ó á sustanciarse en un pastoreo. Que no es otra cosa en el fondo encaminar aquellos seres que el Señor á la madre ha concedido hácia los pastos que, dando al alma las doctrinas y ejemplos convenientes, la nutren y desarrollan. Y atribuimos á la maternidad especialmente el pastoreo, por cuanto siendo la madre la encargada de la vigilancia personal y directa de la sociedad doméstica, á ella incumbe la primera direccion de los corazones.

Siendo la maternidad un pastoreo, es claro que esta cualidad distinguida debia encontrarse en aquella que, habiendo sido declarada en la cumbre del Calvario Madre del género humano, y por lo tanto Madre de las madres, aceptó el cargo de conducir á los suyos por el camino de la verdad y del bien. Y desde entonces no ha cesado de ejercer esta hermosa parte de su exquisito ministerio, dirigiendo á los pueblos que á su sombra se acogen por la senda de las elevadas inspiraciones y de la vida inmarcesible. Ella como buena pastora, ha con-

ducido hácia aquellas regiones, en las que el sol de la concupiscencia no daña al delicado temple del alma, á cuantos se han mostrado sumisos á su maternal direccion. Ella los ha acompañado junto á los raudales vivificantes de la gracia, para que con ella, refrigerándose las fuerzas de los decaídos, recobrarán la energía del espíritu. Ella, apartando al hombre de los mortíferos espectáculos de una sociedad corrompida; ha pastoreado la imaginacion de los suyos con el ejemplo edificante de las almas escogidas, dándoles edificacion contra el veneno de los escándolos. Ella, sobre todo, dirige su pastoral y dulce silbido á los que en su proteccion confian, siempre que el leon rugiente, que de tal califica San Pedro al espíritu del mal, les acecha para devorarles y perderles. Ella alienta con sus maternales caricias á las almas que son fieles á su amor; acógelas en su regazo, las abraza y estrecha en su corazon, las inunda de besos, y paga con una sonrisa entusiasta, preludio de inmortal ventura, la buena correspondencia y fidelidad. Así como todas las escenas tiernas de la vida del Redentor son aplicables á la vida de su dulce Madre, ¿cómo no habia de serlo aquella hermosa pintura de la benignidad de Jesús, representado en la imagen de un pastor llevando en hombros la oveja que habia perdido? No puede me-

nos de ser aplicado á María este ministerio de ternura, que se llama pastorado, ejerciendo en su respectiva esfera cuantos oficios tiene por norte y fin el amor (1).

PRÁCTICA.

Procuren ganar todas las indulgencias que puedan, y las apliquen á las almas del Purgatorio por manos de María Santísima.

EJEMPLO


Nuestra Señora de Milán, en Italia.—El extranjero que se acerca á Milán queda arrebatado por una alegre admiración, al ver desde alguna distancia brillar entre las nubes la resplandeciente imagen de la Santísima Virgen: estatua colosal de bronce dorado, que adorna la majestuosa cúpula de aquel magnífico templo do el pueblo italiano muestra su devoción en su grado. Ese inmenso edificio, todo de mármol blanco, que revela la piedad y magnificencia de los arzobispos y de los duques de Milán, está dedicado á la Natividad de Nuestra Señora, y se construyó en 1386. En frente tiene cinco puertas, á cada una de las cuales corresponde una nave interior. Cincuenta y dos pilastras octógonas sostienen aquellas agudas y atrevidas bóvedas, encima de las cuales se ve como un bosque de agujas y de estatuas

(1) Para que esta obrita tuviera mayor mérito, hemos extractado algunas cosas de la "Galería Católica" y de otros autores que gozan de celebridad universal.

que parecen desprenderse hácia el cielo. En una capilla subterránea se conserva el cuerpo de San Carlos Borromeo, que fué uno de los más grandes siervos de María, que tantas veces la invocó en ese mismo templo. Todos los días rezaba de rodillas el Rosario y el oficio de la Virgen, y en cada víspera de todas las fiestas de María ayunaba á pan y agua. ¡Cuán grande exactitud en orar cuando oía el sonido de las campanas! En cualquier lugar que se encontrase, aunque fuese en medio de la calle, sin reparar en la lluvia y prescindiendo de cualquier intemperie, se arrodillaba, y con fervorosa devoción rezaba el *Ángelus*. En ese templo fundó la cofradía del Santo Rosario y ordenó que cada primer domingo de mes se hiciese solemne procesion en honor de la Santísima Virgen. Mandó también que todos los de su diócesis inclinasen la cabeza en señal de respeto al oír pronunciar el augusto nombre de la Madre de Dios; y en el frontis de todas las iglesias parroquiales hizo poner su Imagen á fin de recordar á todos los fieles que no se puede entrar en la gloria celestial, sin invocar á la que con justo título se llama *puerta del cielo*.

SÁBADO LII.

El Patrocinio de la Virgen Santísima.

 Como Jesús es el tipo del hombre en todos los grados de la vida, María es el modelo de la mujer, el Ángel de paz y de consuelo. Las generaciones que la precedieron la aguardaban como la prenda de las más sublimes esperanzas; las que la siguieron, la han bendecido como el más fecundo origen de felicidad. Así se ha verificado aquella profética palabra que María dirigía á su prima Isabel: «Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada.»

En el Tíbet, en el Japón, en la China, entre las tribus del Norte de Europa, en las naciones de Asia, en los pueblos del Nuevo Mundo, se encuentran tradiciones de una Virgen que concibe un Dios para salvar el mundo. Bien pronto se alzaron altares á la Santa Virgen en las populosas ciudades, sobre las montañas, en las gargantas de los Apeninos y de los Alpes. Todos los pueblos en Asia, en Africa, en Europa, abrazaron con entusiasmo el culto de María. Los reyes le

consagraron sus imperios; las reinas, para adornar sus altares, ponian á sus piés sus diademas de oro, y los guerreros los trofeos de sus victorias. En los torneos, como en los campos de batalla; en los castillos, como bajo el humilde techo del pobre, el nombre de la Virgen pura se mezclaba en todos los cánticos. En el palacio de los grandes, en la morada del indigente se le pagaba humilde tributo de amor. Su Imagen estaba en las banderas y estandartes que guiaban á las solemnidades religiosas. Por María se despojaba la jóven esposa de su corona nupcial, sobre su altar ofrecía su hijo primogénito, su nombre querido era el que le enseñaba á repetir en su cuna. ¿En qué casa no se hallaba una imagen de María? ¿Quién no la tenia, quien no la llevaba sobre su corazón? El impío mismo la veneraba, el indiferente la invocaba, y áun el mal cristiano la rezaba.

El culto de María no ha influido sólo en las victorias, ha influido poderosamente en la moral, en las ciencias y en las artes. Mientras todas las frentes se inclinaban delante de María, los corazones se trasformaban bajo su feliz influencia, se penetraban de sus virtudes á imitaban sus ejemplos. ¡Cuántas veces en medio de un mundo tan lleno de seducciones, donde el vicio se propaga bajo tantas formas, la vista de su santa Imagen,

su solo pensamiento, nos ha preservado de los peligros que nos rodeaban! Así María ha secundado los progresos de la civilización. Después de Jesús ha sido el elemento más necesario para la sociedad cristiana. Las mujeres, sobre todo, la deben su feliz influencia. Emancipadas por el Cristianismo; se fueron levantando gradualmente en la estimación de los pueblos á medida que progresaba el culto de María. Así la suerte de las mujeres es más feliz en los países católicos que en los demás. Sólo en el Catolicismo no se conoce el repudio, ni el divorcio, ni la esclavitud.

Si el culto de María ejerció en las costumbres tan saludable influencia, no fué menos eficaz sobre el genio. El culto del paganismo tuvo obras maestras sin duda, si se les considera sólo con relación, á la forma; pero todas sus obras, ¿no están degradadas como sus divinidades? ¿Qué son sino la expresión de la pasión y del vicio? El Cristianismo es fecundo en ricas, nobles y santas concepciones de toda especie. El arte le debe sus más bellas inspiraciones. ¡Hay tanta poesía en la vida tan misteriosa y tan brillante de la Madre de Dios! ¡Su misterio sagrado esparce sobre el mundo un entusiasmo, una gloria, una gracia tan maravillosa! El genio no podría encontrar un tema más rico, más sublime, más fecun-

do para inspirar su lira, ó su pincel, ó su buril. Necesitaba el reconocimiento de los pueblos, monumentos dignos de sus beneficios. Escuchemos esos cantos que la celebran, esos himnos, esas oraciones que inspira: ¡cómo tranquilizan y consuelan al alma! Preguntemos á Miguel Ángel, á Rafael, á Herrera, Murillo, Velázquez, Rivera, Alonso Cano, Zurbarán y tantos otros; ¿en qué fuente bebían sus genios que tantas obras maestras nos han valido? ¿Quién erigió esas soberbias catedrales que admiramos en Roma, en París, en Londres, en Toledo, en León, y en casi todas las naciones del orbe? Sabido es que los pobres obreros recorrían en otro tiempo, consagrados al culto de María, las provincias y reinos ofreciendo su llana, su martillo y su cincel, doquiera les llamaba la piedad de los fieles. La mayor parte de ellos no pedían salario, se les daba y dormían sobre el duro suelo. Al nombre de María, las poblaciones se levantaban en masa; así se vieron por muchos años millares de hombres trabajar en la catedral de Sevilla y de Burgos. Muchos se imponían como práctica expiatoria la confección de cierto trabajo al día. Esos artistas, que habían luchado como gigantes con el pensamiento de lo infinito, para traducirlo en piedra no enriquecían en sus colosales empresas. ¡Se hubieran avergonzado

de ello! Esperaban una recompensa eterna en el cielo.

Compárense estas obras maestras con las producciones de los pueblos herejes que rechazan el culto de María. Los más bellos templos que posee el protestantismo, los ha arrebatado á la Iglesia católica. La herejía no solo eclipsa la luz de la fe, sino que tambien ofusca la luz intelectual y artística.

Coloquémonos bajo el santo patrocinio de María, y veremos la regeneracion de la sociedad.

PRÁCTICA.

Hagamos el propósito de leer todos los sábados del año esta obrita, y meditemos su contenido durante la semana, ó de un sábado á otro, y ejecutemos la práctica correspondiente.

EJEMPLO

Es indudable que el culto de María ha contribuido al engrandecimiento de los pueblos. Sirva de testigo la nacion española, en donde fué predicado el Cristianismo por el apóstol Santiago, cuatro años despues de la muerte de N. S. J. C., é hizo rápidos progresos, mereciendo que la Virgen fuese durante su vida á Zaragoza, dejando su imagen sobre el rico pilar de mármol. Desde entonces María ha patrocinado constantemente al pueblo español, particularmente en las batallas; así es que, cuando los árabes pasando el estrecho

que los separaba de la Europa, se lanzaron sobre la España y derribaron la monarquia cristiana, los españoles retrocedieron con heroica lentitud hasta Covadonga, en las Asturias, de donde se descubre el mar de los cántabros, último límite de España. Pelayo, joven príncipe de sangre real, única esperanza de su patria, se refugió por un poco de tiempo con un puñado de valientes en aquella caverna inaccesible, que la piedad de los montañeses de Asturias habia consagrado á la Santa Virgen, y cuya imagen, colocada sobre una roca que le servia de altar, la adornaba. Desde aquel sencillo templo el héroe español derrotó á los árabes bajo la proteccion de Nuestra Señora de Covadonga; cuyo nombre tomó por grito de guerra, y bajo cuya santa proteccion comenzó él y continuaron sus sucesores la reconquista de la España, que debia costar tanta sangre y siete siglos de incesante lucha.

Alfonso VIII de Castilla, llamado el Bueno, consiguió por intercesion de María una gran victoria en las Navas de Tolosa, que celebra la cristiandad el 16 de Julio bajo el nombre del Triunfo de la Santa Cruz. Alfonso XI ganó la memorable victoria del Salado, en que sin más pérdida que veinte cristianos, dejó muertos en el campo de batalla doscientos mil moros. Fernando III, el Santo, en treinta y cinco años que guerreó contra los moros, llevaba por directora de sus huestes á la Madre de Dios, y colocaba hasta en el arzon de su caballo una santa imagen de María, para que en el ardor de las batallas tuviesen sus ojos siempre presente á la protectora de quien aguardaba la victoria. Jaime el Conquistador, rey de Ara-


gon, bajo el patrocinio de María conquistó á Valencia, extendió la dominacion de la Cruz por todas partes y levantó á María más de dos mil templos.

Alfonso I de Portugal, Juan II de Castilla, Ramiro II de Leon y todos los monarcas de los diversos reinos de España, invocando el favor de María, obtuvieron grandes y señaladas victorias. La lucha habia comenzado en tiempo de Pelayo en Covadonga al grito de *María*, y al grito de *María* la terminaron en Granada Fernando é Isabel la Católica, haciendo entrar triunfante en Granada su santa Imagen, á quien dieron el título de Nuestra Señora de la Victoria. No sólo patrocinó María á la España, sino que nuevos mundos conquistados por Colon, Cortés, Pizarro, Valdivia y Gama, se agregaron á la inmensa monarquia española. Los conquistadores de estos nuevos mundos vencieron, siendo un puñado de hombres, ejércitos cuyo número parece fabuloso, pero llevaban por bandera la imagen de María y en todos los países conquistados le levantaban suntuosos templos. En tiempo de Felipe II, la famosa batalla de Lepanto confundió el último esfuerzo del islamismo y puso término á los terrores de la cristiandad. Felipe IV, recorriendo en su memoria los siglos de la inmensa monarquia que gobernaba, al contemplar las victorias de sus predecesores, debidas todas á la intervencion de María, al ver amenazada España por todas partes por las naciones enemigas de su poder y envidiosas de su gloria, queriendo agradecer á María las mercedes recibidas, y empeñarla con agradecimiento á nuevos favores, colocó todos los reinos de España

bajo el *patrocinio* de María y alcanzó del Papa Alejandro VII, en 28 de Julio de 1656, que se celebrase perpetuamente en España en el segundo domingo de Noviembre una fiesta particular á Nuestra Señora, con el título del *Patrocinio*.

Los reyes, sus sucesores, han continuado su piadosa costumbre. Carlos III la declaró patrona de España bajo la advocacion de la Concepcion, y los demás han continuado siempre poniendo sus ejércitos bajo la proteccion de María.

EPÍLOGO

 HEMOS terminado la obrita, consagrada especialmente á la imitacion de María. Hemos hecho consistir el culto que tributamos á María en la consideracion é imitacion de su admirable vida y en la contemplacion de sus altos misterios, procurando excitarnos á la meditacion de sus virtudes. ¡Ojalá hayamos sacado algún fruto de las meditaciones de estos cincuenta y dos sábados! El culto de María es uno de los dogmas más consoladores de la Religion. El culto de María es el culto de la mujer, es el culto de la familia, es uno de los progresos más grandes que hizo sentir en el mundo el Cristianismo. Este culto se halla desde los tiempos más antiguos, y es inseparable del culto de Jesús, porque María ha cooperado á la redencion del género humano; ha cooperado en la Encaracion al

dar su consentimiento para tan alto misterio; ha cooperado al pié de la cruz padeciendo con su divino Hijo todos los tormentos, todos los dolores que ocasionó la grande obra de la regeneracion de la humanidad. María era como el espejo del Salvador; en ella se reflejaban todas las virtudes que Jesús practicó en la vida, y que vino á enseñar á los hombres. En María se ven todos los dones, todos los frutos, todas las gracias del Espíritu Santo en su más abundante plenitud. María obedecia á su divino Hijo, ejerciendo sobre Él la autoridad maternal. Hemos visto á María que es el tipo de la vida cristiana; la hemos contemplado como modelo de virtud, de obediencia, de fe, de esperanza y de caridad. Hemos visto personificadas en ella la pureza, la inocencia, la santidad. María es también nuestra Madre, porque al expirar Jesús en la cruz, el último legado que hizo á la humanidad fué el de su Madre. María lo aceptó, y desde entonces la humanidad no quedó huérfana. Tiene una Madre en el cielo que interceda continuamente por ella. No solamente María es el amparo de los justos, sino también es el refugio de los pecadores. Jesús no la niega nada de cuanto le pide. según se expresan los Padres más ilustres de la Iglesia. María no solamente es nuestra intercesora durante la vida, sino que es nuestro pode-

roso auxilio en la hora terrible de la muerte. Ella nos asiste y nos presenta, después de desprendida el alma de nuestro miserable cuerpo, á su divino Hijo, é implora para nosotros un juicio favorable. Ella ampara á las almas que se purifican de sus manchas y expían sus defectos en el purgatorio. Hemos visto también las excelencias de María, y sus íntimas relaciones con la augusta Trinidad. Todo lo hemos visto brevemente, porque no es fácil en tan cortos límites hablar de las virtudes de María y considerar todas sus grandezas. Felices nosotros si logramos, de la lectura de esta obrita, sacar algún fruto: si persuadidos del poder inmenso de la Madre de Dios, redoblamos nuestra devoción, María será en la vida nuestro amparo, en la muerte nuestra protectora, en el juicio nuestra defensora contra las asechanzas del demonio, en el purgatorio nuestro alivio, en el cielo nuestra gloria. Propongámonos desde hoy que no pase un sólo día de nuestra vida sin encomendarnos á tan amorosa Madre, porque, como dicen los santos Padres de la Iglesia, una de las señales más marcadas de la predestinación es la devoción á María. Aprovechemos el tiempo que aún tenemos, acudamos á María hoy; mañana acaso será tarde y no tendremos tiempo, porque la hora de nuestra muerte es incierta, pero segura, y no

sabemos en el estado que puede sorprendernos: porque la muerte, según la expresión de Jesucristo, viene siempre en silencio y como un ladrón á sorprendernos en la hora que menos pensamos.

EJEMPLO

La B. Juana de Valois, reina de Francia, hija de Luis XI, desde la edad de cinco años rogaba amenudo á María que la enseñara el modo de servir y agradarla. Perteneció á la Tercera Orden de San Francisco de Asís. Algunas hierbas mal condimentadas bastaban regularmente para su alimento; ayunaba los miércoles, viernes y sábados, en cuyos días prolongaba sus vigiliass, macerando su cuerpo con un áspero cilicio y otros instrumentos de penitencia. El grande amor que profesaba á la pobreza evangélica le hacia desear y buscar la compañía de los pobres, en quienes reverenciaba á Jesucristo. Sus delicias consistían en consolarles, lavar y besar sus pies y servirles la mesa. Pero la fundación de la *Orden de la Virgen Maria*, llamada también la *Orden de la Anunciata*, fué la obra predilecta de esta santa princesa y la realización de un pensamiento que la habia ocupado toda su vida. La Regla, que bajo el título de *Las diez virtudes de la Santa Virgen*, se divide en diez capítulos, cada uno de los cuales trata una virtud, que propone á la imitación de las religiosas, y son: la pureza virginal de la Santísima Virgen, su prudencia, su humildad, su fe, su devoción, su obediencia, su pobreza, su pacien-

cia, su piedad, su martirio interior ó su compasión por los dolores de Jesús. Quiere que las religiosas tengan continuamente la mirada en María como los Magos fijaban sus ojos en la estrella. Quiere que sea su modelo, su oráculo y su regla viviente, y que formen sus pensamientos, sus palabras, sus acciones en este admirable ejemplar. Deben ayunar todos los viernes y sábados del año. También nosotros, como las monjas de la Anunciación, imitemos las virtudes de María, y así llegaremos á la cumbre de la perfección.

OBSEQUIOS

Honrar el sábado, como dedicado á María. En este día, San Luis, rey de Francia, lavaba los pies á los pobres y les servía á su mesa.

San Ivon ayunaba los miércoles y sábados.

Santa Juliana Falconeri, en todos los sábados ayunaba á pan y agua.

San Luis, obispo de Tolosa, en todos los sábados daba limosna á los pobres, les lavaba los pies y les servía la comida.

CRONOLOGIA HISTORICA

DE LOS

AÑOS DE LA VIRGEN MARÍA

Extracto de las obras de Benedicto XIV de Fest. B. M. V. del Cardenal Goti Verit. Relig. Mr. Carlos Croiset Vida de la Virgen. Teófilo Raynaud, Tirino Cron. sac., c. 49. Ven. Madre María de Jesús de Agreda. Mistica ciudad de Dios.

Concepcion. — María, siempre Virgen, Madre, Hija, Esposa de Dios, más amada que todas las criaturas, fué concebida sin pecado original en el sábado día 8 de Diciembre, diez y seis años antes del nacimiento de su Hijo, el Mesías y nuestro Redentor. (Año 3984 del mundo.)

Sus padres fueron Joaquin y Ana, descendientes de David, de la tribu de Judá, oriundos Joaquin de Nazaret y Ana de Belén, estériles por veinte años después de casados, al cabo de los cuales, y de una vida pacífica y santísima, oyó Dios su oración y se le premió haciéndolos abuelos de su eterno Hijo.

Concebida y animada María, fué llena de gracia, dotada de razón y al punto adoró á Dios, le dió gracias y se ofreció á servirle con todas las fuerzas de su alma.

Natividad. — Á los nueve meses, sábado, día 8 de Setiembre del año siguiente, nació más hermosa que el sol y la luna en Nazareth de Galilea al rayar el alba, venerándola al punto en los brazos de su Madre los Angeles de guardia que Dios le habia señalado y otros innumerables.

Nombre. — A los ocho dias, sus Padres, por divina inspiracion, le pusieron el nombre de María, que significa mar, mirra, maestra, estrella, esperanza y señora.

Presentacion. — Á los ocho dias, en cumplimiento de la ley, se presentó su Madre en el templo de Jerusalén, y ofreció en holocausto al sacerdote un cordero, una tórtola, la Niña se ofreció por sí interiormente al Señor.

Presentacion por voto. — Cumplidos tres años, cumplieron sus Padres el voto que habian hecho á Dios cuando le pidieron sucesion, ofreciéndola á su servicio en el Templo, y la Niña se ofreció por sí gustosísima y renovó el voto de castidad que tenia hecho desde que conoció á Dios. Fué ésta una segunda presentacion el dia 21 de Noviembre.

Á los ocho años de estar en el templo, y once de edad, quedó huérfana.

Estuvo en el templo con las otras niñas y las santas mujeres que allí servian al Señor once años, bajo la direccion de Ana Pro-

fetisa y de los sacerdotes, siendo por sus virtudes la admiracion y el más perfecto ejemplar de las vírgenes y doncellas.

Desposorios. — Entrando la Virgen en los quince años de su edad, y asegurada de que no padecería detrimento de su virginal pureza, la casaron los sacerdotes y parientes con José, varon justo y castísimo, de edad de unos treinta y tres años, de la misma tribu y familia de David, deudo suyo en segundo grado, de oficio carpintero.

Celebrados los desposorios en el templo de Jerusalén el 22 de Enero, se fué la Virgen con su Esposo á la casa de Nazareth, su patria, donde los Santos Esposos, de común acuerdo, renovaron su voto de castidad y entablaron una vida como de Ángeles.

Anunciacion. — Al cabo de dos meses, el 25 de Marzo á la media noche, estando María en altísima contemplacion pidiendo al Señor enviase al Mesías para remedio del mundo, entra el Arcángel San Gabriel, la saluda, y le dice que el Altísimo la tiene escogida para Madre de su Hijo. Turbóse la Virgen pensando habria de ser con menoscabo de su amada virginidad. Dijole el Arcángel: «No temas María; esto ha de ser milagrosamente.» Consintió al punto en ser Madre de Dios, y en el mismo instante las tres divinas personas formaron un cuerpo de la purísima sangre de María Santísima; al mis-

mo tiempo criaron una alma racional que unieron á este cuerpo, y á este cuerpo y alma unidos, se unió en el mismo instante la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, y así quedó Dios y hombre verdadero para poder morir por nosotros y salvarnos.

Visitacion. — Luego que se vió Madre de Dios, sabiendo que su prima santa Isabel, muger de Zacarías, estaba en cinta del precursor Juan, marchó con José á visitarla en Hebrón, ciudad de Judea, distante casi cuarenta leguas de Nazareth.

Con su presencia, fué santificado el niño Juan en el vientre de su madre Isabel: ésta entendió el misterio, y exclamó atónita: *Bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre; toda la casa se regocijó, y la Virgen alabó á Dios con el cántico del Magnificat.*

Nacimiento del Bautista. — Pasados tres meses en casa de Isabel, nació el Bautista; Zacarías, su padre recobró el habla, vino José á Hebrón por su Esposa, y se volvió con ella á Nazaret, dejando la Virgen llena de gracias y bendiciones á Isabel y toda su casa.

Vuelta á Nazareth. — Sufrió en silencio la tribulacion de su esposo, que advirtió el preñado y no sabia el misterio, hasta que el Ángel se le apareció y le dijo: *No temas,*

José, María es ciertamente madre, pero Madre de Dios; cuida de ella y del Hijo, y en naciendo llámale Jesús.

Al cumplirse los nueve meses de su misterioso preñado, le fué preciso ir con José á Belén de Judá para empadronarse y pagar el tributo, por mandarlo así el emperador de Roma.

Después de cinco dias de camino, llegaron á Belén de noche, registraron sus nombres en el padrón público, pagaron el fisco, y no encontrando posada en la ciudad, tuvieron que alojarse en una cueva, establo ó portal, que habia fuera de los muros.

Nacimiento. — Á la media noche del 25 de Diciembre del año 4000 del mundo, parió la Virgen á Jesús sin dolor ni detrimento de su virginidad. Lo envolvió en pañales y lo reclinó en el pesebre de unos animales. Apenas hubo hecho esto, tuvo el gozo de ver el establo iluminado de luz celestial, y los Ángeles y pastores vinieron á adorar á su Hijo divino.

Circuncision. — A los ocho dias, el 1.º de Enero, el Niño fué circuncidado y le puso por nombre Jesús, el mismo que le habia puesto su Padre Dios, aun antes de la Encarnacion.

Adoracion de los Reyes. — Á los trece dias el 6 de Enero del año 4001 del mundo y primero de la Era Cristiana, lo vió adorado de

tres Reyes de Oriente, y recibió los ricos dones de oro, incienso y mirra que le ofrecieron como Dios, Hombre y Rey que era.

Presentacion. — A los cuarenta dias, el 2 de Febrero, aunque no estaba obligada, cumplió la ley de la purificacion, presentándose con su amado Hijo en el Templo, ofreciendo, como pobre, dos pichones y dando por el rescate de Jesús, unigénito suyo y del Eterno Padre, cinco síclos, ó sean cuatro pesetas aproximadamente.

Acabada esta misteriosa ceremonia, se despidió de Ana la Profetisa y del viejo Simeón, quien le profetizó la muerte de su Hijo, y con éste y su Esposo pensaron volverse á Nazareth inmediatamente.

Huida á Egipto. — En estos dias avisó el Ángel á San José huyesen á Egipto con su Esposa y el Hijo, porque Herodes le buscaba para matarlo; y en la misma hora tomaron el camino sin despedirse de nadie.

Fijaron su habitacion en Matarea, entre Heliópolis y Babilonia, cerca del Cairo: aquí se cree fabricó la Virgen al Niño la túnica inconsútil, que creció con él y sortearon despues los soldados al pié de la cruz sobre el Calvario.

Vuelta de Egipto. — Despues de siete años, muerto Herodes y otros muchos que perseguian al Niño, avisándole el Ángel á San Jo-

sé, se volvieron los tres á Nazareth, de donde iban cada año por la Pascua á visitar el Templo de Jerusalén y adorar á Dios en él.

Niño perdido. — En uno de estos viajes, teniendo el Niño doce años, se les quedó perdido á la vuelta de Jerusalén para Nazareth, al cabo de tres dias que le buscaron sus padres con mucha pena, lo encontraron en el Templo sentado entre los doctores, que estaban atónitos de oír las preguntas del Niño y sus respuestas.

Vida oculta de Jesús. — Hasta la muerte de José (que fué á los veintiocho años de Jesús) María cuidaba de la casa, José trabajaba de carpintero, su Hijo putativo le ayudaba, y todos tres no cesaban en la más alta contemplacion.

Bautismo y ayuno de Jesús. — Dos años despues de la muerte de José, se despidió Jesús de su Madre para ir á Betania á ser bautizado por San Juan en el Jordán, y despues al desierto por cuarenta dias.

Predicacion de Jesucristo. — Vuelto Jesús del desierto á Nazareth con su Madre, y trayendo ya algunos discípulos, empezó su predicacion por Galilea, acompañándole casi siempre la Santísima Virgen.

Bodas de Canaán. — Extendida su fama por Galilea, fué convidado por sus parientes á unas bodas, á donde le acompañó su Madre y algunos discípulos. Aquí, faltando

el vino, le dijo su Madre una palabra, y al punto convirtió en vino generoso seis tinajas de agua que habia. Este fué el primer milagro público que obró Jesús.

Bautismo de la Virgen. — De aquí bajó con su Hijo á Cafarnaúm, y se cree que fué bautizada por Él en el Jordán. (Aunque carecia del pecado original, sin embargo con el bautismo se hacia capaz de los demás sacramentos.)

Los dos últimos años de la predicacion del Hijo, le siguió casi siempre, aunque tenia su residencia ordinaria en Cafarnaum.

La vispera de la Pasion se mantuvo en su estancia con las santas mujeres, desde donde vió su espíritu todo lo que pasó en el Cenáculo y en el Huerto de las olivas, en casa de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos.

El dia siguiente, viernes, le vió llevar la cruz á cuestas, le salió al encuentro en la calle de la Amargura, le siguió hasta el Calvario, le vió clavado en la cruz entre dos ladrones, á las doce del día, á los treinta y tres años de edad, contando desde su Encarnacion.

Permaneció á su vista tres horas que estuvo vivo en la cruz, vió á los soldados jugar sus vestidos, sostear la túnica inconsútil, y todas las burlas y escarnios del populacho.

Oyó las siete palabras que habló en la

cruz y el encargo que la hizo de que nos mirara como hijos, y que nosotros la tuviéramos por Madre.

Dolores de la Virgen. — Finalmente, le vió expirar á las tres de la tarde, herir su costado con la lanza, oscurecerse el sol, convertirse el buen ladron, el centurion y otros; tuvo en sus brazos el cuerpo desenclavado de su Hijo, le adoró, y con San Juan, las piadosas mujeres, José y Nicodemus, le llevó al sepulcro.

Resurreccion. — El domingo inmediato le vió resucitado y glorioso al rayar el alba y otras muchas veces por cuarenta dias.

Ascension. — Á los cuarenta dias, el 3 de Mayo, jueves, cerca de las doce, salió del Cenáculo con su Hijo, los once Apóstoles, las santas mujeres y otros fieles hasta 120, llegó á Betania, media legua de Jerusalén, subió con toda la comitiva al monte Olive-te, y allí se despidió de su Hijo, recibió su bendicion y le vió subirse á los cielos glorioso, más hermoso que el sol, acompañado de las almas de los santos Padres que habia sacado del Limbo, y de innumerables Ángeles.

Bajada del Espíritu Santo. — De allí se volvió con su pequeña grey al Cenáculo en Jerusalén, casa de Juan Marcos, á esperar la venida del Espíritu Santo.

Á los diez dias, 13 de Mayo, á las nueve,

fué llena del Espíritu Santo, que en figura de lenguas de fuego bajó sobre ella y demás fieles que estaban en su compañía esperando y orando.

El mismo día tuvo el gozo de ver convertidos 3,000 y recibir el bautismo.

Desde cincuenta años que tenía entonces hasta los setenta y uno, permaneció en Jerusalén en el monte Sion, en casa de Juan Marcos, hijo de María su parienta, discípulo de Jesús, y después compañero de San Pablo y San Bernábe en los viajes apostólicos.

Pilar de Zaragoza. — Teniendo cincuenta y cuatro años fué por ministerio de Angeles á Zaragoza, apareciéndose al Apóstol Santiago el Mayor, á quien mostró su agrado de que se le edificase allí un templo, lo cual ejecutó al punto el Apóstol con sus discípulos, colocando en él una Imagen suya sobre una columna ó pilastra, el 2 de Enero del año 37 de Jesucristo.

Á los setenta y uno de su edad y doce de la muerte de su Hijo dispersados los Apóstoles por todo el orbe por la persecucion de Herodes Agripa, tuvo que retirarse con San Juan su tutor, á Éfeso.

El año siguiente volvió á Jerusalén, casa de María, madre de Marcos, donde permaneció hasta su muerte ocupada en los ejercicios del más puro amor, alegrando con su dulzura y virginal modestia los ánimos de

los fieles, que de todo el mundo venían á ver y oír á la Madre de Dios, y siendo el consuelo, luz, maestra, ejemplo y oráculo de la recién nacida Iglesia.

Tránsito. — Finalmente, á los setenta años de su edad y veintitres de la muerte de Jesús, viernes á las tres de la tarde, día 13 de Agosto, después de haber consolado á los Apóstoles, que concurriendo milagrosamente de las más remotas partes del mundo se hallaban presentes con otros muchísimos fieles, les dió su bendición y murió de amor.

Su alma voló al punto al cielo; su cuerpo fué llevado en solemnisima procesion por los Apóstoles y discípulos á Jetsemaní, y puesto en el sepulcro, no lejos del de su Hijo.

Asuncion. — Al tercer día, el 15 de Agosto, por la mañana temprano, bajó su bendita alma del cielo acompañada de Jesús y los Angeles, entró en el sepulcro, se juntó con su cuerpo, resucitó, subió á los cielos en brazos de su Amado, y fué colocada en trono de gloria cerca de la Santísima Trinidad, en coro aparte, sobre todos los justos, á la derecha de su Hijo, coronada por Reina de cielos y tierra, hecha dispensadora de todas las gracias del Altísimo, mediadora entre Dios y los hombres, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza.

El día del juicio bajará con su Hijo á

juzgar vivos y muertos en el valle de Josafat.

Acabado el juicio volverá á subir al cielo para reinar con Dios por los siglos de los siglos sin fin.

SUMA DE ESTA CRONOLOGÍA.

María Santísima vivió setenta años:

En Nazareth, con sus padres.. . . .	3
En Jerusalén, en el templo.. . . .	11
En Nazareth y Hebron, con José. . . .	1
En Belen y Egipto, con Jesús y José. . .	7
En Nazareth, con Jesús y José.	21
En Nazareth, con Jesús, muerto José..	2
En Cafarnaum, durante la predicacion de Jesús.	4
En Jerusalén, muerto Jesús.	12
En Éfeso, con San Juan.	1
En Jerusalén, otra vez con San Juan..	8
<hr/>	
TOTAL	70
<hr/>	



PIADOSO EJERCICIO PARA LOS VIERNES.

EN MEMORIA DE LAS TRES HORAS QUE ESTUVO MARÍA SANTÍSIMA AL PIÉ DE LA CRUZ EN EL CALVARIO

INDULGENCIAS.

El Illmo. Sr. Obispo de esta diócesis, D. Juan Ambrosio Huerta, concede cuarenta dias por cada una de las tres oraciones á la Virgen.

ORACION

¡Crucificado de mi alma, dulce Jesús de mi vida, y mi única esperanza! Aquí me postro rendidamente á tus pies, confiado en que por tu grande misericordia has de perdonar mis delitos; pues por salvar á los hombres bajaste del Cielo al mundo á experimentar tantos trabajos cuantos no caben en la humana comprension, hasta dar el último aliento de tu vida en el madero de la Cruz, para redimir al género humano. Bien conozco, Redentor mío, que mis ingratitudes han sido la causa de tus gravísimas penas, y motivo de los acerbísimos dolores de tu purísima Madre. Por ellos te pido me perdones ¡oh Dios! Señor de todo creado, pues á mí de todo corazon me pesa de haberte ofendido.

No permitas, Padre de misericordia, que permanezca en los pecados con que hasta la ocasion presente te he agraviado, sino que, agradecido á

tus beneficios, te presente en correspondencia el agradable don de mi arrepentimiento y de la verdadera penitencia de mis culpas, para que, purificada mi alma con las luces de tu divina gracia, merezca en el Cielo alabarte por una eternidad. Amén.

Oracion primera.

En honra y reverencia de la primera hora que Cristo, nuestro Dios, estuvo en la Cruz en compañía de su Santísima Madre, que fué desde las doce del día hasta la una de la tarde.

¡Oh Soberana Madre de Dios! Hija del Eterno Padre, angustiada Madre del Divino Verbo, y congojada Esposa del Espíritu Santo; si porque el mundo quedase perdonado y redimido experimentaste tantos dolores y penas, en todo el discurso de la pasión y muerte de tu Santísimo Hijo, viendo maltratar con azotes, bofetadas y golpes el sagrado cuerpo en quien se miraban las Angélicas potestades como en un purísimo espejo, viéndolo en esa Cruz desposeído y desnudo de aquella túnica, que cuando pequeño, le tejiste con tus purísimas manos para cubrir su desnudez como amante madre; cubre, Señora, la desnudez de mi pobre alma con la nupcial vestidura de la gracia, para que así pueda tener parte en el espléndido convite de aquel celestial paraíso que prometió tu Hijo soberano al delincuente Dimas en virtud de su final penitencia. Haz que arrepentido llore yo amargamente mis culpas á vista de tus oprobios y afrentas, teniendo presente tus dolores para confesar, arrepentido, mis pecados, y que crucificado con mi amantísimo Jesús, logre de peni-

tencia final, y consiga la gracia que me haga digno de la bienaventuranza eterna, que alcanzan dichosamente los que, como amantes hijos, se valen de tu patrocinio. Así lo esperamos, Señora, por los méritos de mi Señor Jesucristo, crucificado en ese madero por nuestro amor, que con el Padre y el Espíritu-Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

Un padre nuestro y una Avemaria con su gloria patri; y luego se dirá con toda reverencia: — Ave Maria dolorosísima — Sin pecado concebida.

Oracion segunda.

En reverencia de la segunda hora que Cristo, nuestra salud, estuvo pendiente de la Cruz teniendo presente á su purísima Madre, que fué desde la una de la tarde hasta las dos.

¡Oh afligidísima Maria, Madre del Verbo Divino, Reina de los hombres y esclarecida Emperatriz de los Cielos. Ya, Madre y Señora mia, se me parte el corazón considerando tu purísima alma navegando entre congojas y rodeada de las aguas amargas de crecidísimas fatigas, al pié de esa cruz constante. Yo quisiera mitigar tus penas, á costa de perder por tí la vida si el morir fuera remedio para no verte penar. Yo, Reina y Señora mia, por tí muriera, porque tú no penaras; pero ya que la desgracia me priva de tanta dicha, recibe en las aras de tu misericordia mi sentimiento, que sirva de lenitivo á la grandeza de tu llanto: sírvate de mayor gloria ver que lo que padeciste en este valle de lágrimas en compañía de tu amantísimo Hijo, crucificado en ese ignominioso patíbulo, fué eficaz remedio para que se salvaran los

hombres. Ya que nuestras obras son estériles de virtudes, alcánzanos de la infinita bondad de tu soberano Hijo, que sean fructuosos nuestros deseos: preséntale á Dios tus lágrimas, para que atendidas en el Tribunal de la Divina Justicia, revoque la sentencia de nuestra eterna condenacion, pues ante su eterno Padre interpuso sus ruegos por el perdon de sus enemigos. Concédenos la gracia que pretendemos, para conseguir la sempiterna gloria que deseamos. Esperanza tenemos, Señora de verte en el Cielo para alabarte por los siglos de los siglos. Amén.

• *Un padrenuestro y una avemaria con su gloria patri y luego se dirá con grande reverencia:— Ave Maria dolorosísima. — Sin pecado concebida.*

HUMILDES DEPRECACIONES Á NUESTRA SEÑORA, Y AL FIN DE CADA UNA SE RESPONDERÁ:—
Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por las siete palabras que habló tu Santísimo Hijo en la Cruz, y por las tres horas que lleno de angustias y penas le acompañaste.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por la caridad con que suplicó á su Eterno Padre, perdonase á los que le crucificaron.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por la misericordia que usó con el buen ladrón dándole entrada en el celestial Paraíso.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por el amor con que te encomendó por hijos á los hombres.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por la sed que tuvo de la salvacion de los hombres.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por el amor con que consumó la obra de nuestra redencion.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por el desamparo que sufrió de su Eterno Padre.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por la grande voz con que encomendó su espíritu en manos de su Eterno Padre.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por la cruel lanzada con que le abrieron el pecho.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

—Por lo que padeció en el discurso de su santísima vida.

—Alcánzanos buena vida y buena muerte.

Oraçion tercera

En reconocimiento de lo que por nuestra salvacion padeció el Redentor del mundo en la cruz acompañado de la Reina de los Cielos y de la tierra en la tercera hora, que fué desde las dos de la tarde hasta las tres en que expiró consumada la redencion del género humano.

¡Oh María Reina mia! ¡Oh dulce, agradable encanto de mi vida! ¿Qué haré, amantísima Madre de mi alma, para consolarte viéndote tan congojada al pie de esa cruz constante, al tiempo de dar el último aliento de vida tu Hijo unigénito? Suspende, Señora, el llanto hasta que yo, con el dolor de mis culpas, te ayude á llevar la carga

pesadísima de tan crecidos sentimientos. No tengo fuerza, Señora, para acompañarte en las fatigas; pero deseo que me hagas participante de tus penas. ¡No suspiréis! Detén el curso á la corriente de tus lágrimas para que mi alma pueda navegar en el profundo mar de tus congojas. No lloréis, consuelo mío, porque tus angustias, aunque avivan mis esperanzas, aumentan mis desconsuelos. No gimáis ¡mansísima paloma! atiende que tu presencia es alegría de los Ángeles, regocijo de los bienaventurados, y consuelo de los pobrecitos pecadores; remonta el vuelo, Águila generosa, á la cumbre de esa cruz, donde resplandece el amor, poder y grandeza del Divino Sol de justicia.

Preséntate como amorosa madre á estos tus ingratos hijos, pues desde esa cruz te fueron encomendados los hombres para que cifrasen todo su alivio, todo su consuelo en tu proteccion y amparo. No nos desampares, Señora: mira que si nos dejas de tus manos es difícil nuestro remedio. Haz, Soberana Reina, que temerosos los mortales de la justicia de tu Santísimo Hijo, teman caer de su gracia, aspirando con el mérito de la penitencia a gozar sin fin de la eternidad de su gloria. Amén.

Un padrenuestro y una avemaria, etc.

Ofrecimiento.

Estas oraciones te ofrecemos dolorosísima Madre de Dios, en memoria y reverencia de las tres horas que el Viernes Santo, estuviste alpié de la

cruz acompañando á tu Santísimo Hijo, hasta que los discípulos, lo bajaron de ella para darle honrosa sepultura.

Y las aplicamos también en memoria de tus siete dolores, por todas las benditas almas del purgatorio; por todos los que están en pecado mortal; por los navegantes y agonizantes; por la perfeccion de los señores sacerdotes y religiosas; por los cautivos cristianos; por la conversion de los pecadores y de todos los que están fuera del gremio de la Iglesia; para que todas las criaturas racionales logren el agua y beneficio del Santo Sacramento del Bautismo; por todos los que hubieren callado pecados en sus confesiones sacrílegas y mal hechas, haciendo de sus culpas verdadera y pronta penitencia; por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y aumento de nuestra Santa Fe Católica, y especialmente por los devotos de la pasion de tu Santísimo Hijo y de tus siete dolores. Amén.

Se concluirá con una Salve á Maria Santísima de los Dolores, etc.

VISITAS AL SSMO. SACRAMENTO,

Á LA VIRGEN MARÍA Y Á SAN JOSÉ

Visita al Santísimo Sacramento

ORACION.

Dulcísimo Jesús mio, Redentor piadosísimo de las almas, que no contento con haberte hecho hombre por nosotros, sujetándote por nuestro amor á pasar una vida llena de penas, de trabajos y aflicciones, consumiéndola en la cruz, quisiste quedarte en ese Sacramento de amor prometiéndonos permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos, como que tus delicias son estar con los hijos de los hombres: ¿cómo me atreveria yo á presentarme en tu adorable presencia, si no estuviera penetrado, al mismo tiempo que de estas verdades, de un vivo é intenso dolor de mis culpas? ¿Cómo incurriria en tal arrojio, si tú mismo no me convidaras á ir á Tí? Confieso, Dios mio, mis pecados; confieso que un torrente de iniquidades he puesto en contraposicion del insondable piélago de tus beneficios; y quisiera que el dolor que esta consideracion me causa, fuera un afilado cuchillo que me dividiera el corazon. ¡Pero cuánto temo, Dios mio, que este dolor no sea sincero, pues aún me deja voces con qué decirlo! Sí, mi Jesús, lo temo, y esto es un nuevo motivo que me apresura á acojarme á tu misericordia. Haz verdadero mi dolor; dame lágrimas de verdadera

penitencia. A mí me pesa de haber sido tan ingrato haber pecado en tu soberana presencia. Propongo enmendarme ayudado de tu divina gracia, y con la misma hacerme digno de la vida eterna.

Se reza la Estacion mayor, que consta de siete padrenuestros y avemarias gloriados y se concluye con este

OFRECIMIENTO

¡Oh, mi Jesús amorosísimo! Pues con los infinitos méritos de tu santísima vida, pasión y muerte, nos has dejado en tu santa Iglesia un tesoro inagotable de merecimientos, hazme participante de ellos valorando mis tibias oraciones y súplicas y concediéndome la plenaria remisión de mis culpas y de las penas que por ellas justamente merezco. Sé cuánto te agrada te pidan tus criaturas; como que eres infinitamente benéfico y misericordioso, y así, uniendo mi intencion á la de los Santos, te pido humildemente veas con ojos de piedad á tu santa Iglesia, á su cabeza visible el Sumo Pontífice, á las órdenes religiosas y á sus preladados, á nuestros gobernantes y á todos los príncipes cristianos, concediéndoles triunfos de sus enemigos y los tuyos, para que por este medio se exalte la fe santa y se dilate el Cristianismo. Destierra todo error de los herejes, de los cismáticos y de las sectas y sociedades secretas; alumbrá á los infieles y paganos, y haz que detesten sus culpas los pecadores. Concédeles libertad á los cautivos, puerto á los navegantes, salud á los enfermos, paciencia á los atribulados, resignacion á los pobres, constancia en la virtud á los justos, el

don de la perseverancia á ellos y á todos mis prójimos, y refrigerio de sus penas á las santas almas del purgatorio, para que unidos todos en el vínculo de caridad más estrecho, después de servirte y amarte en esta vida, vayamos á cantar tus misericordias en la gloria. Así sea.

Visita á la Virgen Maria

ORACION.

Dulcísima Virgen María á quien con inefable amor me encomendó en la persona de su querido discípulo San Juan, tu divino Hijo pendiente de la cruz, permite que te encomiende yo también mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo con todos sus sentidos, mi vida con todos sus actos, pensamientos, palabras y obras; pero muy en particular aquel último y crítico momento del cual pende mi suerte por toda la eternidad. Y ya que en tu felicísimo tránsito mereciste ser visitada y conducida al cielo por tu Santísimo Hijo, te suplico, ¡ó tierna Madre del amor hermoso! te dignes asistir á mi tránsito con maternal piedad, y no te separes un sólo instante de mí. Porque así como confío morir santamente con tu auxilio, así temo ¡ay! parecer para siempre, si muero sin tí. Pues, ¿cómo siendo tan débil y frágil resistiré á tantos y tan terribles asaltos del común enemigo, si tú, vencedora del infierno, no estuvieres conmigo? ¿Cómo sostendré yo aquel estrechísimo juicio, si tú, Madre del Juez, y Madre mía, no me acompañas y eres mi abogada? ¿Cómo podré sufrir la cuenta de mis pecados, si tú no los excusas

delante de tu amantísimo Hijo, y no me alcanzas de ellos perdón?

Inclina, por tanto, tu oído á mis humildes súplicas, ¡oh Madre amorosísima! asistidme en mi última agonía, y no me desampares en aquel triste y angustioso trance. No me niegues esta petición que con todo el afecto de mi corazón te dirijo: otórgamela, te suplico, por aquel amor con que asististe á tu Hijo moribundo, por aquellas amargas lágrimas que derramaste cuando le viste agonizar é inclinar la cabeza y expirar en la cruz por mi amor. No, Madre mía, no sea malograda sangre de tanto valor; sino haz que, libre de las asechanzas del demonio, muera yo bajo tu protección y amparo, y vaya contigo á gozar de la celestial bienaventuranza. Amén.

Se rezan tres avemarias por los que están agonizando, para que tengan buena y santa muerte, por todos los necesitados y por los que se han encomendado á nuestras oraciones.

Visita á San José

ORACION

Poderosísimo Patrón del linaje humano, amparo de pecadores, seguro refugio de los afligidos, agradable consuelo de los desamparados, José gloriosísimo, el último instante de mi vida ha de llegar sin remedio, y mi alma, sin duda alguna, ha de agonizar, terriblemente acongojada, con la representación de mi mala vida y muchas culpas y pecados; el paso á la eternidad ha de ser sumamente estrecho y espantoso; el demonio, mi co-

mún enemigo, me ha de combatir formidablemente con su mayor astucia y poder, á fin de que yo pierda á Dios por toda una eternidad; mis fuerzas en lo natural han de ser ninguna; en lo humano no ha de haber quién me remedie: sólo la gracia del Señor y su misericordia infinita me podrá salvar. Por tanto, desde ahora para entonces te invoco, Padre mio benigno, á tu patrocinio me acojo, por el que espero que me habéis de alcanzar mantenerme firme en la Fe, constante en la Esperanza y ardiente en la Caridad. Cuando llegó, Patriarca santo, la hora de tu dichoso tránsito, Jesús, tu Salvador, y María, tu Esposa Santísima ahuyentaron á los demonios para que no se atravesasen á perturbar tu espíritu; por estos favores, y por los que en vida te hicieron Jesús y María, te pido ahuyentes á mis enemigos en mi última agonía mortal, á fin de que merezca por vuestra mediación conseguir el reino de los cielos. Amén.

Se reza un padre nuestro al santo Patriarca para que nos libre de la muerte repentina, y de toda desgracia.

Al despertar y despues de persignarte.

Dios y Señor mio, centro del amor y origen inagotable de piedad: Señor, en vuestro nombre me levanto del sueño y os doy las debidas gracias porque me habeis dejado ver la luz del dia presente, para que en él me emplee en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén.

DEPRECACIONES

Os amo Bien mio... En Vos creo, en Vos espero, ¡dulce Jesús mio!... Virgen Santísima, sed

mi Madre, yo quiero ser hijo vuestro .. Jesús dulcísimo, tened misericordia de mí... Ofrezcoos, Señor mis pensamientos, palabras, obras, y trabajos, uniéndolos á las penas y trabajos que Vos padecisteis por mí.

Ángeles y Santos del cielo, y Vos en especial, glorioso san N., patrón y abogado mio, interceded por mí. *Credo, padre nuestro y avemaria.*

POR LA NOCHE.

Al acostarse y despues de persignarse y hecho el exámen de conciencia, decir el acto de contrición.

Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, la Virgen Maria me lleva á su lado: vete, enemigo, no vengas conmigo; yo voy con Dios, Dios viene conmigo. Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares de noche ni de dia.

Jesús, José y Maria os entrego el corazon y el alma mia.

Jesús, José y Maria, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y Maria expire en paz con vos el alma mia.

Aplaca, mi Dios, tu ira, tu justicia y tu rigor; dulce Jesús de mi vida, misericordia, Señor.

Por las tres veces: Santo Dios, Santo fuerte Santo inmortal. Libranos Señor, de todo mal.

PLEGARIA Á LA REINA DEL CIELO

¡Oh dulce, oh clara antorcha
Del alma peregrina,
Fanal resplandeciente
De incomparable luz!
Con tus brillantes rayos
Los pasos ilumina
De aquellos que veneran
La redentora Cruz.

¡Oh Madre! si las almas
Buscan mundana gloria,
Y de falaz riqueza,
El mísero esplendor,
Presenta ¡ ay ! á sus ojos
Presenta á su memoria,
de la corona eterna
El vivo resplandor.

Si el hombre desdichado
Profana en su locura
Esos afectos santos
Que guarda el corazón,
Enciende en él ¡oh Madre!
La llama noble y pura,
El fuego poderoso
De santa devoción.

Si siente desdichado
Del odio los furoros,
Y de venganza horrible
El devorante ardor,

Apaga bondadosa
Sus míseros rencores,
Y cambia sus enojos
En fraternal amor.
Si viles apetitos
Mancharon su existencia
Si la infernal envidia
Su corazón daño:
Si de su gran destino,
Por triste negligencia,
Y de su Dios amante
Ingrato se olvidó,
Abre sobre él tus ojos
Y bondadosa mira,
Las peligrosas llagas
Qué lleva sobre sí.
Tal vez en su amargura
Por la salud suspira,
Y ha puesto su esperanza
¡Oh dulce Madre! en tí.
¡Oh Reina poderosa!
¡Oh Reina de los Santos!
Concédenos la gracia,
La paz, la santidad;
¡Oh estrella de los mares!
Escucha nuestros cantos,
Desde tu excelso trono
De eterna claridad.

À MARÍA

LETRILLA

Coro.

*Bendita seas,
Madre piadosa;
Divina rosa
De Jericó,
Tus glorias canten
En dulces modos,
Los seres todos
Que Dios crió.*

Bendito sea
Tu nombre augusto,
Del bueno y justo
Fuerte broquel;
Que le asegura
Siempre victoria
Y ella en la gloria
Verde laurel.

Frondosa palma,
Rosal bendito,
Nardo exquisito,
Santo ciprés.

Tus fieles hijos
A ti clamamos,
Y nos postramos
Hoy á tus pies.

Gloria del cielo,
Aurora bella,
Luciente estrella
Fúlgido sol.

En tí su dicha
Siempre ha cifrado,
Tu muy amado
Pueblo español.

Fanal divino
Que en la atalaya
Guía á la playa
Consolador;

Sé nuestro amparo,
Luz y alegría,
Refugio y guía
Del pecador.

Lirio entre espinas,
Fuente sellada,
Tu grey amada,
Tu pueblo fiel.

Rinde á tus plantas
Guirnalda hermosa
De azahar y rosa,
Mirto y laurel.

Suave azucena
Nunca marchita,
Virgen bendita,
Madre de amor.

Séante gratas
Nuestras ofrendas;
No desatiendas
Nuestro clamor.

Tu amor divino
Nos purifique,

En él radique
Nuestra virtud;
Y de tal modo
La ejercitemos,
Que ver logremos
Tu excelsa luz.

Oye sus preces,
Madre amorosa,
Mira bondadosa
Nuestra nación.

Mira que somos
Hijos leales;
De nuestros males
Ten compasión.

*Bendita seas,
Madre piadosa;
Divina rosa
De Jericó;*

*Tus glorias canten
En dulces modos,
Los seres todos
Que Dios crió.*

V.

HIMNO.

Rindamos, ¡Virgen bella
Rindamos á tus pies
Coronas perfumadas
De rosas y laurel.

Más pura y más brillante que el sol en el oriente
Te vieron con envidia las hijas del Sion,

Y absortas contemplaron escritas en tu frente
Las letras indelebles de eterna bendición.

Naciste más hermosa que grata primavera
Que presta al valle galas, murmullos al Jordan;
Creciste más altiva que plácida palmera;
Tu sombra en el desierto convida á reposar.

Un mar sin horizonte los míseros mortales
Cruzaban delirantes sin brújula y sin luz,
Tus manos recorrieron las puertas eternas,
Y huyeron las tinieblas, brillando tu virtud.

Por eso aquí tus hijos se postran reverentes,
Y alegres te proclaman, ¡oh reina celestial
Los montes y los valles, los prados y las fuentes
Las aves y las fieras, los peces y la mar.

P.



A LA VIRGEN

PREGARIA

Vos entre mil escogida
De luceros coronada:
Vos, de escollos preservada
En los mares de la vida;
Vos, radiante de hermosura
¡Virgen pura!
De toda virtud modelo,
Flor trasplantada del suelo
Para brillar en la altura;

Vos, la sola sin mancilla
De Adam en la prole insana;
A cuya voz soberana
Dobla el Ángel la rodilla:
Que vencisteis el delito,
Y al precito
Qerub quebrasteis la frente:
Vos, cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito;

Vos, que ocupáis regio asiento
En Sión hermosa y Santa,
Y tenéis á vuestra planta
Por alfombra el firmamento.
Vos, que miráis ¡Virgen pura!
La amargura
De esta mujer solitaria,
¡Ay! escuchad su plegaria
Desde el trono de la altura.

En tempestuoso Océano
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Encienda piadosa mano:
Entre escollos gira roto
Sin piloto;
Y sin brújula ni vela
Á merced deshecho vuela
Del vendabal ó del noto.

Vos, en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría:
Ved mi vida abandonada,

¡Madre amada!
Mi juventud sin amores,
Débil planta á los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tuvo risas
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna
Y sin luna,
Fué la noche desgraciada
Que fuera al mundo lanzada.
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!... No existe
Ni patria, ni hogar querido,
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo yedra triste!
Cada sostén de mi vida
Desvalida,
Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado
De aquilones combatida.

Extranjera en este mundo
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, Madre mia,
En este abismo profundo:
Este abismo de dolores
Que con flores
Disfraza tal vez la suerte:
¡Volcán que encierra la muerte
Coronado de verdores!

Seres hay en este suelo,
Enigmas ¡ay! de amargura,
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo.
Van por ignotos caminos
Peregrinos,
Solitarios y sin nombres,
No les conocen los hombres
Ni comprenden sus destinos.

¿Qué quiere hacer, ¡oh Maria!
De estas almas el Eterno?
¿Es del cielo ó del infierno
La mision que les confía?
¿Para qué fueron lanzados
¡Desgraciados!
Al bello mundo estos seres,
Entre risas y placeres
Á padecer destinados?...

Yo los misterios venero
Que comprender no consigo,
Y á vos ¡oh Virgen! os digo
«Madre, yo ruego y espero»
Se dice que el Señor vierte
En el fuerte
La amargura de su ira,
Y con blandos ojos mira
Al indefenso é inerte.

¡Ay! no soy soberbia encina
Firme del cierzo á la saña,
Sino humilde y frágil caña
Que al menor soplo se inclina.
Pase por el mundo ciego

Con sosiego
Mi solitaria existencia
Y de Jehová la clemencia
Alcance mi ardiente ruego.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Despojados de ilusiones
Corazones
No ambicionan alegría,
Solo os piden, Virgen pia,
Paz, suspiros y oraciones.

A.

GLORIA A MARIA.

Gloria á tí, Madre y Señora,
Del mundo vida y consuelo,
Que con amoroso anhelo
Tu mirada protectora
Tiendes sobre el ancho suelo.

Gloria á tí, perla brillante,
Virgen pura inmaculada,
De la humanidad culpada
El ánora de diamante
En la celestial morada.

Gloria á tí, de amor divino
La llama radiante y pura,
Á cuya luz de ventura,
Panorama peregrino
Nos ofrece tu ternura.

Gloria á tí de cielo y tierra
Madre amante y soberana,
Claro albor de la mañana,
Ramo de oliva en la guerra,
Templo de la fe cristiana.

Gloria á ti canta mi labio,
Y conmigo el orbe entero,
Por que alegre y placentero,
Al perdonar tanto agravio,
Tu rostro admira hechicero.

Que en tu amor sus corazones
Se abrasan enternecidos,
De ardiente fe poseídos,
Y doblegan sus pasiones
Á tus pies arrepentidos.

Y por tu ruego amoroso
El justo rigor declina
De la cólera divina,
Y tu Hijo cariñoso
Por ti á perdonar se inclina.

Que tú suspendes su enojo,
Y abres al alma perdida
Senda de fácil subida:
Y en flor truecas el abrojo,
Y das tu amor por egida.

Y con más vida renace
La religion por tu ruego:
De tus lágrimas al riego,
De la fe la planta nace
Que abrasó el mundano juego.

Por tí, la revelacion
Del Señor al mundo halaga,
Que tu pura Concepcion
Al más duro corazon
Es fuerza que satisfaga.

Y por tí, tras la cortina
Tocada de blancas nubes,
Sonó una voz peregrina,
Y al son de orquesta divina
El coro de los querbues.

Y aquel suavísimo acento,
Eco dulce, apetecido,
Que bajó en alas del viento,
Por el hombre repetido
Subió al alto firmamento.

Y el ancho espacio cruzando,
Tu origen puro y sin mancha
Por do quiera proclamando,
En las almas va grabando
Tu nombre, que el alma ensancha.

¡Oh, Tú! Madre y Virgen pura,
Consuelo del pecador,
Vaso de inmensa ternura,
Oye el alegre clamor
Nuncio de nuestra ventura.

Y al vernos besar tu manto,
Y adorar tu puro nombre,
Y bendecir el encanto
De la Madre de Dios hombre,
Léganos tu amparo santo.

Y da tu virtud al alma,
Tu dulzura al corazon,
Más brillo á la religion,
Y danos eterna palma
Dándonos tu bendicion.

M.

PRINCIPIOS DE PERFECCION.

1. Amar á Dios sin tasa, al prójimo como á á nosotros mismos. Mortificar el amor propio.
2. Negar su juicio, sujetarse al ajeno, obedecer en todo lo que no se oponga á la ley de Dios.
3. Hablar poco, sufrir mucho, perdonar generosamente, y olvidar las injurias por amor de Dios.
4. Menospreciar el mundo. Huir las ocasiones de pecar. Meditar siempre en Dios.
5. Amar el recogimiento. Ocupar bien el tiempo. Resistir pronto las tentaciones.
6. Leer y estudiar cosas útiles. Pensar en la muerte. Ajustar las cuentas de la conciencia, no dejar el arreglo de los negocios para la última enfermedad.

7. Orar con frecuencia. Frecuentar los sacramentos. Socorrer al prójimo.

8. Aborrecer la avaricia. Dejar las conversaciones inútiles. Hablar siempre la verdad.

9. Mortificar los sentidos. Comer para vivir. No vivir para comer. Despreciar alivios.

10. Alabar lo bueno. Reprender lo malo. Aconsejar lo mejor: todo con prudencia.

REFORMACION DE LA VIDA.

Amor de Dios continuo, fervoroso y sin medida. Amor del prójimo casto, prudente, recatado y medido. Amor de sí mismo, virtuoso, animoso, discreto y humilde.

El pensamiento, devoto, limpio, circunspecto y temeroso.

La intencion, recta, pura, sencilla y caritativa.

La oracion frecuente, humilde, atenta y fervorosa.

La confesion dolorosa, discreta, obediente y bien preparada.

La conciencia pura, quieta, temerosa de Dios y bien examinada.

La limosna liberal, caritativa, secreta y compasiva.

El ayuno prudente, obediente, penitente, voluntario, y de todo mal resabio distante.

La comunicacion, con sabios, pacíficos y virtuosos.

Los amigos, pocos, prudentes y callados.

El hablar, poco, verdadero, honesto y muy considerado.

El semblante, grave, humilde, devoto y agradable.

El traje y vestido, conveniente, limpio y honesto.

La comida y bebida, templada, mortificada, á su tiempo y con modestia.

Las recreaciones, pocas, breves, decentes y proporcionadas.

Todo sea para la mayor gloria de Dios.

REPERTORIO DE CÁNTICOS

para el Mes de Mayo y otras fiestas de la Virgen (1).

La naturaleza en el mes de Mayo.

Bella naturaleza que tu verde manto
Con dulce encanto por prado extiendes,
Y nos sorprendes con belleza tanta
Que nos encanta;

Tú que embalsamas con tus gayas flores
De mil colores y de suave aroma
La verde loma y el vital aliento
Del manso viento;

(1) De varios autores.

Hoy á María la encendida rosa
Con la olorosa clavellina ofrece,
Que ora embellece con matiz y olores
Prados y alcores.

Manso arroyuelo que festivo ríes
Entre rubíes de que el valle umbroso
Vistes gozoso, y de carmín y gualda
Pintas su falda;

Tú que te escondes con feliz murmullo,
Tierno el capullo de la rosa besas
Cuando atraveses por el prado ameno
Rápido y lleno;

Tu acento eleva á las etéreas salas
Del viento en alas, y á la Virgen bella
Más que la estrella sin cesar bendice
Manso y felice.

Y tú, avecilla que en floresta amena,
Oh Filomena, que al mortal recreas
Cuando gorjeas con celeste encanto
Plácido canto;

Alza tu vuelo á la mansion divina
Y la argentina melodia oyendo,
Dí repitiendo en la region vacia;
Dulce María.

Y cuando quieras del amor cautiva
Llamar festiva de tu afecto al ave,
Dí muy suave en la mansion umbria:
Gloria á María.

PARA EMPEZAR EL MES DE MAYO

CORO.

*Corramos fervorosos
Con flores á porfia,
Con flores á Maria,
Que Madre nuestra es.*

De nuevo aquí nos tienes,
Purísima Doncella,
Más que los cielos bella,
Postrados á tus pies.

Venimos á ofrecerte
Flores del bajo suelo;
¡Con qué filial anhelo,
Señora, tú lo ves!

Humildes te rogamos,
Si no lo desmerecen,
Las que en la gloria crecen
En cambio tú nos des.

Con ellas te ofrendamos
Rendidos corazones,
Pidiéndote los dones
Que rica tú posees.

¡Ay, Madre! no nos dejes;
¡Ay! que las almas solas
Entre las turbias olas
Darán luego al través.

En tus benignas manos
Vida y salud ponemos;
Al puerto llegaremos,
Si á nuestro lado estés.

PARA ACABAR EL MES DE MARIA

CORO.

*Dulcísima Virgen
Del cielo delicia,
La flor que te ofrezco
Recibe propicia.*

Los valles alegre
Benéfico rayo
Del sol que engalana
Las flores de Mayo.

Risueñas se abren
Y el cáliz asoma,
Y esparces en torno
Balsámico aroma.

Así agradeciendo
Su noble destino,
La gloria publican
Del Dueño divino.

Jazmín, azucena,
Claveles galanos,

De ofrenda servidme,
Venid á mis manos.

Mostrad hoy á gala
Mayor lozania,
Que va á recibiros
La Virgen María.

El alma, Señora,
Yo, pobre aunque soy,
Con todas mis ansias
Rendido te doy.

Mi afecto sencillo
Recibe amorosa,
Que en solio esplendente
Nos miras piadosa.

Propenso tu oído
Mis voces atienda,
Y admita cual Madre
Tu seno mi ofrenda.

Tu rostro apacible
Mi vista descubra,
Y en tanto dichoso
Tu manto me cubra.

UN SUSPIRO

LETRILLA AMOROSA.

CORO.

*Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

(Santa Teresa de Jesús.)

Ni el umbroso soto,
Ni pensil ameno,
Pueden á mis ansias
Dar algún consuelo.
¡Es la tierra triste,
Calabozo estrecho!

*Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

Ni flor, ni perfume,
Ni fragante incienso,
Ni el trinar del ave,
Ni su raudo vuelo;
Nada puede atarme,
Pues á Tí yo quiero.

*Véante mis ojos
Muérame yo luego.*

¡Oh noche tranquila!
¡Estrellado cielo!
¡Argentada luna!...
No robéis mi afecto,
Que aunque sois hermosos,
Es mi amor más bello.

*Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

¡Soledad augusta!
¡Sepulcral silencio!...
Un pequeño alivio
Con vosotros siento,
Porque entre suspiros
Sólo vivir puedo,

*Véante mis ojos.
Muérame yo luego.*

Muera, Jesús mío;
Salga, salga presto
De este triste valle,
Do todo es tormento.
¡Ay! Por Tí suspiro,
Y sin Tí yo muero.

*Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

HIMNO

Á LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

CORO.

*¡Salve, Salve! cantaban Maria,
Que más pura que tu ¡sólo Dios!
Y en el cielo una voz repetía:
¡Más que tú... sólo Dios, sólo Dios!
Con torrentes de luz que te inundan,
Los arcángeles besan tu pie,
Las estrellas tu frente circundan,
Y hasta Dios con orgullo te ve.
Pues llamándote Pura y sin mancha,
De rodillas los mundos están,
Y tu espíritu arroba y ensancha
Tanta fe, tanto amor, tanto afán.
¡Ay! ¡Bendito el Señor, que en la tierra
Pura y limpia te pudo formar,
Como forma el diamante la sierra,
Como cuaja las perlas el mar!
Y al mirarte entre el ser y la nada,
Modelando tu cuerpo, exclamó:
«Desde el vientre será Inmaculada,
Si del suyo nacer debo Yo.»
Porque tú, Madre Virgen y pura
Del que dijo: ¡Haya luz! y hubo luz,
Y á tus pechos debió tu ternura,
Y á tus brazos cayó de la Cruz.
No pudiste llevarle en su seno,
Si en tu seno triunfó Satanás;*

¿Tú, la Madre de Dios, en el cielo!
Y era Dios y lo quiso?... ¡Jamás!

Que á tus plantas rodó la cabeza
De Luzbel, como rueda el alud,
Y en tu ser natural la dureza
De ley fué, como en Dios la virtud.

Invocándola España en sus glorias,
Dió feliz á dos mundos la ley,
Y voló de victoria en victoria,
Y de cada español hizo un rey.

Por tu nombre en Lepanto vencía,
Por tu fe dióla un mundo Colón,
Y en Otumba, Granada y Pavía,
Inmortal fué por tí su pendon.

Que al sentir de montaña en montaña
Las tormentas de noche rugir,
Se te ve protegiendo tu España,
De la luna en el disco salir.

¡Flores, flores... que al templo ya viene!
Y en su trono de luz y á sus pies,
Querubines y arcángeles tiene
Más que espinas y granos la mies.

Flores, flores, las nubes derramen
De la Virgen *sin mancha* en honor,
Y su Reina los cielos la llamen,
Y los hombres su Madre y su amor.

Ella pide virtudes por palmas,
Corazones por templo y altar,
Para luz de sus ojos las almas
Que pretenden su amor cautivar.

Y en las iras de Dios las esconde,
Y le grita al sonar la explosion:
«¡Son mis hijos, piedad!» Y Él responde:
«¡Son sus hijos! ¡Piedad y perdon!»

*¡Salve, Salve! cantaban Maria,
Que más pura que tú ¡sólo Dios!
Y en el cielo una voz repetía:
¡Más que tú... sólo Dios, solo Dios!!!*

CÁNTICO Á LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN.

CORO.

*Tu concepcion triunfante,
Doncella venturosa,
Tu concepcion hermosa
Mi voz ensalzará.*

¡Oh cándida azucena
De virginal portento,
Y en el primer momento
Única pura flor!

¡Oh celebrada Reina
De los eternos cantos,
Consuelo de los llantos
Del Pesaroso Adán!

¡Oh bienhechora estrella
En puerto y mar propicia,
Del sol de la Justicia
Vestida en suma luz!

¡Oh antorcha más luciente
Que el Sol al medio día,
Torrente de alegría
Para placer de Dios!

Saldrás consoladora
Los valles agraciando,

Los cielos alegrando
La frente mostrarás.

Ya los primeros rayos
De luz divina lanzas,
Y el iris de esperanzas
El orbe alegre ve.

Da pronto, dulce Aurora,
Para nacer el vuelo;
Y acordes tierra y cielo
Tu gloria cantarán.



LAS GRANDEZAS DE MARIA

CANTO.

*¡Oh Maria;
Madre mia,
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme
Y guiadme
A la patria celestial.*

Con el Angel de María
Las grandezas celebrad,
Transportados de alegría
Sus finezas publicad.

Salve, júbilo del cielo,
Del Excelso dulce imán;
Salve, hechizo de este suelo.
Triunfadora de Satán.

Quién á Ti ferviente clama
Halla gloria en el penar;
Pues tu nombre luz derrama,
Gozo y bálsamo sin par.

De sus gracias tesorerera
Te nombró tu Redentor:
Con tal Madre y Medianera
No, no temas, pecador.

Pues te llamo con fe viva,
Muestra, oh Madre, tu bondad:
Á mí vuelve compasiva
Esos ojos de piedad.

Jardin halle de dulzuras
En mi pecho el Hacedor;
En él broten flores puras,
Frutos de tu santo amor.

Hijo fiel, quisiera amarte
Y por tí sólo vivir;
Y por premio de ensalzarte,
Ensalzándote, morir.

Del eterno las riquezas
Por Tí logre disfrutar,
Y contigo sus finezas
Mil y mil siglos cantar.



OFRENDA POÉTICA Á LA VIRGEN MARIA.

*Te aclamamos
Abogada,
Madre amada
Del Criador.*

Bella rosa
Purpurina,
Peregrina
Del amor;
Flor preciosa,
Trinitaria,
Pasionaria
Del dolor.

Blanco lirio
De belleza,
De pureza
Sin rival;
Que perfuma
Con su esencia
La existencia
Del mortal.

Flor que excede
En hermosura
A la albura
Del jazmín;
Flor que admira
Arrobado
El Alado
Querubín.

En tu cáliz
Sin mancha,
Flor sencilla,
Se encarnó;
El Rocío
Que del cielo
Por consuelo
Descendió.

Y guardaste
Misteriosa,
Pudorosa
Virginal,
Esa prenda
Que yo adoro:
El tesoro
Celestial.

Y ese Niño
Que cuidabas,
Que tú amabas
Con ardor;
Ese Niño
Admirado,
Fué llamado
Redentor.

Blanco lirio
Consagrado,
Salpicado
De Jesús,
Con la sangre
Que brotara
En el ara
De la cruz.

A la vista
Del Calvario
Del sudario
Del pensar,
¡Ay! cubierta,
Suspirabas,
Comenzabas
Á llorar.

Contemplando,
Madre mía,
La agonía,
La pasión;
Se agoviaba
Tristemente
Tu doliente
Corazón.

Flor de flores,
Candorosa,
Tierna rosa
Del Señor
Que ostentaba
La hechicera
Primavera
Del amor.

Flor de flores
Abatida,

Consumida
Al rigor
Del invierno
Dilatado
Del pecado
Destructor.

Madre amante,
Brinda á mi alma
Dulce calma
De virtud,
Y protege
Bondadosa
Mi luctuosa
Juventud.

De mis penas,
Mi quebranto,
De mi llanto
Ten piedad;
Y consuela
Con dulzura
Mi amargura,
Mi orfandad.

Tierna escucha,
De mi pecho
Ya deshecho
De dolor,
Este canto
Que te envidia
Melodía
De mi amor.

Y allá arriba
Tu morada
¡Prenda amada
Del Criador!

Do proclama
La victoria
De la gloria
Del Seror.
Coronada
De diamantes

Rutilantes
De rubí,
Esta queja
Y este acento
Raudo el viento
Lleve á Tí

SALVE A LA VIRGEN SANTÍSIMA

CORO.

*Salve, Señora,
Reina del cielo,
Madre y consuelo
Del pecador,
Vida y dulzura,
Nuestra esperanza,
Nave segura
De salvacion.*

Los desgraciados
De Eva nacidos,
Siempre afligidos
Solos se ven.

Vuelve abogada,
Vuelve á nosotros
La tu mirada,
Fuente del bien.

Á tí de gracias
Y dones llena,
Dicen su pena
Con triste voz,

Los desterrados
En este valle,
Los condenados
Siempre á dolor.

Dadnos, Señora,
Deshecho el hierro
De este destierro,
Ver á Jesús,
Divino fruto
De vuestro seno,
Por nos tributo
Muerto en la cruz.

Y en tanto ¡oh dulce
Virgen piadosa,
Pura y hermosa,
Madre de Dios,
Pues aguardamos
Santas promesas,
Tiernos rogamus
Ruegos por nos.

LA DIVINA PASTORA.

CORO.

*Noche y dia, lengua mia,
Himnos canta con ardor
Á la bella, pura Estrella,
Casta Madre del amor.*

¡Oh, Señora! ¡Gran pastora
De los valles del Edén!
¡Gozo santo, dulce encanto
De los ojos que te ven!
Noche y dia, etc.

Tu cayado venerado
Protegiéndonos está:
Y al sonido del silbido
Fiel tu grey segura va.
Noche y dia, etc.

Tu hermosura, siempre pura,
El Señor simbolizó
En la hermosa, fresca rosa
Del pensil de Jericó,
Noche y dia, etc.

Más erguida y defendida
Que la torre de David
Gloria y palma das al alma
Del que lucha en fiera lid.
Noche y dia, etc.

Más graciosa, más airosa
Que la palma de Cadés,

Más lozana, más galana
Que del Líbano el ciprés,
Noche y día, etc.

Es tu cuello muy más bello
Que la azucena de abril:
Tú, do quiera, placentera
Nos prodigas bienes mil.
Noche y día, etc.

Quien te adora, quien implora
Tu socorro bienhechor,
En el alma siente calma,
Siente célico fervor.
Noche y día, etc.

Fuente pura de ventura.
Dulce vida del mortal,
Á los tristes gozo distes
Con tu fruto divinal.
Noche y día, etc.

OTRA CANCION.

CORO.

*Morena soy, pero hermosa,
Hijas de Jerusalén;
Morena soy, pero hermosa,
Bien podéis venirme á ver.*

Venid de fiesta y de gala
Veréis la Reina, que en fe
De serlo, al Oriente viene
Vestida de rosicler...

Venid, veréis coronado
Á Salomon de laurel,

Que le dió su madre el día
Que lo juraron por Rey...
Venid, con grandes aplausos
La enhorabuena le deis,
Con acordes instrumentos
Diciendo una y otra vez...
Venid, veréis á esta aurora,
Aunque tostada la piel,
Lleva en sus brazos al Sol
De justicia, sacro Rey...
Cuando Gabriel te saluda
Con contento y alegría,
La salutacion que te hace
Es decirte: *Ave maria.*

DESPEDIDA Á LA VIRGEN

Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
Dulce prenda adorada
De mi sincero amor.
De tu divino rostro
La belleza al dejar,
Permíteme que vuelva
Tus plantas á besar.
Mas dejarte ¡oh María!
No acierta el corazón;
Te lo entrego, Señora,
Dame tu bendición,
Adiós, del cielo encanto
Mi delicia y mi amor
Adiós, ¡oh Madre mia!
Adiós, adiós, adiós.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRITA.

	<u>Página.</u>
Censura y aprobacion de la obra, é indulgencias que se conceden á los lectores..	III
A las personas deseosas de su salvacion..	VI
Resúmen de esta obrita.	VII
A Maria (poesía).	9
Oracion para antes de la lectura.	10
Oracion para después de la lectura.	11
Oracion de San Bernardo.	11
Oracion del padre Nicolás Zucchi á la Virgen Maria.. . . .	12
Jaculatoria para cualquier tentacion.. . . .	13
La regeneracion social por medio del cristianismo.	13
Práctica y ejemplo.. . . .	15
Sábado I.—La sociedad perfeccionándose por medio de la imitacion de Maria.	17
La imitacion de Maria es efficacísimo auxilio para el bien.	18
Práctica y ejemplo.	20
Sábado II.—La idea de Maria acariciada por Dios en la época de creacion...	21
El buen uso de las gracias asegura la salvacion..	23

	<u>Página.</u>
Práctica y ejemplo..	25
Sábado III.—Paralelismo entre Eva y Maria.	27
La fe es el más firme apoyo del alma.	29
Práctica y ejemplo.	31
Sábado IV.—Relaciones de Sara con Maria.	32
La esperanza consuela en la tristeza.	34
Práctica y ejemplo.	36
Sábado V.—Jocabed, madre de Moisés figura de Maria, madre de Jesús.	38
El amor á Dios es señal de agradecimiento por los beneficios recibidos.	41
Práctica y ejemplo.. . . .	42
Sábado VI.—Abigaíl en parangon con Maria.	43
Todo lo debemos á Dios.	45
Práctica y ejemplo.	46
Sábado VII.—Paralelo entre Bethsabé y Maria.	47
Ingratitud de la criatura para con el Criador.	49
Práctica y ejemplo.. . . .	51
Sábado VIII—Comparacion de Judith con Maria.	52
La caridad con el prójimo es el mejor indicio de un alma buena.	56
Práctica y ejemplo.	58
Sábado IX.—Esther considerada como figura de Maria.	61
La recta intencion para con Dios es el remedio más eficaz de hacer buenas las obras.	64
Práctica y ejemplo.	65
Sábado X.—La Inmaculada Concepcion de Maria.	67

	<u>Página,</u>
La humildad es el fundamento de la santidad.	69
Práctica y ejemplo.	72
Sábado XI.—Nacimiento de la Virgen.	74
En Maria se hallan vinculados los destinos de la humanidad.	76
Práctica.	77
Ejemplo.	78
Sábado VII.—El dulce nombre de Maria.	80
Vanidad de nuestro nombre.	82
Práctica y ejemplo.	84
Sábado XIV.—San Joaquin antes de morir bendice á Maria.	91
Conducta de Maria en el templo.	93
Práctica y ejemplo.	95
Sábado XV.—Los desposorios de la Virgen con San José.	96
La castidad es el fomento de la santidad.	99
Práctica y Ejemplo.	101
Sábado XVI.—La Anunciacion.	103
La modestia es el mejor adorno del cristiano.	105
Práctica y ejemplo.	107
Sábado XVII.—La Visitacion	108
El cántico de Maria.	110
Práctica y ejemplo.	112
Sábado XVIII.—Sueño misterioso de San José.	114
La devocion á San José es complemento de la devocion á Maria.	116
Práctica y ejemplo.	118
Sábado XIX.—La expectacion del parto de Maria Santísima.	121

	<u>Página.</u>
Realizacion de los vaticinios.	123
Práctica y ejemplo.	125
Sábado XX—Nacimiento del Hijo de Dios.	127
Un Dios libertador del mundo brilla en medio del género humano.	129
Práctica.	130
Ejemplo.	131
Sábado XXI.—La adoracion de los Ángeles, de los pastores y reyes.	134
Necesidad de un Redentor.	136
Práctica y ejemplo.	138
Sábado XXII.—La presentacion de Jesús al templo.	139
No hay alegria sin tristeza, ni goce sin dolor.	142
Práctica y ejemplo.	144
Sábado XXIII.—Huida á Egipto.	145
Degollacion de los inocentes.	147
Práctica y ejemplo.	150
Sábado XXIV.—La Virgen encuentra á Jesús en el templo.	152
El amor á la patria.	155
Práctica	158
Ejemplo.	159
Sábado XXV.—La Sagrada Familia en Nazareth.	160
La perfeccion de la vida ordinaria.	163
Práctica y ejemplo.	165
Sábado XXVI.—La muerte de San Jose.	166
Pensamientos sobre la muerte.	168
Práctica.	169
Ejemplo.	170

	<u>Página.</u>
Sábado XXVII.—Maria en las bodas de Canaán.	171
La limosna produce grande aumento de méritos.	175
Práctica y ejemplo.	177
Sábado XXVIII.—Maria siguiendo á Jesús en su predicacion.. . . .	178
El apostolado de la mujer.	180
Práctica y ejemplo.. . . .	182
Sábado XXIX.—La Virgen y las santas mujeres entrando en Jerusalén.	184
Dulces armonias de la amistad.. . . .	186
Práctica y ejemplo.	189
Sábado XXX.—Encuentro de Jesús y de Maria en el camino del Calvario.	190
La paciencia es el alimento de la piedad.. . . .	192
Práctica y ejemplo.	194
Sábado XXXI.—Maria en el calvario.	196
La mansedumbre es como el condimento de la vida.	198
Práctica...	199
Ejemplo.	200
Sábado XXXII.—Maria recibiendo á Juan por hijo al pié de la cruz.	201
La obediencia es el complemento de la perfeccion.	204
Práctica.	206
Ejemplo.	207
Sábado XXXIII.—Maria teniendo en sus brazos el cuerpo difunto de Jesús.	208
El horror al pecado es un gran estímulo para el bien.	211
Práctica y ejemplo.	213

	<u>Página.</u>
Sábado XXXIV.—Maria asistiendo al enterramiento de Jesús.	216
La pobreza de espíritu es el mejor consuelo.	219
Práctica.. . . .	220
Ejemplo.	221
Sábado XXXV.—Maria en su soledad.. . . .	222
La soledad y el retiro son los mejores apoyos de la piedad.	224
Práctica.	225
Ejemplo.	226
Sábado XXXVI.—Maria viendo resucitado á Jesús.. . . .	227
El cuidado de conservar la paz es un saludable aumento de caridad.	231
Práctica.	233
Ejemplo.	234
Sábado XXXVII.—María después de la ascension de Jesús al cielo.	235
La buena oracion causa indecible provecho.	237
Práctica y ejemplo.. . . .	239
Sábado XXXVIII.—María maestra de los apóstoles y madre de los fieles.	240
El culto de la Sagrada Eucaristía es la mejor prenda de amor de Dios.	243
Práctica y ejemplo.	245
Sábado XXXIX.—Muerte de María.	247
El prepararse para la muerte es muy saludable pensamiento.	250
Práctica y ejemplo.. . . .	253
Sábado XL.—Entierro de María.	255
El guardar la lengua es el mejor medio de procurarse tranquilidad.	257

	<u>Página.</u>
Práctica y ejemplo.	259
Sábado XLI.—Asuncion de María.	260
La sinceridad endulza la vida.	262
Práctica y ejemplo.	264
Sábado XLII.—Glorificacion de María.	266
La gracia y el pecado.	267
Práctica y ejemplo.	270
Sábado XLIII.—Nuestra Señosa del Pilar de Zaragoza.	271
El sagrado corazón de María.	273
Práctica.	275
Ejemplo.	276
Sábado XLIV.—Nuestra Señora de Loreto.	277
Nuestra Señora de la Merced.	279
Práctica y ejemplo.	283
Sábado XL.—Nuestra Señora de Montserrat.	284
Nuestra Señora del Carmen.	286
Práctica y ejemplo.	289
Sábado XLVI.—Santa María de las Nieves.	291
La aparicion de la Virgen de Guadalupe.	293
Práctica y ejemplo.	297
Sábado XLVII.—Nuestra Señora del Rosario.	300
Preciosidad del santo Rosario.	302
Ptáctica.	304
Ejemplo.	305
Sábado XLVIII.—Nuestra Señora del Remedio.	307
Pintura de la vida humana y sus miserias.	310
Práctica y ejemplo.	314

	<u>Página.</u>
Sábado XLIX. — Nuestra Señora de los Desamparados.	316
Nuestra Señora del Amor Hermoso.	318
Práctica y ejemplo.	320
Sábado L.—Nuestra Señora de la Providencia.	322
Nuestra Señora de la Misericordia.	326
Práctica y ejemplo.	329
Sábado LI.—Nuestra Señora de la Consolacion ó de la Correa.	330
La divina Pastora.	334
Práctica y ejemplo.	336
Sábado LII.—El patrocinio de la Virgen Santísima.	338
Práctica y ejemplo.	342
Epilogo.—Ejemplo.—Obsequio.	346
Cronologia histórica de los años de la Virgen.	351
Piadoso ejercicio para los viernes en memoria de las tres horas que estuvo Maria Santísima al pié de la cruz en el Calvario.	363
Visitas al Santísimo Sacramento, á la Virgen y á san José.	370
Visita al Santísimo Sacramento.	370
Visita á la Virgen María.	372
Visita á san José.	373
Mañana del cristiano. Al despertar.	374
Por la noche. Al acostarse.	375

POESIAS.

Plegaria á la Reina del cielo.	376
Á Maria, (letrilla).	378

	<u>Página.</u>
Himno..	380
Á la Virgen (plegaria).	381
Gloria á María.	385
Principios de perfeccion.. . . .	388
Reformacion de la vida.	389

PRONTUARIO.

Repertorio de cánticos para el mes de Mayo y otras fiestas do la Virgen.	390
La naturaleza en el mes de mayo.	390
<i>Bella natura, etc.</i>	390
Para empezar el mes de mayo.	392
<i>Corramos fervorosos, etc.</i>	392
Para acabar el mes de María.	393
<i>Dulcísima Virgen, etc.</i>	393
Un suspiro (letrilla amorosa).	395
<i>Véante mis ojos, etc.</i>	395
Himno á la Inmaculada Concepcion de Ma- ria.	397
<i>¡Salve, salve! etc.</i>	397
Cántico á la Purísima Concepcion.	399
<i>Tu concepcion triunfante, etc.</i>	399
Las grandezas de María.. . . .	400
<i>¡Oh Maria, madre mia! etc.</i>	400
Ofrenda poética á la Virgen María,	402
<i>Bella rosa, etc.</i>	402
Salve á la Virgen Santísima.	404
<i>Salve, Señora, etc.</i>	404
La divina Pastora	405
<i>Noche y dia, etc.</i>	405
Otra cancion.. . . .	406
<i>Morena soy, etc.</i>	406
Despedida á la Virgen. <i>Adiós etc.</i>	407

